# PABLO d'ORS

# EL OLVIDO DE SÍ

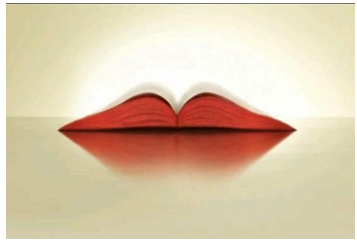
«El éxito deforma nuestra visión de la realidad y, desde luego, la apreciación de nosotros mismos. A lo largo de mi vida he visto a menudo a las gentes del mundo caminando en una dirección y a mí en la contraria. Porque mientras el mundo busca fama, yo llevo treinta años buscando anonimato; ellos buscan riqueza y poder, yo, en cambio, pobreza y debilidad; todos quieren ser grandes, por mi parte elijo la pequeñez; no hay quien no desee triunfar, yo perder. Prefiero los últimos puestos a los primeros, la vida oculta a la pública y la humillación al encumbramiento. Por todo ello veo a menudo a las gentes del mundo caminando en una dirección y a mí en la contraria. Pero no soy el único; hay otros conmigo, solitarios todos, todos locos. Y el primero de la fila es el propio Jesucristo: el más loco de todos».

Narrado en primera persona, *El olvido de sí* describe detalladamente la aventurada y aventurera vida del vizconde francés Charles de Foucauld (1858-1916), religioso y viajero, así como su camino de desprendimiento y búsqueda espiritual.

Pablo d'Ors

# El olvido de sí

Una aventura cristiana



Título original: *El olvido de sí*
Pablo d'Ors, 2013

-

Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 30/01/2020

*Para Abraham Cerecedo,*
*discípulo predilecto y amigo incomparable.*

Conocer el camino es conocerse a sí mismo;
conocerse a sí mismo es olvidarse de sí mismo;
olvidarse de sí es quedar iluminado por todo.

(DOGEN ZENJI).

## DRAMATIS PERSONAE

CONFUSIÓN
Charles de Foucauld, vizconde
Morlet, abuelo, tutor y coronel
Marie de Bondy, prima
De Morès, camarada

EXPLORACIÓN
Oscar MacCarthy, bibliotecario
Mimí, prostituta
Marguerite Titre, prometida
Eugénie Biffet, hija del hospedero
Mardoqueo, guía judío
Bu Amama, guerrero enemigo
Georges Latouche, primo
El subgobernador de Bône

CONVERSIÓN
Henri Huvelin, abate

MEDITACIÓN
María Alberico, novicio
Dom Martin, maestro de novicios
Dom Luis, abad

IMITACIÓN
Jesús de Nazaret
Madre san Miguel, abadesa

PURGACIÓN

Guerin, prefecto apostólico
Laperrine, comandante
Michel, hermanito
Ouksem, muchacho

COMPASIÓN
Moussa Ag Amastane, jefe indígena
Motylinski, erudito

ILUMINACIÓN
Louis Massignon, catedrático
Suzanne Perret, admiradora

Y ADEMÁS
François Édouard, padre de Foucauld; Isabelle Beaudet, madre; Agnès y Segisbert Moitissier, tíos; Cataline, prima; Gabriel Tourdes, amigo de la infancia; Bertrand y Armand de Foucauld, antepasados; Rouget de l'Isle, compositor; Charles de Blic, oficial de marina; Lardimali, marqués; Bonnet, monseñor; Paul Crozier, canónigo; Cochin, barón; Nieger, oficial de cazadores; Cottenest, teniente; Lyautey; Didier; Grassot; Lemaitre; Matoussaint; Sainville; Radigon; Richemond; Goncourt; Chatelard; Serpette; Sourisseau; Sigonney; Gorée; Galard; Voillaume; Voillard; De Castries; Tissot; Duelos; Leurent; Grillet; Lapeyre; Quignard; Dinaux; Abdel Kader; Mustafá Pachá; Isaías Abi Serour; Ibn-al-Mugaffa; Natanael; Pedro; Andrés; Santiago; Verónica; viuda de Naím; viuda de Sarepta; Marta; María; Lázaro; el joven rico; Juan el Bautista; Judas; Cirineo; Ingres; Berulle; Condreu; Fénelon; Villon; Régnier; Montalembert; abate Darras; padre Ferretti; padre Mandato; Luciano; Tomás de Aquino; Aristófanes; Lope de Vega; Calderón; compañeros de Santa Genoveva; cadetes de Saint-Cyr; camaradas del cuarto de húsares y de cazadores; feligreses de la parroquia parisina de San Agustín; los pobres de la ventana; los connovicios; las clarisas; los cazadores de Beni Abbès; los tuareg; los desdichados; viajeros y otros visitantes y curiosos.

## ESCENOGRAFÍAS

Estrasburgo, Nancy, Évian
París (plaza Kléber; *rue* de la Pompe; *rue* Miromesnil; *rue* d'Anjou; Montmartre; avenue Malesherbes, Saint-Germain des Pres…).

Escuela militar de Saint-Cyr
Escuela de caballería de Saumur
Guarnición de Pont-à-Mousson
Sétif
Mascaray

Clamart, Solesmes y Soligny
Trapa de Nuestra Señora de las Nieves, en Ardèche
Trapa dé Akbes, en Siria

Roma (San Juan de Letrán; Coliseo; Universidad Gregoriana).

Tierra Santa (Belén, Monte de los Olivos, Betania, Emaús, Jordán, Montes Moab y Edom).
La cabaña de las herramientas, en Nazaret
Convento de las clarisas, en Jerusalén
Monte de las Bienaventuranzas

Marruecos
Casablanca
Valle de Lalla-Marnia
Argelia
Trapa de Staoueli

Argel
Beni Abbès
Tamanrasset (*bjord* y fortín).
El Assekrem

Y también: Abadía de Chancelade; Limoges; Arlés; Soubise; Valleombrosa; Oise; Meuse; Fère-Champenoise; Sézanne; Marne de Meaux; Villé; Auteuil; Donon; Rethel; Saint Quentin; Peronne; Compiègne; Verdún; Indre; La Barre; Saint-Dié; Gérardemer; Chamonix; Lembras; Renaudie; Fontgombault; Saint-Laurent-les-Bains; Marseille; Bastide-Saint-Laurent; Maison-Carrée; Toulon; Bridoire; Lunéville; Barbirey; Viviers; Bergerac; Vosges; Lorraine; Amiens; oasis de Aqqa; Mansurah; Mhamid-el-Ruslán; Philippeville; Tlemcen; Xexauen; Nemours; Tisint; Mogador; Bou el Djad; Cheikh; Ain-Sefra; Tidikelt; Djebel-Oudan; Silet; Abalessa; Tagmout; Bab-el Oued; In-Salah; El Golea; Ghardaia; Tombuctú; Túnez; Sudán; los desiertos saharianos del sur de Orán y las dunas de Merzuga.

# I
# CONFUSIÓN

El vizconde de Foucald

¿Es tan raquítica la vida?
¿No será más bien tu mano
la que es demasiado pequeña,
tus ojos los que están empañados?
Eres tú quien ha de crecer.

(DAG HAMMARSKJÖLD).

Recuerda que eres pequeño.

(CHARLES DE FOUCAULD).

Que alguien que no entienda mi forma de pensar
me llame loco si así lo desea,
que piense que no estoy en mis cabales y que carezco de sentimientos.
Los insultos no me molestarán y las alabanzas no las escucharé.

(YOSHIDA KENKO).

## 1. La oración y el ayuno

Cuando alguien me pregunta qué debe hacer para encontrarse con Dios, mi respuesta es siempre la misma: ora, ayuna; y no me limito a decírselo, sino que oro y ayuno con él, pues rara vez llegará a hacerlo si al principio no se le acompaña. Jamás debe decirse a nadie que ore o ayune si no se está en disposición de orar y ayunar a su lado. Es más: decirlo sin hacerlo puede llegar a ser perjudicial.

Si ha orado y ayunado, no hay hombre o mujer en el mundo a quien Dios no se le revele; y reto a cualquiera que realmente lo haya hecho a que diga lo contrario. Dios no se resiste a quien se pone en esta disposición. El problema nunca es que Dios se resista, sino por qué se resiste el hombre a descubrirle o, lo que es lo mismo, por qué desdeña el ayuno y la oración.

El silencio y la sobriedad, que es tanto como decir la oración y el ayuno, es lo que más le conviene al hombre para llegar a encontrarse consigo mismo. Sin embargo, hay algo en nosotros que nos impulsa a buscar la plenitud exactamente por el camino contrario. De este modo, en lugar de fijar nuestras residencias en lugares silenciosos, por ejemplo, nos instalamos en las poblaciones más ruidosas y nos aturdimos con toda clase de sonidos. De igual manera, en vez de ser sobrios o moderados, nos arrojamos ávidamente a todo tipo de alimentos y bebidas, objetos y sustancias con que aturdir nuestros sentidos y confundir nuestro espíritu. El hombre se realiza solo en la simplicidad. Tantas más cosas poseamos y tantas más experiencias acumulemos, más difícil y tortuosa será nuestra realización. Por eso, tras emprender un viaje o leer un libro, pero también antes, deberíamos orar y ayunar. Tras una conversación y antes, tras la acometida de un trabajo —pero también antes—, tras una noche con el ser amado —y antes— se debería orar y ayunar. Tanto más se debería orar y ayunar cuanto más importante sea para nosotros lo que hayamos proyectado realizar a continuación. Sin oración y ayuno, siempre hay demasiado ruido y demasiada avidez. Y el más pequeño ruido y la

menor avidez son —esa es mi experiencia— los principales obstáculos en la conquista de la felicidad.

Cuando me preguntan qué debe enseñarse a los niños en las escuelas, mi respuesta es siempre la misma: enseñadles a ayunar, enseñadles a hacer meditación. El alma no puede robustecerse sin estos dos ejercicios y, todavía más, cualquier religión o espiritualidad consiste, sobre todo, en esta práctica rigurosa y continuada. Doy por supuesto que el mundo no podrá entender estas afirmaciones, pero ¿qué importa eso?

No faltarán, seguramente, quienes al leer esto me califiquen de exagerado. A ellos les diría que los que aman saben que el amor es siempre exagerado, que no hay amor sin exageración. Es probable que tampoco falten quienes tachen de radical lo que, muy sucintamente, acabo de exponer: gentes que imaginen que, de seguir mis consejos, sucumbirían al fanatismo y a la sinrazón. A esa objeción respondería que creer firmemente lo que se ha experimentado no es en absoluto lo mismo que ser un fanático. En nuestra sociedad actual hemos llegado a un nivel de confusión tal que identificamos el fanatismo con una apuesta decidida por una determinada verdad. Solo cuando impide amar a los demás, una verdad o una moral deberían ser tachadas de fanáticas. Porque la verdad, sin amor, no es más que un ídolo. Y porque por exigentes que mi oración y ayuno hayan podido llegar a ser, jamás me han impedido comprender y amar a mis semejantes.

Si echo la vista atrás no puedo sino sentir asombro, admiración y agradecimiento, que son los tres rasgos esenciales del hombre religioso. Tengo para mí que la mayor parte de las personas pasa por la vida sin llegar a saber nunca qué camino debe seguir; resulta lamentable que no hayan encontrado a nadie que les haya dicho que podían y debían orar y ayunar, y que era así, ayunando y orando, como lo encontrarían. Sin oración ni ayuno es imposible encontrar ese supuesto camino, y sin oración ni ayuno tampoco es posible mantenerse en él.

Tanto más borroso y lejano resulta Dios para mí cuanto menos ayuno y medito, de donde se deduce que el sentimiento de Su presencia es directamente proporcional a la vivencia e intensidad de estas prácticas, a las que me aficioné desde que descubrí sus enormes y fulgurantes beneficios. A los pocos meses de haberme

puesto en serio a meditar, constaté que había empezado a operarse en mí una transformación; no llevaba un año desde que había empezado a ayunar con regularidad y ya percibía que era alguien diferente y mejor. Claro que bastó que me propusiera comer algo menos para que mi apetito se avivara y sintiera los antojos y caprichos más irresistibles. Contra lo que suele creerse, el primer día de ayuno es mucho más duro que el segundo, el segundo que el tercero, el tercero que el cuarto, y así sucesivamente. De modo que no tuve que hacer grandes esfuerzos para adentrarme en la sagrada práctica del ayuno, que es donde cifro —junto a la oración— el dominio de mis deseos y mi sometimiento a la voluntad de Dios.

En esta autobiografía quiero hablar fundamentalmente del ayuno y de la oración, que son las únicas actividades en que puedo decir que soy algo experto. Pero también quisiera hablar aquí del misterio de Dios, pues eso es, al fin y al cabo, lo que encuentro cuando oro y ayuno. Así que de lo que voy a tratar aquí es de cómo Dios me llamó, me condujo y me forjó; y de cómo yo desoí sus mandamientos, preferí mis vías a las suyas y desaproveché la gracia que Él siempre ha derrochado sobre mí.

## 2. Comienzo del libro

Por exótica o extravagante que para algunos pueda resultar, no creo que mi vida merezca narrarse más que para conocer su dimensión más mística o espiritual. Escribo estas memorias con la esperanza de que, durante su lectura, alguien pueda escuchar la voz del silencio que yo mismo escuché y para que sea capaz de responder a ella, si puede, mejor de lo que yo respondí. De manera que el protagonista de este libro no soy yo, sino Dios: yo solo soy un pobre e insignificante hombrecillo en quien Él, inexplicablemente, ha querido manifestarse. Más allá de mis muchos viajes, así como del desconcierto que pueden causar algunas de mis opiniones, en mi corazón ha habido una magnífica corriente de vida que es lo único que merece la pena reseñar. Nadie podría hacerlo si yo no lo hiciera; y es que solo Él y yo sabemos lo que hemos vivido juntos

durante mis prolongadas oraciones y estrictos ayunos. Narraré, pues, la historia del amor más grande que pueda conocer un hombre, que no es otro que el amor de Dios. Sí, he querido hacer de mi vida un eco de la Suya; y ahora, a punto ya de abandonar este mundo, temo no haberlo conseguido, o no al menos en la medida en que Él, seguramente, lo esperaba de mí.

Os preguntaréis cómo he llegado a semejantes conclusiones y, sobre todo, a una práctica tan intensa como constante del ayuno y de la oración. Para responder a esto tendría que remontarme a mi juventud; y es que si la sencillez en la indumentaria y en la alimentación son hoy para mí condiciones indispensables para la plenitud, cuando contaba veintisiete años mi vida giraba en torno a los trajes y perfumes, a los manjares y al alcohol. Los ideales del ejército de caballería, en que había sido alistado más por deseo de mi abuelo que por el mío propio, no lograban encenderme ni librarme del aburrimiento. Debo a esos años de cadete, sin embargo, algo que más tarde se revelaría capital: la camaradería y, sobre todo, la amistad, que para mí fue siempre un valor sagrado. En 1883 yo era un joven vividor y atolondrado; todo me aburría y asqueaba: una sensación para la que en aquella época no encontraba una explicación pero que hoy, tras años en el desierto, estimo tan lógica como merecida.

Por algunas circunstancias que detallaré a su debido momento, fue en aquellos días cuando comprendí que si deseaba llegar a ser un hombre de verdad debía buscar siempre y exclusivamente el último lugar. Ser el último: esa era la consigna. El hecho de que buena parte de la humanidad estuviera equivocada en su búsqueda de la felicidad —también esto lo comprendí entonces— no comportaba que también yo tuviera que errar en este empeño. Comprendí, en pocas palabras, que se abría ante mí un camino que no podría recorrer sino en la soledad más estricta, puesto que la verdad es siempre un camino poco transitado. Nada hay valioso en el mundo que no haya sido precedido de mucha soledad. En realidad, la soledad es la condición indispensable para cualquier logro. La soledad es el medio por excelencia para el cultivo de la sensibilidad. Claro que a la gente le cuesta mucho apartarse del resto y mantenerse callada, y por eso suele estar tan lejos de la felicidad.

Aconsejado por Henri Huvelin —de quien más tarde hablaré como merece—, tomé entonces algunas decisiones de las que, por duras que parecieran a quienes me conocían y querían, no me he arrepentido hasta ahora. En esta autobiografía que comienzo hoy, 1 de enero de 1916, quiero dar cuenta de cuáles fueron estas decisiones y de cómo me han ido conduciendo hasta quien soy en la actualidad.

## 3. El viejo coronel Morlet

Para empezar diré que mi verdadera vida no comenzó el 15 de septiembre de 1858, que fue cuando abrí los ojos a este mundo, sino un atardecer de finales de octubre del 86, frustrados tanto mi proyecto de matrimonio como mi breve y agitada carrera militar. Quiso el destino que mi madre me diera a luz en el número 3 de la plaza Broglie de Estrasburgo, en la misma casa —y probablemente en la misma habitación— en que Rouget de l'Isle había compuesto en 1792 la célebre «Marsellesa». Tal vez por esta curiosa coincidencia amé tanto a mi país; y tanto más lo he amado cuanto más lejos he estado de él, pues los grandes amores —yo lo sé bien— se fraguan siempre en la distancia. A menudo pienso que Dios nos deja solos para que fragüemos nuestro amor por Él. Que amar es un juego, dulce y cruel, de cercanía y distancia.

De modo que si nací en el lugar en que se compuso el himno nacional y si viví entre la guerra franco-prusiana y la del 14, no puede extrañar que mi vida haya estado marcada por la colonización del norte de África —que fue lo que tuvo lugar entre una conflagración y otra— y que siempre y ante todo me haya sentido francés.

Mi nombre completo es Charles Eugene de Foucauld y soy —fui — vizconde de Foucauld, título nobiliario que se remonta al siglo X, cuando Hugo de Foucauld donó algunas de sus propiedades y de sus bienes a la abadía de Chancelade. Durante mi juventud indagué en archivos y bibliotecas hasta que di con algunos de mis antepasados. Debo mencionar aquí a Bertrand de Foucauld, por ejemplo, quien

tomó parte en las cruzadas de san Luis, donde cayó en la batalla de Mansurah al defender al rey contra los musulmanes. También a Jean III de Foucauld, llamado «buen y seguro amigo» por Enrique IV, que fue quien le nombraría gobernador del condado de Perigord y vizconde de Limoges. No me extenderé sobre mis antepasados; tan solo diré que muchos marinos, soldados y sacerdotes salieron de mi familia, y que no pocos entre ellos murieron al servicio de la patria en Italia, España o Alemania. De la gloria que muchos Foucauld conquistaron, la mayor le correspondió al canónigo Armand de Foucauld, príncipe-arzobispo de Arlés: un Foucauld a quien, ciertamente, me habría gustado estrechar la mano.

Políticamente éramos orleanistas, es decir, que ni renegábamos de la Francia real ni de la que se fraguó en 1789. Liberales y capitalistas, para mi familia la nobleza era poco más o menos lo mismo que la burguesía adinerada. Con gran ingenuidad, mis compatriotas creyeron que podrían vencer a los prusianos en 1870 con las tácticas ensayadas en Argelia. Pero Estrasburgo, ¡ay!, tuvo que rendirse al enemigo: una eventualidad que mi abuelo, por fortuna, había previsto. En mi candor, exiliado en Suiza, soñaba con futuros resarcimientos: me veía en el campo de batalla desenfundando y blandiendo el sable de mi abuelo y tutor; pero luego, en vez de atacar, en aquellos sueños míos quedaba fascinado por el brillo azulado de la hoja y me limitaba a contemplarla con estupor. No comprendía que Francia pudiera perder, ignorante aún de cómo la desgracia se haría aún mayor con el tratado de Fráncfort, que sellaría los siguientes cuarenta y siete años de sometimiento y humillación. Sí, alsacianos y loreneses quedaron sujetos al nuevo imperio alemán: un asunto sobre el que mi tutor, el viejo Morlet, departía a toda hora con quienquiera que se prestase a ello. Pero la suerte estaba echada y, como tantas otras familias en Estrasburgo, la mía tuvo que retirarse a Nancy, que no fue ocupada por los alemanes hasta el 73. Aquella humillante retirada habría de marcarme para siempre, y todavía hoy, en mi vejez, aunque muchos no lo entiendan y hasta se escandalicen, sigo viendo en Alemania algo así como la reencarnación europea de la barbarie. ¡Los alemanes! ¿Por qué no sabrán quedarse en sus flamantes conservatorios y en sus reputadas y estériles academias?

ISABELLE Beaudet de Morlet, mi madre, a quien apenas conocí por un mal parto que la llevó a la tumba, influyó en mí mucho menos que mi prima Marie, hija de tía Agnès y del riquísimo banquero Segisbert Moitissier. Tampoco conocí bien a mi padre —François Édouard—, un subinspector de bosques perteneciente a la noble familia de los Perigord; por causa de una larga y fastidiosa enfermedad, siempre lo mantuvieron alejado de mí.

Por contrapartida, estuve muy cerca del ya mencionado Morlet, mi abuelo materno, a quien encomendaron mi tutela y educación, así como la de mi hermana pequeña, Marie. Aquel viejo militar, campechano y bonachón, nos hablaba siempre con empaque y dignidad, como si disertara. Tanto mi hermana como yo sabíamos que cuando nos conducía a su despacho era para darnos una conferencia de la que poco o nada sacaríamos en limpio. A mí, sin embargo, me agradaban los libros que se apilaban en las librerías de su despacho, sus uniformes y muchas condecoraciones y, por supuesto, su colección de relucientes sables, que no me cansaba de desenfundar bajo su mirada vigilante. El viejo Morlet oscilaba entre la dulzura y la intemperancia: era tan tierno como exigente, pero no tardé en saber que tanto su exigencia como su ternura eran impostadas, por lo que siempre pude hacer —bajo su aparente e inútil autoridad— lo que me dio la real gana. Fue este viejo soldado quien me educó, o quien no me educó —aunque no sería justo que, en este momento, le culpara a él de todo lo que muy pronto me iba a suceder.

Ahora, de adulto, casi de anciano, veo al viejo Morlet como a un hombre débil y pusilánime, como a un ser tan bondadoso como inflado de sí. A menudo pienso en él: le veo con sus poblados bigotes y sus labios carnosos, desabrochándose la casaca ante el gran espejo del recibidor, sacudiendo la servilleta a la hora de comer y anudándosela al cuello en forma de babero, encendiendo sus puros y jadeando ruidosamente, pues respiraba con dificultad. También recuerdo a mi abuelo en la plaza Kléber, donde acostumbraba a llevarme cada mañana de domingo para que presenciara un desfile militar. El regimiento tocaba marchas que mi abuelo escuchaba con más emoción que yo, un entusiasmo que me contagiaba. De aquellas mañanas de domingo data mi supuesta vocación a las armas, pues mi corazón —como el de todos los niños

del mundo— se inflamaba ante el sonido de las trompetas y los redobles del tambor.

## 4. Marie en el jardín

Las vacaciones veraniegas las pasábamos en Normandía, en casa de los Moitissier, con tía Agnès y sus dos hijas, Cataline y Marie; a esta última —como ya dije— estuve unido con una relación muy muy especial. Entre aquellas tres mujeres me sentía muy bien, y no solo por la holganza propia de las vacaciones, sino porque las espiaba y admiraba en secreto: sus modos de vestir y de hablar, la elegancia con que madre e hijas se paseaban entre los parterres de los jardines, el olor que desprendían, su enternecedora devoción al Corazón de Jesús —del que más tarde fui tan acérrimo valedor—, su forma de cuchichear o de quedarse por las noches suavemente dormidas en el salón… Sin tía Agnès y mis primas, yo no habría sido Charles de Foucauld; y confieso que todavía hoy siento en ocasiones un orgullo tonto por haber formado parte del aristocrático clan de los Moitissier.

En el jardín de esa casa normanda mi prima Marie solía mirarme con unos ojos y, sobre todo, en un silencio que me dejaba sin saber qué pensar o sentir. Como cualquiera, en mi interior yo estaba constantemente hablando conmigo mismo, interpretando, eligiendo… Aquel silencio suyo, en cambio, lo dejaba todo intacto y en comunión. Por ello, ni siquiera osaba preguntarle por qué callaba tanto, y mucho menos por qué me miraba de aquel modo tan intenso y especial. Había algo en su compostura, sin embargo, algo en el silencio con que callaba —distinto a los silencios que había conocido hasta entonces—, que me empujaba a ir en su busca una y otra vez para, finalmente hallado, permanecer embobado en su presencia.

—¿Qué haces, Charles? —me decía ella al cabo.

Y yo:

—Nada.

Porque no hacía nada más que estar allí, a su vera, y

contemplarla.

Hasta para decir aquel «nada» con que le respondía cada tarde y cada mañana, me turbaba. Porque mi prima no reaccionaba con simple coquetería, como las demás chicas de Nancy, a quienes ya había mirado como suelen los muchachos de esa edad. Ella me evocaba algo más dulce y superior: un sentimiento puro y noble que no cabía en palabras. Ante ella habría querido decir algo —quién sabe qué—, pero sospechaba que cualquier comentario que hubiera podido hacer habría resultado en vano. «Marie»: era lo único que salía de mis labios cuando estaba con ella a solas. Y luego: «nada», cuando me preguntaba.

Tras cada uno de mis «nada», ella me tomaba de la mano y me llevaba a pasear por el jardín. Aunque yo conocía bien el jardín de esa casa normanda, durante aquellos paseos matutinos —también durante los vespertinos árboles de aquel jardín, sus flores, me parecían nuevos. La vegetación resplandecía cuando la mano de mi prima estaba en la mía; el sol brillaba con más fuerza; las mariposas revoloteaban por doquier —quién sabe de dónde saldrían—; y el tiempo… ¡Ah, el tiempo dejaba entonces de existir! Muchas veces había caminado de niño por aquellos senderos, hecho hoyos en los parterres, correteado por la pradera… Con ella de la mano me habría perdido por aquel paraje tan familiar, tal era mi azoramiento. Porque Marie desprendía un embriagador perfume que no era, definitivamente, como el de las demás muchachitas. No es que oliera a pétalos de rosas o a agua de colonia —como algunos videntes aseguran haber olido en el trance de las apariciones de Nuestra Señora—, sino a un perfume que, a falta de una palabra más exacta, designaría simplemente con el término «limpieza». Sí, mi prima olía a limpia.

Hoy sé que la emoción que Marie me proporcionaba, y para la que entonces no tenía palabras —pues era la primera vez que me estremecía— era la emoción religiosa: esa sensación de estar ante algo que es sagrado, esa fuerza magnética que atrae tanto como repele, esa patria a la que aspiramos y para la que nunca estamos del todo preparados.

VUELVO a menudo con la imaginación a los largos veranos en

aquella casa normanda de los Moitissier. En mi fantasía, veo a mis primas rezar, algo que me sobrecogía: creaban un paréntesis en medio de sus actividades cotidianas y, sin apenas descuidar lo doméstico, las tres mujeres se recogían en una actitud devota que yo estaba muy lejos de comprender y, por supuesto, de compartir. Recitaban de memoria rezos que desconocía, y guardaban silencios muy largos que, sin embargo —inquieto como cualquier niño—, no me atrevía a interrumpir. Luego volvían a la cocina o al piano, a las canciones o a los pastelillos con forma de corazón o de estrella, a las mecedoras del porche, donde las tres se mecían incansables, como si hubieran nacido sola y simplemente para mecerse.

## 5. Pérdida de la fe

El recuerdo de los Moitissier rezando el Ángelus, su recogimiento y devoción, lo califiqué de fatuo y pueril con dieciséis años, edad a la que me consideraba muy mayor. Dos años antes, en el 72, había recibido la primera comunión; pero nada pudieron las pobres catequesis que recibí entonces contra la magnificencia de los ensayos de Montaigne, que muy pronto caerían en mis manos adolescentes, o contra las atrevidas y picantes novelas de Rabelais, que devoré a sabiendas del daño moral que podían ocasionarme.

—¿Has leído a Rabelais? —le preguntaba a mi buen amigo Gabriel Tourdes, un compañero de colegio con quien compartí una intensa pasión por las letras.

Yo apenas había leído unas pocas páginas, pero ya presumía de conocer su obra completa. Como muchos jóvenes de mi generación —y, probablemente, como los de cualquier generación—, lo que precedió a mi pérdida de la creencia religiosa fue, por extraño que parezca, el sacramento de la Confirmación. Confirmé la fe de mis padres y, acto seguido, la abandoné; carente de la dirección y del consejo de mis mayores, siendo de natural inquieto y vehemente, mi juventud transcurrió extremadamente disoluta. Así que perdí la fe a los dieciséis años y, por mucho que ahora me asuste, permanecí en un estado de total indiferencia religiosa durante más de una

década. Sin embargo, mientras yo me alejaba del Señor, Él se acercaba a mí. No hay mejor estratega que Dios: no le importa perder mil batallas a sabiendas de que la última victoria será suya.

Como tantos jovencitos burgueses de aquel tiempo, en Nancy adquirí una amplia y honda cultura literaria de la que todavía hoy me nutro. En la escuela a la que asistí, la cima de las letras y del pensamiento estaba en el siglo XVIII; fuera de eso, mis profesores, agnósticos o escépticos en su mayoría, no querían saber nada y habían renegado uno tras otro de su fe. Eso fue lo que viví: el deslumbramiento de las luces, el deísmo a lo Voltaire. Y eso fue seguramente lo que condicionó mi posterior alejamiento de la Iglesia, por la que, a decir verdad, durante mi infancia y adolescencia nunca sentí un gran apego.

Pero no puedo explicar mi enfriamiento religioso solo por el humanismo ateo del que mis maestros estaban tan orgullosamente embebidos; para ello debo hablar del para mí inexplicable matrimonio de mi prima Marie con el indeseable y acaudalado vizconde de Bondy, a quien ella llamaba familiarmente Olivier. Aquella primavera de 1874 —yo contaba, como he dicho, dieciséis años— fue para mí nefasta por esta unión matrimonial, contra la que combatí con uñas y dientes. No acepté aquella boda y no perdoné a mi prima que me abandonara para marcharse con un tipo que había irrumpido en su vida con el único propósito —o eso pensaba yo— de arrancarla de mi lado. ¿Qué necesidad tenía ella de casarse, si ya era tan feliz?, me preguntaba, decidido a vengarme y a castigarme sucumbiendo a las pasiones más desordenadas.

Como primera medida, dejé de estudiar y de hacer deporte y, como es natural, muy pronto comencé a suspender y a engordar. Mis compañeros de colegio, con quienes hasta entonces había mantenido buenas relaciones, no tardaron en mofarse de mí: «Foucauld, el gordo», me decían, o «la vaca granujienta», pues era torpe y lento como una vaca y unos granos inmisericordes salpicaban mi rostro. No me importaba. Al contrario: en mi fuero interno me alegraba de resultar desagradable y de ser rechazado; me vengaba en mí mismo de lo que entonces juzgaba como la gran traición de mi prima Bondy.

A LOS diecisiete años me encontraba en una situación espiritual lamentable; yo era un gordo presuntuoso y repelente; era todo egoísmo y vanidad: estaba como enloquecido y era tan perezoso que ni en el mes de febrero había cortado todavía las hojas sin guillotinar del libro de geometría, en el que tenía que haber estudiado desde noviembre. Contaba únicamente con el consuelo de las obras de Corneille y de Rousseau, en cuya compañía pasaba las tardes en estricta soledad. No sabía qué sería de mí ni me importaba; entendía que alguien había trazado desde arriba mi porvenir y que rebelarse o protestar por ello resultaría completamente inútil.

En la confianza de que mi afán de revancha alsaciano-lo-renés seguía vigente, a mi abuelo y tutor no le preocupó lo más mínimo la pérdida de mi fe. Decidido a que entrara a su debido momento como cadete en Saint-Cyr —algo que ni siquiera me consultó—, me envió al colegio de Santa Genoveva, en París, regentado por la Compañía de Jesús. Allí, supuestamente, se me prepararía para tal fin. Pero tampoco el contacto con los jesuitas me hizo cambiar: seguí engordando y leyendo a mis popes literarios, y hasta me reía del credo católico.

—¡Tres igual a uno! —bromeaba junto a mis jovencísimos colegas, persuadidos todos del disparate de una fe trinitaria.

Ninguna doctrina me parecía suficientemente probada; consideraba que la fe que se profesaba en religiones tan diversas del planeta era el mejor signo de la estupidez y condenación de todas ellas.

A nadie extrañó que mis estudios fueran de mal en peor ni que los jesuitas, según su proverbial costumbre de atender solo a sus alumnos más brillantes, se desentendieran de mí durante meses y terminaran por expulsarme de sus aulas. En mis adentros me justificaba, convencido de que lo que mis educadores llamaban desidia o pereza no era sino curiosidad y fantasía.

—¡Es magnífico que me hayan expulsado! —Llegué a decirme—. Así, cuando me readmitan… ¡tendrán la oportunidad de retractarse!

El coronel Morlet quedó tan afligido ante la noticia de mi expulsión que solo entonces comprendí lo mucho que aquel pobre viejo me quería. Informado de mi fracaso académico, mi abuelo se sumió en un exasperante mutismo. Ensimismado y oscurecido por la

pena, con frecuencia se olvidaba de desplegar y sacudir la servilleta antes del almuerzo, para anudársela después al cuello en forma de babero. Olvidaba incluso atusarse el bigote y mirarse cada mañana, entre presumido y satisfecho, en el gran espejo ovalado del recibidor. No pudo salir de su abatimiento hasta que no me apliqué en mis estudios y fui readmitido. Fue su profundo y sincero afecto lo que posibilitó mi prodigiosa pero efímera recuperación, pues el 25 de octubre de 1876 firmé en Saint-Cyr, contra todo pronóstico, un acta de compromiso voluntario por cinco años. En cuanto obtuve aquel documento oficial, se lo entregué a mi abuelo con el pecho henchido y una sonrisilla de superioridad que tardé años en borrar de mis labios. Porque yo era un joven perezoso y sensual —eso ya ha quedado dicho—, pero sería injusto que no reconociera ahora que ya entonces, con todas mis contradicciones, tenía un corazón con unas ganas locas de amar.

—Quizá disfrutes de una vida breve pero heroica —sentenció el viejo Morlet, admirado por la rapidez y efectividad de mi reforma.

Pero la verdad era que la vergüenza que había experimentado en mi niñez por la derrota francesa empezaba a quedarme ya bastante lejos. Además, fue entonces cuando comenzó a salirme el bigote y cuando comencé a interesarme por los placeres de la mesa y la sensualidad de las mujeres.

## 6. El cuartel de Saint-Cyr

Debido a mi precoz obesidad, a mi baja puntuación y al desenfado y altanería de mis respuestas en la entrevista con el director de la Escuela Militar, faltó muy poco para que el ejército me rechazara. A nadie extrañaron entonces mis dificultades, porque en 1876 yo era lo que se llama un gordo impertinente. Tanto me agarraba a mi gordura y a mi impertinencia cuanto más percibía lo mucho que ambas cosas fastidiaban y hasta repugnaban a los demás. De haber podido, habría querido ser más gordo incluso, y más impertinente; y casi diría que mi impertinencia crecía conforme comía y engordaba. Nada me frenaba, no me importaba mi

reputación. ¡Quién iba a imaginar que del glotón y escéptico que yo era en aquel entonces podría salir el aprendiz de asceta y de apóstol que ahora soy! Mi rostro y cuello eran macizos, mis facciones fofas y vulgares; mis ojos, hundidos en sus órbitas, se habían empequeñecido por la grasa que se acumulaba en las mejillas. Labios sensuales e indolentes: cualquiera habría deducido nada más verlos lo dominado que estaba entonces por lo carnal. Pero hasta en mis facciones esculpiría Dios, con el tiempo, el milagro de su gracia.

Mi camarilla del cuartel se hizo célebre por los opíparos banquetes con que agasajábamos a quienes se unían a nosotros, así como por las largas partidas de naipes en que muchos nos enfrascábamos casi hasta el amanecer. No me vestía con elegancia, sino con sofisticación; me negaba a fumar cigarrillos que no fueran de mi marca; jamás aceptaba que un cochero o un mozo de café me devolvieran el cambio del luis con que abonaba mis caprichos; gastaba irreflexivamente en sastres y hoteles, en perfumerías y casas de juego…

Cifro el inicio de mi vida adulta cuando ingresé en el cuartel de Saint-Cyr, época en que derroché la generosa pensión mensual que mi abuelo puso a mi disposición en los más extravagantes antojos y desenfrenos de una vida licenciosa. Así que de joven ejercí de noble, digámoslo así, derrochando mi fortuna: dilapidé consciente y fraudulentamente el patrimonio familiar, harto de una vida que apenas había empezado a vivir. No reparaba en gastos y prestaba a mis amigos cuanto me pedían y hasta lo que no me pedían; creía en el progreso y confiaba en que todo, de algún modo, acabaría bien.

Solo quien ha tenido mucho sabe qué significa perderlo todo. Ahora sé que durante aquellos años comía y engordaba para llenar el vacío que tenía dentro; y que si derrochaba mis bienes y arriesgaba la vida era para acabar con todo lo antes posible. De hecho, me vengué de las austeridades a que los jesuitas nos sometían en Santa Genoveva con el comportamiento más indisciplinado y libertino de mi promoción, en la que destaqué precisamente —además de por mi obesidad y consiguiente torpeza en gimnasia— por la irresponsabilidad de mi comportamiento y por la opulencia de los banquetes y de las fiestas que promovía.

TRAS aquellas juergas nocturnas sentía un vacío doloroso, una tristeza como no he sentido jamás sino entonces y que cada madrugada me asaltaba cuando me encontraba solo en mi habitación. Por esta razón retrasaba la hora de regresar al cuartel cuanto me era posible, pues sabía que ahí me esperaba una tristeza que parecía adquirir para mí cierta consistencia física. Pero antes o después llegaba el momento en que no podía dilatar más ese instante fatal y, en cuanto abría la puerta de mi camarilla, una oleada de inmensa e indefinible tristeza me zarandeaba y envolvía. ¡Ah, cuánto llegué a despreciar lo que llamábamos «fiestas»! Yo las organizaba, pero, llegado el momento, con una copa en la mano y una sonrisa forzada, las pasaba en un mutismo y un hastío infinitos.

Por las tardes, antes de asistir a aquellas lamentables veladas, holgazaneaba en mi camastro entregado a la lectura de los autores griegos y latinos. En la ciénaga de aquellos autores paganos, yo chapoteaba y caminaba hacia mi perdición. Porque nada hay tan peligroso como un mal libro que, bajo formas bellas y retórica, arrastra al alma a paisajes de donde más tarde le será muy difícil salir. No exagero: cuanto más leía a todos aquellos autores descreídos y satíricos tanto más sucumbía en la trampa de la sensualidad, de cuyas redes —puedo jurarlo— es muy difícil escapar. Y tanto más me buscaba a mí mismo en los gestos más extravagantes y desesperados.

A la sensualidad y extravagancia, de las que todavía informaré en el capítulo que sigue, sucedieron el afán de mundo y de aventura. Buscaba autoafirmarme, imponer mi nombre: creía que solo podría ser alguien si los demás lo reconocían. Necesitaba su aprobación, por lo que no obtenerla era tanto como perderme. ¡Qué desesperados son los intentos de quienes dependen de la aprobación ajena! ¡Cuánta energía se derrocha en el afán de reconocimiento! Hoy apenas se enseña a los jóvenes a medirse consigo mismos: el patrón más grande, el más exigente y el único fiable. De todas las búsquedas posibles, la del aplauso es la más necia, más todavía que la acumulación de bienes. Porque al igual que el rico nunca estima suficiente su riqueza, desvelándose continuamente por asegurar lo que ha llegado a poseer, así aquel a quien honran en este mundo se desvelará también en su afanosa búsqueda de nuevos honores y más altos cargos. Por entregado y frenético que sea, todo aplauso le

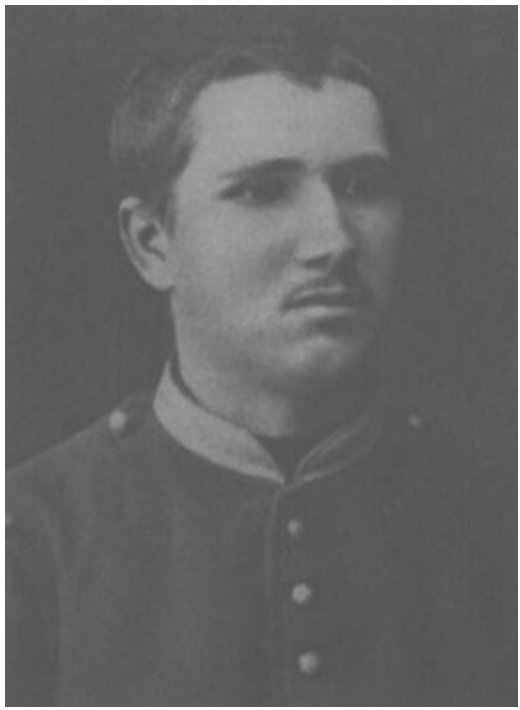
sabrá al soberbio a muy poco, queriendo que le honren mil si le han honrado cien, y cien si solo diez. Quien emprende la carrera del éxito emprende una carrera sin meta.

Debo decirlo ya, desde este primer capítulo de mis memorias: quien no esté dispuesto a tomar el camino del fracaso social, no puede seguir a Jesucristo. No hay que engañarse, es así. No es que todos los fracasos conduzcan a Dios, pero puedo asegurar que ningún éxito del mundo conduce a Él. Salvan los fracasos que no derivan en desesperación o, dicho de otro modo: desesperarse es lo que impide que un determinado fracaso pueda dar su fruto evangélico. Ahora bien, quien fracasa y no desespera está en las mejores condiciones para entender y vivir el Evangelio. Por eso fracasar puede ser la mayor de las suertes y la mejor de las bendiciones. Y por eso educar a un cristiano consiste en entrenarle a fracasar bien.

También quiero decir que un éxito evangélico se reconoce porque tiene el aspecto de un fracaso humano. Y que la vida de los grandes cristianos es, en general, una lección magistral sobre cómo amar la soledad y cómo fracasar en sociedad. Es sabido que la mayoría de los santos fue el hazmerreír de su tiempo, que sufrieron lo indecible y que estuvieron más solos que ninguno de sus contemporáneos. No es que yo me tenga por santo, naturalmente, por incontables que hayan sido mis sufrimientos y honda mi soledad; pero sé por experiencia que la gloria mundana es la peor de las tentaciones. Por fortuna, por gracia, mi historia es la de un fracasado. Pero tuve que pasar por el éxito, como mostraré a continuación, para comprender que estaba a punto de caer en una trampa.

# II
# EXPLORACIÓN

## El explorador de Marruecos



El éxito no es uno de los nombres de Dios.

(MARTIN BUBER).

Estamos tan esclavizados por las presiones sociales
que la mitad de nuestro tiempo,
de nuestros bienes y talentos,
se malgastan en exhibirnos y demostrar a los demás
que somos grandes y magníficos.

(MAHATMA GANDHI).

¿Por qué se le ocurre a tan poca gente tomar baños de silencio?

(PAUL CLAUDEL).

## 7. De Morès

Por grande que fuera mi fe en la política y por mucho que estimase el concepto de defensa nacional, más que un soldado, a los veinte años yo era sobre todo alguien con una personalidad que pujaba por despuntar. Tal vez por eso leía y releía una desencuadernada edición de Aristófanes, que siempre llevaba conmigo, así como algunas de las obras de Lope de Vega y de Calderón, cuyas comedias conseguían sacarme del cuartel sin traspasar sus muros. Ni qué decir tiene que envidiaba el ingenio de los grandes escritores y el brillo de un imperio como el británico, cuyas colonias se habían fortalecido y extendido en otros territorios como creía que debían fortalecerse y extenderse las de mi país. Pero la verdad era que la madre patria por la que tanto había sufrido en el 71 y por la que todavía hoy, en el 16, sigo sufriendo, no lograba apagar el fuego del tedio que me consumía en el cuartel, donde no encontraba a quien debía y quería ser. Fue así, por puro aburrimiento, como entablé amistad con una de las personalidades más contradictorias que haya conocido nunca y a quien todos llamábamos por el apellido: De Morès.

De Morès era un ferviente católico como no había conocido otro, algo que no le impedía emborracharse durante los permisos y frecuentar a las que entonces se llamaba «mujeres de vida alegre». De Morès era un aristócrata, como yo mismo, y entre sus muchas excentricidades estaba la de hacerse pasar por italiano —pues su padre era de esta nacionalidad—, algo que le divertía muchísimo. Le introduje en los placeres gastronómicos —que nunca apreció tanto como yo—; él, por su parte, insistía en conducirme cada noche de permiso a un nuevo burdel, convencido de que una camaradería como la nuestra no quedaría sellada hasta que ambos no nos hubiéramos acostado con la misma mujer.

Por las mañanas, tras nuestras inacabables noches de juerga, él iba a la iglesia a confesarse y —como yo no quería entrar— me rogaba con vehemencia que le esperara fuera, en la puerta.

—Pero ¿estás sinceramente arrepentido? —le preguntaba antes de que entrara en el templo para recibir allí, de manos de algún sacerdote, la absolución sacramental.

Cada mañana, y fueron muchas las que vivimos juntos en semejante situación, De Morès se ofendía por esta pregunta que nunca dejé de formularle, maravillado de su habilidad para hacer compatible el desenfreno con la devoción. Mientras me explicaba que el pecado era el lugar preferente para el encuentro de un cristiano con su Dios, sus ojos se anegaban en lágrimas. Pretendía hacerme creer —y seguramente él mismo lo creía— que su contrición era tan sincera como firme su propósito de enmienda. Y de hecho salía del confesionario dispuesto a cumplir la penitencia impuesta y a no quebrar jamás, por grande que fuera la tentación, sus renovados compromisos de ser casto y abstemio. Pero así como reincidía en sus amargas lágrimas matutinas, De Morès reincidía también en su desordenada lujuria nocturna, llegando a presumir del hecho de que no hubiera en Francia un soldado que, a su edad —siempre hacía esta matización—, se hubiera acostado con tantas mujeres alegres —con cuyos nombres y edades aquel pecador y penitente irredento había confeccionado una lista.

Hoy sé que el principal problema del penitente radica en que no suele aborrecer suficientemente los males de los que se confiesa y, al no aborrecerlos, sucumbe nuevamente en ellos con suma facilidad. El enemigo del ser humano se había apoderado de De Morès hasta el punto de hacerle ver como bueno lo que no lo era, deformando así su visión y, en consecuencia, su capacidad de juicio. Y cuando ese atroz enemigo se posesiona de un alma hasta ese punto, ¡ah, entonces debe emprenderse un camino muy largo y laborioso para deshacer lo que ha logrado tejer con sus artimañas!

La amistad con De Morès me hizo más negligente y perezoso de lo que ya era, y si en 1878, al salir de Saint-Cyr, él fue el 332 de la promoción, obtuve yo en la misma circunstancia el dudoso honor de superar su puesto al quedar el 333.

—¡Me has ganado! —comentó él nada más conocer los resultados, y me propuso festejarlos con uno de nuestros acostumbrados banquetes.

Lemaitre, Matoussaint, el bufón del grupo, Grassot y yo solíamos ir a beber absenta a la Rotonde o a la Pissote, donde a menudo nos

encontrábamos con Sainville y Radigon, que habían hecho la primera ronda en el Tavernier; casi siempre estaban apostados en la sala grande, en la mesa del fondo, acompañados por sus preciosas amiguitas: chicas que reían y reían por cualquier cosa. Por treinta y dos sueldos cenábamos, hasta tener que desabrocharnos los cinturones, unas estupendas *cotelettes*, regadas con la picantísima y deliciosa salsa de *Soubise*.

## 8. La escuela de caballería de Saumur

Es frecuente que los jóvenes, precisamente por jóvenes, se comporten con total imprudencia: que lean lo que cae en sus manos sin antes haber discernido si es bueno o no; que viajen sin preguntarse si ese viaje les construirá o destruirá; que conversen con desconocidos en la ingenua creencia de que de todos puede aprenderse. ¿Qué nombre puede atribuirse a quien no ha ejercitado el pensamiento y se ha lanzado a tomarlo todo con irreflexiva avidez?

En mis frecuentes exámenes de conciencia, la avidez se me presentó desde el principio como el primero de los males que debía erradicar. Porque yo había vivido ávido de libros y mujeres, de fiestas y relaciones, de sensaciones chispeantes y de una vida que tanto más se me escapaba cuanto más alocada era mi voracidad. Porque ¿cuántos viajes pensaba realizar?, me pregunto hoy. ¿O es que creía que llegaría a conocer todo el planeta? ¿Y cuántas mujeres pretendía poseer? ¿O es que pensaba que las seduciría a todas? ¿Y cuántos libros estaba dispuesto a leer? ¿Pensaba realmente que alguno me daría la sabiduría que buscaba?

No son necesarios muchos lugares, sino uno —el propio—; no son precisos muchos libros, sino uno —el que da la sabiduría—; no sacian muchos amores, sino uno: el que viene de Dios. Espíritu religioso y sobriedad son términos sinónimos. La sobriedad es la condición de la religión.

Gracias a este descubrimiento decidí no conformarme con aceptar lo que la vida me ofreciera, sino discernir qué debía tomar o

rechazar entre todo lo que se me ofrecía. Solo así me ejercitaría en la libertad —deduje—, y solo así, en este ejercicio, construiría mi identidad. Antes de emprender un viaje, comencé a preguntarme si enriquecería mi espíritu y cómo; antes de empezar una lectura, calibraba si no sería mejor abordar otra; antes de iniciar una amistad ponía a ese posible amigo ante Dios. Sentí una inmensa dicha al descubrir que la vida misma, sin más, era ya una tarea; me sentí feliz al saber que podía trabajar por mí y que esa era, al menos entonces, la mejor ocupación.

Pero para llegar a estas conclusiones, tan elementales como necesarias, tenía todavía que pasar mucho tiempo: algunos años en la escuela de caballería de Saumur, por ejemplo, donde mi clasificación entre mis camaradas fue, si cabe, aún más deshonrosa que las anteriores. Contribuyó a ello, seguramente, la noticia de la muerte de mi abuelo, que me dejó al principio sumido en una venenosa melancolía para después, enseguida, arrastrarme a una mayor prodigalidad y a otros excesos aún más inquietantes.

AVERGONZADO por tener que seguir en este mundo habiendo muerto mi abuelo, me arrojé a las acciones más burlescas para así mostrar lo poco que me importaba qué fuera lo que se pensara de mí; después —muy pronto— me arrojé también a las más temerarias —mostrando con ello lo poco que me importaba la vida.

Entre las que he llamado «burlescas» destaco mi afición a disfrazarme, algo que en cierto sentido me ha acompañado hasta hoy, aunque no siempre, por fortuna, bajo formas tan estrambóticas. Como no sabía ni quién era, durante algún tiempo me dediqué a jugar con quien no era: tuve que inventarme muchas identidades hasta poder elegir precisamente aquella que Dios había elegido para mí.

Comencé por disfrazarme de mendigo con excelentes resultados, pues nadie me reconoció. ¿Quién iba a suponer que al ponerme aquellos harapos me había disfrazado de lo que realmente estaba llamado a ser? Poco después opté por disfrazarme de albañil, con un éxito idéntico o superior. ¡Me divertía tanto paseando anónimamente por Saumur! ¡Podía reinventarme, ser quien quisiera, vivir como un camaleón! Aquel juego con mi propia

identidad me excitó hasta el punto de hacerme creer que era ahí —en aquel ridículo travestirse— donde radicaba esa libertad que los humanos siempre andamos buscando.

Mi gusto por los disfraces llegó a su máximo paroxismo la jornada que entré en la escuela de caballería disfrazado de mujer. En un alarde de osadía y entrenado ya en el arte de la imitación, me contoneé seductoramente entre mis colegas, insinuándome con un abanico, como había visto que hacían algunas prostitutas de origen español. Aquella patética bufonada estuvo a punto de causarme una nueva expulsión, pero no por ello renuncié a disfrazarme semanas más tarde de usurero, de afilador y de sabe Dios cuántas otras cosas más, emborrachado como estaba por la idea de ser quien no era y de engañar a quienes me rodeaban.

Por lo que se refiere a lo que he llamado actividades temerarias, destacaré solo una. Terminadas mis vacaciones en el castillo de Valleombrosa y obligado a regresar a Saumur, salté al techo de un vagón de tren desde lo alto de un puente. Permanecí ahí, en lo alto de aquel vagón, carcajeándome hasta las lágrimas ante la atónita expresión de mis colegas, convencidos de que mi proeza solo podría saldarse con una muerte horrible y violenta. Agitaba piernas y brazos en un frenesí que todavía hoy me resulta incomprensible. ¿Qué buscaba demostrar? ¿Cuál era el vacío que pretendía colmar? ¿De qué me reía exactamente en lo alto de aquel vagón? ¿De mí mismo? ¿De la vida? ¿De la muerte? Los paseos con mi prima, de la mano y en su jardín, me quedaban ya muy lejos. Mi vida había tomado una senda de la que me sería muy difícil apartarme. Ahora sé que latía en mí un deseo maligno de provocar y que, como todo adolescente, ansiaba convulsivamente adquirir una identidad propia y cierta relevancia social.

Cuando me enviaron al destacamento de Pont-à-Mousson y abandoné Saumur, mi destino se separó del de De Morès. A él le incluyeron en la lista de Mauberge, y nada supimos uno del otro durante algún tiempo.

## 9. Mimí y el escándalo de Sétif

Los reproches de mi familia, inquieta por las preocupantes noticias que le llegaban, no me impidieron sustituir la compañía del pernicioso De Morès por la de Mimí, una prostituta de la que me encapriché. El papel que mi abuelo y mi prima jugaron en mi infancia lo jugaron en mi adolescencia el contradictorio pero entrañable De Morès y la mentada Mimí, a quien decidí llevar conmigo a Sétif contra la normativa militar. En la primavera de 1880 quise que aquella mujer me acompañara hasta Argelia más por afán de desafiar el orden establecido en el regimiento que por verdadero afecto hacia ella. Aunque ni me casé con aquella pobre chica ni albergué nunca esa intención —por mucho que se lo prometiera—, le otorgué en resarcimiento el título de vizcondesa De Foucauld (¡otra impostura!) con el propósito de que le permitieran embarcarse conmigo. Pero las legítimas esposas de mis camaradas se indignaron al comprender que las tendrían por iguales a esa impostora y terminaron por denunciarla y, así, hacer imposible su permanencia.

Que una ramera como Mimí, siempre pintarrajeada y de burdos modales, ostentara el título de vizcondesa me divertía casi tanto como a De Morès hacerse pasar por italiano. De modo que cuando me presenté ante el subgobernador de Bône, ante quien tenía que rendir cuentas del fraude, llevé la impostura hasta su extremo. El subgobernador no se avino a razones: me pidió primero que dejara a mi querida en tierra, no sin antes confesarme que comprendía bien mis gustos e inclinaciones, y hasta que los compartía. Me negué. Me solicitó después, todavía con buenas maneras, que al menos no me paseara con ella del brazo por la cubierta, sino que la ocultase en la bodega para así evitar el escándalo y la murmuración. También a eso me negué. Obstinado como yo mismo, ante esta segunda negativa el subgobernador —hasta entonces indulgente— cambió la expresión de su rostro y hasta el timbre de su voz.

Hasta aquel día yo siempre me había burlado con, digamos, cierta cautela de la autoridad, fuera esta familiar o académica —que fueron las primeras contra las que me enfrenté—, pero también de la eclesiástica y de la militar. Gracias a mi habilidad para parecer diligente y cumplidor, hasta aquel entonces había logrado sortear las peores consecuencias de mi irresponsable conducta. Pero

ante aquel subgobernador, grandilocuente y gordinflón, toda la precaución con que me había guiado hasta aquel día se desmoronó como un castillo de naipes. Como si alguien me hubiera abierto desde dentro una espita, de mi boca salió entonces todo el espíritu del descaro y de la revancha que llevaba años amasando. Así que ante aquel fantoche con medallas no fui prudente, como otras veces, sino desafiante y maleducado; y debo decir que en este irreflexivo comportamiento encontré una desconocida y rabiosa felicidad.

—Si se niega —me advirtió mi superior—, tendremos que suspenderle de empleo y sueldo.

Me reí en sus narices, y eso le encabritó.

—Le borraremos de los cuadros del ejército —me amenazó; pero de eso me reí con un descaro todavía mayor, casi como cuando estaba en lo alto de aquel vagón de tren, concluidas mis desaforadas vacaciones en el castillo de Valleombrosa.

El subgobernador no lo resistió. Con el rostro escarlata y los carrillos hinchados, me reprochó violar deliberadamente las reglas, burlarme de la institución militar —que él representaba—, atentar contra la moralidad pública y pisotear el título nobiliario que yo mismo ostentaba, según se empeñó en recordarme. Pero hice oídos sordos a su perorata y continué riendo, sabedor al fin de que aquello no podría saldarse más que con el fin de mi vida en el ejército.

En aquella risa mía, sarcástica e impostada, cifro el momento en que mi pecado había llegado a su más honda expresión. Hablo de pecado deliberadamente, pues conozco muy bien sus consecuencias: la mirada se enturbia, por ejemplo, impidiendo que las cosas se vean en su verdadera tonalidad; el horizonte se estrecha, provocando que uno se conforme con metas que, en otro momento, jamás habría aceptado como suyas; el juicio se embota, consiguiendo que se tergiverse lo más diáfano y elemental; las palabras se agrian y, por ello, se lanzan con frecuencia como dardos, con el propósito de que se claven y hagan el mayor daño posible.

Otras consecuencias del pecado son: tristeza y malestar general, aun sin conocer el motivo; ira incontrolada, volcada habitualmente en quienes más se quiere; temor permanente a todo, hasta a lo más inofensivo; angustia ante el día de mañana, como si necesariamente

hubiera de comportar una amenaza; ironía constante, dirigida preferentemente contra quienes son más bondadosos o tienen mayor piedad; vertiginosa carrera para aturdir los sentidos con todo lo imaginable; rechazo del silencio y de la soledad, de los que se huye como de la peste; afición a la mentira, como si hacer creíble lo increíble fuera un arte y como si con ello no se resintiera la verdad… En todo esto no hay exageración alguna, más bien al contrario: he intentado ser conciso y escueto para no dar cauce al pecado mientras escribo sobre él.

NO pude hacerme cargo de lo que para mí supondría vivir sin el ejército hasta que, efectivamente, viví lejos de sus filas. En la reserva, un oficial como yo era un hombre sin destino. Los años en la caballería, como los que pasé con mi familia, me han dejado una huella imborrable; y es que yo siempre fui un soldado —me gustara o no—, y siempre he sido un hijo, lo que también hasta hoy he llevado como un honor.

Pero mi vida militar no concluyó con aquel percance, pues del cuarto de húsares —del que fui apartado por mi indisciplina— pasaría al de cazadores, al que me incorporé pocas semanas después, en mayo del 81. Los crepúsculos de Argelia, sus auroras, me habían seducido. El veneno del norte africano corría ya por mis venas y, fascinado por los paisajes del Magreb, no dudé en abandonar a la pobre Mimí en el puerto de Évian-les-Bains para proseguir luego, más libremente, con mis absurdas correrías.

Dicen que cuando era joven, antes de entrar en la escuela militar pero también mientras viví en ella, fueron numerosas las muchachas que se enamoraron de mí o que, al menos, pusieron en mí sus ojos, a la espera de que también yo me fijara en ellas. Pero nunca he prestado demasiada atención a las mujeres. Antes de mi conversión estaba demasiado centrado en mí mismo como para mirar a alguien que no fuera yo; y, tras ella, Cristo ha ocupado todo mi corazón, por lo que apenas ha quedado espacio o tiempo para algo o alguien que no fuera Él y su Iglesia.

## 10. La mejor tradición del ejército francés

El orgullo que había sentido de niño en la plaza Kléber cuando escuchaba las trompetas y los redobles de tambor despertó de su letargo desde que supe que mi unidad había sido trasladada a Túnez. Acababa de cumplir veinticuatro años y quise unirme a ellos de inmediato, avergonzado de que mi cuarto de húsares pudiera afrontar al enemigo sin estar yo a su lado, batiendo a los insurrectos y alentando a mis camaradas. A esta decisión no me impulsó solo huir de la estación termal de Évian, tan tediosa o más que el cuartelillo de Saint-Cyr, sino prestar mi colaboración en la lucha contra una de las muchas tribus morabitas. Sin recapacitar, impulsado por una voz que era más fuerte que la de la sensualidad, decidí desplazarme a Lyon, donde me puse de inmediato en contacto con las autoridades militares allí destacadas. El director general de caballería me aseguró que ellos no me obligarían a romper con mi «querida» —esa fue la expresión que utilizó—; pero Mimí ya no me importaba, y yo solo pensaba en que el Ministerio de la Guerra estudiara pronto mi solicitud y accediera lo antes posible a mi reincorporación. Fui complacido solo a medias: no viajé al protectorado de Túnez con mis viejos compañeros, sino al sur de Orán, donde también se libraba combate —en este caso contra la tribu de los Ouled Sidi Cheikh, de los que lo ignoraba todo salvo su proverbial ferocidad.

Quizá por el austero encanto de los magrebíes o porque había llegado a un punto del que, de no haberme corregido entonces, ya nunca habría podido hacerlo, fue en aquella circunstancia cuando se inició mi transformación: afronté las privaciones de la vida en los campamentos itinerantes como el primero; me ofrecí a encabezar las columnas expedicionarias más peligrosas; me revelé en combate como un carismático estratega, ¡yo, que hasta entonces solo había sabido comportarme como un bufón de feria!

Durante uno de los ataques, me arrojé sobre el enemigo con un coraje y una ferocidad que incluso yo desconocía poseer. En aquella carrera loca, montado en mi caballo, no latía solo la camaradería militar y la valiente generosidad de quien quiere dar su vida por la patria —mi valor supremo de aquel entonces—; no, en la rabia con que espoleaba a la bestia, en la furia con que blandía el sable y me

disponía para el ataque latía un deseo feroz por resarcirme de todos los años perdidos en extravagancias: una ira contra mí mismo, irreprimible, y una aspiración —todavía incipiente— a reformarme. Algo se había apoderado de mí: una ambición, una fuerza. Algo tensaba mi voluntad como la cuerda de un arco en el instante en que se dispone a disparar una flecha. No, yo no era ya el antiguo teniente de Pont-à-Mousson. Entre el Foucauld de entonces y el de Sétif había una diferencia tan sustancial que todos la percibían. Yo mismo estaba sorprendido de mí, y esa sorpresa, tan grata, era la que me estimulaba a que el abismo entre el Foucauld de antaño y el de entonces se ensanchara.

EL jefe de la tribu morabita de los Ouled Sidi Cheikh se llamaba Bu Amama, y era un insurrecto que estaba en el origen de muchos de los conflictos entre franceses y marroquíes. Hombre de Dios y de la guerra al mismo tiempo, así como personaje clave de la sociedad magrebí, el tal Bu —contra quien combatí en el 81— poco tenía en común con Moussa Ag Amastane, un jefe indígena con quien me unió, desde que me instalé definitivamente en Argelia, una honda amistad.

Pero más que Bu Amama —cuyas hazañas y crueldades adquirían entre mis compañeros el rango de legendarias—, quienes en aquella época se revelarían decisivos para mí fueron el entonces subteniente Laperrine, con quien todavía hoy comparto el amor al desierto, y el intérprete y oficial de información Motylinski, ya fallecido. Ambos eran autoritarios y paternalistas con los musulmanes, pero les querían hasta el punto de entregarles lo mejor de sus vidas. Laperrine es en buena medida el responsable de mi actual emplazamiento en Tamanrasset, una meseta elevada a casi mil quinientos metros de altura y cuyo terreno ondulado y lleno de piedras no hacía suponer que pudiera prosperar allí ningún proyecto de cultivo; a Motylinski, por su parte, excelente especialista en epigrafía latina y lingüística árabe, le debo muchísimo del trabajo científico en que todavía ando embarcado: la elaboración de un diccionario *tamacheq-francés* y la recopilación de la ingente y preciosa tradición oral de este pueblo sahariano, del que tanto he aprendido y sigo aprendiendo a mis cincuenta y siete

años. Desde las llamadas oficinas árabes, ambos oficiales me enseñaron a respetar la historia y la lengua de los beréberes, así como a entender mi presencia en este punto del planeta no ya solo como embajador de Cristo, sino como filólogo y etnógrafo. Fervientes compatriotas pero no por ello menos defensores de la civilización islámica, Motylinski y Laperrine me abrieron a un modo distinto de estar en las colonias: respetuoso con los indígenas, reacio a la usurpación indebida y cercano a esa fraternidad a escala planetaria con la que sigo soñando. Sueño con que judíos, cristianos y musulmanes, por encima de todo sentimiento de superioridad nacional o cultural, puedan vivir en la misma casa, abierta a todos; que unos y otros podamos rezar juntos con toda naturalidad. En la mejor tradición del ejército francés e injustamente acusados —como yo mismo— de arabofilia, ambos oficiales me enseñaron a ver cómo África, y en particular el Magreb, resulta para Occidente un maravilloso enigma. Sí, mi vida dio un paso hacia adelante cuando les conocí.

## 11. Una hospedería en Mascara

Los mandos no permitieron que me uniera a Laperrine cuando él partió a Senegal —una vez que Bu Amama fue abatido—, y me instaron a que aguardara con paciencia mi nuevo destino. A tal fin me instalé en una hospedería en Mascara, famosa capital del emir Abdel Kader. En aquella hospedería dispuse mi habitación como había visto que era costumbre en las pocas familias árabes con que había logrado entrar en contacto; renuncié a la silla, por ejemplo, y me acostumbré a sentarme sobre una alfombra en el suelo. De esa guisa era como me encontraba la bonita hija del hospedero, Eugénie Biffet, cuando entraba para entregarme la correspondencia o las vueltas de algún recado.

De Morès, con quien comencé entonces a cartearme, me hablaba en sus escuetas notas de un gran viaje al Oriente que proyectaba realizar. Estaba cambiando, acariciaba algunos ideales.

—Pienso acompañar la ruta de las caravanas por el desierto —

me había escrito—; tal vez llegue nada menos que hasta Afganistán.

—Afganistán —repetí en voz alta al leer aquello, y la hermosa hospederita, que todavía no se había retirado, me preguntó si le ordenaba algún otro servicio.

¡Mi buena Eugénie! Cuando ahora pienso en ella, comprendo que se había enamorado de aquel entusiasta y obcecado joven que yo era en Mascara. Porque ¿cómo si no explicar que se demorase tanto en mi puerta, cumplido ya su mandado? ¿Cómo sus repetidas visitas, brindándome siempre su disponibilidad para cualquier recado que me urgiera? En mi mente y corazón juveniles, sin embargo, no había sitio más que para las palabras que De Morès me había escrito: «Un Gran Viaje al Oriente». Ya estas palabras —solo ellas—, sin imagen alguna que las acompañara, me excitaban hasta el punto de impedirme conciliar el sueño. «Foucauld, el viajero», pensaba para mí, y también pensaba que en aquella palabra —viajero— había encontrado al fin esa identidad que en vano había buscado en la vida militar.

Todavía hoy me pregunto por lo que realmente me sedujo de los árabes. ¿Quizá lo imprevisible y primitivo de sus vidas? ¿Acaso los espacios inconmensurables que les rodean y sus miradas, acostumbradas a un horizonte que no termina? ¿O más bien fue el estremecimiento de lo desconocido y de la aventura? Las travesías en camello, las estrellas, las dunas…: todo esto me parecía sencillamente irresistible. Como un forastero en mi lugar natal, deseaba pedir la situación de reserva en el ejército y emprender una vida errante, abrazar lo que el destino quisiera depararme y volar. Todo me llamaba: la guerra contra los rebeldes, el grito silencioso del pueblo africano, morir joven en una empresa audaz.

DATA de aquellos días mi costumbre de vestirme a la usanza árabe. Una mañana, al salir de la hospedería, en uno de mis escasos paseos por Mascara —pues pasaba buena parte de la jornada encerrado en mi habitación—, mis pasos dieron con un mercadillo donde vendían ropa indígena. Compré dos blusas con capucha, ambas de vivos colores, y me las probé en cuanto pude. A mi buena Eugénie le gustó poco que hubiera colgado mi flamante uniforme militar, aunque no por ello cesaron o disminuyeron sus reveladoras visitas.

Una vez más, y sin darme ni cuenta, había sucumbido a la tentación de hacer el payaso o *faire le zouave*, que era como entonces me gustaba designar mi afición por los disfraces.

—Si alguna vez emprende un «gran viaje» —sentenció mi primo Georges Latouche, al saber de las intenciones aventureras que empezaba a acariciar—, solo lo hará para volver a disfrazarse.

Era evidente que mis superiores jerárquicos habían informado a mi familia de esta afición mía, tan arraigada como peculiar.

—Como hijo pródigo que es, regresará en cuanto haya enterrado sus mil francos bajo arena —sentenció también tía Agnès, preocupada por los derroteros que tomaba mi carrera y, sobre todo, mi capital.

Pero yo sabía que no sería así; sabía que ahora la cosa iba en serio. Sabía que mi pasión por lo oriental no era simplemente por lo exótico o colorido, como alguno podría pensar, sino por la soledad en la que allí tendría que desenvolverme: una soledad que, como si fuera una persona, me decía: ven.

El fuerte impacto que me había producido la devoción de los musulmanes me condujo a imitarles en muchas de sus prácticas y costumbres, tales como en su modo de vestir y en su hábito de dormir sobre una estera. En mi apartamento, extendía una esterilla que había comprado precisamente a este efecto, y era ahí donde me echaba a dormir. ¿Podrá creerme alguien si digo que nunca dormí mejor? Mientras dormía, Dios me alimentaba, estoy seguro porque…, ¿cómo si no explicar la dicha con que me despertaba cada amanecer? Pero antes de conciliar el sueño, solo por aquella alfombra y por aquella vestimenta —a la que tardé más de lo previsto en habituarme—, me veía ya como a un árabe. Solo por vestirme así imaginaba que me aguardaban las aventuras más trepidantes.

Aunque más tarde regresara al continente negro, mi querido De Morès abandonó pronto su proyecto expedicionario para emigrar a los Estados Unidos, donde se casó con una rica heredera. Mediante nuestra correspondencia se alimentó nuestra intensa sed de viajar: un ideal que empecé a traducir cuando busqué un profesor de árabe y di los primeros pasos para estudiar la civilización islámica y el Corán. Al principio entendía poca cosa, pero eso no impidió que leyera sin discriminación todo lo que caía en mis manos sobre este

asunto, y con una voracidad superior a la de mi adolescencia por los clásicos franceses: una voracidad solo comparable a la que más tarde apliqué a mi lectura de vidas de santos y de la Biblia.

Los caminos de Dios son inescrutables: seguramente nunca habría accedido al cristianismo en el que fui educado sin mi fascinación por el Islam. Fue la devoción de los musulmanes, la sencillez de su dogma y de su moral, lo que algún tiempo más tarde me conduciría al aprecio de mi propia tradición religiosa, cuya práctica había abandonado por completo y cuya fe me parecía poco menos que inadmisible. Debo al Islam mi fe cristiana, suena raro; pero jamás me habría interesado por la religión de mis padres sin mi sed por viajar y conocer el mundo.

## 12. El irlandés

Inmerso en el estudio del Corán, recibí la respuesta a mi solicitud de cese del servicio activo en el ejército. Aquella misiva iba firmada por el general bajo cuyas órdenes estaba mi subdivisión, y rezaba así: «El oficial Charles de Foucauld no desea servir a la patria más que en caso de guerra». Contuve la respiración antes de seguir leyendo; Eugénie todavía estaba en la puerta. «Va a emprender un gran viaje al Oriente». Un gran viaje al Oriente —repetí—, ya no podía echarme atrás.

Únicamente me restaba persuadir a mi familia, que ahora seguía mis movimientos con mayor cautela. Tía Agnès intentó disuadirme de un proyecto de expedición que tildó de «fantasioso». ¿Cómo no iba a calificarlo así, si ni yo mismo sabía aún a dónde iría? Pero lo que le preocupaba más, según pude colegir, era que De Morès no me hubiera devuelto los cien mil francos que le había prestado en una de nuestras deplorables correrías. Ante el nulo éxito de mi reclamación —solo me devolvió cuatro mil— y asesorada por el primo Latouche, para quien yo era un ingrato y un idealista, tía Agnès decidió controlar todas mis operaciones bancarias y reducir a cuatrocientos los cuatro mil francos que normalmente percibía —cantidad con la que también debía pagar mis lecciones de árabe—.

Para sorpresa de todos, acaté estas restricciones con musulmana sumisión y cristiana humildad. Ni yo mismo me reconocía, pero lo cierto es que no me importaba el dinero; al fin y al cabo yo era un noble a quien no podía entretener ni turbar el vano pensamiento del vil metal.

TODOS estos vagos proyectos de expedicionario empezaron a concretarse cuando conocí a un hombre apasionado por el Sahara a quien todos llamaban «el irlandés». El irlandés, primer conservador de la biblioteca del museo de Argel, me orientó al Marruecos inexplorado y me advirtió que nunca entraría en ese territorio —virgen hasta entonces para el occidental— si no era con un disfraz.

—¡Un disfraz! —exclamé loco de alegría—. ¡Yo tengo larga experiencia en disfraces! —añadí, y palmeé desenfadadamente su espalda, como si fuéramos íntimos.

Sorprendido por mi reacción, el irlandés sonrió.

—Deberá viajar de incógnito —me insistió en voz baja, pues aquella primera conversación tuvo lugar en la biblioteca—. Pagará el empeño con su vida si no logra pasar desapercibido —dijo también, y me miró con suma seriedad.

Nunca nadie me había mirado así: como un hombre mira a otro hombre.

—Naturalmente —respondí, y a partir de entonces intenté imprimir a mis movimientos, así como a mis expresiones, una mayor gravedad.

Oscar MacCarthy, que así se llamaba aquel erudito, me ayudó a preparar mi expedición con todo el rigor preciso. No he conocido hombre más bronceado y flaco que él, tanto que muchos le tomaban por africano. Todos sus compañeros y superiores le exhortaban continuamente a que se alimentara mejor, tal era su delgadez. Llevaba la barba larga y el pelo rapado. Muchos le conocían por «el hombre de la cabeza grande», y algunos por «el hombre del cañón de fusil», expresión que comprendí cuando le vi con un enorme barómetro enfundado en un estuche de cuero colgado a la espalda, en bandolera. Fue de este hombre de quien partió la idea de que me disfrazara de judío: una decisión que tomamos porque los judíos eran los únicos no musulmanes que se movían libremente por el

Marruecos de aquel entonces.

—Seré un judío errante —comenté; pero a eso el irlandés prefirió no responder.

MacCarthy me previno sobre la importancia de dominar perfectamente el árabe; también sobre la necesidad de familiarizarme con los ritos musulmanes, en cuya ejecución no podría equivocarme. Insistió de igual modo en que dibujara una hoja de ruta lo más detallada posible, fijando cada etapa o fase de mi expedición. Llegó a sugerirme posibles escondites para los cuadernos que, necesariamente, habría de llevar conmigo; y me asesoró sobre los momentos y condiciones en que podría escribir, pues me haría sospechoso si averiguaban que no era analfabeto.

—Allí será usted un marginado, ¿lo comprende? —Recapituló el irlandés, dubitativo todavía de que un vizconde como yo fuera capaz de tamaña aventura.

Realizaría algo a lo que antes no se había atrevido ningún europeo, ¿no era desafiante?

De joven, MacCarthy había soñado con cruzar el Sahara y llegar a Tombuctú, expedición que veinte años después de haberla proyectado seguía confiando realizar. Por supuesto que nadie tenía ya fe en que la emprendería; en el fondo, probablemente ni siquiera él. Pero el irlandés se aferraba a esta idea romántica para ocultarse que su destino, como el de tantos aventureros sin arrojo, quedaría encerrado entre las paredes de una biblioteca.

—Partiré próximamente —decía, temeroso quizá de que mi proyecto pudiera desplazar el suyo o en la sospecha de que, como él mismo, tampoco yo terminaría por embarcar.

No descarto que el irlandés imaginara que, al igual que él, también yo me conformaría con estudiar el Sahara sobre los mapas. Pero es igualmente posible que viera en mí a quien él no había conseguido ser. De ahí su entusiasmo contenido y sus esfuerzos por ser pragmático y realista, siendo como era un tipo de sensibilidad a flor de piel y con un corazón siempre a punto de estallar.

El irlandés me despachaba en pocos minutos, pues le requería su trabajo de bibliotecario, que realizaba con tanto escrúpulo y primor como el que más tarde imprimiría yo mismo en la confección de mis diarios de ruta. Yo, sin embargo, volvía siempre a ese museo argelino al poco rato de haberme despedido de aquel amable

erudito. Me podía la impaciencia, la excitación. Las conversaciones con el irlandés me encendían hasta el punto de visitarle prácticamente a cada hora, y ello aun cuando no me había citado.

—Allí será usted un paria —me repetía él—. ¿Se siente preparado?

Y tomó la costumbre de hablarme en árabe para comprobar si podía responderle.

—Sí, estoy listo —le decía—. Nunca he estado más listo —le repetía—. ¿Puedo partir?

Precisaba de su consentimiento; necesitaba de alguien que me dijera que mi odisea no era simple y llanamente una locura pasajera y juvenil, como todos pensaban y alguno se atrevió a decirme.

## 13. Una pasión africana

En su cuarto, el irlandés me mostró las miles de notas que había tomado en sus múltiples lecturas sobre lo que arqueólogos, etnógrafos y viajeros de toda índole habían escrito sobre África. Me emocionó tener en mis manos el inmenso arsenal de información que aquel hombrecillo oscuro y flaco había sido capaz de recoger a lo largo de toda una vida habitada por la pasión africana; pero más me conmovió la actitud con que MacCarthy me enseñó todos aquellos cuadernos: entre avergonzado y orgulloso.

—África es mi sueño —dijo entonces, como si no fuera evidente.

Una de sus fichas le temblaba entre los dedos.

Oscar MacCarthy nunca llegó a escribir el libro que proyectaba, como tampoco a realizar su expedición. Era un alma intrépida, sí, pero perdida entre polvorientos infolios y artículos que sabía de memoria. Porque aquel irlandés era un archivo viviente. Sin haber salido en años de la biblioteca del palacio de Mustafá-Pachá, conocía las aldeas más diminutas de Argelia como si hubiera pernoctado en ellas y hablaba de las costumbres de los tuareg como si hubiera estado entre ellos sin escolta ni equipaje. Cualquiera que le escuchara sin conocerlo pensaría que MacCarthy era capaz de moverse por aquellas tierras con la misma familiaridad que el hijo

del sultán.

La decisión de camuflarme como un israelita nómada aumentó las dificultades de mi expedición y retrasó la fecha de partida: a la lengua árabe debía añadir ahora la hebrea, pues podía ser preguntado por cualquiera con quien me topase y, como es obvio, debía saber responder también en el idioma de los patriarcas y profetas. Los obstáculos, sin embargo, no me arredraban; y me puse a estudiar hebreo con el mismo ahínco con que poco antes había comenzado a adiestrarme en la lengua de Mahoma. Me gustaba, era un políglota nato: estaba dotado para los idiomas, un talento que me confirmó en mis aspiraciones aventureras.

La idea de la aventura, en su sentido más directo y elemental, está detrás de esa otra gran aventura —la interior— que emprendería años después y para la que esta, sin saberlo, preparaba mi corazón. No se puede aspirar a la santidad sin el temple del aventurero. ¿Quién puede soñar con ir lejos en los caminos del espíritu si antes no ha soñado con ir lejos en los del mundo? Ir lejos, eso era para mí entonces lo importante: ser un pionero, un explorador, arriesgar mi vida y reputación en nombre de la ciencia o de mi país, pero no de forma gregaria o militar, sino solo. La soledad era la condición. La aventura, ¡qué palabra!

No estudié el hebreo privadamente —como el árabe—, sino en la sede de la Sociedad Geográfica de Argelia, con la que llegaría a firmar una especie de contrato para que a mi vuelta, si es que regresaba, les proporcionara algunos informes y documentos sobre la hidrografía y orografía del país. Solo con entrar en la sede de aquella insigne institución —cosa que debía hacer tres veces por semana para mis lecciones de hebreo—, solo con traspasar su umbral —siempre con mi cartera bajo el brazo—, pensaba que me había convertido en alguien importante: un hombre ante quien todas las puertas se abrirían en un futuro. ¡El futuro! ¡Qué palabra!

La intensidad anímica que un viaje puede deparar depende en buena medida de su preparación. Esa preparación quedaría culminada con un último trámite: dar con un guía que fuese de fiar, pues el irlandés me aseguró que me perdería por aquellas tierras si es que me desplazaba por ellas completamente solo. En el mes de

febrero de 1883 dimos con un rabino marroquí que, tras ser informado de mi proyecto, accedió a servirme como guía. Aquel hombre se llamaba Mardoqueo Abi Serour y era hijo de Isaías Abi Serour. Había nacido en 1830 en el oasis de Aqqa, y habría de convertirse en mi único interlocutor durante el año que duró mi arriesgada expedición. En las credenciales que nos presentó se decía que había estudiado teología en Marrakech, por no haber mezquita en Mhamid-el-Ruslán, su población de origen. Y que, concluidos sus estudios, ejerció de rabino oficiante en Philippeville, cargo que abandonó pronto por causa de una insoportable nostalgia de Aqqa, su patria. Seguí leyendo: Mardoqueo había estado en Sudán y en Tombuctú. Parecía el hombre adecuado para ser mi compañero.

Mientras leía su informe, le tenía frente a mí; estuvo muy quieto hasta que le comuniqué que sus credenciales me agradaban y que, en consecuencia, le aceptaba y llevaría conmigo. En aquel instante puso un poco de rapé en la uña de su meñique y lo aspiró con avidez. Luego se friccionó la barba y, pese a mi visible repugnancia, alargó su mano con la intención de que se la estrechara. Tuve que hacerlo y, en cuanto lo hice, cuando nuestros ojos se cruzaron en aquel apretón de manos, comprendí que acababa de cometer un error.

Acordamos que su esposa recibiría mensualmente la retribución estipulada, si es que todo transcurría según lo previsto; convenimos de igual modo que si fracasaba en mi propósito por una u otra causa, él debería renunciar a cualquier remuneración y a todo tipo de resarcimiento. Su principal cometido consistiría en buscarme lugares solitarios donde pudiera tomar nota de mis observaciones topográficas sin ser molestado. Por si se descubría el instrumental técnico que llevaría conmigo y para justificarlo ante los curiosos, Mardoqueo tenía algunas historias preparadas —a cual más fantasiosa—. Ambos reímos de buena gana en más de una ocasión imaginando con qué podrían confundirse los sofisticados aparatos que tuve que comprar de mi bolsillo, sin la prometida contribución de la Sociedad Geográfica ni la de mi familia.

## 14. Escarnio en Orán

Todas aquellas risas, que solo reflejaban el nerviosismo propio de los días previos a la partida, cesaron por completo cuando el tren que me condujo hasta Marruecos se detuvo en Orán, ciudad inhóspita y virgen para los europeos.

Por equipaje llevábamos una bolsa y dos cajas. En una de aquellas cajas guardábamos un botiquín que me haría pasar por médico si es que la circunstancia lo requería; en la otra, todo el material para mi trabajo geográfico: un sextante, brújulas, barómetros, termómetros y mapas de toda índole. En la bolsa, en cambio, guardábamos las provisiones y algo de ropa de abrigo. Todo mi capital se reducía a tres mil francos, que llevaba en oro y en coral. Con esos haberes nos dirigimos a Tetuán, para lo que tuvimos que cruzar el litoral del Rif.

Horas antes, cuando me había desprendido de mi vestimenta europea y me había disfrazado al modo de los judíos, seguía sin poder hacerme cargo de que, de aquella guisa, me disponía a correr un riesgo mortal. Así que, inconsciente de la gravedad de aquel acto, me puse entre risas las medias blancas, el pantalón de tela y el chaleco turco. Cuando me calcé las sandalias y me probé tanto la gorra roja como el turbante negro, que habrían de cubrirme en adelante, hice grandes aspavientos y asusté a Mardoqueo, para quien aquel disfraz era más sirio que argelino, pero en todo caso apropiado a mis pretensiones.

Los inconvenientes e incomodidades de mi nueva situación no se hicieron esperar, pues ya en el primer desplazamiento experimenté que hacerse pasar por hebreo era todo menos un juego. ¿Incomodidades digo? ¿Inconvenientes? Mucho más que eso. Al llegar a Tlemcen, una población anárquica donde abundaba el pillaje, un grupo de oficiales franceses se mofó de mí, algo a lo que por mi condición de aristócrata no estaba en absoluto acostumbrado.

—¡Mirad a ese miserable judío! —dijo uno de los militares, presumiblemente el cabecilla—. ¿No me digáis que no tiene el aspecto de un mono, así, de cuclillas?

¡Qué ganas de saltar como un simio tuve entonces, para así mofarme de su mofa y mostrarles que eran ellos los burlados y no

yo! Pero tuve que contenerme; habría levantado sospechas de haberse sabido que un pordiosero como yo podía entender su lengua.

Mucho me ayudó en aquellos días ser tenido por pobre y forastero y, aunque la experiencia fue todo menos agradable, aprendí a ver el mundo como no lo había visto hasta entonces: desde abajo, que es —como más tarde comprendería— el lugar más universal. Sí, ser judío en la Argelia ocupada —y debo decir que eran muchos los argelinos que ansiaban que se extendiera nuestra ocupación— fue mi primer acercamiento al oprobio, algo a lo que más tarde habría de acostumbrarme. Porque el mundo no es el mismo, ciertamente, desde la óptica de los conquistadores que desde la de los conquistados; y aunque esta última es sin duda más incómoda, hoy puedo también afirmar que es humanamente la mejor. Hay algo que nos impulsa hacia arriba y que hace que nos olvidemos de que Dios está abajo.

TAMBIÉN en Fez, como en Tetuán, donde había alquilado un asno, sufrí vituperios de todo género. Tras organizar definitivamente mi medio de transporte y comprar dos mulas que nos condujeron durante diez meses, un musulmán me golpeó brutalmente la espalda.

—¡Que tu padre arda eternamente en el infierno! —bramó.

Y luego:

—¡Puerco judío!

Y todavía, esta vez a sus compañeros:

—Un judío no merece la bala con que matarlo.

Aquella ofensa pude resistirla sin reaccionar por la fiebre que me poseía en aquel tiempo por adentrarme en ese territorio. Aquella fiebre por el descubrimiento de lo nuevo y por la acción solo me la ha despertado, años después, la de la difusión del Evangelio. Me movía siempre de un lado para otro y no podía estarme quieto por la emoción, según puede leerse en la narración de mis andanzas, que empecé en Tánger el 20 de junio de 1883, fecha de la primera entrada en mi diario. Hasta para estudiar posibles itinerarios caminaba por la habitación en que nos alojáramos, donde Mardoqueo —más precavido que yo— aprovechaba para reponer

sus fuerzas.

Cuando mi guía roncaba a pierna suelta, solía dejar mis papeles a un lado y abría la ventana de par en par. Miraba entonces intensa y prolongadamente la línea del horizonte. El horizonte: ¿qué me aguardaría a lo lejos, quién podía saber dónde? Un joven que no ama la aventura no es un joven. De un hombre que no haya sido aventurero en sus años juveniles no puede decirse que sea un hombre.

Nunca hasta aquel viaje había visto una luna como la marroquí, enorme y brillante en medio de las nubes. La brisa no acaricia la piel en ningún lugar del mundo como lo hace allí; no hay noches tan recogidas como aquellas; ni crepúsculos tan divinos; ni gente tan aparentemente amenazadora y, en el fondo, tan pacífica. Fue de ellos de quien aprendí que toda vida humana se resume en esa misteriosa oscilación entre la búsqueda de la seguridad y la del riesgo. Porque también el riesgo lo buscamos, claro que sí; con menos ahínco, cierto, pero no sabemos vivir sin provocar lo que nos desestabiliza.

## 15. El geógrafo clandestino

Desde lejos saludábamos siempre a los campesinos, algunos de los cuales se acercaban para conversar. No era raro que se brindaran para acompañarnos durante un trecho, y mucho menos que nos aconsejaran qué senderos tomar para evitar a salteadores y bandidos. Parecía gente feliz, y no era de extrañar habida cuenta de la exuberante vegetación en la que vive y de la abundancia de sus cosechas. Yo, sin embargo, procuraba evitarles; para disgusto de Mardoqueo, prefería los terrenos más agrestes y desconocidos.

Para facilitar el trabajo científico a los que habrían de venir después, procuraba tomar nota de todo lo que me sorprendía: las palomas y perdices que levantaban el vuelo mientras pasábamos, por ejemplo, las especies de árboles que salpicaban el paisaje —algunas de las cuales desconocía—, los pocos viajeros con que nos cruzábamos o el color de las tierras, que se iban oscureciendo

conforme nos adentrábamos en el país. Pensaba mucho en los soldados que tarde o temprano llegarían a estas tierras, en los futuros colonos —pues buena parte del territorio estaba todavía por poblar—, en lo mucho que ayudarían mis informaciones a los geógrafos a quienes mañana se encomendara dibujar los mapas de estas inhóspitas regiones.

Para mis anotaciones no podía hacer uso de un lápiz normal, cuya longitud habría revelado que estaba escribiendo.

Para ocultarlo, decidí cortar el lapicero en cuatro fragmentos de poco más o menos dos centímetros cada uno, longitud que sí podía camuflarse en la mano y que consentía que mi escritura, durante el trayecto, fuera clandestina. Todavía hoy, aún sin necesidad, escribo así, clandestinamente. Casi se diría que quiero ocultarle a Dios que estoy escribiendo, pero es que ya no soporto los lápices normales, es decir, largos, pues me enerva el balanceo de la caperuza sobre los dedos. Sin necesidad —repito—, corto siempre los lapiceros en cuatro y, cuando escribo, consumo la mina hasta el final, con lo que no es extraño que, cuando ya he escrito mucho, lo haga con apenas una punta, que sin embargo manejo con no poca habilidad.

Al principio, temeroso, me alejaba de las caravanas, fuera rezagándome o adelantándome, para así poder escribir con mayor libertad. Pero luego, admirado de las mañas con que escribía sin que nadie lo percibiese, me desafiaba a mí mismo y me ponía a su lado, para comprobar que ni siquiera en aquella peligrosa proximidad era descubierto. La mayoría de las veces, en todo caso, no tenía de qué preocuparme: el asco que sienten en aquellas tierras por los judíos favorecía mi aislamiento.

Gracias a eso pude realizar también mis observaciones astronómicas, para las que solía subir a la azotea de la casa donde estuviéramos alojados, envolviendo mis aparatos de medición en mis vestidos y alegando, como pretexto, que necesitaba airearlos. La referencia al mal olor alejaba a los pocos curiosos. Pero como toda precaución era poca, había aleccionado a Mardoqueo para que en esas ocasiones hiciera guardia en la escalera y entretuviera con mil historias a todo aquel que quisiera subir, dándome así tiempo para que concluyera mi tarea. Teníamos nuestros códigos de aviso secretos, naturalmente, y en los muchos trayectos en solitario obligaba a mi guía a repasarlos para que no nos fallaran en el caso

de que, efectivamente, llegásemos a necesitarlos.

También tenía la costumbre de hacer mis observaciones astronómicas a la sombra de las palmeras: allí consultaba el reloj, la brújula o el barómetro sin ser molestado; allí marcaba en mis mapas, que desplegaba con cuidado, el itinerario que habíamos seguido o el que proyectábamos realizar. Por culpa de la torpeza de mi redacción, incapaz de plasmar en palabras el atractivo del paisaje, pasé casi inadvertidamente de la escritura al dibujo. ¡El oficial explorador se había convertido en dibujante! Más tarde ese mismo dibujante se convertiría en sacerdote, pero la pasión de los tres —del oficial, del dibujante y del sacerdote— era la misma: Marruecos.

Yo sabía que mediante aquellas anotaciones y aquellos dibujos estaba haciendo algo importante, pero no sabía bien el qué.

Concluido el trabajo, o mientras lo realizaba, percibía que en el desierto todo parecía proclamar la grandeza del Creador. ¿Cómo podía entonces no creer?, todavía me lo pregunto. A través de aquella naturaleza esplendorosa, Dios comenzaba a abrir mi corazón para la fe. La fe nace de la contemplación de las maravillas del mundo: pero hay que ser un indigente para percibirlo; hay que haber salido de la propia tierra; hay que haberse atrevido a estar completamente solo, que es cuando Dios se muestra como la más dulce de las compañías.

## 16. El judío errante

Ya he dicho que para justificar la deficiencia de mi árabe —en cuyo estudio tanto me había esmerado, pero cuyo acento no llegué a pronunciar con total corrección—, MacCarthy me había aconsejado que me hiciera pasar por un rabino extranjero.

—Tus orígenes estarán en Moscú —sentenció aquel día el irlandés.

Yo quedé sin saber qué contestar.

—Vendrás directamente de Tierra Santa —continuó, y tampoco a eso tuve nada que añadir.

Soy un rabino que ha estudiado en Tierra Santa, me repetí esa noche de camino a la hospedería. Intentaba hacerme a la idea, meterme en mi papel. Contaba con ansiedad los pocos días que faltaban para mi partida.

—Soy un rabino —dije a la linda Eugénie, preocupada siempre por lo tarde que solía llegar y por mis muchas excentricidades.

A partir de aquel día me dejé crecer las patillas casi hasta los hombros, algo que hizo que mi rostro adquiriera definitivamente el aspecto prototípico o convencional de un judío.

MacCarthy me obligaba a repetir ante él la lección como si fuera un escolar.

—Soy un rabino nacido en Moscú —le decía cada vez que nos veíamos—. Tuve que huir de mi país por las últimas persecuciones, y de ahí pasé a Jerusalén primero y al norte de África después.

—¡Nombre! —me preguntaba él, siempre insatisfecho—. ¡Profesión! —Y yo le respondía—. Razones del exilio… Poblaciones por donde ha pasado… —Y, como buen director de escena, no le importaba únicamente que yo, su discípulo, me supiera el papel encomendado, sino que lo hiciera verosímil y lo recitase con toda convicción.

Así que antes de conocer al judío Jesús de Nazaret, tuve que hacerme judío yo mismo: Dios me iba conduciendo misteriosísimamente. Ahora bien, no amé al pueblo judío —o no al menos entonces—; y ello porque, por mi aspecto de compatriota suyo, tuve que soportar que algunos de ellos se me acercaran y se jactaran ante mí de sus muchos y viles crímenes, confiados en que yo era un hermano de raza que no les traicionaría. No, los judíos en Marruecos —todos los que conocí— eran desalmados, legalistas, repulsivos. Y tan honda y negativa fue la impresión que me causaron que solo años después, cuando viajé a Tierra Santa, pude borrar la imagen de fanatismo y mezquindad que obtuve de ellos cuando les conocí en la diáspora.

BUENA parte de mi corazón lo dejé en Marruecos, cuyos paisajes son los más prósperos y alegres que haya visto jamás. ¡Qué jardines los de Xexauen! ¡Qué cascadas entre helechos y laureles! Nunca he visto higueras tan poderosas ni viñas tan prietas como las que allí

crecen, a la orilla de los manantiales. Se respira mejor que en nuestro país. Nunca dejaron de asombrarme los arroyos que recorren las veredas y la abundancia de las mieses, que hacen las delicias de cualquier paseante. Pero no relataré aquí la honda impresión que me produjeron muchas poblaciones que mi guía y yo atravesamos, escalonadas en la montaña o perdidas allí donde nadie habría podido imaginar que, efectivamente, habitaba un alma humana. Todas mis impresiones de aquel gran viaje a Oriente las recogí en mi *Reconocimiento de Marruecos*, obra que publicaría en el 88 con el beneplácito y bajo los auspicios de la Sociedad Geográfica Francesa. Sin embargo, no puedo dejar de referirme al desierto, pues ningún claustro del mundo es comparable al que allí brindan los oasis y las dunas en los atardeceres de invierno. Piensa el hombre en ese escenario que sería bueno que hubiera un Dios. Y le dan ganas de hablar con los astros, tan apacibles, tan expectantes; no hay nadie que no sienta allí el deseo de sumirse para siempre en aquella paz. Si no amamos algún lugar del mundo, no amamos el mundo. Sí, Marruecos me emocionó muchísimo, y siempre —aún hoy— he pensado intensa y frecuentemente en ese país, donde diez millones de habitantes carecen de un sagrario ante el que arrodillarse. Todas las incomodidades que allí tuve que soportar me supieron a poco y las superé con alegría. Estaba dispuesto a creer que el Corán había descendido del cielo, conforme creen los musulmanes: tal era la permeabilidad y apertura de mi espíritu. Mis pies estaban cansados, con ampollas; pero me alegraba secretamente de aquel cansancio. Si durante aquella exploración fui un testigo oculto, justamente a eso mismo era a lo que Dios me iba a llamar: a vivir disfrazado como lo estaba entonces junto a mi guía. A ser, en la inmensidad del Sahara, el único cristiano.

## 17. El guía Mardoqueo

Para ir de una población a otra lo primero que tenía que hacer era preguntar quién era el hombre más importante del lugar, visitarlo, solicitarle las indicaciones precisas y negociar con él una

escolta. Una vez puestos de acuerdo, debía obsequiarle con generosidad y no limitarme a pagarle el precio convenido. De no hacerlo así, a los pocos kilómetros de la población que dejábamos atrás, a veces incluso nada más salir de ella, éramos atracados por un grupo de bandoleros que nos amarraban rudamente y que no nos dejaban en paz hasta haberse hecho con algún botín. Así las cosas, el hombre importante —y en toda población había uno, y era capital no equivocarse— nos proporcionaba su visto bueno y protección. Era así como funcionaba el asunto en aquellas tribus beréberes, y solo de este modo lograba uno zafarse de los saqueos, que en aquellas regiones estaban a la orden del día.

En cierta ocasión, Mardoqueo me advirtió que solo un cristiano había pernoctado una vez en la ciudad de Xexauen: un español. Fue en el 63. No regresó. Pese al disgusto de mi guía, tuve que decirle que yo sería el segundo europeo que entraría en aquella tierra y que, a diferencia de mi predecesor, sí que regresaría. Le aseguré de igual manera que, en adelante, escogería siempre las regiones más salvajes y los parajes menos transitados, que el peligro no me preocupaba en absoluto, y que para hacer un viaje seguro no me había desplazado hasta su país. Mardoqueo me miró con ojos atónitos. El rapé quedó paralizado en su uña y pasó largo tiempo hasta que lo recordó y, para entonces, ya no le apeteció llevárselo a la nariz y aspirarlo con su habitual avidez.

Aquel recordatorio de quién estaba al mando fue, sin embargo, un mero aviso de un futuro problema. Fue en Nemours donde tuvimos el primer encontronazo serio, pues lo que Mardoqueo había aceptado en Argel, en presencia de MacCarthy, lo rechazó entonces, cuando estuvimos a solas. Cuando salimos de Tisint, rumbo a Mogador, nuestras discusiones se agriaron, pues seguramente creyó que lejos de los europeos podría manipularme a su antojo. Pretendía que por una cuestión caprichosa cambiara un itinerario que exigí que se realizara conforme a lo pactado. Aunque el contrato original estaba a buen recaudo en la biblioteca de Argel, MacCarthy había tenido la previsión de meter una copia en mi equipaje, gracias a lo cual pude leerle algunos de los compromisos que había adquirido conmigo, tales como la búsqueda de alojamiento y alimentación o, por ejemplo, la relación con los nativos, pues yo debía viajar lo más discretamente posible. Ajeno a

nuestros acuerdos —y ello hasta el mismo 23 de mayo del 84, jornada en que finalizó nuestra expedición—, Mardoqueo pretendía zafarse de la organización de las escoltas, asunto que también le competía, hurtar el poco azúcar o té con los que obsequiaba a los musulmanes como pago a su hospitalidad o, incluso, vender a escondidas mi propia mula, que había comprado por ser allí el medio de transporte más seguro.

Para vengarse por mi intransigencia y rabioso porque nunca logró salirse con la suya, caminó durante todo el trayecto con extrema lentitud, llegando a negarse a tomar el camino de Bou el Djad si no le prometía una gratificación. Hasta llegar a Lalla-Marnia me amenazó con regresar a Argelia, y así lo habría hecho —no tengo ninguna duda— de no haber firmado la cláusula según la cual, si mi plan no se realizaba hasta el final, no percibiría ni poco ni mucho de la retribución convenida. Conforme pasaban las semanas, más me admiraba la astucia de MacCarthy a la hora de redactar aquel contrato, que ataba el destino de Mardoqueo al mío durante todos aquellos meses.

## 18. Bandidos en el valle de Lalla-Marnia

De lo que no doy cuenta en mi *Reconocimiento de Marruecos* —que no sé bien si calificar de obra científica, geográfica, política o militar, o quizá todo esto al mismo tiempo— es de un asalto que padecimos en el valle de Lalla-Marnia: el episodio más difícil de la expedición, el más peligroso. Su recuerdo me pone todavía los pelos de punta. Era un 12 de mayo, y ya estábamos de vuelta. Faltaba poco, muy poco, para que nuestra misión pudiera considerarse cumplida. Pues bien, de la forma más inesperada y repentina un grupo de bandidos nos salió al camino de quién sabe dónde y nos amordazó, dejándonos a su merced durante más de veinticuatro horas. Aquellos hombretones de aspecto fiero —armados y encapuchados en su mayoría— hubieran podido matarme en cualquier momento. Eso era lo que pensaba mientras me amarraban, consciente de que la vida de un israelita sin armas valía

allí poco más o menos lo que la de un animal. Todo pudo concluir ahí, en aquel siniestro valle de Lalla-Marnia.

Maniatado, quise recitar una oración. No pude, ¡las había olvidado todas! Montaigne, el grandísimo Montaigne, se me antojó en esa hora de la verdad tan prescindible como superficial. Ni Montaigne, Voltaire o cualquiera de los grandes literatos a quienes tanto había admirado habrían podido ayudarme en aquella circunstancia. Solo me quedaba confiar, sí, pero ¿en quién? ¿En Mardoqueo, amordazado como yo? Cuando la vida peligra, comprende uno que es necesario que haya un Dios.

Más tarde, durante muchas noches soñé con aquellos feroces bandidos. En cada sueño, reaccionaba de forma diferente: fuera achicándome y acobardándome o, por el contrario, haciéndoles frente. Pero todo daba igual: los bandidos volvían a presentarse a la noche siguiente, fuera al principio de mi sueño, en medio o a su término. Y cada vez se me aparecían más rudos y despiadados, haciéndome ver hasta qué punto dependía mi destino del capricho de su voluntad.

La garganta se me había secado por el miedo y las manos, en cambio, estaban humedecidas de sudor. Aquellos crueles beréberes parecían notar mi pánico y, en medio de una noche que se me hizo eterna, hablaban entre sí palabras incomprensibles, mientras reían y dejaban ver el blanco resplandor de sus dentaduras. No me atreví a levantar la mirada, temeroso de que mis ojos pudieran cruzarse con los suyos. ¡Todo había ido tan bien hasta ese momento!, me lamentaba. Mis barómetros holostéricos y mis termómetros de máxima y mínima, imprescindibles para las observaciones meteorológicas, corrían grave peligro, así como mi cronómetro, el barómetro, la brújula y el sextante. Pero, por encima de todos mis aparatos, lo que más me atormentaba era, obviamente, poder perder el trazado del camino recorrido, escrito en mis cuadernitos de cinco centímetros y que hasta entonces había logrado siempre esconder en las mangas de la camisa. Aquellos salteadores podían hacerme perder el minucioso trabajo realizado clandestinamente durante todo un año. Esta posibilidad —la mera posibilidad de fracasar— me llenó de terror. «¡No, no, eso no puede suceder!», me suplicaba a mí, puesto que no creía en Dios. Y otra vez: «¡No, no!», como si aquellas dos palabras —que eran una— fueran el mejor o el

único de los posibles exorcismos.

Todavía hoy no entiendo bien de dónde saqué la fuerza de voluntad para hacer frente a ese peligro, a las austeridades de nuestro régimen de vida, a la soledad en que tuve que vivir y a las artimañas y veleidades de Mardoqueo, en quien más que un cómplice —como habría necesitado— encontré cada día al más taimado enemigo. La constancia con que había tomado mis notas y esbozado mis dibujos, mi determinación a ir hasta el final, cayera quien cayese y costara lo que costase, me hace pensar hoy que ya entonces estaba asistido por una fuerza sobrenatural. Sí, desde la campaña contra Bu Amama, Dios había comenzado a actuar en mí; y fue Dios, también, quien hizo que aquella peripecia se saldara sin mayores incidentes. En efecto, treinta horas después, Mardoqueo y yo habíamos sido liberados. Mi investigación científica estaba a salvo, pero yo nunca sería ya el mismo: había hecho la experiencia de la vulnerabilidad.

Si la vida no se arriesga —esa fue la lección del asalto en el valle de Lalla-Marnia— no se sabe qué es la muerte. En aquel entonces yo no era ya el adolescente inconsciente y temerario que se reía a carcajadas sobre el techo de un vagón de tren; era más bien, finalmente, un hombre que —con sus aparatos y apuntes escondidos en la mochila— sabía que tenía una misión.

CUANDO llegamos al puesto fronterizo de Marnia —era el 23 de mayo de 1884—, supe que mi expedición a Marruecos había triunfado. Volvía con las manos llenas y el pecho henchido; pero ni aun entonces —exhausto como estaba— pensaba en descansar, sino en cómo me las ingeniaría para embarcarme lo antes posible en una nueva aventura, tan arriesgada como la que estaba por concluir. Volvía contento por la misión cumplida, pero sobre todo porque había descubierto las ventajas de vivir en el anonimato y la libertad. Puedo dar fe: nadie sospecha de la libertad que puede esconderse tras unos cuantos harapos.

Aquel día fue el último que vi a Mardoqueo. Del cinturón que le sujetaba su sobretodo granate —atuendo con el que le conocí y que vestía también ese último día—, colgaba su tabaquera con rapé. Todavía hoy, cuando pienso en Mardoqueo, es así como le veo:

hundiendo en esa tabaquera la uña de su dedo meñique, más larga que cualquier otra, y llevándosela a la nariz, para ahí aspirar ruidosamente el rapé. Satisfecho, se frotaba luego la barba, larga y negra —aunque con algunas hebras blancas—, movía violentamente la cabeza a un lado y otro —como si el rapé recorriera los intersticios más recónditos de su cerebro— y, finalmente, exclamaba un profundo «¡ahhh!», tras el que volvía a su habitual expresión esquiva y taciturna.

Algún tiempo más tarde supe que, desde ese mismo año de 1884, Mardoqueo ya no volvió a marcharse de Argelia nunca más, acaso por los muchos sinsabores que le hice pasar. También supe que desde entonces fue víctima de la pasión por la alquimia y que los vapores mercuriales terminaron por envenenarle. La afición por el oro de este alquimista improvisado le condujo a gastarlo todo en la vana esperanza de que sus experimentos con la transmutación de metales culminaran en un éxito que, para su desgracia, no llegaría a conocer.

Por mi aspecto desaliñado —la barba me había crecido y tenía el cabello largo y apelmazado por la suciedad—, la guardia del puesto fronterizo de Lalla-Marnia, ante quien me presenté, no me reconoció. Asustada por mi aspecto y fiel a las consignas de sus superiores, la soldadesca me arrebató en un abrir y cerrar de ojos mis enseres y me obligó a ponerme de cuclillas y cara a la pared. Hasta entonces yo había sido quien había jugado, con mejor o peor suerte, con mi identidad; ahora era el destino quien jugaba con ella. Exigí ser recibido por el responsable de aquel puesto y, ante la perplejidad de quienes me escuchaban, insistí en repetir mi nombre y en justificar mi presencia en aquel lugar. Pero ni mi uniforme de rabino confirmaba lo que les decía ni mi propia piel —oscurecida por el sol— me otorgaba credibilidad.

Minutos después —superada su impresión de hallarse ante un miserable pordiosero— fui recibido por el oficial de máxima graduación y, enseguida, por toda la tropa destacada en aquel puesto. Entre aplausos y canciones, todos me recibieron en el comedor como a un héroe nacional.

## 19. Honores para el explorador

Los festejos y honores que me tributaron por la hazaña se extendieron hasta Francia, donde ya nadie parecía acordarse del patrimonio que años antes había dilapidado; tampoco mi primo Latouche, más considerado entonces conmigo que nunca. Muy pronto se redactó un informe, llamado de Duveyrier, en el que se dejaba constancia de todos los itinerarios que había recorrido en Marruecos; se reflejaron allí tanto los 689 kilómetros que ya eran conocidos gracias a los estudios de otros exploradores —pero que yo completé— como los 2250 kilómetros nuevos, cuyas características geográficas me esforcé por precisar. En la segunda parte de aquel informe, que leí sorprendido por la rapidez con la que se había redactado y la exactitud con que se hacía eco de mi trabajo, se recogía un resumen de mis observaciones astronómicas, de las cuarenta y cinco longitudes y cuarenta latitudes que determiné y, en fin, de las casi tres mil altitudes que conseguí medir. El informe terminaba diciendo que no se sabía qué admirar más: si aquellos preciosos resultados técnicos, útiles para los nuevos investigadores, o el valor y la abnegación ascéticos con que había logrado adquirirlos.

Conocidos y desconocidos me felicitaban a toda hora, y tanto en algunos círculos intelectuales como en la prensa —donde se había publicado un extenso y elogiosísimo artículo sobre mi odisea, titulado «El vizconde premiado»—, comenzaron a referirse a mí como «el primer explorador europeo de Marruecos» o, simplemente, como «el explorador». Como a la mayoría de los países europeos, para Francia resultaba intolerable que todavía quedase por civilizar algún territorio del continente africano. Los exploradores y geógrafos éramos recibidos, en consecuencia, con los mismos honores que se otorgan a quienes regresan victoriosos de una guerra. Nunca viví tan engañado como cuando me condecoraron con la medalla de oro de aquella flamante Sociedad Geográfica. Tras la adulación —sea bajo la forma que sea— se esconde siempre, irrevocablemente, el camino más rápido y seguro hacia la perdición.

Orgulloso por mi súbita popularidad, caminaba por las calles de la capital convencido de que todos me miraban y reconocían. Aquellas dos mujeres que conversaban en una esquina, por ejemplo,

hablaban sin duda sobre mí; el portero de aquel suntuoso hotel me había hecho una profunda reverencia; los niños habían dejado de jugar en la plazoleta porque sabían que era yo, el explorador, quien pasaba por ahí. Tal era mi petulancia que llegué a pensar que todo el mundo cultural francés estaba centrado en las cuestiones geográficas y que, entre todas esas cuestiones, mis aportaciones sobre Marruecos eran las más comentadas. «Sí, soy yo», decía en mi interior a la gente que veía por las calles y a quienes imaginaba preguntándose si aquel joven tan apuesto era verdaderamente el mismísimo vizconde de Foucauld. Casi tanto como del peligroso viaje que había hecho a Marruecos me enorgullecía del viaje que supondría la escritura de mi *Reconocimiento*, el libro en el que me proponía dar cuenta de mis peripecias y del que ya tenía muchas notas. Si un hombre abría el periódico, yo temía que, al verme retratado en alguna foto, me reconociera. ¿Lo temía? ¡Qué va! Lo deseaba infinitamente, pensaba que me lo merecía. «¡Al fin sabéis quién soy!», les gritaba en silencio a todos aquellos desconocidos, probablemente ajenos a la estupidez de mi fantasía. «¡Por fin me he dado a conocer al mundo!». ¡A eso llamaba mundo! Y me pavoneaba con este pensamiento.

EL éxito deforma nuestra visión de la realidad y, desde luego, la apreciación de nosotros mismos. A lo largo de mi vida he visto a menudo a las gentes del mundo caminando en una dirección y a mí en la contraria. Porque mientras el mundo busca fama, yo llevo treinta años buscando anonimato; ellos buscan riqueza y poder, yo, en cambio, pobreza y debilidad; todos quieren ser grandes, por mi parte elijo la pequeñez; no hay quien no desee triunfar, yo perder. Prefiero los últimos puestos a los primeros, la vida oculta a la pública y la humillación al encumbramiento. Por todo ello veo a menudo a las gentes del mundo caminando en una dirección y a mí en la contraria. Pero no soy el único; hay otros conmigo, solitarios todos, todos locos. Y el primero de la fila es el propio Jesucristo: el más loco de todos.

## 20. Teología con voz femenina

Pocas semanas después de haber regresado de Marruecos, alquilé un apartamento en el 50 de la parisina calle Miromesnil, no lejos de la *rue* D'Anjou, donde pasaba el día trabajando en mi *Reconocimiento de Marruecos*. En los intervalos, mientras descansaba de la redacción, daba un paseíto por mi apartamento sin poder evitar que mi vista se posara en los lomos de algunos libros, escritos en su mayoría por filósofos y autores paganos. A veces no resistía la tentación de abrirlos y leer algunos párrafos, en busca, seguramente, de algunas respuestas sobre el alma o la eternidad, que era lo único que por aquel entonces ensombrecía mi dicha. Pero todo lo que leía me parecía pobre y vano: brillante en algún caso, sí, pero inconsistente e insatisfactorio a la postre. Dejaba entonces esos libros nuevamente en la estantería, y los miraba como dolido de que su sabiduría fuera tan escasa. Acto seguido, volvía a mi *Reconocimiento* y me preguntaba si algún día podría escribir un libro que reflejara una visión del hombre y del mundo que fuera menos fatua. Hoy sé que esta autobiografía quiere ser ese libro.

Algunas tardes, poco antes de que oscureciera, iba a la mansión de los Moitissier, donde me encontraba con *madame* y *monsieur* Moitissier, con mi dulce prima y con Cataline, su hermana. Acudía a aquellas reuniones de rigurosa etiqueta; en ningún caso se me habría ocurrido presentarme ante mi familia de otra forma.

De las paredes de uno de los salones de aquella mansión, junto a otras acuarelas de escaso valor artístico, aunque probablemente sí sentimental, colgaban dos dibujos que el famoso pintor Ingres había hecho de tía Agnès, realzando su porte e inmortalizando su belleza. El señor Moitissier, oriundo de Mirecourt, había hecho enmarcar aquellas obras y las mostraba orgulloso a todos los que le visitaban en su palacete de la calle Anjou, en el número 42, justo en la esquina de la avenida Malesherbes. Por la actitud con que mostraba a sus visitantes aquellos dibujos, no podía discernirse qué le enorgullecía más: si el primor con que el artista había reflejado los rasgos de su querida esposa o si el esplendor de la misma, apenas marchitado por el paso de los años. Entre la belleza natural y la

cultural, aquel afortunado importador de tabacos que era Moitissier oscilaba; y hasta se diría que su figura se balanceaba, ora acercándose a su mujer, ora a sus retratos.

En aquellos días Marie de Bondy solía leer en voz alta a Berulle y a Fénelon, pero sobre todo a Bossuet, cuya prosa fue la primera que escuché de sus dulces labios. Aunque siempre interrumpía la lectura para saludarme, la proseguía poco después. La voz cristalina de mi prima resonaba en el salón, donde las criadas habían traído el servicio del té. Tal vez no fuera su dulce voz lo que realmente me emocionaba, sino la sabiduría de Bossuet, a quien desconocía a pesar de tener aquel libro —el mejor de los suyos— desde que lo recibí como regalo por mi primera comunión. Las palabras del teólogo y predicador hablaban de un Dios y de una religión de los que yo entonces estaba muy lejos pero de los que, misteriosamente, me gustaba escuchar. Dios se sirvió de la escritura de Bossuet y de la voz de Marie para atraerme hacia Él. He leído muchas veces ese libro y todavía ahora, si cierro los ojos, puedo oír las palabras que hay escritas en él con el timbre de voz de la prima a quien amé.

Si no me dejé arrastrar por todos los fuegos de artificio del oropel y de los honores fue, probablemente, porque las palabras de Bossuet comenzaron a hacer en mí su efecto. También porque África me había cambiado. Sí, África y Bossuet fueron más fuertes que las múltiples propuestas de trabajo que recibí en aquellos días; y más seductores incluso que las muchas señoritas que me presentaban a toda hora con el inequívoco propósito de preparar un enlace. ¡Me acosaban tanto con sus notitas intempestivas! También los geógrafos más renombrados y los más reconocidos exploradores llamaban continuamente a mi puerta y me tenían por un igual. Yo —¡ingenuo de mi!— creí al principio en su sinceridad y, por supuesto, en mis posibilidades como hombre de ciencia. Pero tanto reclamaron mi presencia en congresos y conferencias que, al igual que las notitas de las jóvenes revelaban a todas luces su intención de cazarme, pronto me di cuenta de que todos aquellos científicos codiciaban algo de mí —algo que, no obstante, no se atrevían a formular directa y abiertamente—. Quizá consideraban conveniente cultivar la relación conmigo, por si eso, de algún modo, pudiera resultarles en el futuro de alguna utilidad. Pero no pasó demasiado tiempo hasta que me pregunté: «Y yo, ¿qué tengo en común con

toda esta gente?». No, no quería establecerme. No quería prosperar para dedicarme luego, simplemente, como la mayoría de quienes triunfaron de jóvenes, a la administración de mi fortuna y reputación. Además, echaba tanto de menos la vida austera del desierto que las exquisiteces y los refinamientos de la vida mundana comenzaron aparecerme afectados y despreciables. Comprendí que debía saltar aquella valla en sentido contrario: no ya en dirección al éxito y la ciudad, sino hasta el corazón del desierto, auténtico núcleo de la luz.

## 21. MARGUERITE, MI PROMETIDA

En medio del éxito, entre aplausos y reclamos, echaba rabiosamente en falta la soledad del científico y del explorador, y no transcurrió demasiado tiempo hasta que decidí marcharme de París. En mis oídos resonaba el silencio del desierto y sentía una inmensa nostalgia del irlandés, de quien me acordaba como si fuera mi padre o mi único amigo. Era a él a quien deseaba dar cuenta de mis tribulaciones, con él compartir mis descubrimientos. Me urgía extender en su mesa los muchos mapas que había dibujado y preguntarle si los había hecho bien. Necesitaba imperiosamente constatar que no le había decepcionado y relatarle la que entonces era mi única experiencia mística: que no había que buscar en el silencio, sino el silencio mismo.

Tan apremiante era mi deseo de verle que, antes incluso de haber cumplido con los compromisos sociales que me había visto obligado a asumir, saqué un billete que nuevamente me llevó hasta Mascara. Oscar MacCarthy salió a recibirme con el ruego de que, en esa ocasión, no me alojase en la hospedería sino en su casa. El trayecto hasta allí lo hicimos en su coche; la felicidad me embargaba hasta el punto de que ni siquiera podía hablar. También el irlandés estaba contento, pues aun cuando sus palabras seguían siendo escasas, sus ojos brillaban y, por primera vez, me miraba como a un igual.

—Tenemos mucho trabajo por delante —dijo, tras aparcar el

automóvil.

Aquella frase, la posibilidad que me abría, sonó en mis oídos como música celestial. «Mucho trabajo por delante»: los honores y las pompas finalmente quedaban atrás. La noche de Argelia me recibía serena, con su acariciadora brisa habitual.

EMBEBIDO como estaba en el estudio del Corán, Eugénie Biffet, la hija del hospedero, nunca despertó en mí el deseo de una relación más sólida y duradera. No puedo decir lo mismo de la señorita Marguerite Titre, que conocí en aquellos días y que conquistó mi corazón con lo único que en aquel tiempo lo habría podido conquistar: la pasión por el Islam. Fue el propio MacCarthy quien me la presentó, pues ella se documentaba para su tesis doctoral en la biblioteca del museo en que él trabajaba. Mi afinidad con Marguerite era completa: intercambiábamos puntos de vista, compartíamos información, proyectamos expediciones juntos… Decidí volver a Francia solo con el propósito de presentarla a mi familia, de culminar mi *Reconocimiento* y, en fin, de concertar el enlace para el que, obviamente, habíamos previsto como padrino al propio MacCarthy.

Pero Marguerite no tenía hacienda ni era noble, y esto bastó para que tía Agnès —que era a quien competía la última palabra en estos asuntos— comenzara por poner objeciones para terminar por negarse a dar su consentimiento a nuestra unión. Trató de disuadirme con todos los argumentos que pudo esgrimir. Yo dudaba, y Marguerite percibió pronto —no sin dolor— aquellas dudas mías. Por respeto a mi libertad, la señorita Titre regresó muy pronto a Argel; y, antes de hacerlo, me rogó que solo fuera en su busca si realmente la deseaba como esposa. No fui. No me arrepiento. No la amaba como un hombre debe amar a una mujer. En lugar de reunirme con ella, partí hacia El Golea y El Oued, donde quería recavar algunos datos antes de embarcarme en la redacción definitiva de mi libro. Sorprendentemente, Marguerite desapareció de mis pensamientos con la misma facilidad con que había entrado.

## 22. Abrazar el Islam

«¿Qué?», me escribió Laperrine, informado de que viajaba a Argelia por cuarta vez. «Te sientes tentado de abrazar el Islam, ¿no es así?», continuaba su afectuosa carta. «No te preocupes demasiado: todos los que hemos pasado por aquí y amamos este país hemos superado esa tentación». Yo, la verdad, no había contemplado ni por asomo semejante posibilidad. Fue más bien aquella carta de Laperrine la que me hizo plantearme esta conversión. ¡A mí, que había dejado de rezar a los quince años! Cierto que ante aquellos hombres que se postraban cinco veces al día en dirección a La Meca, sentí vergüenza porque yo no tenía una religión. El nombre de Alá estaba siempre en sus labios y el de Dios, en cambio, nunca en los míos. Este pensamiento me abochornó, pero no supe cómo obrar en consecuencia.

Gracias a mis muchas lecturas islámicas —en las que solía presentarse a Mahoma como a un jefe mujeriego y sin piedad—, rechacé enseguida el despropósito de un posible cambio de religión. Porque ¿puede un guerrero liderar una religión?, me preguntaba y, cuanto más pensaba en ello, más se diluía aquella absurda idea de cambiar de credo. Terminó por desanimarme el brutal contraste que existe en el Islam entre la alta consideración en que tienen la amistad y la baja, por contrapartida, del amor: más parecen comprometidos con el amigo que con la esposa, a la que muchos tratan con desdén y hasta con rudeza.

Claro que esto no significa que el culto musulmán, tan musical, no ejerciera sobre mí una poderosa fascinación. También su arte y literatura, de los que nunca me cansaba. El Corán, cuyo estudio me resultó al principio arduo y hasta fastidioso, terminó por atraerme. Pero no hay de qué extrañarse, pues en aquella época todo me parecía hermoso y cualquier cosa habría podido salir de mí, tal era mi hambre de hacer algo importante.

Las *Elevaciones sobre los Misterios*, el libro de Bossuet que mi prima me había regalado, también me resultaba interesante. Lo leí por completo y a solas por vez primera en el apartamento de la *rue* de Miromesnil, donde tenía la tranquilidad necesaria para pensar y escribir. Allí, en babuchas y chilaba, alternaba la lectura de Bossuet con la del Corán. Veo ahora claramente que aquellos dos libros

representaban para mí, como ninguna otra cosa del mundo, los dos caminos posibles que se abrían a mi futuro o las dos banderas de los dos ejércitos a quienes podía servir. Pero no escogí uno de ellos; más bien me quedé con los dos, y de su suma o fusión, de su interrelación, puede decirse que el resultado no fue otro sino yo. Sé que un libro puede cambiar la vida de un hombre, y sé también que de que lo haga no depende ni el libro ni el hombre en sí mismos considerados, sino su perfecta confluencia o conjunción en un momento determinado. Las *Elevaciones* de Bossuet me han acompañado durante todos mis viajes y… ¿quién puede saber si —más allá de lo mucho o poco que las leyera— lo que ahora soy depende del misterioso influjo que este texto ha ejercido sobre mí? También el Corán me ha acompañado siempre en mis desplazamientos. Amo los libros porque son, a la postre, parte del paisaje espiritual —si no todo él— en que nos movemos. En mi juventud, en aquella *rue* de Miromesnil, escribí mi *Reconocimiento de Marruecos*; ahora, en mi madurez, barrunto esta autobiografía y un monumental diccionario del idioma de los tuareg. Estos son mis legados científico-literarios, sí, pero no hay vida humana —ninguna — que quepa en un libro.

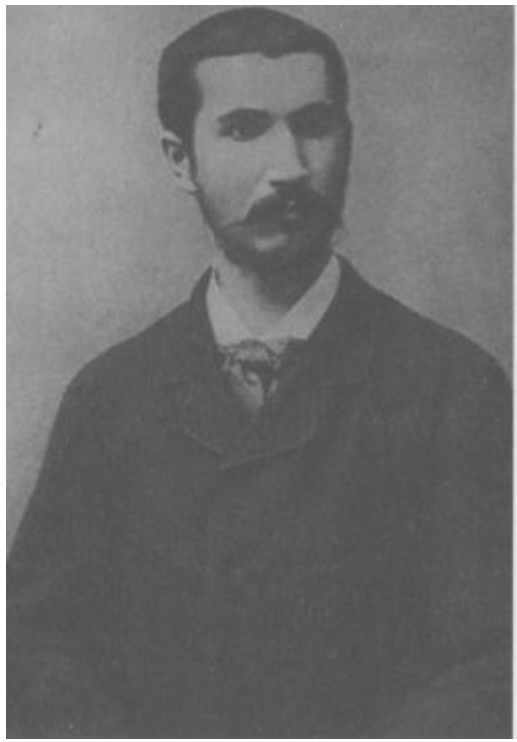
¿MI VIDA? ¿Mi infancia y juventud? Conservo de ella unas cuantas imágenes, sobre las que vuelvo en mis noches más melancólicas: el redoble de tambores en la plaza Kléber de Estrasburgo, por ejemplo; o la hija del hospedero de Mascara en el umbral de la puerta, con el recado de la correspondencia en una bandeja; mi abuelo Morlet anudándose el babero poco antes del almuerzo; un vicioso y arrugado judío susurrándome sus crímenes en Tlemcen; un amanecer en el desierto ante un fuego, donde me parecía que se concentraba todo lo que me cabía esperar; los silencios de mi prima Marie en el jardín de la casa normanda y el «nada» que yo, turbadísimo, le daba como respuesta; mis absurdas carcajadas en lo alto de un vagón de tren; los bandidos del valle de Lalla-Marnia, maniatándome mientras brillaban en la noche sus dentaduras; el comedor de oficiales de Marnia en pie, aplaudiéndome a rabiar; De Morès anegado en lágrimas, poco antes de entrar en una iglesia para recibir la absolución sacramental; el sol resplandeciente en los

largos veranos en la casa de campo de los Moitissier; el irlandés tras la mesa de su biblioteca, mirándome por encima de sus gafas; nuevamente el irlandés, ahora frente a su coche, diciendo «tenemos mucho trabajo por delante»; Marguerite, mi prometida, suplicándome «ven solo si me amas»; la tortura de los potros y las espalderas en el cuartel de Saint-Cyr; yo mismo refugiado en mi habitación de Nancy, leyendo a Luciano o a Montaigne; la boca amarga tras mis noches de borrachera en Saumur; Mimí en un muelle del puerto de Évian, acongojada e incrédula por mi abandono; los granos de mi cara adolescente, inmisericordes; una mujer que era yo mismo disfrazado, abanicándose ante la soldadesca; un hombre que también era yo, con el Corán en las manos y sentado sobre una alfombra; el subgobernador de mi división, gordinflón e indignado; tía Agnès y sus hijas en las mecedoras del porche, meciéndose; y toda esta colección de imágenes como fundidas en una sola en las estrelladas y silenciosas noches saharianas.

Esta ha sido en resumidas cuentas mi infancia y juventud, pero lo más grande que habría de vivir, lo más grande que puede presenciar y protagonizar un hombre, todavía estaba por suceder.

# III
# CONVERSIÓN

## El converso francés



Dios me ha dado un corazón que por todo se emociona.

(YUNUS EMRE).

Mi vocación religiosa data de la misma hora que mi fe.
¡Hay tanta diferencia entre Dios y todo lo que no es Él!

(CHARLES DE FOUCAULD).

Decidí buscar a un hombre experimentado y sabio
que pudiera enseñarme personalmente
aquello que tan violentamente atraía mi alma.

(EL PEREGRINO RUSO).

## 23. La primera plegaria

Durante los años de mi juventud me torturé cavilando sobre si tenía o no vocación y sobre si, de tenerla, cuál podía ser. La vocación en sentido estricto, sin embargo, no es algo que se tenga; es más bien ella la que nos sostiene a nosotros. No es posible saber qué quiere Dios de cada uno solo mirando hacia atrás, sino sobre todo hacia adelante: la propia vocación, en rigor, solo se conoce al término de nuestra biografía. Al comienzo solo hay un germen que puede adquirir las formas más diversas, una semilla que puede abortarse o prosperar. Todos suelen tener una idea retrospectiva de la vocación; pero lo cierto es que la llamada de Dios no está tanto en el pasado como en el porvenir.

Acostumbrado a escuchar las *Elevaciones sobre los Misterios* en el timbre de voz de mi dulce prima, en mi corazón de adulto, al leerlas en privado… ¡sonaban con esa misma voz! ¿Cómo saber entonces si abría aquel librito de piedad por lo que Bossuet había escrito en él o porque en lo que allí se decía escuchaba yo a mi amada Marie? Bossuet, sus *Elevaciones*, me transportaban imaginariamente a mi verdadera familia: los Moitissier. Y esa familia de la que tan desapegado había vivido hasta ese instante cobró a partir de entonces un providencial y extraordinario papel. Tan es así que puedo afirmar que mi conversión al catolicismo no se habría producido sin aquella imagen tan encumbrada que yo tenía de la familia.

Alentado por los consejos de mi buena prima, comprendí que lo mejor para mí, tras mi paso por Marruecos y por el ejército, era que tomara algunas clases de religión católica. Porque si en Mascara había buscado a quien me introdujera en la lengua de los sufies, ¿por qué no buscar en París a un profesor de catolicismo? Lo encontré justo en la época en que culminaba mi *Reconocimiento* en la persona de Henri Huvelin, párroco de San Agustín y director espiritual de mi querida Marie de Bondy.

Antes de abordarle, entré varias veces en su parroquia, donde

me habitué a tomar asiento discretamente en el último banco para acechar desde allí los movimientos de aquel reputado sacerdote. Según me contaron, aquel hombre imberbe y de complexión vigorosa había renunciado en el 75 a una cátedra de historia en el Instituto Católico de París para poder atender debidamente a su feligresía. Esto —su renuncia— me impresionó, pues en Bossuet había leído que la categoría de un hombre se mide por la calidad de sus renuncias. Recapacité entonces sobre las renuncias que yo mismo había hecho a lo largo de mi vida y quedé muy abatido: en mis veintisiete años no recordaba haber renunciado a nada. ¡A nada! Si Bossuet tenía razón, mi categoría moral era nula.

Mientras aguardaba el coraje que necesitaba para abordar al abate, mis ojos solían perderse en el retablo del presbiterio, de donde pasaban a la bóveda; y no era excepcional que allí, ante su esplendor y magnificencia, quedara como embobado. También reparaba a menudo en el recogimiento y la devoción con que entraban los fieles en el templo, y en cómo, en medio de sus ocupaciones cotidianas, todavía encontraban tiempo para inclinarse ante el Santísimo y guardar unos minutos de silencio. Allí, tras una genuflexión, los católicos se recogían con sobrecogedora piedad.

FUE en San Agustín donde formulé la primera verdadera oración de mi vida: «Señor —dije una tarde—, si existes, haz que te conozca». Miraba a los feligreses arrodillados y musitaba: «Haz que te conozca». Huvelin, con su breviario en las manos, entraba o salía de su confesionario, y yo: «Si existes, Señor…». Y así pasé varios días, con esta extraña y breve oración. No creía posible obtener respuesta, pero algo me reconfortaba por dentro cuando repetía aquella sencilla fórmula: «Si existes, Señor…». Es maravillosamente extraño cómo puede un alma ser conducida desde el ateísmo a la piedad. Si ya en aquel tiempo rezaba —aunque solo fuera mediante aquella oración casi atea—, entonces es que Dios había empezado a apoderarse de mí.

Nunca ha dejado de sorprenderme que los hombres tengamos la pretensión de ponernos en contacto con Dios. Pretender que Él nos escuche, aspirar a que acuda a nuestras llamadas, llamarle como quien hace sonar el timbre de la puerta de un amigo…: todo esto

me resulta sobrecogedor.

Siempre me ha gustado rezar allí donde lo han hecho otros: estuvieran orando en ese momento o no, siempre he tenido la impresión de que algo de su plegaria quedaba en el reclinatorio sobre el que se habían arrodillado, o en el banco en que se habían sentado, o en la imagen ante la que habían implorado… Por torpe que fuera, mi oración se unía en esos casos a lo que restaba de la suya, y era así como resultaba más intensa. Era como si mi oración precisara de la ajena, como si mi plegaria engarzara con las de quienes me habían precedido; o como si mi silencio estuviera más lleno si lo unía al de aquellos que, como yo, habían callado ante Dios. Si por un momento la oración se hiciera visible, quedaríamos sorprendidos de hasta dónde llega su extensión y anchura. Si se viera su eficacia, quedaríamos sobrecogidos y arrepentidos por no haber orado más y con mayor fervor.

Cuando me preguntan qué debe hacer un hombre para creer, mi respuesta es siempre la misma: debe entrar en una iglesia y, allí, arrodillarse ante el sagrario y contemplar cómo rezan los parroquianos. La fe no es en primera instancia una actitud del espíritu, sino del cuerpo: la fe llega por las formas; solo después se accede, muy poco a poco, a los contenidos. Todos los templos de la cristiandad deberían por ello permanecer siempre abiertos; debería uno poder entrar en ellos a cualquiera hora, sentarse en cualquiera de los bancos con el propósito de detener el trajín de la jornada y, sencillamente, escuchar la dulce y dolorosa elocuencia del silencio. «Si existes, Señor, si existes…».

## 24. Arrodillarse

Un hombre y un libro fueron las principales mediaciones de las que Dios quiso servirse para convertirme. El hombre se llamaba Henri Huvelin, y era sacerdote; el libro se titulaba *Elevaciones sobre los Misterios*, y estaba escrito por Bossuet. En honor a la verdad, debería añadir que también una mujer y un templo tuvieron su parte en mi conversión, tan tardía como suelen ser las conversiones,

pues Dios llama desde mucho antes de que sus criaturas estén dispuestas a escucharle. El escenario de mi regreso como hijo pródigo fue la parroquia parisina de San Agustín, donde predicaba el ya mencionado abate; la mujer se llamaba Marie de Bondy, y era mi prima.

—Tú eres dichosa porque crees —llegué a decirle una tarde—. Yo, en cambio, busco una luz que se me niega.

Cifro el momento exacto de mi conversión en el primer coloquio que mantuve a finales de octubre de 1886 con aquel sacerdote, a quien accedí atraído por la fama de su inteligencia. ¡Que no recuerde la fecha precisa de un día tan importante para mí! He pensado mucho sobre esta indeterminación: quizá con ello Dios quiso decirme, ya desde el principio, que nunca, nunca podría atraparle.

Al considerar que cuanto decía y practicaba mi prima no parecía del todo insensato, y al comprobar cómo el cristianismo que profesaba estaba en estrechísima relación con su dulzura y sensatez, algo dijo dentro de mí que tal vez debería buscarme a un profesor que me introdujera en los misterios de la religión católica.

—Señor abate, vengo por consejo de mi prima. No tengo fe. ¿Podría usted instruirme? ¿Qué debo hacer para sentir que Dios existe?

Había memorizado todas estas frases, temeroso de que, por los nervios, pudiera quedarme mudo llegado el momento de la entrevista. Huvelin, sin embargo, no me dejo concluir mi discurso. ¡Apenas me permitió comenzarlo! Firme y tiernamente anuló el valor de todas mis palabras ordenándome que me arrodillase.

—No he venido con el propósito de confesarme —argüí con timidez.

La imagen de mi amigo De Morès, anegado en lágrimas, me sobrevino entonces.

—¡Arrodíllese! —Escuché de nuevo.

Aquello era una orden que no admitía aplazamiento o discusión y, acaso para no desairar a quien acababa de dictarla, me arrodillé en aquel confesionario y esperé sumisamente lo que habría de suceder a continuación.

Conmigo no habría servido un camino más pausado y gradual, sino un mandato directo tal y como el que Huvelin intuyó que en

ese instante necesitaba alguien de mi calaña. Sin una mediación así, tan autoritaria e imperiosa, acaso habría salido convencido de aquel encuentro, pero jamás convertido.

—¡Confiésese! —me ordenó entonces Huvelin.

Y yo, tan obediente como perplejo, comencé mi confesión.

Huvelin me hizo observar enseguida que me guardara mucho de incurrir en exageraciones, tales como las de esos penitentes que admiten muy fácilmente ser «los más grandes pecadores» pero que luego son incapaces de ofrecer algún ejemplo del pecado sobre el que se acaban de confesar. Por eso mismo, tras cada una de mis acusaciones, aquel abate me interrumpía para preguntarme: cuándo, cómo, dónde… Al igual que a los hombres aburren las generalidades y prefieren los relatos con el detalle de la fecha, el lugar y las circunstancias, al corazón de Dios —que es a quien se confiesa— no le conmueven los grandes principios, sino nuestras peripecias concretas. Especificar cuál o cuáles son los pecados cometidos, dónde y por qué se han cometido y, en fin, otras particularidades, suele ser costoso y humillante para el penitente, pero también provechoso y fecundo. Porque si bien es cierto que ni Dios ni el confesor necesitan conocer todas las circunstancias que acompañan al pecado —el primero porque ya las sabe y al segundo porque no le interesan—, lo es de igual modo que el penitente sí lo necesita: para percibir mejor el alcance de lo cometido y escandalizarse más de sus consecuencias y gravedad.

Cuando hube terminado, todavía esperaba alguna lección de catolicismo de quien en adelante habría de ser mi confidente y director espiritual. No fue eso lo que obtuve. Tras la absolución, Huvelin abrió la portezuela de su confesionario y, como si yo no hubiera sido un flamante oficial del ejército y no fuera todavía un envidiado y reputado explorador sino un simple mozalbete a quien hubiera que regañar, me condujo a la sacristía de la mano y a buen paso. Aquel comportamiento, que en apariencia me rebajaba, no me disgustó. Todo lo contrario: lo estimaba justísimo, y en aquel momento habría hecho probablemente cualquier cosa que aquel buen hombre me hubiera pedido.

Si mi conversión no hubiera sido brusca y drástica, no creo que mi espíritu hubiese sido luego dócil y flexible. De modo que debo a la radicalidad de mi vocación esa posterior y probada ductilidad

gracias a la cual supe dejarme modelar por mis formadores. Hay hombres a los que, para que reaccionen, no queda más remedio que abofetear; y yo, ciertamente, era y aún soy uno de ellos.

En la vieja sacristía de aquella parroquia, Henri Huvelin abrió un sagrario, tomó el copón, elevó una de las formas a la altura de mis ojos y, acto seguido, la puso en mi lengua tras decir: «*Corpus Christi*».

Yo estaba mudo, estupefacto; pero abrí la boca y saqué la lengua como había visto hacer a los cristianos y como yo mismo había hecho en la primera comunión.

—Esta es la clase de religión que me pedía —rio entonces Huvelin, para dejarme poco después a solas en la oscuridad del último banco en el que yo acostumbraba a sentarme y en donde él, seguramente, me habría visto muchas veces desde la rejilla de su confesionario.

Allí me quedé durante largo rato, saboreando la que sería mi segunda e inolvidable primera comunión. Fue allí, también, en ese mismo banco, donde más tarde comprendería que para mí todo había empezado con una orden: ¡Arrodíllese! Si siempre obedezco como lo he hecho esta tarde —me dije entonces—, nunca podré equivocarme. De igual modo —y quizá fuera esto lo más determinante—, fue allí donde supe ver que en aquel movimiento mediante el cual me había agachado para arrodillarme consistiría toda mi vida. Que en eso, en un abajamiento constante, había consistido la de Jesús. Que mi lugar, como el Suyo, era el último; y que solo si descendía hasta él encontraría eso que en el Evangelio se conoce por bienaventuranza y que los hombres, sin saber a qué se refieren, llaman felicidad.

DESDE aquel día de finales de octubre de 1885 comenzaron mis oraciones y ayunos, así como mi profundo respeto a los confesionarios. Me resulta conmovedor que los hombres hayan sentido la necesidad de diseñar y construir un mueble en el que lo específico o propio sea abrir el corazón. En realidad, todos los objetos religiosos me conmueven y ayudan: los reclinatorios, el cirio, el incensario, las campanillas… ¡Ojalá tuviéramos más imaginación para crear mayor número de objetos para el culto o la

devoción! Desde aquel día de octubre del 85 tengo por sagrado, además, el momento en que, cuando voy a orar, me pongo de rodillas.

¡Si los cristianos supieran del inmenso bien espiritual que proporciona esta postura! A veces me sobreviene una sensación de Su presencia tan intensa que caigo de hinojos sin apenas recapacitar. Pero también hay ocasiones en que me arrodillo sin más, aunque no tenga esa certeza íntima o ni siquiera esté en el oratorio. Estoy sentado ante mi escritorio, frente a mis papeles y, de repente, voy y me arrodillo. O estoy almorzando y, mientras lo hago, voy y me arrodillo. Cuando me despierto por la mañana, lo primero que hago es arrodillarme; pero también me arrodillo poco antes de acostarme y al empezar cualquiera de mis rezos o trabajos. Mi cuerpo se ha acostumbrado tanto a estar de rodillas que, en esa posición, ya no me siento incómodo o mortificado.

Esta es para mí la mejor postura para rezar por la sencilla razón de que no se asume para ninguna otra actividad. Sentado escribo y leo, de forma que no es difícil que, cuando me siento para rezar, mi oración se deslice inadvertidamente hacia el trabajo o la lectura. Postrado duermo, de manera que tampoco es difícil que cuando me postro para orar termine por conciliar el sueño. Cuando me arrodillo, en cambio, mi cuerpo le dice a mi espíritu que es para rezar. Siempre que me arrodillo pienso en el último banco de San Agustín y en que fue ahí donde comenzó mi andadura como cristiano.

Cuando viene alguien y me dice que quiere conocer a Dios, le digo: «¡Arrodíllese!»; y me arrodillo yo mismo a su lado, pues sé que eso enternece mucho a mi Señor. He llegado a pensar que la propia postura, sin nada más, tiene ya para el alma un efecto saludable. Y que el propio Dios se arrodilla cuando nace en Belén, sin retener para sí, ávidamente, su condición de Dios. Que Dios se arrodilla cuando lava los pies a sus discípulos, poco antes de su entrega definitiva. Que Dios se arrodilla, en fin, cuando pocos minutos antes de expirar cae bajo el peso de la cruz. Siempre que me he arrodillado, siempre que he descendido, no me he equivocado. Las mejores decisiones de mi vida las tomé de rodillas. De rodillas siempre se encuentra uno a Dios porque la perspectiva de Dios es la de abajo.

## 25. La parroquia de San Agustín

Tan pronto como supe que había un Dios, comprendí que no podía vivir sino para Él; decidí consecuentemente —¿pero fui yo quien lo decidí?— no vivir en adelante más que para ese Dios que vivía para mí. Así que mi vocación religiosa data de la misma hora que mi fe, y todavía hoy me pregunto cómo es posible descubrirle y no entregarse a Él completamente, así como si no serán fe y vocación dos palabras para un mismo y único movimiento. ¿Cabe creer y vivir lejos de lo que se cree? Desde que supe que había un Dios, además, comprendí que no había comparación entre Dios y todo lo demás, por lo que mi camino no podía ser otro que el de la santidad; porque, si se descubre lo absoluto, ¿puede uno acaso conformarse con lo relativo? La cuestión de la existencia de Dios, por tanto, fue para mí algo vital. Habría vivido de un modo u otro según respondiera a esta pregunta.

Cuando aquella tarde salí de San Agustín, supe que yo, Charles de Foucauld, no podría ser ya un mero explorador. O sí, pero explorador de los paisajes divinos que me habían asaltado y por cuyos caminos —tortuosos casi siempre— habría de transitar.

Amo la conversión porque me permite tener un antes y un después en mi biografía. Hay un eje en mi vida: un punto al que mirar retrospectivamente y desde el que evaluar cualquier horizonte. Mi pasado, hasta entonces piezas de un rompecabezas informe, comenzó a partir de ese momento a ordenarse, ocupando cada experiencia su lugar, cada episodio su sentido y cada error —¡sí, también los errores!— su razón. Sentí con sobrecogedora clarividencia que estrenaba identidad, y que al fin sabía qué debía hacer, aunque todavía no cómo. El mundo comenzó entonces a brillar ante mis ojos como no había brillado nunca; los hombres con quienes me cruzaba, de camino a mi apartamento en la *rue* de Miromesnil, ya no parecían extraños o desconocidos, sino colaboradores y amigos. Resulta extraño nacer a los veintiocho años. Por primera vez me sabía responsable; por primera vez divisaba ante mí una tarea y un horizonte digno de un ser humano. Me sabía grande y pequeño al mismo tiempo, pero ese camino, el del descubrimiento de la inmensidad de mi pequeñez, habría de recorrerlo durante años. Entonces solo estaba en el principio.

Mi conversión en San Agustín —y tenía que ser precisamente ahí, siendo san Agustín el gran converso de la historia— fue para mí el acontecimiento más decisivo. Por conversión entendí, y ello desde aquel día, experiencia de Dios y reforma de mis costumbres, es decir, cambio radical. Desde mis primeros pasos como creyente quise marcarme una nueva orientación, consciente de que si andaba con paños calientes todos mis buenos propósitos quedarían en agua de borrajas. A este efecto recordé que Huvelin me había dicho que los propósitos para una vida espiritual deben ser siempre muy concretos y limitados, que nunca debe uno proponerse orar siempre, por ejemplo, sino solo en esa jornada; que no es sensato proponerse ayunos de varios días, sino solo de pocas horas.

—Con ideales pequeños —había sentenciado el abate—, la religión se hace posible. Toda la energía del cristiano debería concentrarse en lo minúsculo, y es así como algún día terminará por conseguir lo grande.

En ese sentido, fiel a esta consigna, nunca he ganado una batalla importante; todas mis victorias han sido pequeñas y hasta insignificantes si no se ven en su conjunto.

En aquel tiempo comencé por cambiar lo exterior, es decir, el modo de vestir y de alimentarme; de ahí pasé a la estructuración del horario, que quedó fuertemente impregnado de actos de piedad. Pero mi corazón sabía que pronto habría de cambiar de domicilio y de estado de vida, pues enseguida empecé a pensar en profesar en una Orden, donde imaginaba que mi consagración a Dios sería más total.

## 26. Lecciones de cristianismo

Al escuchar las lecciones que Huvelin impartía sobre historia de la Iglesia en la cripta de su parroquia, comprobé que la realidad superaba con creces a su fama. ¿Cómo puede un hombre hablar tan bien?, me preguntaba, maravillado de las cualidades de su oratoria. Pero no era solo por la riqueza de su léxico o por la sencilla perfección con que construía sus frases, que parecía estar leyendo;

tampoco por la pertinencia de sus ejemplos, siempre ilustrativos, por la fuerza de sus argumentaciones —convincentes sin ser demoledoras— o por la sorprendente cultura de la que aquel individuo hacía gala, siendo capaz de relacionarlo todo con cualquier cosa, mostrando él mismo las fallas de su pensamiento para, como un mago de feria, solucionarlas más tarde. No: lo más llamativo de las concurridas clases de Huvelin era la actitud con que las impartía. El abate se tomaba a sí mismo como blanco de sus críticas: con benévola mordacidad se reía de sí, mostrando cómo el humor es el camino más directo y elegante hacia la humildad.

Al principio creí que toda aquella feligresía había sido convocada por la erudición y locuacidad de aquel vicario, dotado de una inteligencia clarividente. Luego pensé que se trataba de su simpatía natural, de la espontaneidad con que exponía su experiencia del mundo —como si algo así fuera común entre los sacerdotes—; finalmente descubrí que ni el temperamento ni el saber podían justificar el abultado número de penitentes que hacía cola en su confesionario o que se agolpaba a la puerta de la cripta la tarde de sus conferencias. Comprendí que lo que convocaba a toda aquella gente en torno al párroco de San Agustín era nada menos que su santidad. Si es cierto que ha habido líderes que han llevado a la catástrofe a sus pueblos, alentados por el espíritu del mal, mucho más lo es que, alentados por el del bien, hay hombres y mujeres que pueden convocar a la entera humanidad en el camino de la salvación.

Dios había colmado a Huvelin de los más variados dones. Llamado a la acción, llevaba su reumatismo —que tanto le atormentaría— con envidiable bonhomía y resignación. Dotado para la ciencia, lo estaba también para las lenguas. Amigo de la oración, era un titán de la caridad. Armado con la retórica, sabía guardar silencio. Y cuando hablaba…, ¡ah, cuando hablaba no sabía uno qué admirar más: si que de todos los paréntesis que abría en sus discursos no se olvidara de cerrar ninguno o si que aquella disertación —pues siempre que hablaba, disertaba— pudiera componerse sin ningún ensayo previo, sin ningún esquema, como por gracia!

Encandilado con su figura —firme pero no rígida, suave sin ser blanda—, perdía muchas de las ideas que Huvelin lanzaba a

raudales a su asamblea, como si no fueran valiosas. Repetía aquellas ideas suyas —que no eran sino las del cristianismo mismo en la formulación más sugerente que haya escuchado nunca— en una expresión aún más afilada que la anterior; las ilustraba para que resplandecieran; las confrontaba entre sí para ensanchar sus perspectivas; les daba la vuelta; las exprimía y las ponía finalmente ante sus oyentes para que ellos, nosotros, comprendiéramos lo que no habíamos comprendido hasta entonces: que hablaban de nosotros. Para Huvelin cada idea, cada misterio del cristianismo, era como un espejo en el que todo hombre podía mirarse y reconocerse. Cada idea era un puente que atravesar, un océano en el que bañarse, una hoguera en que calentarse y un horizonte al que tender. En aquellas conferencias —¿cuántas fueron: quince, veinte…?— aprendí a amar el cristianismo, no solo a Cristo.

COMENCÉ también entonces a amar a la Iglesia, pues en aquella cripta parroquial se reunía cada miércoles un grupo de cristianos para escuchar las conferencias de su párroco y para ayudarse mutuamente en su acercamiento a Dios. La mayoría eran ancianos, pero yo —quién sabe por qué— les veía jóvenes. Veía claramente cómo Cristo había trabajado sus rostros, cómo había empezado a esculpir Su propio rostro en el de todos ellos, cómo de tanto mirar a su Maestro habían comenzado a parecerse a Él. En la esperanza de que algo de aquel Cristo del que gozaban llegara también hasta mí, me arrimé a ellos cuanto pude. En cuanto les tuve cerca, comprendí que aquellos rostros de cristianos estaban surcados por el silencio: su forma de mirar era límpida, como si tuvieran quince años y no sesenta; su sonrisa carecía de esa mueca de amargura que, inadvertidamente, dejan los años; sus muchas arrugas hablaban de trabajo y de experiencia, no de pena o frustración; sus manos…, hubiera querido acariciarlas como si fuesen las de mi amada. Aquellos hombres y mujeres con rostros que parecían haberlo vivido todo eran como los amigos que nunca debí haber perdido y, sin conocerles, me sentí uno de ellos y parte de su familia. «Quiero ser uno de vosotros» —quise decirles—, «¿no me reconocéis como de los vuestros?». Y les miraba como toda persona pide ser mirada: con respeto, con amor.

«¡He conocido a los cristianos!», me decía de camino a casa, como si nunca hubiera conocido a otros o como si fuera insólito dar con gentes con esta fe en una ciudad como París. «¡Cristianos, cristianos!», repetía, y me parecía que en aquella palabra se concentraba lo que siempre había estado buscando.

## 27. La estrategia del abate

Cuando el abate Huvelin hablaba conmigo en privado, era habitual que asintiera con la cabeza, dando así a entender que aprobaba mi forma de pensar. Ahora bien, Huvelin asentía incluso cuando oraba; era como si Dios le hubiera dicho algo que él ya supiera, o como si diera su consentimiento al plan que el propio Dios le acababa de proponer. Maravillado ante la santidad de aquel hombre de mejillas pálidas y caídas, a mí me gustaba verle asentir; Huvelin había venido al mundo para decir que sí.

—Yo quiero ser como usted —le dije un día, avergonzado por haber tardado tanto en descubrir el tesoro del cristianismo, estando como estaba al alcance de mi mano.

Al oír aquello, el abate se rio y me echó de la sacristía, advirtiéndome que no pensara más en semejantes disparates. Me fui a casa completamente destrozado. ¿Es que no podía yo servir a Dios?, me preguntaba. Y me echaba a temblar, convencido de lo escandaloso que resultaba el simple hecho de que aquella idea se me hubiera ocurrido. No, yo no era en absoluto digno de un ideal tan elevado.

—Padre —volví a decirle a los pocos días, incapaz de acallar mi aspiración—, quiero ser como usted. Quiero ser el hombre que estoy llamado a ser; no puedo conformarme con sucedáneos, por maravillosos que parezcan. No quiero mi felicidad, le quiero a Él. Tómeme la palabra, por favor, tómemela.

Huvelin volvió a expulsarme con cajas destempladas, y todavía habría de hacerlo dos veces más. Solo a la quinta vez que me presenté con esta petición ante él, o tal vez a la sexta, el instruido abate detuvo sus pasos y puso sus manos grandes sobre mis

hombros.

—¿De verdad lo quieres? —me preguntó, y me miró con ojos buenos—. ¿Quieres ir lejos, hasta el final? ¿Aspiras a lo máximo?

—Quiero. Quiero. Quiero —le respondí, y todavía se lo repetí, siempre en tríadas, cada vez que me lo preguntó, por si es que la primera vez no lo había dicho con el suficiente aplomo o convicción.

—¿De verdad lo deseas? —me insistía él cada vez que yo acudía a su despacho.

—Sí, padre, lo quiero —le decía en cada ocasión.

Me sentía ante un camino muy largo; pero tenía infinitas ganas de empezar a transitar por él.

—No conozco el camino —me confesó un día Huvelin—, pero algo sé de sus aromas.

El abate, sin embargo, no se decidía a darme las estampas que me había prometido, por ejemplo, ni a indicarme los textos que debía leer, los ejercicios que debía practicar, las oraciones que debía rezar y cómo. Supe que hasta me había buscado una persona entre sus feligresas con el propósito de que contrajera matrimonio, llegando a plantear el asunto al señor de Richemond, que tenía una hija casadera.

EL abate Huvelin me hizo esperar; me hizo desear los dones del Señor como nunca nadie me había hecho esperar nada. Me creó el suspense de la salvación. Retuvo mi alma inflamada, sabia y paradójicamente, dándome solo la ración que necesitaba: una ración escasa siempre, para que mi hambre y sed no dejaran de aumentar. ¡Qué hombre! ¡Qué bien sabía Huvelin de las estrategias del llamamiento y del discipulado! Me estimulaba para que eligiera y para que volviera a elegir; y para que, eligiendo, fortaleciera mi convencimiento y me emborrachara de esa libertad en que debe estar basado todo verdadero seguimiento.

Me disgusta que los sacerdotes de hoy no se preparen como se preparó Henri Huvelin: que no sepan ya explorar las conciencias y que digan generalidades. La anatomía del alma humana es tan difícil o más que la del cuerpo físico, por lo que deberían dedicarse a ella al menos los mismos años de estudios que a la medicina y,

ciertamente, con el mismo rigor. Hay pocos sacerdotes que, como Huvelin, sepan no solo hablar de Dios, sino conducir hasta Él: sabedores de cuándo detenerse o avanzar por un determinado camino, cuándo insistir en un pensamiento o en una afección, cómo hacer para vencer una tentación o erradicar un vicio. La mayoría de ellos deja a sus pupilos desprotegidos y a la intemperie, en medio de tempestades de las que ellos —cobardes— se retiran cautelosos. Huvelin no. Huvelin escuchaba todo lo que le decía. Me tomaba completamente en serio. Me atendía como si nunca antes hubiera hecho algo similar y como si lo que le estuviera diciendo fuera nuevo y original.

Jamás me cansaré de hablar de la excelencia de este sacerdote, pues poner los ojos en un maestro exterior avivó al que bien podría llamar mi maestro interior. Veo el flexo de su mesa, regando los papeles sobre los que siempre trabajaba; veo su mano gruesa rascándose el mentón; veo el movimiento lento con que introducía su cabeza en la casulla —poco antes de la misa— y el movimiento brusco con el que luego la arrojaba hacia atrás. También le veo con la mirada en el cristal de la ventana, cuando llovía; y pelando las castañas que solía llevar en los bolsillos de su sotana; y despachando a las mujeres, que nunca terminaban de salir de su sacristía; y arrodillado ante el sagrario con un recogimiento que nunca podré olvidar. ¿Cómo rezará este hombre?, me preguntaba. ¿Qué le dirá a Dios? Y pensaba que yo deseaba tener una cara así: curtida y surcada por sabe Dios cuántos diálogos íntimos, blanda y dura a un tiempo, fuerte y suave, amorosa y desapegada. Exactamente eso es lo que quiero para mí, me dije: un rostro que es el rostro de quien ha sufrido sin que el sufrimiento haya torcido sus facciones en una mueca. Yo miraba a Huvelin y él miraba a Dios; y así se nos iban las tardes, lentas y amables, en la parroquia.

## 28. Discernimiento de espíritus

Tras mi conversión ya no me interesaba solo quién era Dios, sino sobre todo cómo se iba hasta Él; y gracias a Huvelin, obtuve un

mapa con el que poder orientarme. Finalmente había dado con alguien que no me dejaba a mi suerte, sino que me suministraba un instrumento concreto y experimentado: un itinerario recorrido por miles de creyentes antes que yo, un riguroso plan de ejercicios en los que se me indicaba cómo debía empezar a orar, qué debía hacer mientras estaba en oración y, en fin, cómo concluir aquellas excursiones mentales en busca del Señor.

Que hubiera un orden en las cosas del Espíritu, que alguien hubiera dibujado unos senderos por los que llegar hasta Dios, aguijoneaba mi curiosidad. Y tanto más porque todo ello estaba alimentado por ese maestro del suspense que era Huvelin, quien me exhortaba no solo a alcanzar la meta —Dios mismo—, sino a atravesar gozosamente el camino y a detenerme en él cuanto pudiera. Una buena pedagogía es la que enseña a amar la pedagogía misma. En otras palabras, no solo Cristo me resultaba atractivo, sino también el cristianismo, cuyos misterios —y no solo el de Dios, que los resumía todos— me parecían encerrar un caudal de ciencia y de amor del que yo, aunque fuera indigno, quería participar. «¡Tengo tanto que aprender, tanto que aprender!», me decía a cada rato, feliz de que hubiera una escuela para lo cristiano y honrado de que en ella se me hubiera reservado un pupitre.

Alimentado por la espiritualidad de san Ignacio de Loyola, Huvelin me había regalado una brújula con la que orientarme en mi aventura. ¡Bendito Ignacio, que experimentó, puso por escrito y transmitió el precioso tesoro de su propia exploración! Aun hoy sigo sin saber qué me maravilla más: si el rigor intelectual con que el santo vasco pensó sus *Ejercicios* o la fantasía imaginativa con que los supo ilustrar. Porque si ya la lucidez con que distingue una moción de otra y la estructura con que las organiza resultan asombrosas, no menos llamativas fueron para mí sus ilustraciones o ejemplos: su virulencia, su temperatura. ¡Qué imperiosa necesidad tenía yo de algo así! ¿Cómo había podido vivir tanto tiempo —me lamentaba— como una pobre barquichuela, al capricho de los vientos y de las olas?

Al entregarme el librito de los *Ejercicios Espirituales*, Huvelin debió de pensar que yo era como un campo seco y olvidado a la espera de un jardinero que arrancara las malas hierbas, removiera la tierra y la sembrara. No se equivocaba. Porque yo… ¡tenía tantas

ganas de ser discípulo! Durante años había buscado desesperadamente un maestro, y por fin lo había encontrado en aquel hombre corpulento y de mejillas pálidas y caídas. El abate Huvelin me regalaba el sol que entraba a raudales por el ventanal de su casa, la mesa camilla ante la que nos sentábamos —cubriéndonos las rodillas con los faldones—, su forma de mirarme lleno de sano orgullo y paternal satisfacción. Él creía disimular hábilmente sus sentimientos hacia mí; pero yo sentía que me miraba amorosamente, como a un hijo tardío e inesperado.

En mi infancia y juventud, sin padres ni maestros, había andado por ahí como un perro sediento, husmeando en una fuente seca. En aquellos tiempos del liceo y de la academia, como un animal enloquecido por la sed, bastaba que viese la más pequeña gota para que me arrojase sobre ella y la sorbiera con avidez. Gracias a Huvelin todo empezaba a ser distinto: tenía un manantial ante mí y podía beber de él cuanto quisiera. Por mi parte, en lugar de abalanzarme a ese manantial, me quedaba maravillado y agradecido por su anchura y profundidad, por su magnificencia. Sabía bien que debía empezar a beber, puesto que el gozo —cuando hubiera bebido— sería aún mayor. Sin embargo…, ¡es tan maravilloso dilatar el momento de sumergirnos en esa terrible felicidad! Sí, «terrible» es el adjetivo adecuado para la felicidad que proviene de Dios. Porque da mucho miedo ser tan feliz y recibir tanto, y tan inmerecidamente.

Siempre que durante aquel invierno salía de la parroquia de San Agustín y permitía que el viento de París azotase mi rostro, me sentía con un trabajo que realizar —mis ejercicios— y con un rostro que descubrir —el de Jesucristo—. La sensación de ir acompañado… ¡era tan nítida! Me sorprendía que los demás no la percibieran, que no me detuvieran por la calle para preguntarme: «¿Quién eres? ¿Por qué estás así?». Como a la gente que se ve sonriendo por la calle, o incluso riéndose —acaso porque recuerda algún episodio gracioso o alguna anécdota divertida—, o como las muchachas con quienes ocasionalmente nos cruzamos y que tienen el rostro iluminado —quizá porque acaban de escuchar lo mucho que les quieren sus seres amados—, así iba yo por los bulevares de París: cualquiera habría dicho que estaba habitado. Sentía inmensos deseos de correr, como si la carrera pudiera aliviar esa sensación de

insoportable felicidad, como si la carrera pudiera apaciguarla y hacerla llevadera; pero también me resultaba dulce retener mis pasos, para así ser más consciente de aquella sensación irrepetible y fulgurante.

Dios me había ido preparando para aquel momento desde hacía años, esa era la sensación; me había ido conduciendo hacia Él delicadamente, con una paciencia desconcertante y exagerada.

—Pero ¿cómo he podido vivir sin Él? —me preguntaba cada vez que exploraba mi conciencia, sabedor al fin, como Huvelin me había advertido, de que mi tarea era preparar y roturar el campo, solo eso, pues era a Dios a quien le tocaba arrojar la semilla.

Yo, evidentemente, no podía hacer crecer esa semilla; y nadie en el mundo habría podido decirme en qué terminaría. Pero podía y debía hincar el arado lo más profundo que pudiera; y dibujar luego los surcos, lo más rectos y paralelos que supiese. Toda vida espiritual es preparación para una vida espiritual.

ERA noviembre y lucía el sol. Poco antes había estado en la parroquia, con Huvelin. Caminaba con las cuentas del rosario entre los dedos, sabedor de que contaba así con un arma que, en su aparente fragilidad, me hacía extrañamente poderoso ante el mundo; creía entonces y todavía lo creo hoy que las palabras del rosario en mis labios —y ello más allá de que las diga con mayor o menor devoción— hacen en mí su trabajo: que me van fortaleciendo y que, inadvertidamente, van adhiriéndose a mi piel y convirtiéndola en una suerte de coraza frente a las tentaciones y peligros de este mundo. Pues estaba yo desgranando aquellas cuentas cuando empecé a maravillarme de lo azul que estaba el cielo y de cómo brillaba la ciudad, regada —pues parecía agua— por el sol. Esta impresión me produjo mucha alegría, y me recreé en ella: mis ojos pasaban del azul del cielo, sin una sola nube, al brillo de las calles, con sus comercios y edificios. Estando en esas, sentí de pronto que no dejaba de ser emocionante que estuviera donde estaba, en la *rue* de la Pompe de París, y que Él me mirase desde donde me miraba. Fue este pensamiento, tan simple, lo que comenzó a torcerme el rostro en la inconfundible mueca que precede al llanto. Supe que de un momento a otro me iba a poner a

llorar; y, en cuanto pensé que podía tratarse de ese don de lágrimas que tanto había implorado en mi oración, comencé a derramar las primeras, que se prolongaron durante largo rato sin que me importase que algún transeúnte pudiera advertir la intensidad de mi emoción. El cielo seguía estando muy azul y las calles, con sus gentes, muy brillantes, como iluminadas. Lloraba por la grandeza de lo creado y, sobre todo, por el hecho de que Dios estuviera pendiente de mí, que había dejado la rue de la Pompe y caminaba ahora por una plazoleta una mañana de noviembre con las cuentas del rosario entrelazadas en los dedos. Cuantas más lágrimas surcaban mis mejillas mayor era la sensación de que Dios estaba junto a mí, y aquella certeza de su cercanía fue tan intensa que casi tenía miedo de moverme, no fuera que mi movimiento —por pequeño que fuese— pudiera espantar esa presencia Suya, tan exquisita. Hablé un poco con esa presencia y luego callé; o callé al principio y hablé después. En realidad, no sabía qué hacer para que aquella certidumbre —tan íntima y dulce— no se disolviera, para que permaneciera a mi lado hasta que pudiese extraer de ella lo que necesitaba para crecer. Interrumpí entonces la recitación de los misterios, gemí un poco y continué caminando, algo más despacio, hasta mi modesto apartamento en Miromesnil.

## 29. La biblioteca del cristiano

Torturado por los duros y prolongados entrenamientos físicos que comportaba la vida cuartelera de Saint-Cyr y humillado por mi declarado horror al deporte —en el que encontraban esparcimiento tantos de mis camaradas—, siendo cadete solía refugiarme en el *Heptamerón*, o en Luciano, Villon y Régnier, cuyas obras no había tenido tiempo de leer por entero durante los años del liceo y que en el cuartel completé y devoré con fruición. Fueron estos literatos quienes me instruyeron en el saber profano y quienes hicieron de mí algo parecido a un erudito y a un *bon vivant*. Tras mi conversión, renuncié a estos autores y a estas lecturas, consciente del mal que me habían inoculado. Y es que la sabiduría sin piedad solo infla y

no contribuye a la adquisición de la verdad. Nuestro saber humano no puede sanar; la ciencia, por sí sola, sirve únicamente a la vanagloria. Se trata más bien de reconocernos extraviados, fuera del camino.

Así que la literatura en la que con tanta voracidad me había sumergido con catorce, quince o dieciséis años —buscando seguramente el paraíso que no encontraba en la vida—, dejó de interesarme a partir de los veintiocho. No fue una interrupción repentina, sino gradual: traté de leer algunas novelas que tenía pendientes, pero lo que ahí se contaba ya no iba conmigo. Todavía más: no comprendía cómo podía haber bebido antes de un pozo que ahora, tras mi conversión, se me antojaba tan seco. Pero ni siquiera las novelas que ya había leído, y que también retomé entonces y quise releer —libros con los que tanto había gozado y aprendido en su primera lectura—, me dieron ahora, en la segunda, alguna enseñanza o diversión. Todo lo contrario: me dejaron indiferente y hasta vacío. El hombre que fui había muerto: mis viejos libros, como los nuevos, me lo demostraban. Solo me encontraba en los textos que hablaban de Dios —buenos o malos, pues ninguno me parecía malo del todo—. Solo esos libros, los religiosos, hablaban de mí —que es, en el fondo, el motivo por el que nos damos a la lectura—. En la actualidad, sin embargo, empeñado en una obra científica y no explícitamente religiosa que haga conocer en Occidente la civilización de los tuareg, reconozco que también los autores griegos y latinos —aunque lejos de Dios— han contribuido y posibilitado que el joven estrasburgués que yo era en aquel tiempo llegara a ser quien ahora soy.

Por mi acerada y prematura afición a los libros, de mi conversión en adelante y durante largos años albergué una extraña aversión a los mismos, estúpidamente convencido de que no era por su medio como debía evangelizar. Esta creencia la he desestimado hoy; pero sigo creyendo que para ser un buen heraldo es importante carecer de toda estrategia —y ello pese a mi formación militar—. Para evangelizar hay que ir con las manos vacías y abiertas, de frente, poniéndose simplemente a disposición de Dios y de los demás. Si tengo tanto reparo hacia las estrategias evangelizadoras es porque retardan infinitamente la hora de la acción. Conozco presuntos evangelizadores que solo se han dedicado a programar.

Conozco a hombres y mujeres que han estado preparándose durante años para sembrar como es debido y que luego, llegada la hora de ir a la mies, han muerto, llevándose consigo su larga y estéril preparación. Por otra parte, el Evangelio no se instaura desde la lógica mundana de la planificación, sino con el silencio y la cruz, el fracaso y la abnegación.

Para librar debidamente el combate de la fe, me interesé por el que otros hombres y mujeres —con el mismo propósito— habían librado antes que yo y con qué resultados. Fue así como me aficioné a las biografías de santos, que eran los únicos libros que todavía soportaba. Leí muchas con gran admiración y, en lo que veía posible, imitaba los ejemplos que ahí se relataban. En lo que aquellos testimonios me ayudaron más fue en el convencimiento de que todo lo que consigue un hombre, salvadas ciertas condiciones, puede conseguirlo cualquier otro. En este sentido, por admirables que me resultaran las proezas ascéticas de todos aquellos biografiados, supe que las mías podían ser igual de grandes si mi determinación era fuerte y firme mi perseverancia. A decir verdad, no vi que el dominio sobre mis deseos y sentidos fuera posible hasta que de hecho empezó a serlo. Con esto quiero decir que fue mi propia libertad la que me fue seduciendo.

Además de las hagiografías, durante aquellos días cayeron en mis manos la *Vida de los padres del desierto* y *Monjes de Occidente*, de Montalembert, manuales que, junto a las *Elevaciones* de Bossuet, conformaron mi primera biblioteca de cristiano.

—Todos estos libros son importantes —me dijo Huvelin—, pero lo más importante son los silencios a que pueden conducir. Por muy capitales que hayan podido ser para la historia cristiana, si estos libros no te enseñan a callar, entonces no son buenos para ti. ¿Entiendes esto? —me preguntó el abate.

Yo le dije que sí, naturalmente, pero no lo entendía. ¿Cómo iba a entenderlo si no sabía del silencio del que me hablaba?

## 30. El último lugar

El caso es que la lectura de aquellos libros me impactó tanto que decidí visitar la abadía de Fontgombault, en la provincia francesa de Berry, y hasta comencé a pensar, no sin agitación, si debía o no ingresar en un monasterio. Yo… ¿monje?, me preguntaba. Aquella idea me obsesionó tanto como años antes la de la aventura y la exploración, pero en lugar de dispersarme con lecturas múltiples y variadas —como hice con el Islam—, me concentré en los tres libros mencionados, que leía y releía sin cesar. Cada una de sus frases encerraba para mí un misterio: las subrayaba, las transcribía, las repetía en voz alta y me preguntaba cómo las interpretaría Huvelin y qué sacaría él de ellas, pues yo —inexperto— apenas sabía sacar nada. Comencé a visitar a mi abate con la misma impaciencia y afán con que años atrás había visitado al irlandés MacCarthy, para obtener su consentimiento y alimentar mi fantasía.

El sacerdote me recibía siempre con una gran sonrisa y probaba mi presunta vocación al monacato con toda clase de preguntas.

—Así que quieres seguir a Jesús en su eclipse —me decía, por ejemplo, tras escucharme; y me recordaba que con semejante término aludía a ser totalmente libre respecto a la influencia política, a la superioridad cultural, al nivel económico y al prestigio social.

—Y hablas de llevar la misma vida de Nuestro Señor, pobre y artesano —decía también.

—Sí, padre —respondía yo a cada una de sus observaciones—. Sí —repetía; y le miraba como mira un niño a su progenitor, insistiéndole en que para mí lo importante no era solo entregarme, sino hacerlo en silencio.

Esto del silencio era tan esencial que, si no era de este modo, me parecía que mi pobre entrega carecería de valor.

En uno de sus concurridos sermones, Huvelin había afirmado que Cristo había escogido para sí de tal modo el último lugar que ya nadie se lo podría arrebatar nunca. «El último lugar»: aquella fue la primera vez que oí esta expresión. En una aldea de Palestina, perdido e ignorado, Jesús de Nazaret había vivido en la mayor oscuridad. Tanto me movía asemejarme a este Jesús anónimo y trabajador que deseaba que mi vida fuese una prolongación de la

Suya.

—Tengo sed de llevar una vida así —le confesé al santo abate al término de su prédica, ya en la sacristía—. Tengo sed, ¿me comprende? No soportaré una vida distinta de la Suya, porque —y le miraba implorante, como si de él dependiera la decisión final— ¿cómo rodearse de honores y placeres si Jesús ha recibido oprobio y humillación?

La verdad es que no podía entender mi conversión más que como un cambio a una vida totalmente distinta de la que había llevado hasta ese momento. Alguien como yo, con la categoría de vizconde, alguien que jamás había trabajado con las manos, que podía haber optado a un primer puesto en la jerarquía militar y que se había hecho un nombre entre los más célebres exploradores, no cambia de vida para asumir otra corriente o vulgar. Cambiar de vida supuso para mí, por tanto, crearme un modelo en el extremo opuesto; fue eso lo que me condujo a buscar el aparente fracaso de ese último lugar en situaciones fuera de lo común. No me conformaba con la simple oscuridad; quería la oscuridad más oscura; por esta causa y contra mi voluntad, allí donde viví siempre me dejé notar.

—El amor me pide imitación —dije para concluir.

—Imitación —recapituló el abate, y sacó del bolsillo de su sotana una de sus castañas, que acto seguido comenzó a pelar.

El flexo inundaba con su luz los papeles que se amontonaban sobre la mesa.

—¡Pues veremos qué se puede hacer! —exclamó al fin.

¿Podré explicar algún día lo que se removió en mí al escuchar esta afirmación? ¡Huvelin no me rechazaba! No consideraba que fuera un despropósito pensar en mi consagración.

—Tengo la impresión de que eres realmente una persona libre, que quieres ser libre —dijo él para terminar.

Estas palabras insuflaron en mí una fuerza extraordinaria y, cuando me las repetía, rompía a llorar. Había pedido el don de lágrimas y, una vez que lo obtuve, no me lo lograba quitar por mucho que ya no lo quisiera. En realidad, siempre que me ponía a hablar con Dios o sobre Él se me humedecían los ojos, lo que me avergonzaba, pues cualquiera habría tachado de lábil o exagerada aquella sensibilidad.

A la esperanza de complacer a Dios tuve que añadir entonces —aunque en grado inferior—, la de complacer a mi confesor, a quien acudía con frecuencia con intensos deseos de confesarme, aunque luego, cuando estaba ahí, en confesión, comprobaba avergonzado que no tenía realmente otra cosa que confesar que la vida que había derrochado antes de mi conversión. ¡Cuánto tiempo perdido para el amor!, me decía.

Pasó todavía algún tiempo, sin embargo, hasta que escogí la Orden en que entraría en religión. Desde que dije que me haría religioso hasta que efectivamente entré en una comunidad pasó una eternidad. Los días previos al comienzo de mi noviciado sentí a Huvelin incomprensible y dolorosamente frío. El buen sacerdote no quería interferir en la dirección de mis nuevos superiores. Había cumplido su papel, pensaba; para él había llegado la hora de retirarse y desaparecer. Pero se equivocaba: Henri Huvelin me acompañó espiritualmente hasta su muerte, acaecida en julio de 1910. Y aún ahora, desde el Cielo, siento que él me guía y acompaña.

## 31. Retiro en Clamart

Más por voluntad de mi director que por deseo propio —pues yo habría preferido encerrarme en una celda de la abadía más recóndita—, en noviembre de 1888 partí hacia Tierra Santa, donde permanecí hasta febrero del 89. Llegué a Jerusalén a mediados de diciembre y, como había imaginado desde niño, la encontré cubierta de nieve. La recorrí durante dos semanas de arriba abajo, entré en todas las iglesias y, pese a las bajas temperaturas, recé durante horas en el Monte de los Olivos. Fue allí, en medio de ese frío que me hacía castañetear los dientes, donde decidí que haría una larga excursión por Galilea; si me era posible, deseaba pasar la navidad en Belén, plan que efectivamente pude realizar. Pasé luego otras dos semanas en Galilea, y dos más en la verde Judea, desde donde regresé a mi país, alarmado por la tempestad anticlerical que asolaba la Tercera República.

No describiré ahora la impresión que me causó embarcarme rumbo a Palestina y vivir en Tierra Santa, pues lo haré cuando relate los tres años que tuve la oportunidad de vivir allí, al amparo de un convento de clarisas. Bastará que diga que, como todo gran viaje, aquel tuvo su repetición; y que tres días en Nazaret fueron suficientes para que mi vida quedase marcada. Bastará que diga que allí confirmé lo extraordinariamente seductora que es la voz de Dios; en realidad no hay nada ni nadie que pueda seducir tanto como ella. Claro que también es una voz inmensamente respetuosa, por lo que nada hace en nuestro lugar, sino solo con nosotros. Los seres humanos no estamos acostumbrados a que se nos conceda tanta libertad; tanta libertad nos emborracha y asusta.

Lo que comprendí en Nazaret fue que en la oración, como en la vida, es mejor arriesgar, que es necesario arriesgar; que sin riesgo no hay posible oración ni vida que merezca ese nombre. Dios siente debilidad por los temerarios: ante ellos se enternece, por así decir, y derrocha con ellos todos sus dones. Cuanto más dispuesto esté el hombre a perder y cuanto más pierda de hecho —y esto segundo es tan importante como lo primero—, más será lo que gane. Dios ama a los que se desprenden de todo y reprueba, en cambio, a los que acumulan tesoros y ponen en ellos su seguridad. La dificultad para confiar en Dios, por otra parte, no es distinta a la que encontramos para confiar en el hombre. Este era el espíritu que traía a mi vuelta a Francia.

UNA vez en mi patria, para conocer las tres grandes órdenes de la Iglesia, hice cuatro retiros: uno en Solesmes, con los benedictinos, en Pascua; otro con los trapenses, en la Trinidad; el tercero en Clamart, con los jesuitas; el cuarto nuevamente con los trapenses, por quienes la balanza terminaría por inclinarse. Llegados a este punto debo decir que la vida benedictina no me pareció lo suficientemente modesta para mí. Los monjes de san Benito rezaban los salmos, sí, pero apenas dejaban tiempo ni espacio para ese coloquio interior en que tanto insistían los carmelitas y san Ignacio. Además, por encima del seguimiento de Jesucristo, aquel egregio monacato parecía más bien una suerte de aristocracia espiritual.

Por ello, tras aquel retiro, hice otro, esta vez en Soligny. Nada

me producía más satisfacción que unos días de retiro. Disponer de unas cuantas jornadas solo para Dios me ponía en un estado de alegría tal que casi me impedía centrarme en los ejercicios de piedad. Por alguna razón consideraba que era impropio gozar tanto estando con Alguien como Jesús, que tanto había penado. Allí, por ejemplo, en Soligny, comprendí que mi conversión había tenido tres preámbulos. Uno: cuando me arrojé cabalgando contra el enemigo, arriesgando mi propia vida y alentando a mis camaradas. Dos: cuando planté a la Sociedad Geográfica Francesa y di la espalda al éxito social. Y tres: cuando oí a mi prima leer a Bossuet. Toda conversión sorprende, ¡y al convertido más que a nadie!, pero aun las conversiones más súbitas tienen desde luego su preparación. Dios prepara el territorio desde años antes y, a veces, con décadas de antelación. Todos esos preparativos divinos, sin embargo, solo se entienden en la retrospectiva. Siempre he dicho que Dios ha sido para mí, sobre todo, la mejor clave de lectura de mi vida.

El estilo de vida de los trapenses de Soligny me resultó mucho más humilde y abnegado que el de los benedictinos y, en este sentido, más conforme a lo que Dios parecía exigirme. Creo que fue gracias al medio aristocrático donde nací por lo que pude captar el encanto del abajamiento típico de la espiritualidad cisterciense. Lo digo porque si hubiera nacido abajo, ¿cómo habría podido descender? Así que me siento agradecido por la alta alcurnia de mis orígenes, por el dinero que heredé y del que pude desprenderme; por la educación que recibí —que facilitó que comprendiera que podía y debía seguirle—; por los viajes y las experiencias de que gocé y por tantas y tantas cosas. Sin fortuna ni títulos nobiliarios, sin honores, no habría podido renunciar a esos títulos y honores, a esa fortuna; y sin una renuncia significativa —como la que me exigía el ingreso en una Trapa— mis opciones habrían sido menos creíbles y, probablemente, menos firmes y duraderas.

De acuerdo con Huvelin, elegí la Trapa de Cheikh, en Akbes: una prolongación particularmente austera y rigurosa de Nuestra Señora de las Nieves, en Ardèche. Como incontables comunidades religiosas de aquel tiempo, la Trapa de las Nieves estaba siendo coaccionada por un edicto de expulsión. Alertados, los monjes habían conseguido replegarse fuera del territorio francés, donde el riesgo de un ataque o de una profanación eran bastante menores. Ir

a Siria en lugar de quedarme en Francia se me antojó mejor no solo porque mi espíritu aventurero no se había apagado del todo, sino porque intuía que lo que Dios quería de mí era que me fuera lo más lejos posible. Lejos: ya solo esta palabra era para mí dulce y prometedora.

Sin embargo, Huvelin no quiso darme su aprobación definitiva hasta someterme una vez más al discernimiento de los espíritus propio de la metodología ignaciana.

—Dadme una orden, que la obedeceré —le decía yo a cada rato; y acudía de nuevo a él al día siguiente con el mandato cumplido pero con la misma petición—. ¡Dadme una orden, os lo suplico!

Me había convertido —en palabras del propio abate— en un «fanático de la obediencia», rasgo que se acentuaría luego, durante el tiempo que pasé en Siria.

Debo al retiro de Clamart la decisión de viajar hasta Akbes; y debo a ese retiro, además de una alegría efervescente con que demostraba que había acertado en mi decisión, la profundización en los ejercicios ignacianos, a los que todavía hoy soy muy aficionado. Lo difícil no es poner en práctica una decisión, sino llegar a ella. Tomada esta, el camino se allana sorprendentemente y resulta difícil de creer que lo que en un momento determinado parece tan fácil haya podido constituir en otro una dificultad. Nada hay tan poderoso como un hombre cuando toma la decisión correcta.

—Irás al monasterio más pobre del mundo —me dijo al fin mi abate y director de conciencia.

En mis oídos de joven converso, aquellas palabras sonaron como si vinieran del propio Dios.

## 32. Amada Bondy

Más atento a lo que en Siria me esperaba que a lo que en París por fuerza debía abandonar, llegado el momento del adiós mi corazón se partió y entendí, finalmente, que no hay sacrificio que merezca ese nombre si no comporta algún dolor. Del temple con que afrontamos un sacrificio dependerá en buena medida aquel con

que luego afrontaremos los siguientes, de resultas que aquella separación de mi familia fue la que, en último término, me capacitó para las muchas que vendrían más tarde. La altura moral de un hombre —ahora lo sé por experiencia y no porque lo dijera Bossuet — depende de la categoría de sus vínculos y renuncias.

«En este triste mundo —escribí a mi prima el 6 de febrero de 1890—, tenemos la dicha de sufrir con y por nuestro Amado Jesús». Y en el párrafo de despedida: «Al decirte adiós he comprendido qué significa vivir al pie de la cruz». Así que morir al mundo significó para mí una sola cosa: renunciar a la presencia de mi prima. Sin ella, mis aspiraciones espirituales quedaban sin un norte o una meta. Y es que nunca he conocido a nadie tan parecido a Jesucristo como mi prima. La sola idea de no verla más —y entrar en la Trapa no podía significar otra cosa— me lastimaba por dentro hasta dejarme en un penoso estado de abatimiento y dejadez.

El abate comenzó a preocuparse. Me explicó que mi prima era algo así como la memoria maternal de mi ascendencia francesa; me recordó que vivir según las propias apetencias no era algo propio del consagrado; y me preguntó, con el rostro ensombrecido, si realmente deseaba trabajar por el anonadamiento y el olvido de mí.

—El olvido de sí —repetí yo, que apenas escuchaba sus razones.

Pero entonces, ¡ay!, no había abandonado realmente el mundo, puesto que no me había abandonado a mí.

—¿QUÉ miras? —me preguntaba Marie de Bondy cuando éramos niños, poco antes de tomarme de la mano para ir a pasear por el jardín.

Y yo:

—Nada, nada —pero «nada» no era la respuesta, y tanto ella como yo lo sabíamos mientras el sol del mediodía, radiante, bañaba nuestras cabezas.

Querida Marie: estas memorias que estoy escribiendo son para ti. Cuando haya partido de este mundo —y sé que no queda mucho para ese día—, no tendrás ya mis cartas; te quedará como recuerdo, en cambio, esta autobiografía, que no es sino una larga carta con la que a diario te tengo conmigo. «Amada mía», te escribí durante mi primera noche en la abadía de Cheikh. «Te quiero tanto que no sé

cómo he podido apartarme de tu lado. Te quiero porque me has leído a Bossuet, cuyas palabras he oído en tu voz cristalina en el atardecer. Te quiero porque me has hablado de Dios y porque ahora, cuando le hablo a Él, pienso en los veranos que pasamos juntos en la casa de verano, con tu hermana. ¿Quién me ha dado más que tú, amor mío? ¿Qué hubiera sido de mí sin conocerte? ¿Dónde estaría ahora y quién sería? ¿Un geógrafo, un militar, un ilustrado descreído? Sé, amada mía, que nadie entendería nuestras cartas si es que alguna vez cayeran en manos extrañas. Porque ¿cómo entender que tú eres mi madre y mi hija, que eres mi intercesora, mi hermana y mi confidente? Marie, ¡cuánto me gustaría verte aunque solo fuera una vez más! ¡Cuánto quisiera abrazarte y decirte que siempre te querré en el Corazón de nuestro Bienamado! Tuyo, Charles».

# IV
# MEDITACIÓN

EL NOVICIO DE AKBES

Enciérrate en tu celda y tu celda te enseñará.

(San Antonio Abad).

La oración interior produce abundantes frutos:
sincero amor de Dios, paz interior,
rapto del espíritu, pureza de pensamiento,
agilidad y vigor en todos los miembros, un general bienestar,
insensibilidad a las enfermedades y al dolor,
nueva fuerza de raciocinio, nueva inteligencia de la Sagrada Escritura,
comprensión del lenguaje de todas las criaturas, repulsas de toda vanidad,
nuevo concepto de la santidad y de la vida interior y, finalmente,
la conciencia cierta de que Dios está presente.

(El peregrino ruso).

Entré en un monasterio cuando tenía dieciséis años.
Después de una semana de adaptación a la vida del monasterio,
me presenté al monje al que estaba encomendado
para pedirle que me enseñara el camino del zen.
Me dio un librito, *Pequeño manual de práctica*,
y me recomendó que me lo aprendiera de memoria.
Le di las gracias y me retiré con él a mi cuarto.

(Thich Nhat Hanh).

## 33. El sendero del bosque

El enclave de la abadía de Nuestra Señora de las Nieves era el distrito comunal de Saint-Laurent-les-Bains, en Ardèche, una región salvaje habitualmente barrida por el viento. Robles y encinas, con cuya leña solían calentarse los monjes durante los crudos inviernos, constituían su principal vegetación. Quien conozca este punto de la geografía francesa sabe que cada árbol parece ahí dotado de una personalidad propia. Las hojas de los robles, por ejemplo, de un color amarillo ocre, siempre se mueven en círculo; los pinos, en cambio, en particular si son espigados, suelen girar sobre su propio eje; los abedules, en fin, se balancean con extrema lentitud, como si temblasen… Nada más llegar constaté aquella variedad de movimientos tan insólita, y me propuse que un día, cuando tuviera tiempo, leería toda la literatura sobre árboles a la que tuviera acceso.

Excavadas en aquellas rocas había algunas grutas, donde en épocas más florecientes el monasterio había tenido sus ermitaños. Desde que supe de la existencia de estas ermitas naturales, quise ir a visitarlas y, en una ocasión, aprovechando una tarde libre, me acerqué a una de ellas en un paseo. Siempre me ha gustado encaramarme hasta las más altas mesetas para explorar las cumbres; las montañas del Vivarais, en Languedoc, no me defraudaron. Comencé el ascenso por la linde suroeste, dificultado porque la nieve se había acumulado en el camino. Pese a las muchas zonas resbaladizas, subí lo más alto que pude con el propósito de gozar del panorama desde el borde de algún barranco. Sorprendido por lo mullido que estaba el musgo, que placenteramente crujía a mis pies, asusté a una pobre perdiz, que salió disparada al toparse conmigo. Por contrapartida, me asusté ante un gamo que, inmóvil y absorto, contemplaba el horizonte en una actitud que no dudaría en calificar de regia. Pero no vi lobos ni jabalíes, como me habían asegurado que encontraría en esas alturas, y mucho menos osos, antaño numerosos en estos parajes. Pese a todo, como soy muy precavido,

corté la rama de un brezo y, con mi navaja, la afilé.

De aquel paseo, como de muchos otros que realicé durante las llamadas tardes libres, regresé por una ladera distinta. La visión del monasterio siempre me sorprendía y, desde lejos, lo miraba entre orgulloso y agradecido. Cuando al fin llegaba al valle, si tenía tiempo, solía adentrarme en el bosque hasta que daba con el río, que parecía absorberlo todo en sus reflejos plateados. Allí me refrescaba las manos y el rostro y, en verano, me descalzaba para mojarme los pies. Yo era un antiguo teniente de cazadores, estaba habituado al contacto con la naturaleza y a la supervivencia en soledad.

No puedo dejar de relatar aquí la tarde en que, en vez de tomar el sendero de bajada —que me llevaba directamente al monasterio—, me entretuve en un claro del bosque. No debo omitir cómo me aventuré por uno de sus senderos —lo que creía que era uno de sus senderos—; y cómo me perdí a los pocos metros, quizás antes de que me hubiera distanciado un solo kilómetro. Lo relato porque es así como empieza mi vida religiosa, con el desasosiego que comportó esta desorientación; y lo relato porque, como cualquier otro paisaje virgen, los bosques pueden despertar en los hombres lo mejor o lo peor. Nadie que se haya perdido en un bosque sale de él como ha entrado.

«Puedes ir a la montaña y hacer todas las excursiones que te plazca», me había dicho el prior; «puedes entrar en el bosque hasta el río», me había dicho también; «pero una vez ahí, nunca dejes la carretera, me había advertido. ¡No la pierdas de vista!». Sin embargo, hice caso omiso de aquel consejo porque el reclamo con que aquel senderillo me llamaba era más intenso y hechicero que el del imperativo de mi conciencia que me dictaba obediencia al superior. Así que di algunos pasos por aquellas veredas, jurándome que solo serían unos pocos pues no estaba preparado para adentrarme en toda regla y acometer una auténtica exploración: carecía de brújula y de agua, por ejemplo, o de víveres, por si me perdía; tampoco llevaba conmigo algunos metros de soga, que tan útiles resultan en los tramos más difíciles, o un machete, por si había zonas en las que la vegetación fuera muy tupida.

Desde mis primeros pasos comprendí que aquel bosque milenario, plagado de fresnos y pinos gigantes, era especial o, al menos, distinto a los muchos que había conocido hasta entonces. Y no solo porque el pasillo que los árboles formaban entre sí, donde a punto estuve de embriagarme por un intensísimo olor a resina, parecía estrecharse conforme yo avanzaba —obligándome a agacharme y a desplazarme a uno u otro lado para sortear las ramas —, sino porque mi propio estado de ánimo se iba ensombreciendo en la medida en que hundía mis pies entre todas aquellas ciénagas. No hubo un solo árbol que no me pareciera artificial, como recortado con tijera por una mano torpe. El buen talante, alegre y jovial, con que había comenzado aquella caminata, iba disipándose: era como si adentrarse en la oscuridad del bosque fuera adentrarse en la oscuridad de mi alma: como si el bosque fuera yo, lo que no conocía de mí, lo que no debía conocer. Pese a todo, seguí avanzando.

Los mirtos y helechos, como los brezales, se enredaban entre mis piernas y, en una ocasión, el látigo de una rama, que se había combado a mi paso, me sacudió en el brazo obligándome a gritar. Era el primer aviso del bosque; pese a todo, seguí avanzando. ¿Qué era lo que esperaba encontrar?, me pregunto hoy. Lo ignoro. Diría que uno se adentra en el bosque esperando encontrar en sus profundidades más recónditas algo que no sea el bosque propiamente dicho. O que lo sea, de acuerdo, pero a condición de que se trate de un bosque distinto a los demás, como la quintaesencia de todo bosque, como su néctar.

El segundo susto, tras el latigazo de aquella rama que arrancó de mí un gemido de dolor, lo padecí cuando tras haberme adentrado unos metros me di la vuelta y, ¡oh, sorpresa!, el panorama que había ante mis ojos me resultó completamente desconocido. El corazón comenzó a latirme con violencia, pues había hecho el esfuerzo por retener en la memoria cualquier particular de la naturaleza —una roca saliente, un tronco retorcido, una piedra oblonga y plana, un charco en el camino…— con el objeto no perderme a la vuelta al reconocer esos pequeños signos. En aquel bosque, sin embargo, bastaba que uno se girase ciento ochenta grados para que su aspecto resultara completamente novedoso. Tuve miedo, lo confieso, y me dispuse a regresar de inmediato,

ayudado por aquellos signos con que, como mojones, había salpicado el camino. No los veía: en sentido inverso, en aquel sendero —pero ¿era aquello realmente un sendero?— no había ninguna roca saliente y ningún tronco retorcido; era del todo inútil que buscase piedras planas y oblongas, y mucho menos que tratase de identificar cuál era el charco en que antes había reparado, pareciéndome todos el mismo.

Noté perfectamente cómo las manos comenzaban a sudarme y cómo la garganta se me secó. Intenté tranquilizarme, pensar en algo alegre, racionalizar aquella estúpida sensación de pánico y convencerme de que no me había perdido, de que no me había podido perder. Tropecé con una placa de hielo, de gran tamaño y forma triangular. Comencé a jadear y sentí un frío muy intenso.

Contento por llevar buena ropa de abrigo y avergonzado por mi escasa fe en la providencia, me obligué a recitar un Avemaría. Fue difícil: el bosque interrumpía una y otra vez mi plegaria, requería para sí toda mi atención. Me había metido en su seno y era suyo: ahora dispondría de mí a su antojo y, por lo que parecía, quería jugar y mofarse de mí. Sí, el bosque se reía de mí, esa fue la sensación, reforzada por el viento que sopló en ese instante y que, al colarse entre las hojas de los árboles, susurró primero y silbó después hasta causar el efecto sonoro de la risa. La risa del viento me puso los pelos de punta y, como reacción, alcé la mirada al cielo, donde las pocas nubes que al inicio del paseo me habían parecido blancas y dispersas habían comenzado a oscurecerse y a unirse entre sí hasta resultar una sola, grande, negra y amenazante. Más aún: la oscuridad parecía extenderse como un manto sobre todas las formas, no solo sobre las nubes. Temí que el cielo perdiera la única tonalidad de azul con que lo había visto al inicio de la caminata y se hiciera de noche en un segundo, como quien apaga una luz. Me espantaba la idea de tener que dormir en el bosque, pese a lo que alguien me había dicho una vez: que solo quien pasa una noche entera a solas en un bosque puede presumir de que lo conoce bien. Me lo dijo un hombre que se extasiaba en la contemplación de los árboles —a los que admiraba tanto individualmente como en su conjunto—, alguien que los amaba tanto o más que a las personas.

Se oyó el chillido de un pájaro y otra vez la risa del viento, tan

burlesca, y otra vez el pájaro, allá en lo alto, como si estuviera dialogando con el viento: como si ambos estuvieran dirimiendo qué hacer conmigo, que me había atrevido a profanar su territorio y que, por ello, debía recibir un castigo.

Avancé muy despacio, como si estuviera sobre la nieve, buscando poner mis pasos de vuelta en las huellas que tenía que haber dejado a la ida. Aquello fue peor puesto que al concentrarme en lo que tenía a mis pies perdía lo que había frente a mis ojos, de resultas que, cuando en ocasiones miraba al frente, el panorama volvía a resultarme inhóspito y escasamente familiar. El pájaro volvió a chillar, esta vez más lejos; pero el viento ya no le contestó. Quizá no hacía falta: por lo que se refería a mí, seguramente ya habían tomado su decisión.

Deshice los pocos pasos que había dado concentrado en mis huellas y, nuevamente en el punto donde me había dado la vuelta por primera vez, comencé a retroceder, necesariamente despacio, caminando hacia atrás. El sistema funcionó, puesto que enseguida vi esa rama torcida que, de otro modo, tan difícil resultaba de hallar; y vi también ese charco alargado que pocos minutos antes confundía con cualquier otro, y esa piedra oblonga, en fin, que arrancó de mí, al hallarla, un sollozo de satisfacción.

Como es natural tardé mucho en llegar de este modo al claro del bosque desde el que había comenzado mi temeraria excursión; pero una vez ahí elevé los ojos al cielo para, agradecido, alabar a mi Señor. Las nubes que minutos antes se cernían cobrizas y grandes sobre mí volvían a ser blancas, pequeñas e indefensas, como copos de nieve que algún ángel se hubiera complacido en esparcir en un cielo, por lo demás perfectamente límpido y azul.

## 34. Historia de un árbol

Fue entonces cuando reparé en el abedul caído. Aquel abedul estaba caído, sí, pero en absoluto hubiera podido decirse que estaba muerto. Todo lo contrario: aserrado seguramente uno o dos inviernos atrás por alguna cuadrilla de leñadores, aun postrado

aquel árbol daba la impresión de ser el más vivo de todo el bosque, tal era la energía que parecía emanar de él. Debo precisar que algunas zonas de aquel bosque habían sido taladas pero que de aquella en que me encontraba solo aquel árbol parecía víctima de la tala. Era como si por algún motivo, ajeno a la necesidad, hubiera sido elegido por los leñadores, que lo habían cortado de un tajo limpio, sí, pero que no lo habían convertido en leña, como los demás.

Me aproximé hasta ese árbol y, como si se hubiera tratado de una persona, puse sobre él mis manos y lo acaricié. Mis dedos se entretuvieron largo rato en su corteza, en la historia que ahí estaba escrita y que yo no sabía leer. Y acaricié la estructura de pasadizos y corredores en que aquella corteza parecía consistir, en los barrancos y desfiladeros en los que, de ser diminuto, sin duda me habría adentrado para emprender largas y apasionantes excursiones.

Luego agucé el oído: los sonidos me llegaban amortiguados, pero me pareció que, desde el laberinto interior de la madera, aquel árbol respiraba y que, a su modo, me agradecía mi toque circunspecto. Fue en ese instante cuando —como un milagro— comenzó a nevar.

Reparé entonces en el tajo por donde aquel árbol había sido cortado, y también allí sentí la necesidad de colocar mis manos: como si aquel ojo nudoso por medio del cual el árbol parecía mirarme fuese una herida que yo, con el simple contacto de mis dedos, pudiese aliviar. Aquel abedul había tardado trescientos años en nacer, había vivido probablemente otros trescientos y ahora tardaría otros trescientos más en morir, espectador moribundo y centenario de la vitalidad con que el bosque bullía a su alrededor.

Sus ramas eran poderosas, y no todas habían sido aserradas por los leñadores: algunas se habían quebrado en la caída del tronco, al golpear contra la tierra; otras permanecían enteras, como brazos en alto, retorcidos e implorantes. Me senté en el árbol junto al nacimiento de una de esas ramas y, desde allí, reparé en la forma asombrosa —inolvidable— con que había comenzado a nevar.

Los copos caían muy lentamente, otorgando a la atmósfera una fría luminosidad: parecían como suspendidos en el aire, como si más que caer, flotasen, o como si fueran pólenes primaverales.

Como es natural, algunos llegaban a caer —¿o debo decir que se posaban?— en mi abrigo impermeable; maravillado, los contemplaba hasta que perdían su blancura fluorescente y se transformaban en una gota.

Rodeado por aquellos sutilísimos copos me sentí extrañamente ligero, como si yo mismo fuera un copo que, de un momento a otro, pudiese también derretirse y desaparecer. No me explicaba cómo toda aquella danza, en el escenario del aire, resultaba tan sumamente silenciosa y, movido por alguna fuerza, alcé los brazos y recité una oración. Al concluirla no supe bien a qué Dios había rezado: si al de los cristianos, en el que creo, o al poder que alienta en la Naturaleza, que por alguna razón —seguramente blasfema— me parecía otro ser divino, aún más poderoso y primordial.

Volví a mirar entonces al sendero por el que poco antes había decidido aventurarme y comprobé que, desde donde entonces lo veía, ya no parecía un sendero, sino tupidos matorrales por los que apenas penetraba la luz: una masa vegetal cerrada o una simple irregularidad del terreno. Todavía más: el sendero verdadero —aquel por el que antes habían caminado otros hombres— estaba unos metros más allá: ancho y tentador. ¿Tentador? Sí, bastaba que pusiera mis ojos en aquel sendero para que sintiera la llamada a aventurarme por él, como minutos antes lo había hecho por el falso. La congoja sufrida entonces y el escalofrío que había recorrido mi espalda —llenándome de electricidad— al oír la risa del viento se me antojaron muy lejanos. Y hasta tuve ganas de adentrarme una vez más por la vereda falsa, como si fuera un espacio de tránsito de un mundo a otro. O acaso de un tiempo a otro. O como si necesitara acudir a una cita con aquel abedul caído, cuyo ojo nudoso seguiría abierto y alerta hasta que yo acudiese. Miré el sendero del bosque y oí cómo alguien —acaso el sendero mismo— me decía: «¡Ven!». Pero no fui. Pese a que el invierno afilaba el aire, me senté sobre una piedra redondeada y recité el salmo 41, que me sé de memoria; acto seguido, tras sacudir la nieve de mis botas, volví sobre mis pasos, camino de la abadía. La campana tocaba a vísperas cuando, desde un altozano, distinguí la mole del monasterio.

Los bosques de Ardèche me hicieron comprender que yo era un explorador, que debía seguir siéndolo aunque me hubiera consagrado a Dios. El sendero primero y el abedul después me

hicieron ver que yo quería entrar hasta el fondo en el bosque de Dios y, allí, perderme sin remisión.

## 35. Conocer el mundo

De Ardèche, donde residí pocas semanas, fui destinado a la Trapa más pobre de la tierra, situada en un territorio sometido al yugo otomano. Fue allí, en Cheikh, donde realmente comenzó mi camino hacia Dios y donde me inicié en la oración. Por aquel entonces estaba todavía convencido de que conocía muy bien el mundo que había dejado atrás: había estado en el ejército con amigos rudos y experimentados; había viajado al extranjero, adentrándome en parajes que no habían sido pisados antes por ningún aventurero; había sido condecorado con la medalla de oro de la Sociedad Geográfica Francesa, por lo que suponía conocer los honores mundanos; había leído a Voltaire y a Montaigne, a Diderot… —No había escritor del XVIII que hubiera escapado a mi paladar literario—; había probado todos los posibles manjares de la cocina francesa, los comunes y los refinados; había tenido admiradores, camaradas, amantes… Cuando ingresé en la Trapa pensaba que conocía el mundo: había quedado huérfano siendo todavía un niño; había pasado noches en total soledad en el inconmensurable desierto sahariano; había engañado a mis superiores franceses haciéndome pasar por mendigo y a los árabes con un burdo disfraz de judío. Pensaba que conocía el mundo porque había escrito un libro, porque había dilapidado una fortuna y perdido una guerra, probando el sabor de la derrota; porque había sido el último de mi promoción en el cuartel. Pensaba que conocía el mundo, en fin, porque había abandonado a una mujer y porque me había entregado a Dios.

Pero cuando ingresé en la Trapa con apenas treinta y dos años, yo, la verdad, no conocía el mundo en absoluto. Cierto que conocía todo lo que he enumerado, pero desconocía lo banal y pasajero que todo eso puede llegar a ser. Solo se conoce el mundo cuando se sabe que es efímero. De forma que él mundo lo conocí más bien en lo

escondido de mi celda, donde viví un proceso interior de estremecedora intensidad. Fue allí, en lo secreto, donde realmente me di cuenta de la necedad de aquel cadete gordo que yo había sido; allí donde me percaté de lo cruelmente que me había comportado con Mimí, de lo desconsiderado de mi comportamiento con mi abuelo, de las falacias encubiertas de elocuencia que había leído en los ilustrados como Voltaire. El mundo no se conoce hasta que no se sabe cómo y hasta qué punto pasa, dejándonos las manos espeluznantemente vacías: como si no hubiéramos hecho nada, como si ni siquiera hubiéramos vivido. No es posible conocer el mundo más que distanciándose de él. Nunca tuve el mundo tan presente como cuando me encerré junto a un grupo de novicios en Akbes. Solo allí recé por el mundo, y únicamente cuando hube rezado por él estuve cierto de que lo conocía bien.

## 36. Monjes de occidente

Para llegar al monasterio cisterciense más pobre de la cristiandad había que pasar primeramente por los establos, las caballerizas, la fragua, una cocina en desuso y una vieja panadería, que los años que pasé allí se utilizaba para guardar las herramientas más pesadas o de mayor tamaño. Por fin, tras la carpintería y leñera, se entraba en el claustro, desde donde se podía acceder a la biblioteca por un lado y al refectorio y sala capitular por el opuesto. Junto al guardarropa estaba la celda del prior, separada de las del resto y ubicada desde antaño donde había habido un pajar, por lo que todavía reinaba ahí un cierto hedor. Porque nada ofrecía en aquella Trapa el aspecto ordenado y pulcro de otros monasterios, sino que todo era más bien precario y provisional. ¿La razón? Por un lado los bandoleros que habían asaltado la abadía repetidas veces; por el otro la austeridad a la que nuestro padre abad era tan aficionado. No digo que careciéramos de lo necesario, pero allí no había las comodidades a las que todos estamos hoy acostumbrados. El frío, por ejemplo, era difícilmente soportable con las cobijas con que nos arropábamos. Por ello, muchos las rellenaban de musgo

para hacerlas más calientes o se iban a dormir a los establos, entre paja y al calor de los animales. Por fortuna mi salud era de hierro y firme mi determinación de vivir en aquel lugar, por lo que pude soportar —y alegremente— las inclemencias de la naturaleza y los rigores de nuestra vida religiosa, donde no faltaban los ayunos ni las penitencias. Apenas se comía carne, y yo, en particular, no la probaba; pero podíamos servirnos legumbres a discreción, pues de ellas había en abundancia. Los domingos nos servían un magnifico vino blanco, hecho con las mejores cepas de nuestras viñas; y, como el abad me ordenó que lo bebiera —y esa fue la primera orden que me dio, el mismo día de mi llegada—, me permití mojarme los labios.

«Aquí voy a vivir siempre», me dije nada más llegar, «esta es mi morada definitiva», pensé; pero me equivocaba. Nos equivocamos siempre que pensamos haber llegado a una meta. Una meta —cualquiera— no es más que el primer tramo para una nueva peregrinación. Y una peregrinación —ahora lo sé— no es más que el preámbulo de otra más trabajosa y necesaria. ¡Peregrinar! Me he pasado la vida caminando cuando lo que siempre he querido, al menos desde los veintinueve años, era estarme quieto.

En la comunidad éramos unos veinte, incluyendo a los postulantes y novicios, a quienes nos habían acomodado en amplios barracones, donde en otro tiempo se había resguardado al ganado. Haciendo gala de la hospitalidad propia de su carisma, los trapenses hospedaban allí también a una docena de obreros, cuyas condiciones de vida eran aún más precarias que las nuestras. En *Los monjes de Occidente*, de Montalembert, se describe a la perfección el género de vida que llevábamos: vendimia y limpieza del campo en otoño, tala y recogida de leña en invierno —sin duda lo más duro —, de nuevo a los viñedos en primavera, para remover y preparar la tierra, y recolección de mieses y cosecha del heno en verano, que era cuando la Trapa brillaba en todo su esplendor. A mi alma beneficiaba muchísimo aquel intenso trabajo corporal: aprendía a valorar los alimentos —pues contribuía a su producción—, la solidaridad con los labriegos me hacía entender el mundo desde otra perspectiva, la oración se llenaba de contenido. En realidad, no creo que pueda haber vida espiritual de ningún género si no va acompañada de cierto esfuerzo físico. La piedad no es hermana de

la ociosidad —como ha llegado a escribirse—, sino exactamente lo contrario: el néctar que resulta de una vida consagrada al trabajo de las manos.

BUENA parte de mi vida interior la he pasado explorando esa misma vida interior, y debo decir que de este trabajo de exploración no me he aburrido jamás: lo que nos sucede por dentro es infinitamente más rico y sustancioso que cualquier cosa que pueda sucedemos por fuera. En este sentido, no me conmuevo cuando me presentan a un individuo que ha viajado mucho; sé que la sabiduría de ese gran viajero dependerá de cómo haya viajado y de qué enseñanzas haya extraído de sus múltiples viajes. Tampoco me impresiona que me digan que alguien ha conocido a mucha gente o que ha leído miles de libros. Y es que cuantas más gentes o libros se hayan conocido o leído, tanto más largos y profundos han tenido que ser los silencios que han debido seguir a esas lecturas o conversaciones para que todo eso haya podido dejar algo tras de sí. Más bien al contrario: he comprobado que la mucha cantidad suele ser un buen síntoma de la poca o escasa profundidad.

¿Sabes meditar?, pregunto a todo aquel con quien me encuentro. Eso es realmente lo que hoy me interesa de las personas a quienes voy conociendo, y es así como mido su nivel de humanidad. Por meditar entiendo hacer silencio, es decir, percatarse del silencio que somos. Por meditar entiendo ver sin pensar, algo que parece vacío porque identificamos ver con pensar. Por meditar entiendo examinar la conciencia, poder recrearse en una palabra, mantener un coloquio de amor y, por supuesto, escuchar. Quien sepa hacer todo esto es para mí una persona; quien no, vive todavía en una condición infrahumana.

Desde mis años en Akbes la meditación matutina es para mí el momento más delicioso de la jornada, solo comparable a la meditación nocturna, en la que a veces alcanzo también la misma dicha. Todo me cansa menos estar a los pies de la cruz, y es que cuanto más me arrodillo y callo, más arde el fuego que hay en mis adentros y mayor es mi sensación de estar habitado. La medida exacta de uno mismo solo se obtiene cuando el hombre se pone ante Dios.

Claro que no siempre ha sido todo tan satisfactorio, puesto que también ha habido épocas en las que mi meditación se me ha hecho ardua, casi inaguantable: meses y hasta años en los que he mantenido mi compromiso solo por la certeza de que al final del túnel siempre hay una luz. La luz que hay después de un túnel no suele gozarse en cuanto se llega a ella, sino mucho más tarde. Tanto el bien como el mal extienden sus raíces en nosotros mucho más lejos y profundamente de lo que se sospecha en un primer momento. Para mí, esta es una ley del espíritu: todo bien se apoya en un bien anterior; pero también todo mal se sustenta en otro mal que lo precede. En la vida espiritual hay que preocuparse por conocer el bien pasado en el que se basa el presente, así como el mal antiguo en el que se fundamenta el actual. Solo entonces hacemos justicia a lo que nos sucede, y solo en ese acto de justicia rendimos honor a la verdad. Dicho de otra forma: ninguna gracia viene sin otra anterior. Nuestra alma tiene historia, y en seguir esa historia consiste aquello que llamamos «vida espiritual».

## 37. El trabajo manual

Buena parte de la jornada monástica transcurría para mí tejiendo guirnaldas para la adoración perpetua, actividad a la que me dedicaba cuando mis manos estaban tan doloridas que no podían cargar leña o arrastrar ramas. Nunca era yo quien escogía la tarea. Calzados con unos zuecos especiales y ataviados con los delantales de faena, todos aguardábamos en fila a que el superior hiciera sonar una tableta que daba el aviso. Acto seguido nos asignaban una tarea: acarrear y amontonar piedras, por ejemplo, pelar patatas o aserrar madera. No dudé jamás de que lo que Dom Luis o Dom Martin me ordenaban fuera la mismísima voluntad divina. Y con ese espíritu daba lustre a los candelabros, que era la tarea que más frecuentemente solía encargarme el hermano sacristán, con quien algunos atardeceres mantuve largas y animadas pláticas.

Fue el propio sacristán quien me pidió que barriera el claustro a

las pocas horas de haberme instalado en mi celda. No me lo ordenó porque estuviera sucio, sino solo para comprobar cómo lo hacía. No había barrido todavía una de las alas del claustro cuando me detuvo meneando la cabeza. Tras asegurarme que aquello que había hecho no era barrer, sino levantar el polvo, me pellizcó la mejilla —cosa que me dejó tan estupefacto que no supe cómo reaccionar—. Me retiré confundido, dando un traspié y sin saber de qué debía avergonzarme más: si de mi fracaso como barrendero o de aquella inexplicable carantoña que, por el ímpetu o el afecto con que me había sido dada, minutos después seguía escociéndome.

Cuando no araba o cavaba en el campo —pues el trabajo manual formaba parte del programa del noviciado—, me aplicaba a las penitencias corporales y al arte de la meditación, a la que fui sabiamente conducido por Dom Martin al principio y por Dom Luis, su hermano, después, maestro de novicios y abad respectivamente. Ambos me enseñaron cómo puede tener el seguimiento de Jesús una impronta netamente militar. Lo digo porque, en el escenario de mi alma, asistí en Akbes al avance de la virtud y a la retirada del vicio; y porque solo así, en la observación de estos avances y retiradas me hice virtuoso —pues no hay virtud sin conciencia de la misma—. Todo el bien que he conseguido a lo largo de mi vida, o casi todo, es fruto de la virtud; y cuando hablo de virtud me refiero a la conjunción entre gracia y esfuerzo. La virtud me pareció tan bella que cautivó mi corazón. Dios me atrajo a la verdad por medio de la belleza; para el bien no hay camino más directo que lo hermoso. Yo, la verdad, no sabía discernir qué me hacía más feliz, si el campo —donde encontraba a mi Señor— o el coro —donde cantaba cómo lo había encontrado—, pues en ambos hallaba lo que había ido a buscar entre aquellos muros.

—Aquí estoy para trabajar la tierra, para aprender a ser como ella —me decía mientras cargaba picos y palas en la carretilla—. Tierra soy —me decía también poco antes de ponerme a arar, henchido por ese extrañísimo orgullo que habita como una semilla en lo más hondo de la humildad—. • ¡Soy un obrero, un obrero! —me repetía, y encontraba en esta afirmación la misma alegría que otros hubieran encontrado al saberse ricos o poderosos.

Ser obrero ha sido y todavía es una aspiración para mí.

TODOS los hombres deberían trabajar la tierra durante algunos años. Toda formación humana debería incluir, como primera de sus materias, un trabajo manual. ¿Que por qué? Porque es difícil saber quiénes somos si no hemos trabajado la tierra con nuestras manos. La tierra es un espejo del hombre, su mejor espejo. Por eso mismo Nuestro Señor fue un artesano y no un intelectual. Y, ¿no deberíamos tomar ejemplo los cristianos?

Cuando veía mis manos sucias y encalladas, elevaba los ojos al Cielo y daba las gracias por no ser ya el vizconde de Foucauld, sino un campesino más. Entre la cuna y el calvario, que son con mucho los lugares de Jesús que prefiero para mí, está el taller, que es aquel en donde debo vivir. El taller es para mí como un templo, y mi templo —por qué no decirlo— como un taller.

Al principio, afanado como estaba por hacer bien el trabajo que me hubieran encomendado, tuve miedo de olvidarme de mi Bienamado mientras lo realizaba. Para evitarlo, trabajaba siempre con una jaculatoria en los labios; y tal era mi concentración en el quehacer manual que llegó el día en que mis labios comenzaron a moverse por sí solos con palabras de las que ya no era consciente, pero que —por la propia eficacia del lenguaje— mantenían mi corazón alerta. Debo decir que en mi oración sucedió algo similar aunque inverso. Por temor a estar lejos de mis hermanos cuando estaba con Jesús, al orar tomé la costumbre de mover las manos como si, efectivamente, estuviera confeccionando una escudilla; es preciso admitir que en esta tarea soy un auténtico especialista. Era tal mi concentración en el coloquio que mantenía con mi Señor que —estoy seguro— las manos se movían en esos momentos con más soltura y maestría que en el tiempo de trabajo propiamente dicho. De haber tenido arcilla entre mis manos, la escudilla que entonces habría salido de aquella fabricación habría sido la más perfecta. Este es un buen resumen de la vida que llevé en Akbes: la oración me llevaba al trabajo y el trabajo a la oración; y yo iba de uno a otro, a sabiendas de que la vida espiritual no es otra cosa que esta fatigosa y dulce sucesión.

## 38. Cajón de plegarias

Dom Martin, mi superior durante mi postulantado y noviciado, me advirtió desde que comencé a vivir bajo su autoridad que las oraciones espontáneas eran sin duda las que más complacían a Nuestro Señor, pero que eso no impedía que, de vez en cuando, pudiera recurrir a las escritas por otros creyentes o, incluso, a oraciones que él mismo tenía ya escritas o que escribiría expresamente para mí. Porque aquel santo monje sabía escribir plegarias para cada posible circunstancia. Tenía esas oraciones pulcramente transcritas en papelitos y, según me aseguró, había experimentado la eficacia de todas y cada una.

Cuando Dom Martin me veía muy perdido en mi vida espiritual me dictaba una o dos de esas oraciones suyas, si bien nunca me las daba conforme las tenía escritas sino siempre con alguna variación. Con mucho gusto habría accedido a su arsenal de oraciones, pero enseguida comprendí que también yo —neófito agitado por una insaciable búsqueda de perfección— podría confeccionar el mío propio. Una oración para cada momento del día, me dije. Una para cada estado de ánimo y para cada necesidad. Durante las primeras semanas en el monasterio, animado por mi padre maestro, redacté una oración para la añoranza, pues echaba mucho de menos a mi prima; otra para los días en que todo parecía confabularse en mi contra; otra por mi segunda conversión, por la que estuve rezando desde que advino la primera… Conservo en un cajón todas estas oraciones, y los días en que no sé bien cómo rezar cojo todavía hoy el cajón entero y lo pongo ante el Señor. Cuando meto la mano en ese cajón para sacar un papelito, siento que, de algún modo, la estoy metiendo en el corazón de Dios.

Ese cajón, la mejor herencia de las muchas enseñanzas de Dom Martin, es para mí como el cofre donde el amado conserva las cartas de su amada. Es el testimonio material de que el amor tiene su historia y de que no es fruto de una improvisación. Mi cajón de plegarias, que empecé a escribir entonces y al que he ido añadiendo otras muchas en las diversas etapas de mi vida, recoge mi historia de creyente, de la que poco podría saberse si no fuera por este medio. Porque yo no me dirigía a Dios del mismo modo hace veinte años que ahora, por ejemplo. Ni le solicitaba las mismas gracias o

favores. Ni me arrepentía de los mismos descuidos, le agradecía los mismos dones o me emocionaba del mismo modo con su amor. Nada se ha perdido de lo que Dios me ha dicho —o he creído entender—, pues lo he escrito en mis diarios; nada de lo más importante de lo que haya podido decirle se ha perdido, pues lo conservo en mi cajón. Sí, meto la mano en ese cajón y tiemblo de arriba abajo, pues es como si la metiera en el mismísimo corazón de Dios.

—¿Y hoy no me da una oración de su arsenal? —le preguntaba a Dom Martin los días en que más me costaba la soledad.

Porque todo orante tiene en los comienzos de su vida de oración la sensación de que nada sucede mientras reza; le asalta la idea de la propia estupidez por estar ahí, perdiendo el tiempo, soñando quién sabe qué excelencias y sorteando compromisos más urgentes.

Con todo lo paternal que era, mi padre maestro me dijo en aquella circunstancia que hasta Dios no podía llevarme en brazos, y ni siquiera de la mano; y me insistió en que ese momento sublime, el del encuentro, teníamos que afrontarlo Él y yo en estricta intimidad.

—Solos tú y Él —me dijo, y esa frase me asustó.

En realidad, basta decir «Señor» sentidamente para que exista eso que llamamos oración.

Hoy sé que el corazón es como un archivo, y que orar es como abrir la puerta de ese archivo para entrar en él. A veces entramos hasta el fondo, es cierto; pero otras, quizá la mayoría, nos quedamos a la puerta. En la Trapa de Akbes aprendí a llamar a esa puerta y aprendí a esperar tras ella. Tras aquella puerta supe que aún quedaban en mí muchas parcelas que Dios debía conquistar: parcelas que quería que Él conquistase y que, como soldado rendido, deseaba entregarle. Tras aquella puerta percibí cómo me enfervorizaba el suspense de mi relación con Dios, que crecía y se hacía más ardiente conforme más oraba. Porque no solo me emocionaba saber que iba a encontrarme con Dios, sino cómo me lo encontraría. Y hasta la misma palabra «Dios» —solo eso— me encendía por dentro, haciendo de mí una antorcha. En realidad, orar nunca ha sido para mí perder la lucidez o entrar en una lucidez

floja o distendida, como he leído en algún sitio; orar es potenciar la lucidez que se tiene, mucha o poca, de resultas que nadie sale de la oración siendo quien no es, sino precisamente quien realmente es y en plenitud.

Fue hermoso percibir que Dios me hacía bien, que era mi Bien, y que hasta yo mismo —aunque pequeñito— era también hermoso cuando me encontraba a su calor. Dejé que Dios me ungiera con aceite, que me llevara en sus manos como yo mismo habría podido llevar a un pajarito. Y todo lo soportaba salvo que me dijera: «Te quiero infinitamente».

«¿Por qué me quieres?», le preguntaba. «¡No me quieras!», le suplicaba enseguida, para corregirme a continuación: «¡No, no, quiéreme!». El amor de Dios siempre desconcierta: el hombre busca una explicación para este Amor, pero siempre es insensato buscar una razón para el amor.

## 39. Cestas de mimbre

Tanto me fue dado ver la fealdad de mis pecados y la vanidad de mis días que ahora estimo que sin una visión así, tan dolorosa, resulta difícil acceder a lo que hay traspasada la puerta de la oración. Lo primero que nos trae el silencio es nuestra propia estupidez. Identificados esos ruidos, acallados, el paisaje se despeja y entra uno, sencillamente, en otra tierra.

Basta llamar a un ruido por su nombre para empezar a vencerlo. Si al ruido de la lujuria se le dice «lujuria», por ejemplo, esa lujuria se bate en retirada o, al menos, mengua significativamente. Mengua también la gula en cuanto oye que se pronuncia su nombre: gula. Y menguan la pereza y la envidia cuando el cristiano las exorciza con las palabras «pereza» y «envidia». Todos los ruidos, pecaminosos o no, detestan ser reconocidos como tales; de modo que cada uno de ellos comenzó a huir de mi vida en cuanto me puse a nombrarlos. Si los pecados no se confiesan, permanecen anónimos; y si permanecen anónimos no es posible combatir en su contra. Cuando un soldado no puede combatir contra su adversario, este lo derrota.

Y eso mismo es lo que sucede con los pecados en el alma del cristiano: que le derrotan hasta que no los pasa por el tribunal de la confesión.

La confesión frecuente, fuera con Dom Martin o con Dom Luis, puso de manifiesto que debía emprender una reeducación de mi juicio. Y el juicio se reeduca del mismo modo en que se le ha maleducado: con la repetición de mensajes, si bien de signo contrario a los que fueron causa de su malformación. Así, allí donde mi enemigo interior me había dicho que el atiborrarse de comida no daña al espíritu, por ejemplo, y allí donde me había seducido presentándome los deleites del paladar, debía aplicarme en decirme que los alimentos, por apetecibles que puedan ser a la vista, hastían a la larga, dejando al espíritu sin el único Alimento que realmente le podría saciar. Allá donde ese enemigo me sugería que una relación adúltera era moralmente irrelevante —otro ejemplo—, tuve que demostrarme que lo propio de quien juega con fuego es, precisamente, salir escaldado. Así las cosas, en el silencio de mi noviciado me ejercité en ver aborrecible lo que antes, por los malos hábitos, había dejado de ver como tal. Pero, sea porque a nadie agrada la contemplación de lo aborrecible o porque lo aborrecible sabe travestirse —mostrando engañosamente un falso lado de bondad—, aquella tarea no me resultó nada fácil, y en modo alguno habría salido airoso de ella sin la compañía y el asesoramiento de mis muy queridos Dom Luis y Dom Martin, hermanos de sangre y de religión. Ellos me hicieron ver que el mundo siempre quiere convencernos de que los hechos son ambiguos, es decir, que no cabe respecto a ellos ninguna valoración. Pero quien empieza perdiendo la moral, termina siempre por perder también la religión.

Igual que hay que doblar el mimbre para trenzarlo y poder hacer con él una cesta, e igual que ese mimbre se resiste —volviendo una y otra vez a su posición primera si el artesano no lo doblega—, así es el alma humana, a la que también conviene doblegar y sujetar. Durante las meditaciones de mis años en la Trapa trabajé mucho con mi propio mimbre. Las varillas de mi alma tornaban tercas y resistentes una y otra vez a su posición original. Pero no cedí, y fui espectador del mejor de los espectáculos: el de mi propia transformación. Sí, llegó el día en que aquellas varillas viciadas, reacias todavía a mi manipulación, no regresaron del todo a su

posición inicial. Permanecieron combadas, a medio camino, por así decir, entre lo que yo quería de ellas y aquello a lo que ellas estaban habituadas. Ese día comprendí que había empezado a vencer.

El siguiente paso fue más sencillo, y más aún el siguiente; y al cabo tuve una cesta entre mis manos y, aunque no era resistente —pues era la primera que lograba hacer conmigo—, era ya, después de todo, una cesta reconocible. Comenzaba a constatar que podía hacerse algo de mi vida y que yo era, en fin, el señor de mi voluntad, y no ella mi señora. No hay libertad sin autodominio; la libertad es un aprendizaje. Sonreí al saberlo: por fin había comenzado la conquista de mí.

## 40. Dom Luis y Dom Martin

Fuera porque el abate Huvelin me había predispuesto para obedecer —algo que parecía tan contrario a mi carácter—, o porque de Dom Luis y Dom Martin se desprendía un aura de incuestionable autoridad, el caso es que desde que estuve bajo su responsabilidad, la disciplina de la obediencia se me hizo fácil y grata, además de completamente natural.

Dado que el hombre tiende a subrayar y acrecentar sus méritos, lo que me propuse en Akbes, por consejo de mis directores, fue hacer exactamente lo contrario: disminuirme de forma que, compensada esta tendencia natural, viniera a conseguir una imagen más ajustada de mí. No me equivoqué con esta estrategia de disminución: es mejor, cuando uno piensa en su vida, achicar los propios logros y disminuir su figura. Y tanto gocé menguando y secundando las indicaciones de ambos superiores contra mi apetencia natural que, aun después, cuando ya no estaba en la Trapa, seguí pidiéndoles consejo y obedeciendo sus consignas.

Cuando tras mi oración volvía a Dom Martin para decirle que ya había contemplado el misterio cristiano que me había hecho contemplar —la Coronación de espinas, por ejemplo, o la Visitación de la Virgen, que siempre ha sido uno de mis preferidos—, él me enviaba de nuevo a la capilla, no sin antes ordenarme que lo

contemplara una vez más. Volvía yo, al cabo, para decirle que ya lo había contemplado; y nuevamente me pedía él que alargara mi contemplación. Le obedecía siempre, preguntándome si me pedía que repitiera aquel ejercicio porque no la hacía como era debido o si es que mi educación consistía en ese continuo ir y venir para requerirlo cada vez. Todavía no sabía que la oración progresa a medida que se simplifica. Todavía ignoraba que cuando se quiere pasar a la contemplación de otro misterio cristiano es que el anterior no se ha contemplado bien. De modo que Dom Martin nunca me dejó cambiar el objeto de mi contemplación hasta que se lo dejé de pedir.

—¿Otra vez el Nacimiento del Niño? —le preguntaba—. ¿Otra vez la Resurrección?

Por fortuna, los misterios del cristianismo son muchos y no había ningún peligro de que los pudiera agotar.

Con Dom Luis las cosas discurrían de otra manera. Dado que mi principal empeño era ser uno más en la comunidad, cada vez que Dom Luis me llamaba a capítulo temía que fuera para apartarme de lo que hacía el resto, fuera sembrar, segar o vendimiar. En una de aquellas inesperadas convocatorias le expliqué a Dom Luis cómo había indagado en las diversas órdenes, convencido de que debía hallar aquella en que pudiera realizar mi vocación. A él fue a quien confesé el dolor con que me separé del mundo y las muchas lágrimas que derramé, ya en mi primera noche en el convento, por haberme alejado de mi prima.

Cuando le relataba lo que turbaba mi conciencia o le preguntaba por un pasaje de la Biblia que no entendía, sentía como si Dom Luis estuviera extrayendo de su cabeza una ficha en la que iba la respuesta a mi inquietud. Pero como yo seguía hablando, él tenía que sustituir aquella ficha invisible por una nueva que se ajustase mejor a lo que yo le acababa de decir. Al final, como el boticario que prepara su medicina, Dom Luis me entregaba lo que necesitaba: el pasaje evangélico que acordaba mejor con el estado de mi espíritu, el santo padre que había predicado al respecto y en qué sermón, el punto de la *Summa* en que el Aquinate explicaba cómo vencer esa dificultad, o la devoción que debía recitar, pues tal o cual santo la había recitado en una situación análoga. También me explicaba Dom Luis cómo debía pedirse a Dios una u otra cosa, si es

que realmente deseaba que me la concediera; qué formas de solicitar Su perdón le enternecían más, cómo debía ser proclamada una acción de gracias para que redundara en otras gracias futuras… Sí, aquel monje lo sabía todo: era como una mina espiritual de la que yo, recién profeso, no me cansaba de extraer una perla tras otra.

CUANDO hice mis primeros votos, me afeitaron la cabeza conforme se acostumbra en la Trapa. Al ver que me dejaban cabello solo en la coronilla, sentí que finalmente era de Dios y que ya no me pertenecía. Claro que en aquel tiempo estaba todavía muy lejos de la verdadera humildad, puesto que todavía pensaba demasiado en ella. El hombre verdaderamente humilde no piensa en su humildad, se limita a ser humilde. La propia humildad nunca es un logro o una victoria: no es el precio de un esfuerzo o una conquista; no cabe estar orgulloso de ella.

El caso es que la experiencia del afeitado de mi cabeza me hizo experimentar la desposesión y el olvido de mí, y aquello me hizo extraña y rabiosamente feliz. Permitir que me rasuraran fue para mí como perder lo último que me vinculaba al mundo y, al ver mi rostro reflejado en un espejo, no me reconocí: pero no por estar afeitado, sino por los destellos de dicha con que mis ojos habían comenzado a refulgir.

## 41. LOS POBRES DE LA VENTANA

Los repentinos y frecuentes cambios de estado de ánimo que padecí a partir de mi primera profesión y del afeitado de mi cabeza me lo hicieron pasar muy mal; no siendo capaz de controlar su irrupción, permanencia o partida, con frecuencia pasé de sentirme el hombre más feliz de la tierra al más desgraciado. No era ni lo uno ni lo otro, probablemente; pero así era como me sentía muchos días. Puedo decir sin temor a exagerar que en Akbes experimenté las dichas más intensas y las más profundas desdichas. Y puedo

decir también que esta intensidad anímica no es en absoluto de envidiar, pues dificulta el recto discernimiento de la vida espiritual. En efecto, puede uno estar anímicamente bajo y espiritualmente alto; ambos estados no tienen por qué coincidir. O al revés: espiritualmente bajo y con buen ánimo, lo que es incluso más frecuente. Pese a estar alma y mente muy relacionadas entre sí, es preciso subrayar que no se identifican y que cada una sigue sus propias leyes.

El caso es que como la confianza que me inspiraba Dom Luis era mucha y como sus consejos siempre se revelaron ajustadísimos, llegó el día en que, víctima de mis altibajos, me sinceré con él como ni siquiera lo había hecho conmigo mismo. Dije lo que nunca imaginé que diría: que al igual que había perdido la fe tras el sacramento de la confirmación, había perdido la ilusión por mi vida monástica desde el día siguiente al de mi primera profesión.

—Querer o no querer: ese es el drama de toda vida espiritual. Querer pero no poner los medios, de forma que el progreso sea tan mínimo que parece que no se quiere nada. ¡Qué pronto nos cansamos de Quién nunca se cansa de nosotros! —Llegó a decir mi superior—. Nuestra volubilidad, nuestra flaqueza, la mezquindad con que nos agarramos a las pequeñas cosas… ¡Parecías tan feliz cuando te hicieron la tonsura! —concluyó ensombrecido.

Pero no me achiqué ante sus palabras. Para mi propia sorpresa, pues nunca me lo había dicho en estos términos, le aseguré que con el hábito de trapense me sentía tan disfrazado como con el de militar en el ejército o como cuando, en mi afán por reírme junto a mis compañeros, me hice pasar por albañil o mendigo. Con todos estos disfraces había buscado, de algún modo, mi identidad. Porque es muy cierto que soy un obrero o, al menos, que he querido serlo, y que soy un extraño monje y un mendigo, que quizá sea lo que mejor defina la indigencia en que siempre he querido vivir.

—Ser el hermano María Alberico —que era mi nombre de religión— es para mí tanto, o casi, como ser un impostor —dije al fin.

—Has bebido de las escuelas cisterciense, franciscana, carmelitana, francesa…, ¿y no perteneces a ninguna? —me increpó Dom Luis con las manos prietas y sus dedos entrelazados.

—Con muchísimo gusto me uniría a cualquiera de todas esas

espiritualidades, pero algo me dice que no es eso lo que el Señor quiere para mí —le respondí.

Buscaba el lugar del mundo en que fuera menos del mundo; anhelaba encontrar un hábito que reconociera como mío.

—Ya se acostumbrará —me respondió el abad, simulando no estar impresionado—. A todos les sucede lo mismo, se acostumbrará —repitió, dando por concluida nuestra conversación.

Pero no, nunca me acostumbré; y mi hábito siguió pareciéndome lujoso por mucho que me esforcé para que se ensuciase en las tareas del campo y para que así, sucio, se asemejara al de los pobres campesinos que trabajaban a nuestro lado.

La celda de la Trapa en que me alojé era, ciertamente, más pobre que mi apartamento parisino en Miromesnil…, pero ¡cuánto más rica que las casuchas en que tenían que vivir nuestros vecinos! Desde mi confortable monasterio, ¡yo miraba a esos vecinos con envidia! Sí, me asomaba al exterior desde mi celda y miraba con envidia su género de vida, pobre y trabajador.

Mi desafección hacia la vida monástica a la que me había consagrado se agravó el día en que desde aquella misma ventana vi cómo empezó a nevar. En Siria no había nevado en décadas, según supe más adelante; ahora, en cambio, miles de copos fluorescentes danzaban traviesos en el aire, llenando la atmósfera de electricidad. Parecían pólenes primaverales; parecía Dios mismo, Quien desde los bosques de Ardèche me enviaba un mensaje. Rodeados por aquellos copos sutiles y flotantes distinguí a un grupo de familias, que pasaba a lo lejos con sus carromatos.

—¡Y nosotros nos llamamos pobres! —me reproché, al tiempo que extendí mis brazos hacia ellos, como si pretendiera tocarlos.

Y experimenté una abrasadora vergüenza por la contradicción de mi voto de pobreza.

Todas aquellas gentes gozaban —sin tan siquiera saberlo o quererlo— de aquello que más ansiaba para mí. Envidiaba la oscuridad de su anonimato, la libertad con que hoy vivían aquí y mañana en otro lado, la carencia de bienes que les posibilitaba tal movilidad.

—Aquí somos pobres para los ricos —escribí aquella noche a

Huvelin—, pero no pobres como lo era nuestro Señor, no pobres como lo fue san Francisco, ni pobres como yo mismo llegué a serlo durante mi expedición a Marruecos.

No había vuelto a pensar en Marruecos desde mi ingreso en el postulantado. La imagen de aquellos pobres, caminando con suma lentitud junto a sus carromatos, me había rasgado el alma. Añoraba ser uno de ellos, uno de tantos. Deseaba ser confundido entre la muchedumbre, envidiaba el lugar más bajo.

## 42. Abandono de la vida religiosa

Casi desde el mismo día de mi llegada a la Trapa de Cheikh comencé a escribir los futuros reglamentos de lo que ya entonces llamaba para mí «Ermitaños del Corazón». Desde que vi a ese grupo de campesinos empujando sus carromatos, escribía sobre aquellos ermitaños como si ya existieran y estuvieran preparándose para reunirse conmigo. Los imaginaba rodeados por aquella nieve sutil con que Dios parecía transmitirme la que para mí había sido su orden permanente: partir. En el cuerpo de la Iglesia, aquellos que quisieran vivir el camino para el que me sentía especialmente llamado serían el corazón, me decía. Allá donde fuéramos nos llamarían «hermanitos, hermanitas»; y no habría quien no supiera que nuestra llamada era para el amor, me decía también.

Al escribir sobre aquella posible fundación, la estilográfica se movía sola: se adhería a mis dedos y se deslizaba rápida sobre el papel, antes de que pudiera advertir que la frase que había escrito no era ni mucho menos la que había proyectado escribir.

En una de sus cartas, Huvelin me había advertido que yo no estaba en absoluto hecho para conducir a los demás. Ahora bien, fuera porque los años 94 al 96 habían sido muy duros por causa de la matanza de ciento cuarenta mil armenios o porque mi insatisfacción en Cheikh era creciente, el caso es que cada día, animado por mi visión de aquella nieve tan sutil, me resultaba más difícil dejar de escribir un capítulo para ese reglamento de futuros ermitaños.

—¡No sueñes con nuevas órdenes! ¡No fundes nada! —insistía el padre Huvelin, consciente del peligro que encerraba un temperamento tan inclinado al exceso como el mío.

Yo estaba de acuerdo: nunca quise tener una llamada tan estrictamente personal, tan distinta y diferenciada de las vocaciones de los demás. En mi afán por no ser tan diferente, recuerdo que una noche —en que el viento se colaba por la rendija de alguna ventana — llegué a rezar: «¡Señor, déjame ser uno más! ¡Pídeme lo que quieras menos ser fundador de una nueva Orden! Señor, quiero la vida oculta, como Tú, el fracaso, como Tú, el olvido y la humillación, como Tú». Y Dios, como siempre, escuchó y atendió esta petición.

Siempre he predicado la moderación y siempre he sido un exagerado. La insistencia en una determinada virtud por parte de un predicador revela siempre su principal carencia. Pero no me avergüenzo de haber exagerado, pues no concibo el amor sin exageración. Más aún: lamento no haber sido más exagerado, convencido como estoy de que solo las vidas exageradas son dignas de vivirse y contarse. Por eso mismo, cuando cogía la pluma —y debía hacerlo para no dormirme en la oración—, en vez de apuntar las reflexiones evangélicas que me había propuesto, seguía escribiendo sobre el carisma del último lugar y sobre la bienaventuranza de los pobres, que es la que siempre he buscado.

ANTE la propuesta que Dom Luis me hizo aquellos días de que reflexionara sobre la posibilidad de ordenarme sacerdote, exclamé con horror: «¡Oh, no!», persuadido como estaba de que el ministerio ordenado no era en el Cister tanto un servicio cuanto una dignidad. El presbiterado me otorgaría un rango eclesiástico y, contra mis deseos, me obligaría a la presidencia de una comunidad, algo que yo desdeñaba. Porque ¿dónde quedaría entonces mi añorado último lugar?, me preguntaba; y me atormentaba ante la posibilidad de traicionar mi llamada más genuina. «Conservo la esperanza de no recibir las órdenes», escribí una noche en mi diario. «Espero poder permanecer siempre como lo poco que ahora soy. ¿Por qué quieren ascenderme, si yo quiero bajar?».

Poco a poco llegó el día en que mi corazón empezó a vivir más

fuera que dentro de la Trapa. Siria se hundía en la anarquía y en la bancarrota mientras yo, ¡pobre de mí!, soñaba con dejar el coro monástico, aunque no para alejarme del conflicto, sino para vivirlo más de cerca.

—Veo que experimentas un impulso muy profundo hacia otro ideal —me había escrito Huvelin, dispuesto a darme finalmente su consentimiento para que abandonara la Orden—. Por la fuerza de ese movimiento —seguía diciendo aquella carta—, mucho me temo que terminarás por salirte del cuadro en el que has vivido hasta ahora. No —concluía—, no creo que puedas contener ese movimiento, así que te doy mi aprobación para que salgas del marco jurídico cisterciense y te encuentres en tierra de nadie, que parece ser lo que tanto deseas.

En cuanto terminé de leer aquellas líneas, casi me avergoncé de mi alegría y, por un instante, sentí que había engañado a todos. Corrí como un poseso por los claustros en busca de Dom Luis y de Dom Martin; estaba loco de dicha y llegué a creer —¡ingenuo de mí!— que mi separación de la Orden sería cosa de pocos días. Por fin dejaría la condición de religioso de coro y descendería a la de lego, que es lo que siempre debería haber sido. Pero me equivocaba, porque mucho más que entrar en la Trapa lo que me costó fue salir de ella. De hecho, mis superiores no me permitieron abandonar el Cister sin antes haber cursado algunas materias de teología.

—¿Teología? —pregunté, dejando ver mi escasa afición a las teorías y a la especulación.

—Piense que la misión de los teólogos es dejar hablar a la caridad —me respondieron, algo que me impresionó; y enseguida añadieron—: un año de prueba, dos a lo sumo; pasado ese tiempo, será usted libre para abandonar Roma y seguir su propia inclinación.

—¿Roma? —exclamé, atónito por el nuevo mandato que se me daba y apesadumbrado por lo mucho que aún tendría que esperar.

## 43. Estudiante en la gregoriana de roma

Deseaba desplazarme hasta los márgenes de la cristiandad, pero me enviaban al centro; quería un puesto de frontera o vanguardia, y mis superiores me lo denegaron porque no me consideraron apto para ello. Poco importó: fue en Roma, precisamente, mientras me preparaba para el sacerdocio —al que finalmente accedí—, donde más se caldeó mi vocación. «Piensa que debes morir mártir, despojado de todo, tendido en el suelo e irreconocible, cubierto de heridas y sangre, y desea que sea hoy», escribí en mi diario, inflamado por la idea del martirio. «Más que morir —escribí también—, lo trágico es no haber vivido».

Estudié en la Universidad Gregoriana, convencido de que la teología no es un abstracto amor a la sabiduría —como la filosofía —, sino la sabiduría del amor. Al salir de las aulas, me encaminaba al Coliseo por los foros imperiales sin detenerme ante ninguno de los muchos reclamos de la gran ciudad. Ya desde lejos, cuando lo divisaba, me sobrecogía ante aquel imponente escenario de los primeros mártires de la cristiandad. Ellos habían muerto por la fe —me decía—; yo no debía ser menos. Roma, siempre tan vital, atolondra al transeúnte con su bullicio de perpetua fiesta; pero yo no tenía oídos más que para el aullido de las masas de paganos, blasfemando y disfrutando del cruento sacrificio que se disponían a presenciar. También oía el emocionante silencio de los mártires, quienes asumían su pavoroso destino como corderos llevados al matadero. Y a veces hasta me parecía oírlos cantar. Todo esto me hacía anhelar el día en que tuviera el honor de contarme entre aquellas filas. Así que mi periodo romano transcurrió de este modo: entre los estudios en la facultad y mis generosos sueños de holocausto. De mi casa, ubicada en el número 95 de San Giovanni in Laterano, iba a la Gregoriana, y de ahí al Coliseo, pasando por los foros: no hacía otro recorrido. Al igual que en los tupidos bosques de Ardèche puse un día mi mano sobre el tronco sajado de un abedul, dispuesto a leer su historia y aliviar su dolor, ponía en aquel tiempo mi mano, casi a diario, sobre algunas de las inmensas piedras del Coliseo. Y como el árbol caído de los bosques, también aquellas piedras me brindaron la fuerza que llevaban durante siglos encerrada en su seno.

Fue en el monasterio de Staoueli, a donde me hicieron viajar para recibir instrucciones, donde comenté por vez primera lo

mucho que desearía llevar una vida de ermitaño en Palestina.

—Una vida solitaria en un bosque —dije a mis superiores—, en una casita de piedra. O algo parecido —añadí, pues la palabra «ermitaño» tiene en ámbito cristiano cierto halo de respetabilidad que repruebo totalmente.

Como cuando comenté a Dom Luis lo impostor que me sentía con el hábito de trapense, las palabras «ermitaño» y «Palestina» se adelantaron a mis pensamientos; y fue así como quienes tenían encomendada mi formación supieron lo que bullía en mis adentros casi antes de que lo supiera yo. Me pidieron que me explicara.

—La llamada que sienten los hombres a ser más la siento yo a ser menos —dije, en respuesta a sus preguntas.

Y dije también que probablemente habían existido vidas más miserables que la de un carpintero en un pequeño poblado israelita, pero que por ser lo que Dios había escogido para sí era también la que yo mismo debía elegir. ¿Que por qué?, me pregunté, adelantándome a sus preguntas. Porque en la medida en que he orado me he ido sintiendo más pequeño, y porque en ese continuo empequeñecimiento he ido adquiriendo la más exacta conciencia de mí. Sí, orar es empequeñecerse —afirmé ante mis buenos y atónitos superiores—.

Dicho aquello se hizo un gran silencio.

—Mi realización humana está en proporción directa con mi propio fracaso —sentencié, pues me sentí en la obligación de añadir algo.

Y para terminar les aseguré que, por mucho que me asustara este camino, por encima del miedo estaba la atracción.

—La oscuridad puede fascinar tanto como la luz —sentenció también Dom Martin, temeroso de que peligrara mi sacerdocio y vivamente impresionado por mi reacción.

Poco después me explicaría cómo los pecadores, aunque de otro modo, estaban también fascinados por el fragor de la perdición.

Cuando el abad general de mi Orden me dispensó de los votos monásticos y me dio su consentimiento para seguir mi propio camino, no reparé en los vínculos de los que quedaba exento —pues muy pronto formularía otros casi idénticos—, sino en la terrible expresión con que se había referido a mi llamada: «vocación particular». ¿Me estaría inventando todo?, me pregunté, excitado

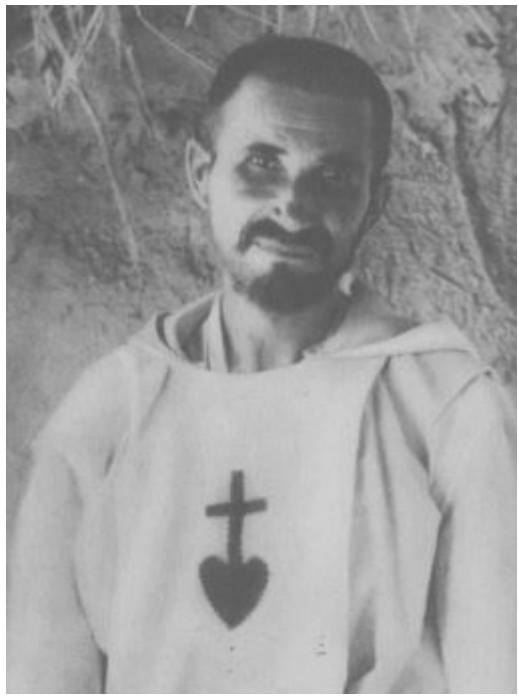
por el modo en que me habían sonado aquellas palabras. ¿Quién era yo, al fin y al cabo, para pretender un derrotero tan singular?

—Se le autoriza a ir a Oriente —continuó leyendo el abad general—, pero no para fundar. Vivirá al amparo de algún convento —me advirtió, ya sin leer—, donde podrá poner en práctica su tan ansiada vida oculta, al estilo de Nazaret.

Dicho esto me miró con ojos severos, pero de algún modo supe que me respaldaba y que mi sueño comenzaba a cobrar forma: Nazaret, un convento, la vida oculta… Todo contribuía a que me trasladara mentalmente a los paisajes y a las gentes que había conocido en mi primera peregrinación a Tierra Santa. Pero si aquel primer peregrinaje lo había emprendido por obediencia a mi director espiritual, este segundo lo realizaría convencido de que era allí, al amparo de ese convento desconocido, donde el Señor me aguardaba para mostrarme Su Rostro. No me equivocaba, pues Él me esperaba allí; pero nunca, nunca como yo lo habría imaginado.

# V
# IMITACIÓN

## El jardinero de Nazaret



Se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo.

(FIL. 2,7).

La imitación es inseparable del amor; todo el que ama quiere imitar:
ese ha sido el secreto de mi vida.

(CHARLES DE FOUCAULD).

Tienes que estar loco de amor; si no estás loco, no puedes amar.

(CHARLES DE FOUCAULD).

## 44. La cabaña de las herramientas

El buque en que viajé rumbo a Constantinopla hizo escala en Alejandría y en el puerto de Jaffa, donde el viento jugueteaba con un sinfín de basuras, arrastrándolas por el muelle. Los naranjales de muchas de aquellas poblaciones actuaban sobre los viajeros como un auténtico reclamo —tal era la intensidad de su aroma—; yo, sin embargo, nunca dejé la embarcación. No me detuve a visitar ninguna de todas esas ciudades: Nazaret, el lugar de mis sueños, mi sueño mismo, me llamaba y atraía como un imán.

Tras haber pasado unos días en Belén y Jerusalén, el 5 de marzo de 1897 entré finalmente en Nazaret y, en cuanto lo hice, me postré rostro en tierra. Besé la arena convencido de que si Dios se recluyó tanto tiempo en un rincón sin relieve como aquel fue porque la Palabra debe gestarse para hacerse verdad. Desde aquel primer día caminé siempre con exquisito cuidado y emoción contenida; casi me asustaba la idea de estar poniendo el pie justo donde el propio Dios lo habría puesto veinte siglos atrás. Mi ardiente deseo de soledad y de imitación de Jesús en su vida oculta en Nazaret me había conducido hasta donde me encontraba: la puerta de un convento de clarisas, a cuyo atrio entré fatigado por la caminata.

Fuera por estar avisada de que un hombre llamaría a la puerta de su convento durante aquellos días para ofrecerse como servidor, o fuera —que es por lo que me inclino— por su virtuosa magnanimidad y comprensión, la abadesa de la comunidad, a quien todas las monjas llamaban madre san Miguel, me trató desde el principio con suma deferencia, brindándome el alojamiento más humilde y mísero, que era lo que yo buscaba: la garita de las herramientas.

Poco antes, al verme tan flaco y harapiento, la hermana portera había estado a punto de expulsarme del atrio en que me había refugiado; pero se conmovió cuando le dije que solo pedía un

pedazo de pan y un techo bajo el que resguardarme y poder rezar. La verdad, no me esperaba un trato tan benévolo con las prendas que vestía: una túnica con capucha a rayas blancas y azules y un gorro de lana en torno al cual me había atado una tira de tela en forma de turbante. Nadie habría podido asegurar a qué nación pertenecía, como no fuera a la de los pobres, lo que para mí constituía todo un honor. Porque si antes atribuía tanta importancia al refinamiento de mi aseo y a la higiene personal, no podía ahora contentarme con una vestimenta simple y ordinaria sino realmente pobre y hasta miserable, como probaba el hecho de que los niños se hubieran mofado de mí a la entrada en la ciudad. Algunos de ellos, los más osados, llegaron a cantarme algunas coplillas infamantes mientras sus madres, temerosas, les tomaban de la mano para apartarles de mí. Aquello me había parecido una buena señal; me alegraba que me tomaran por un trabajador, pero todavía me alegraba más que pensaran que era un vagabundo. Ahora bien, lo que he preferido siempre por encima de todo era que me vieran como a un demente o a un loco. Porque ¿no ha sido precisamente esto —la locura— mi única y verdadera vocación? ¿No es la locura el único modo de vivir como ermitaños en medio de la sociedad? Hemos nacido para perdernos, y nadie está tan perdido como aquel a quien todos señalan y de quien todos se ríen.

Del atrio pasé a la capilla, donde permanecí arrodillado ante el Santísimo expuesto, y tan inmóvil me mantuve que muchas religiosas —según me contaron después— creyeron que me había dormido.

—¿No preferiría la habitación que tenemos reservada al capellán? —insistió la abadesa, tras comprobar con su propio peso la fragilidad de aquel entramado de tablas que llamaban «la garita»—. Esto amenaza ruina —añadió, no sin dejar de advertirme que el terreno en que se enclavaba aquella precaria construcción era baldío.

Jamás habría podido doblegarme a su generoso ofrecimiento. Todo lo que no fuera extremadamente pobre no correspondía con la vida de perfección que me había propuesto llevar. La Trapa me ascendía, me preparaba para una vida de estudios y honores; en aquel cuchitril, en cambio, viviría anónimo y oscurecido, como cualquier obrero o servidor.

La garita de las herramientas, en la que había reparado mientras me conducían ante la superiora, era un habitáculo aún más pequeño y destartalado que la cabaña del jardinero, entonces deshabitada. ¡Cuántas horas y en qué dicha incomparable llegué a pasar en aquel cuartito desde aquella jornada, festividad de santa Colette! Sentía que había encontrado mi cueva de Belén, mi casa nazaretana: el escondrijo en que, con la ayuda de Dios, podría santificarme, ignorado y escondido de todos. Sabía que lo que quedara de mí, tras mi paso por la vida monástica, sería irremediablemente demolido y triturado en aquel cuchitril.

En honor a la verdad debo decir que lo primero que me vino a la cabeza cuando estuve dentro fue algo así como: «¡Dios mío! ¿Seré capaz de vivir aquí?». Ordenado y laborioso por naturaleza, enseguida lo dispondría todo para hacer de aquel agujero un espacio agradable y acogedor. Y más desde que las hermanas trajeron dos taburetes, un jergón y unos cuantos paños con los que, con el tiempo, podría confeccionarme una cobija. Supe entonces que tenía que velar para que nunca se perdiera el terrible aspecto de desolación que aquella garita me ofrecía en ese primer momento.

## 45. El recadero de las clarisas

La idea de vivir a la sombra de un convento la había acordado con el abate Huvelin en París, a mi vuelta de la Trapa de Akbes. Convenimos de igual modo que, por salario, no aceptaría otro sustento que los mendrugos de pan que quisieran regalarme.

—Cualquier cosa que me quieran confiar —dije a la madre san Miguel en nuestra primera entrevista, cuando hablamos sobre las condiciones de mi permanencia; y añadí, como había hecho con la portera—, con tal de que me quede algún tiempo para rezar.

El trabajo en el jardín me parecía de rango inferior al de recadero, motivo por el que lo preferí; la abadesa, sin embargo, dispuso que el trabajo manual fuera cada vez menos y, en cambio, más el de llevar y traer el correo. Esta circunstancia me permitió conocer Nazaret, el lugar que Dios había escogido para su

aprendizaje de lo humano y aquel para el que yo había sido escogido para mi propio aprendizaje de lo divino.

Durante mis años de formación supe de comunidades de sacerdotes que, en su vida doméstica, eran atendidos por religiosas: ellas les cocinaban y planchaban; limpiaban sus casas y cuidaban de ellos cuando enfermaban o envejecían. Ahora yo, consagrado, podría hacer lo mismo con las clarisas. En un mundo como el de hoy, en el que todavía son las mujeres quienes normalmente sirven a los hombres, recuerdo lo mucho que me enorgullecía pensar que en aquella casa nazaretana sería yo quien las serviría a ellas, rompiendo así la lógica del mundo e instaurando, humildemente, una nueva y más justa. Por eso, cuando entraba en mi garita, tras haber podado los árboles del jardín conventual, por ejemplo, o tras haber arrancado unas malas hierbas —conforme se me había ordenado que hiciera—, me sentía inmensamente feliz: una sensación de efervescente plenitud que más tarde solo he experimentado en las montañas del Hoggar.

¡QUÉ momento más feliz el de mi instalación en aquella cabañita! ¡Qué hermoso me parecía todo lo que el mundo habría calificado de feo o inservible! «Este es mi agujero», me dije al entrar, convencido de que finalmente iba a vivir mi aventura cristiana, que para mí ha sido siempre una epopeya de la nimiedad.

Me sentía protegido tanto por el lado norte, donde estaba la clausura, como por el sur, desde donde se distinguían las campiñas y los montes. Desde una de las ventanas se veía buena parte de Jerusalén: Getsemaní, por ejemplo, y el Monte de los Olivos; pero también Betania y, a lo lejos, del otro lado del Jordán, los montes Moab y Edom. Acaso por las vistas, ¡qué grande me parecía aquel espacio tan pequeño!

He pasado toda mi vida de converso buscando el lugar donde debía instalarme para vivir mi conversión; y tan intensa y ardua ha sido la búsqueda de ese lugar que hasta he llegado a pensar si vivir la conversión no consistiría, precisamente, en ese ir buscando de aquí para allá dónde vivirla. Siempre he buscado el lugar más bajo, el último, el que nadie quería; y me asusta pensar que todavía pueda estar lejos de él, o que aún me queden muchos escalones —

que no he sabido descubrir— en mi descendimiento continuo.

Esa es la palabra: descendimiento. Si Jesús pasó su vida descendiendo —descendió al encarnarse y hacerse un niño, descendió al vivir sometido a sus padres y al trabajar como un obrero, descendió al lavar los pies a sus discípulos y, en fin, al ser procesado y condenado—, ¿qué podía hacer yo sino descender también? En realidad, la Iglesia entera debería vivir de este único movimiento que es el descenso, hasta el punto de que solo ahí —en el último lugar— debería ser reconocible como discípula de tal Maestro.

Cada cual toma de Jesús lo que más necesita; cada uno capta en Él lo que más urge en su corazón: quien amor, porque está solo; quien palabra, porque necesita formación; quien silencio, porque está aturdido; y quien salvación por enfermo. Por mi parte, tomé de Jesús el fracaso porque yo estaba lleno de yo.

## 46. ¿QUÉ MANDÁIS HACER DE MÍ?

En Nazaret mis jornadas transcurrían del Evangelio a la eucaristía, incapaz de decidir qué me agradaba más: si leer su palabra, que me alimentaba, o hincarme ante la sagrada forma, cuando las hermanas la exponían en su capilla. Viví en aquella garita nazaretana dos años, en la ingenua creencia de que estaba imitando a Jesús. Digo ingenua porque, ¿fui en Tierra Santa verdaderamente un obrero, cuando de hecho apenas trabajaba con las manos? ¿Fui un auténtico recadero, si las monjas, que habían comenzado por requerir mis servicios, optaron al final por no encargarme casi nada? Vivía en una cabañita, sí, pero rezando y leyendo el breviario a placer, sin ser molestado por nadie y en una paz muy parecida a aquella de la que meses antes había huido precisamente por parecerme demasiado confortable.

La soledad era mi medio vital, nadie esperaba ya de mí el fruto de alguna actividad. El único recurso que me quedaba era derramar sobre los pies de Jesús, sin ruido, el perfume de mis talentos naturales: perderme, quemarme, fraguar el olvido más absoluto.

Las primeras semanas —es cierto— presté a las clarisas las ayudas más variopintas: al principio me pusieron a pelar lentejas; luego quisieron que arreglara la pared de un cerco que estaba medio derruido; al atardecer solían pedirme que escardara la parte occidental del jardín, donde solían tener sus recreaciones las novicias.

En todo momento me preguntaba por lo que pensaría, diría o haría Jesús de estar en una situación como la que me tocaba vivir. En cuanto daba con la respuesta, me disponía a llevarlo a cabo con la mayor prontitud posible y, en la medida en que lo hacía, no solo me acercaba a Él —como había supuesto—, sino a mí mismo. Porque parecerse a Jesús es, extrañamente, el mejor modo para llegar a ser nosotros mismos.

—¿Qué se me manda hoy? —preguntaba cada mañana, tras hacer sonar la campanilla del portón.

Y tanto más contento y agradecido me sentía cuanto más oía cómo las hermanas —con lo santas que parecían— cuchicheaban a mis espaldas entre sí, tomándome por blanco de sus mofas.

Iba al pozo a sacar agua, rastrillaba la tierra y cavaba zanjas, me acercaba al mercadillo a comprar especias o frutas, levantaba muros con pesadas piedras y, cuando me parecía que ya no podría trabajar ni un minuto más, miraba al cielo agradecido y exclamaba:

—¡Más, quiero más! ¡Más faena, Señor! ¡Más encargos, hermanas!

Necesitaba más servidumbre con que domeñar mi espíritu, demasiado engreído todavía por los muchos años de mundo y de perdición. Todo cristiano debería trabajar como recadero durante algún tiempo, pues no hay mejor escuela para el Evangelio.

EL verdadero obstáculo para una vida interior es el temor a perderse. Llamo perderse al fracaso como ser humano: no ser tomado en consideración, resultar raro y diferente, no tener el amor de una mujer ni el respeto de unos hijos, carecer de bienes y amigos, quedarse solo, incomprendido, perder lo que se ha ganado, ir a menos, desperdiciar la vida, no ser nadie… Sin correr el riesgo a que todo esto suceda, y sin que suceda de hecho de alguna forma, no se puede perseverar en el camino de la vida interior. En algún

momento se capitula. Una vida comienza a ser interesante cuando hay alguien que ante ella se pregunta: pero ¿no estará derrochando sus facultades? Pero ¿no será un desperdicio lo que hace? Si una vida no suscita en alguien esta pregunta es que el sendero por el que transcurre es demasiado convencional. No es que lo convencional sea pernicioso, claro; pero nunca, nunca es el camino de Dios. Cualquier vida guiada por Dios resulta siempre excepcional.

Confieso que cada día, confiado en que se hartase de mi insistencia, le preguntaba a Dios:

—Señor, ¿qué hago aquí?

He pasado toda mi vida formulando esta pregunta, y tanto he reclamado una respuesta que he llegado a pensar si no consistiría la vida espiritual precisamente en increpar al Cielo con este interrogante. En mantenerlo vivo y urgente.

Para obtener una contestación, en mi garita de las herramientas tomé la costumbre de poner en la mesa un plato frente al mío, en la esperanza de que Jesús podría venir algún día y acompañarme durante la comida o la cena; tal vez entonces, en la intimidad, respondiera a mi eterno interrogante.

Mientras lo esperaba, comía poco, bastante menos que en Akbes y, ciertamente, mucho menos de lo necesario. Y me avergonzaba porque me quedaba dormido a cualquier hora, agotado por la fatiga de mis penitencias y por el peso de la jornada.

Dormir me daba vergüenza —lo admito—, pues no me sentía merecedor del descanso. Durmiendo, además, no me era posible alabar a mi Señor, por lo que me despertaba sobresaltado. ¿Cuántas horas de oración había perdido por culpa de aquel sueño?, me preguntaba. Y corría entonces a la puerta del convento.

—¿Qué mandáis hacer de mí? —les preguntaba a las monjas con el pico o la pala en la mano.

—Nada más —me respondían ellas—. Por hoy ya está bien.

Ataviado todavía con el burdo mandil en que ocultaba mis modales aristocráticos, me retiraba entonces a la capilla conventual. En un rinconcito de aquella capilla solía esconder las almendras o los higos que las hermanas servían los domingos y festivos, con el propósito de distribuirlos más tarde entre los necesitados, que se agolpaban a la puerta en buen número. Pero la hermana tornera

descubrió un día mi escondite y, en adelante, tuve que cambiar de sistema para repartir entre aquellos desdichados la poca comida de la que era capaz de privarme. Entraba, pues, en la capilla; revisaba el buen estado de los víveres de mi escondrijo y caía de hinojos ante la cruz, donde se me pasaban las horas.

## 47. Ermitaños del corazón

En Nazaret disponía de ese bien tan preciado y derrochado que es el tiempo, que organizaba conforme me habían enseñado en el postulantado y noviciado. Durante la mañana pasaba largo rato sentado o arrodillado en un taburete que la madre san Miguel había ordenado que me trajeran; allí me enfrascaba en la redacción del Reglamento para los Ermitaños del Corazón, práctica que comencé en mis años de trapense y que intensifiqué en Tierra Santa.

Al atardecer pasaba muchas horas, largas y dulces, al calor de la meditación y, antes de acostarme, salía de mi garita y daba un corto paseo por el jardín. El aire era fresco y húmedo y yo, con el pecho henchido, era feliz.

No sé qué tiene la soledad que cuando se llega a su nivel cinco, por ejemplo, se quiere llegar al nueve y, cuando finalmente se está en el nueve, se piensa ya en el catorce o el dieciséis. Es como un reto o un desafío. La soledad, sin embargo, esta soledad del Espíritu —que es la única que he buscado—, casi nunca es plácida o confortable, lo que no quiere decir que no llame con más ímpetu que si lo fuera.

Como cuando fui a la Trapa, y como más tarde cuando llegué a Beni Abbès y a Tamanrasset —en el desierto—, lo que hice en Nazaret, obediente a esa llamada, fue encerrarme en una habitación y, ¿no es extraño que haya tenido que desplazarme tantos kilómetros solo para hallar una habitación, solo para conocer a un Dios distinto al que encuentro en la habitación de mi país?, me preguntaba. Dios cambia según la habitación en que se le busque: el Evangelio suena distintamente según dónde se lea; en Francia no resuena del mismo modo que en Argelia o en Marruecos. Pero Dios

—el que yo conozco— no es habitación, sino intemperie; de ahí que solo lo encontremos en los desplazamientos de una habitación a otra. En las habitaciones meditamos sobre el Dios de los desplazamientos; y mientras nos desplazamos no meditamos nada, zarandeados como estamos por el Dios que nos habla en los acontecimientos.

POR las noches solía tumbarme en el jergón, donde me arropaba con una vieja cobija de lana y me hacía a la idea de estar en una tupida alfombra de flores, aunque realmente estuviera sobre una tabla. Alarmadas por mis penitencias, las hermanas me habían traído un catre demasiado confortable; pero normalmente optaba por dormir acurrucado o, incluso, sentado, pues así me desvelaba más a menudo y podía aprovechar para la oración las largas horas de la madrugada.

—¡Qué bueno eres, Dios mío, por haberme despertado! —le decía a mi Señor cuando me desvelaba—. Dispongo aún de más de seis horas para no hacer otra cosa que estar a vuestros pies y contemplaros.

Para mí era muy dulce pensar en las cosas de Dios a esa hora tan temprana; y era feliz al saber que más tarde, ya de día, podría encontrar ocasiones para volver a pensarlas. Nunca dejó de sorprenderme cómo teniendo tanto que decirle a Jesús permanecía tranquilo y silencioso.

Dormía pocas horas —tres, cuatro a lo sumo—, pues buena parte de la madrugada la pasaba leyendo la Biblia u otros libros de piedad, en los que siempre encontraba frases o ideas edificantes.

De todo lo que leía en el Evangelio me interesaban en especial los episodios en que menos brillaba la condición divina de Jesús: de recién nacido en Belén —un niño entre tantos—, cuando recibe su bautismo —como un pecador entre muchos—, al morir en la cruz —como un ajusticiado cualquiera—. En el Jesús que menos brilla es en el que siempre he visto más el brillo de Dios.

Y tanto me habitué a la práctica de leer y rezar por las noches que, cuando me despertaba, no era raro que encontrase en mi boca las palabras que había degustado poco antes de conciliar el sueño.

## 48. Lectura del santo Evangelio

A las pocas semanas de vivir en Nazaret_experimenté la necesidad de copiar el Evangelio de mi puño y letra, confiado en que me resultaría más comprensible si lo leía en mi caligrafía. Copiar el Evangelio es un ejercicio más útil que leerlo; y yo deseaba que toda mi vida fuese como ese acto de copia, fiel y elemental. Me sentía como un catecúmeno copiando la palabra; casi me avergonzaba, ¡yo, que había escrito un libro por el que había recibido una condecoración!

Aquella transcripción del Evangelio me resultó tan iluminadora que enseguida pasé a escribir en mi diario todo lo que iba descubriendo sobre mi Bienamado, como si de este modo pudiera evitar que todos aquellos descubrimientos míos se perdieran o esfumaran. Encendido por el ritmo y la sonoridad de las palabras —que suelen ir más lejos de lo que somos y de donde estamos—, no era poco habitual que quedara muy complacido con lo que había escrito y que, en consecuencia, buscara al día siguiente, cuando de nuevo me sentaba a escribir, aquella dulce complacencia, pero no a Dios.

Confeccioné, por ejemplo, una lista de toda la gente que Jesús llegó a conocer; otra de los lugares que visitó; de las veces que había orado a solas al Padre y dónde; de los alimentos que había ingerido; de los viajes que había realizado; de las respuestas que había dado a los fariseos y a los romanos… No había día en que no me despertara sin la idea de alguna nueva lista, convencido como estaba de que todo aquello facilitaba mi oración, pues releía aquellas listas durante el tiempo que consagraba al Señor, y hasta buscaba entre unas y otras posibles relaciones o vínculos, que luego trazaba con círculos y flechas. Una lista con las escenas evangélicas en que aparecen Sus manos. Otra con aquellas en que se mencionan Sus ojos o mirada. Otra con los pecados que perdonó, con las personas a quienes resucitó, con las parábolas, los milagros, con sus frases más enigmáticas e indescifrables… Había encontrado una mina: mi oración se llenaba de colores y personajes, de episodios, de escenarios… Una lista con los anuncios o presagios de su Pasión. Otra con los objetos que manejó. Con sus momentos de tristeza o decepción. Con sus exorcismos, sus multiplicaciones, sus llamadas al

seguimiento, sus descansos en Betania, sus catorce estaciones en el camino de la cruz… El material se me acumulaba: la vida entera no me daba para meditar todo lo que Jesús me brindaba y que yo, cual meticuloso archivero, recogía con esa avidez que caracteriza al discípulo primerizo.

«¡Jesús, Jesús!», repetía a cada instante, maravillado de cómo podía estar tan vivo alguien que había muerto hacía tantos años.

A veces escogía una cita evangélica, breve y enjundiosa, e imaginaba que me recorría el cuerpo, de la cabeza a los pies. De este modo era como si aquellas palabras me penetraran en huesos y arterias, o como si atravesaran los músculos y recorrieran mis venas. Tenía la impresión de que la oración se apoderaba de mí, gradual pero inexorablemente; y tan grata era esta sensación que repetía el ejercicio una y otra vez hasta terminar en un estado sumamente plácido y laxo. Puedo decir por ello que buena parte del Evangelio, si no todo, lo he recorrido a lo largo y ancho de mi cuerpo. Que no hay una frase de Jesús que no haya estado alguna vez en mi estómago, en mis riñones, en mis encías, en mis piernas… Ni un capítulo de san Marcos que no haya pasado por mis uñas, mi boca o mi nariz. Mi mano no era la misma cuando la palabra de Dios la había atravesado. He orado con las mejillas y con las caderas; he orado con mi mandíbula y con mi ombligo, donde las palabras giraban y giraban…

INTENTÉ aprenderme el Evangelio de memoria para poder degustarlo continuamente. Leía un fragmento y, acto seguido, procuraba repetirlo con la mayor exactitud. Pero como las palabras que era capaz de repetir no eran exactamente las mismas que las que había leído, me habitué a leer una frase sola y a repetirla hasta que se me quedaba grabada sin el más mínimo titubeo ni error. Leía después la siguiente y, para recordar la anterior, recitaba las dos seguidas. Fue así, frase a frase y con una paciencia infinita, como aprendí varios capítulos de memoria, que repetía en voz baja durante el tiempo dedicado a la adoración: primero uno, luego dos; tres al fin, cuatro. El tiempo se me pasaba muy rápido en estos difíciles y constantes ejercicios de repetición. Antes de acostarme recitaba lo que había aprendido durante el día; y por las mañanas, al

despertarme, lo que había recitado durante la noche. Al medio año de estar en Nazaret podía recitar el Evangelio de Marcos de principio a fin.

Repetí este sistema de aprendizaje con Mateo y Lucas, cuidándome mucho de no olvidar a Marcos, que me era el más querido. Finalmente hice lo mismo con san Juan, que fue donde comprobé cómo mis labios habían empezado a moverse sin la orden de mi voluntad. Así las cosas, era frecuente que me encontrara con la resurrección de Lázaro en mi boca, por poner un ejemplo, o con las bienaventuranzas —que predicaba para mí con todas las entonaciones posibles—, o con la curación del paralítico de la mano seca. Solía barrer la capilla de las monjas con los capítulos catorce y quince de san Juan; hacía acopio de almendras o higos secos con Lucas veinticuatro. Acudía a recoger la correspondencia con Mateo cinco, impidiendo de este modo que me distrajera la algarabía de la ciudad.

Casi desde el mismo instante de mi conversión intuí que lo que se me encomendaba en la Iglesia era imitar a Jesús en su vida oculta de artesano, en su silencio y anonimato, en su trabajo manual… Con este fin estuve al principio fijándome en cómo se representaba a Jesús en las estampas que tenía con su imagen, así como en los rasgos con que se lo habían figurado los grandes artistas de la historia de la pintura universal. En privado, y a veces hasta en público, me sorprendía a mí mismo en esas mismas posturas y ademanes. Como me avergonzaba entender el seguimiento de un modo tan literal, pasé algún tiempo reprimiendo estos ejercicios de imitación. Pero enseguida comprendí que imitándole por fuera —aunque fuese tan burdamente como sin duda lo hacía—, tal vez llegara el momento en que lograra imitarle en lo esencial. Además, no creo que sea posible un auténtico seguimiento que no haya sido precedido de la imitación más explícita o literal. Cuando quise darme cuenta, mi cabello y barba habían crecido; mis sandalias se habían desgastado por el constante uso, pues no tenía otro par; y mi túnica se había raído y ensuciado hasta parecer la de un pordiosero. Cuando me despojaba de ella por las noches y la doblaba para dejarla sobre un taburete, pensaba en que, al menos en el aspecto externo, en mi vida era cada vez más reconocible la de mi Maestro y Bienamado Jesús.

## 49. Paseos por Nazaret

Con la esperanza de que por muchos siglos que hubieran pasado desde la primera venida de Dios al mundo en carne humana algo de aquel evento tenía que haber quedado en Nazaret, concluida la faena en el convento solía caminar por la ciudad, en donde disfrutaba de mi anonimato. Me excitaba que nadie supiera quién era, pues de ahí extraía la posibilidad de ser quien realmente deseaba. Fue entonces cuando renuncié a mi apellido y comencé a llamarme, más sencilla y hermosamente, Charles de Jesús.

Siempre me he caracterizado por una gran atención espiritual, pero nunca como en aquellos meses viví con esta capacidad tan a flor de piel. Caminaba siempre con los ojos y oídos bien abiertos, decidido a captar todos los colores, a oler todos los aromas y a degustar todos los sabores que me brindaran aquellas calles nazaretanas, llenas de tenderetes y comercios. Mi imaginación era entonces tan viva e intensa que puedo confesar que, durante aquellos años, viví más en el Nazaret de Cristo que en el de los albores del siglo XX.

Por supuesto que era consciente de que no iba a encontrarme con Jesús en carne y hueso, o no, al menos, en la carne y los huesos que tuvo hace dos milenios, pero sí en la de muchos de los hombres y mujeres con quienes me cruzaría en mis quehaceres cotidianos, pues la fe en la Encarnación supone creer que Dios continúa encarnándose hoy. Por este motivo, me hallaba en un estado de vigilancia tal, que muy pronto me resentiría por este esfuerzo. «¿Aquí? ¿Aquí? ¿Aquí?», me decía a cada rato.

Y es que Nazaret entera era a mis ojos como un gran templo desde cuyas plazas y calles me hablaba el propio Dios. El beduino con quien me acababa de cruzar, ¿no era Él? El sol que me picaba en la nuca, ¿no era Él, también? ¿No era Él cada niño, cada hombre y mujer, cada anciano?

Quien formulaba aquellas preguntas era un nuevo Ireneo o un nuevo Buenaventura, era como Dionisio el Areopagita o como cualquiera de los muchos que me han precedido en la búsqueda espiritual; me sentía alentado por la misma pasión que ellos, asesorado por sus enseñanzas —aunque no las conociera bien—, y acompañado por sus trayectorias, que constituían algo así como la

estela por la que también yo debía transitar.

La tradición de donde bebemos los cristianos es tan honda que resulta pueril creer que estamos radicalmente solos en este camino. Ya entonces, en mi adolescencia como discípulo, experimentaba como hoy lo experimento el orgullo por ser cristiano: no por mis logros, es natural; y tampoco únicamente por Cristo, lo que también sería natural. Aquel orgullo mío dimanaba del cristianismo mismo: de la belleza de sus dogmas y del poderío de su historia, de la sublimidad de su arte, de la profundidad de su pensamiento, del excelso testimonio de algunos de sus seguidores y, sobre todo, de la serena y hermosa sencillez —insuperable— del Evangelio.

Cuanto más paseaba por Nazaret, mayor era mi alegría por haber elegido el misterio evangélico menos vistoso: aquel del que nadie se acuerda y al que muchos ni siquiera consideran misterioso.

En mis caminatas por la ciudad, me recreaba en la escena evangélica que había estado meditando aquella mañana o en la que meditaría al día siguiente, o en la del anterior, o en cualquier otra que me sobreviniera por alguna razón. Y a veces eran tantas las escenas que se me presentaban, y tantas bajo una óptica en la que antes no había reparado, que volvía corriendo a mi garita, abría mis diarios y las escribía todas, para dedicar luego una meditación a cada una. Pero en aquella garita mía echaba de menos al Jesús que había descubierto en el exterior, de modo que volvía a salir, donde nuevamente me lo encontraba bajo una nueva representación. Corría nuevamente entonces a la garita, para allí, hincado, darle gracias por sus repetidas manifestaciones. Pero allí volvía a echar de menos el Nazaret que me esperaba fuera, y fuera me acordaba del que me esperaba dentro, y regresaba con el cuerpo exánime y el espíritu lleno; y así pasaba las tardes y hasta las noches, entrando y saliendo febrilmente de mi garita, sin saber con qué Dios quedarme y a cuál dar mi tiempo. Sí, en aquel cubículo de apariencia despreciable nos encontrábamos el Jesús de la aldea de Nazaret, el de mi cabañita y yo mismo y, entre los tres, todas las noches, nos entreteníamos en una dulce y prolongada conversación.

## 50. La imitación de Cristo

Difícilmente puede precisarse el instante exacto en que un hombre empieza a enloquecer. Para mí —y no dramatizo al hablar aquí de perturbación— todo comenzó probablemente con mis meditaciones, en las que a menudo veía cómo los pies de Jesús, desnudos y sucios por el polvo, se acercaban hasta mí; solo después, cuando ya estaba a mi lado, distinguía el resto de su cuerpo, de abajo arriba, hasta que llegaba paulatinamente a su rostro. El rostro de Jesús me imponía gran respeto, de modo que apenas me detenía ahí, sino que volvía a las manos, donde me concentraba largo rato. Al principio me limitaba a mirar esas manos Suyas; luego, pasado cierto tiempo, me atrevía a tocarlas; finalmente colocaba mis mejillas en ellas y, en ocasiones, titubeante, levantaba la mirada. Aquella mirada mía no era analítica, sino periférica o de comunión, por lo que yo quedaba como fundido con lo que miraba.

El verdadero trastorno, sin embargo, comenzó cuando me parecía ver, en las calles de Nazaret, las mismas escenas que ese mismo día —o el anterior— había leído en el Evangelio o recitado de memoria ante el tabernáculo. Encontraba a un hombre contando unas monedas, por ejemplo, y veía a san Mateo, el recaudador. O tropezaba con unas pocas palmas en el suelo —arrancadas seguramente por el viento—, y creía ver al pueblo entero aclamando a su liberador con esos mismos ramos izados. Todas las mujeres que venían de la fuente con sus cántaros bajo el brazo, o en equilibrio en la cabeza, eran samaritanas para mí; todos los pescadores eran Pedro, Andrés y Santiago; y cualquiera que durmiese bajo una higuera no podía ser más que Natanael, el israelita justo. Pasear por Nazaret se convirtió a partir de entonces en un ritual, pues un evangelio vivo me esperaba en cada esquina: en los chiquillos, porque uno de ellos —cualquiera— habría podido ser Jesús; en las muchachas, ante cuya visión —transportado— recitaba un Avemaría. Una mujer corriendo, por ejemplo, ¿no era la adúltera que escapaba de su horrible ejecución? Y un individuo de rasgos bondadosos, ¿el centurión, el Cirineo, Lázaro? Dos jóvenes juntas, del brazo, eran para mí Marta y María, las de Betania. Un desarrapado, el bautista, y Judas, en fin, todos aquellos en cuyos ojos brillaba el odio o la avaricia.

—En verdad te digo —dije una mañana a un comerciante de tejidos.

A su aprendiz, un rapaz de cabello revuelto, dije después:

—Ven y sígueme.

Y a un cliente que merodeaba por aquella tienda:

—Tengo sed.

Confieso que todavía me aterra el punto al que llegó mi obsesión por Jesús y el trastorno que padecí por imitarle; pero es que la elocuencia de todas aquellas imágenes era tal que durante algunos días hablé con todo aquel con quien me cruzaba con las mismas palabras que Él, a mi parecer, habría podido dirigirle.

—Quiero, queda limpio —decía.

—¿Por qué os preocupáis por la comida y el vestido? ¿No sois vosotros más que los lirios del campo?

O incluso:

—Tampoco yo te condeno; vete y no peques más.

Estaba completamente trastornado, lleno de alucinaciones; no me es posible explicar de otro modo aquella repetida extravagancia.

ESTE trastorno —que más tarde interpreté ingenuamente como noche oscura y que tan solo era un aviso de la misma o su preparación— llegó a su máxima expresión el día en que una religiosa vino para avisarme de que la abadesa me requería en el locutorio. Quedé estupefacto al ver en aquella monja, envuelto por el blanco de su toca —pues era novicia—, el rostro de Jesús que tanto había invocado e imaginado en mi oración. Asustado, retrocedí un paso, dos, y la novicia percibió mi desconcierto. Pero no llegó a proferir palabra, sino que se limitó a acompañarme hasta la puerta del convento, donde ya me esperaba la madre san Miguel.

Aquel tormento, sin embargo, no había hecho más que comenzar. Para mi desgracia… ¡también la abadesa lucía en su rostro el del Jesús de mis estampas! San Miguel percibió mi pánico, pues me preguntó si estaba indispuesto y me hizo sentar. Aunque aterrada, con ejemplar dominio de sí, me sostuvo del brazo —como si temiera que me fuera a desmayar— y ordenó que me trajeran una infusión.

La hermana cocinera, que apareció minutos después con una

humeante taza de manzanilla, tenía igualmente el rostro de Jesús: más iluminado en este caso que los anteriores, quizá más etéreo, pero tan reconocible como el de sus compañeras de religión. Y Jesús vino a mí también en el rostro de todas las que llegaron más tarde, pasando yo de la sorpresa inicial a la más indescriptible de las angustias. No se me ocurrió otra cosa que salir del locutorio a la carrera, dejando atónitas a las hermanas, algunas de las cuales llegaron a interponerse en mi camino, tratando de impedírmelo.

En cuanto traspasé la cancela del convento, corrí por las estrechas calles de Nazaret y derribé algunos tenderetes, provocando cierta confusión. Pero aquella loca carrera no me sosegó, puesto que percibía, con horror creciente, cómo también allí, entre aquellas tiendas, todas las gentes tenían de igual modo el inconfundible y ahora temido rostro de mi Jesús. Sí, el empleado de correos, a quien veía casi a diario, era Jesús. Y Jesús también el mendigo que alargaba el brazo, la anciana que se asomaba al ventanuco y el alfarero que voceaba el precio de su mercancía.

Crucé la puerta de la ciudad jadeando y, bañado en sudor, me arrojé a la sombra de un palmeral. Allí estuve gimoteando durante largo rato y, cuando logré recomponerme y serenar mi respiración, bebí de una fuente donde ya me había detenido otras veces. Quedé paralizado al comprobar que, desde el reflejo del agua, sonriente, me miraba una vez más el amado y terrible rostro de mi Jesús.

## 51. Fama de santidad

Quién sabe si porque aquel trastorno tardó en desaparecer, durante algunas semanas albergué la estúpida idea de comprar el Monte de las Bienaventuranzas, donde imaginaba que podría instalarme como ermitaño y servir como fuente de irradiación. El poder otomano había puesto en venta ese terreno y yo, engañado, proyectaba establecer allí la que sería mi primera fundación. Pese a las muchísimas dificultades con que topé, escribí cartas, rebatí argumentos a los pocos eclesiásticos que se avinieron a escucharme y solicité dinero a mi dulce prima, Marie de Bondy, quien siempre

me apoyó económicamente durante mis estancias saharianas. Por fortuna, aquel descabellado proyecto no prosperó.

A ello contribuyó una idea sumamente dolorosa y clarificadora que me asaltó en aquellos días: que los harapos con que iba vestido en Nazaret… ¡no eran más que un nuevo disfraz del viejo e incorregible vizconde de Foucauld! Sí, todo aquello no era sino una nueva impostura, aunque más refinada que las anteriores. Aun convertido, no había dejado de ser quien siempre había sido: un bufón.

Informé a Huvelin de mis temores, omitiéndole el relato de mis alucinaciones hasta muchos meses después, tras mi ordenación. Por tratarse de un episodio aislado y pasajero, él lo juzgó irrelevante.

—Casi diría que alguna perdición es necesaria para que un camino pueda ser considerado como tal —me escribió—. Si no hay posibilidad de perderse, transitar por un camino deja de ser una aventura. Una búsqueda que no pasa por la desesperación no es verdadera búsqueda. Un amor que no pasa por la locura no es verdadero amor.

Pero ya entonces me reconvino, pidiéndome como padre y hermano que no me excediera con la ascesis.

No quise entender lo que me decía, pues todas las mañanas procuraba asearme a fondo para que las hermanas no percibieran los estragos de mis penitencias, sobre las que ya se empezaba a murmurar. Porque si bien me había repuesto de mis alucinaciones, lo cierto es que estaba bastante flaco y deteriorado. Tanto que un día la abadesa se percató de que me había quedado dormido durante la hora de sexta. Cuando aquella santa mujer me despertó —muy suavemente, para no humillarme—, comprobó que tenía los ojos hinchados e inyectados en sangre.

—¡Esto no puede seguir así, *monsieur* Foucauld! —me reprochó severa.

Fue así como supe que aquellas monjas conocían mi identidad. No era yo, por tanto, quien había logrado engañarlas, sino ellas a mí. ¡*Monsieur* Foucauld! ¿Hacía cuánto tiempo que nadie me llamaba así?

DESDE que se hizo evidente que las clarisas conocían mis orígenes

aristocráticos, mis éxitos militares y mi fama de explorador, comprendí que ya no podía quedarme mucho tiempo a la sombra de aquel convento. Además, había pasado ya bastante tiempo desde que había dejado de recibir órdenes; y no había ni una entre todas aquellas mujeres que no hubiera comenzado a dirigirse a mí como tantas religiosas se dirigen a los clérigos: reverentes, casi serviles. Las murmuraciones y risitas que mi presencia solía provocar entre ellas habían desaparecido desde mucho antes de que pretendiera comprar el Monte de las Bienaventuranzas. Y pronto comprobé, no sin horror, que todas habían dejado de mirarme con indiferencia y que, por contrapartida, lo hacían con respeto y hasta con admiración.

—¡Es un santo! —Oí cómo le decía una a otra.

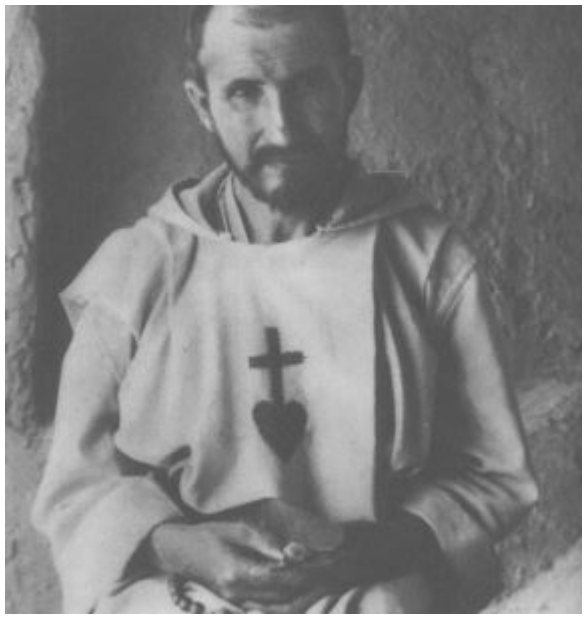
Nada más oír aquello fui a mi caseta y ahí, hincado, me eché a llorar. «¿¡Un santo yo!?», me reprochaba. «Pero ¿cómo he podido engañarlas hasta ese punto?», y me flagelaba.

Tanto más me flagelé cuanto más se difundió el rumor de mi presunta santidad. Porque no fui ni soy un héroe, sino un pobre hombre o, más sencillamente, un pobre o, más sencillamente aún, un hombre, tan solo eso. Así que, como reacción a semejante despropósito, deseché definitivamente el jergón y comencé a dormir sobre una tabla, que cubría con un lienzo. Ignoro cómo llegaron a enterarse de esto; pero, desde que lo supieron, fueron muchos en Nazaret los que empezaron a referirse a mí como al «santo ermitaño de las clarisas». Estaba abochornado y, por ello, deseaba partir; pero no podía hacerlo sin una orden directa de mi querido Huvelin.

¿Adónde iría ahora?, me preguntaba. Pero, en el fondo, sabía bien la respuesta: allá donde nadie quisiera ir, allá donde el cristianismo fuera más difícil, allá donde los pobres tuvieran mayor necesidad y pudiera ser confundido con uno de ellos. Iría hasta el fin del mundo con tal de nacer de nuevo y no ser nadie.

# VI
# PURGACIÓN

## El ermitaño del Sahara



Cuando es hermoso creer en la luz es de noche.

(PLATÓN).

Él me ha convertido en vagabundo, ¡ah, sí, así me ha tratado!
De mi país me echó separándome de mis allegados.
Sí, a errar sin cesar me ha condenado.
Y todo para que Él se manifieste cuando yo desaparezco:
para hacerme desaparecer cuando Él se manifiesta.
Él me ha mostrado que al aniquilarme puedo aproximarme a Él.

(AL-NURI).

Preferiría para mí el fracaso total y la soledad perpetua.

(CHARLES DE FOUCAULD).

## 52. Entrada al desierto

Si se abriga el deseo de ser importante o de llegar a ser lo que se llama «un hombre de provecho», en la vida espiritual se va derecho al fracaso. Al igual que mueren quienes se adentran en el desierto sin agua y abastecimiento, mueren también, o al menos son expulsados, quienes llegan al desierto buscándose a sí mismos. Por mi parte tuve que pasar siete años en una Trapa y tres en Nazaret para que el Señor me considerara digno de entrar en el desierto, solo de entrar; y allí habría de purificarme durante ocho largos, larguísimos años. Nunca se sabe bien qué es lo que el desierto puede depararle a uno; no hay dos almas que allí hayan vivido lo mismo.

Si antes de llegar al Sahara la voluntad divina se me había manifestado clara y posible, y ello aun dentro de mi torpeza para entenderla y de mi negligencia para cumplirla, desde que llegué al desierto Dios cambió conmigo su procedimiento —digámoslo así—, mostrándose mucho más hermético y desconcertante. Lo que Dios quería de mí se me había hecho evidente hasta entonces por el trillado camino de la virtud; desde que mis pies hoyaron tierra argelina, en cambio, ese querer divino comenzó a cobrar forma en las contrariedades y los accidentes más desagradables. Dejó de serme útil el discernimiento que, hasta ese día, había aplicado a mi conciencia. La docilidad con que me había conducido hasta que llegué a Beni Abbès ya no me resultaba válida: Dios me pedía una aventura nueva; me preparaba para navegar por su océano sin timón y, diría más, sin barca.

Lo sepamos o no, en nuestro interior se libra siempre una batalla. Y tan enmarañada y confusa suele ser esa batalla nuestra que el creyente puede llegar a pensar que el alma es precisamente eso: un ovillo indescifrable, una red en la que —por su complejidad — no merece la pena adentrarse. Pero la voluntad debe determinarse a entrar, y la conciencia o inteligencia a discurrir, y los afectos deben disponerse tanto para las sensaciones más gratas

como para las más penosas. En realidad, mi aventura interior comenzó cuando concluyó la exterior: mi alma estuvo más agitada cuando mis desplazamientos cesaron que cuando tanto me inquietaba, urgido por el celo de la acción. El Dios del desierto me ha enseñado que lo que instruye es lo que acontece, solo lo que acontece; y que toda vida, por anodina o gris que pueda resultar, es una infinita secuencia de divinas y dulcísimas mociones, a cual más seductora. De lo que voy a hablar en las páginas que siguen es de cómo el momento presente es siempre como un embajador, y de cómo en el seno de la luz habita —se quiera o no— la oscuridad.

## 53. La escala de los mapas

—Tengo ganas de entregarme a fondo perdido —dije al prefecto apostólico del Sahara en cuanto desembarqué en los muelles de Argel, el 10 de septiembre de 1901.

Ya en la rectoría, mi nuevo superior extendió ante mí un inmenso mapa del Sahara con el propósito de explicarme las características principales del territorio y, en consecuencia, algunas de las particularidades de la misión que se me iba a encomendar. Sin darme cuenta, mi dedo índice apuntaba el corazón del Hoggar, donde no había ningún centro importante ni parecía que alguna vez pudieran llegar el telégrafo o la guarnición. Mis ojos, encendidos como los de un niño, estaban clavados en aquellas latitudes.

—¿Quién vive en este gran agujero? —quise saber, mientras mi nuevo obispo me hacía reparar en la escala de aquel mapa—. ¿Han oído hablar de Jesús quienes habitan allá? —insistía yo, recién ordenado sacerdote.

Sacerdote, sí; pero sacerdote libre, lo que significaba que podría vivir solo y fuera de mi diócesis, regentada en aquel tiempo por monseñor Bonnet. El proyecto de mi ordenación como presbítero, algo a lo que hasta entonces me había resistido con uñas y dientes, prosperó cuando comprendí que, por el solo hecho de celebrar la misa, podría llevar la eucaristía siempre conmigo, allá donde fuera. No me equivoqué: cuando recibí la ordenación en Viviers, el 9 de

junio de 1901, me sentí el hombre más feliz del mundo y, al tiempo, el más indigno siervo del altar. La idea de que, en representación de Su persona, pudiera traer a Cristo a este mundo estuvo a punto de hacerme desvanecer en más de una ocasión; y a menudo me quedaba embobado en alguna de las frases de la liturgia, o sentía escrúpulos por tocar la Hostia, no fuera a profanarla con mis manos —que, obsesionado por la pureza, me lavaba una y otra vez—. Sí, ordenarme fue para mí tanto como hacerme servidor del mejor de los banquetes; pero un banquete sin comensales, pues mi servicio iba a prestarlo en aquel gran espacio vacío que se extendía ante mis ojos en un mapa. De hecho, tras medio año en Argelia no había podido decir misa más que cinco veces, y ello gracias a que dos cristianos pasaron por allí y aceptaron asistir. Pese a lo mucho que me afligía la prohibición de celebrar por ausencia de fieles, yo, servidor de la Mesa, elegí permanecer en aquel vacío.

Tanto me han atraído los grandes espacios vacíos que se distinguen en algunos mapas que Dios me ha regalado vivir en uno de ellos: el Sahara. Ese vacío, sin embargo, el del Sahara, me ha resultado mucho más soportable que el de mi sagrario, que tanto me ha hecho padecer durante años.

UN mes más tarde de mi desembarco en Argel fui acogido en el comedor del puesto fronterizo de Beni Abbès por toda la oficialidad en pie, aplaudiendo y dando vítores. Hasta aquella remota población había llegado mi gloria de explorador —una gloria que tanto más se extendía cuanto más intentaba yo quitarle importancia —. Sorprendidos de la autoridad con que requería su atención, advertí a la soldadesca que el hombre que yo había sido en 1881, en la encarnizada batalla contra Bu Amama, había dejado de existir.

—No necesito ser aplaudido; solo le necesito a Él —dije, y todos sin excepción enmudecieron, incluidos los altos mandos.

Solo entonces, ante ese silencio expectante, ceremonioso, les impartí mi bendición.

Al ver a toda aquella tropa en posición de firmes y ante su nuevo capellán militar —que era yo—, recordé vivamente mis años jóvenes en Saint-Cyr y en Saumur y, como no podía ser de otra forma, vinieron a mi memoria muchos de los nombres de mis

camaradas: Goncourt, Didier, Chatelard, por ejemplo. Pero también Serpette y Sourisseau, Sigonney y Gorée, Galard… ¿Qué habría sido de todos ellos?, me preguntaba, víctima de una inexplicable nostalgia. Ante aquellos jóvenes y apuestos oficiales, ¡les echaba tanto de menos! La imagen de Tissot, por citar alguno en concreto, se me apareció como si le tuviera junto a mí; la de Duelos cuando tocaba la retreta y corría entre las literas con las botas sin abrochar; la de Voillaume, el día aciago en que recibió la noticia de la muerte de su madre. ¿Dónde estarían ahora Voillard y Leurent? ¿Seguirían al servicio de Francia? Yo, que había salido del ejército, volvía ahora a él. Porque había accedido atender a los militares destacados en aquella región —conforme se me pidió—; pero a sabiendas de que mi puesto estaba entre los paganos marroquíes y los infieles mahometanos, a cuyo servicio bautizaría con fuego mi sacerdocio.

—¡Aquí estoy! —dije para mí cuando por fin me quedé a solas y oteé el horizonte; pero enseguida me pareció que el propio Dios me respondía con un: «No, no estás aquí en absoluto; estás muy lejos del desierto; todavía no hay nada de desierto en tu corazón».

## 54. La ermita de San Cristóbal

El ejército me alojó provisionalmente, pero con mucho lujo en el propio cuartel; y ante mi insistencia, se hicieron las gestiones pertinentes para la compraventa de un terreno no lejos del fuerte. Fue allí donde la guarnición de Beni Abbès, constituida por ochocientos hombres —doscientos de los cuales eran franceses—, me construyó, bajo mis indicaciones y constante supervisión, una capilla con ladrillos secos y troncos de palmera. Aunque habría preferido instalarme más lejos de mis compatriotas —de modo que ningún indígena me tomara por otro agente más de la colonización —, enseguida comprendí que los departamentos argelinos anexionados tenían sus propias reglas y que no tenía libertad para establecerme donde quisiera. No me importó: desde que se puso la última piedra de aquella ermita —quizá incluso antes—, ya pensaba en las siguientes. En mis fantasías fundadoras, imaginaba con todo

lujo de detalles las muchas ermitas con que inundaría aquel hermoso país. Porque yo estaba ahí para servir a los argelinos con la beneficencia, la enseñanza y la hospitalidad, que a mi entender son los tres grandes pilares de toda presencia evangelizadora.

Desde el emplazamiento de aquella ermita podía verse un desierto de piedras al oeste y uno de arena al este; para mí, sin embargo, como para buena parte de los aborígenes, aquel pequeño valle era un auténtico jardín. Porque debo advertir que las rosadas dunas que rodean Beni Abbès, tanto por el norte como por el este, son movedizas y llegan a una altura de doscientos metros. ¡Doscientos! Al carecer de árboles, que es lo que en el desierto permite cierta perspectiva, ¡la meseta parecía interminable! Me extasié durante largos minutos en esta contemplación.

Me encontraba en la conjunción de los dos principales desiertos saharianos: el de arena, del sur oranés, y el rocoso o *hamada*, que se extiende hasta la frontera de Marruecos. Tras explorar brevemente el territorio quedé impactado por las deslumbrantes paredes encaladas de los pueblecitos, por la increíble aridez del suelo —con grietas en las que cabía una mano—, y sobre todo por el brillo resplandeciente del sol, que cegaba durante largos segundos si se lo miraba de frente. Difícilmente habría podido creerse que, junto a esta meseta —también llamada El Zoco—, había un hermoso palmeral donde los negros, jardineros y sembradores, cultivaban la cebada.

Aquellos fueron, seguramente, los días más felices de mi vida. Tan pletórico me sentía en mi nuevo emplazamiento que hasta habría construido un hospital militar y un sanatorio allí mismo, habida cuenta de lo saludable que era aquel clima. Pero aquel periodo de felicidad, como todas las épocas de plenitud, no podía ser más que el presagio de hondos y largos sinsabores. Porque así como toda oscuridad es, a la postre, el mejor anuncio de la luz, la máxima infelicidad viene siempre anunciada por un momento de brillo y apogeo.

¡UNA ermita! ¡Por fin iba a poder alojarme en una ermita propiamente dicha! Por fin había comprendido que el Nazaret en que Dios podía nacer sería mi propio corazón. Sí, Beni Abbès sería

mi Nazaret particular.

En los tiempos que en aquellos días destinaba a la oración, me distraía imaginando las distintas dependencias que tendría mi futura ermita, así como la sencillez y austeridad de su mobiliario. La imaginaba con un pequeño oratorio —como después resultó— y con una espaciosa habitación, donde acogería a mis huéspedes. También con tres celdas diminutas además de la mía, pues había que pensar en la inminente llegada de quienes quisieran unirse a mi causa.

Gracias a que en el Sahara apenas llueve, para la edificación pudimos utilizar ladrillos de barro seco y tablas porosas que hacían las veces de postes o vigas. El techo era de troncos de palmera, cuyas juntas cubrimos con musgo seco. El conjunto resultaba ciertamente rústico, pero a mí me gustaba. Insistí mucho a los obreros en que lo importante era que resaltara el altar; a este propósito me confeccionaron una hornacina en la que, según me dijeron, podría colocarse una lámpara de petróleo. También instalaron en el techo una especie de dosel en forma de carpa, cuya lona protegería el altar de la lluvia, en caso de que se desencadenara. El aspecto final del oratorio fue para mí completamente satisfactorio: había resultado una casa de Dios piadosa, pobre y limpia. Y muy recogida. Nunca me cansé de adornar aquella capilla sahariana; tampoco descuidé jamás las dos casitas de ladrillos de barro seco que hice construir junto a la sacristía y que llamé, no sin ánimo misionero, celda de san Pedro y celda de san Pablo.

Al carecer de mezquita —pues su pobreza no se lo permitía—, la gente de Beni Abbès se la imaginaba mediante hileras de piedras en la tierra. Muy pronto reparé en que nadie pasaba jamás por encima de aquellas piedras; y muy bien habría podido decirse que allí donde yo veía el vacío, veían ellos, por su fe, toda una arquitectura. Decidí obrar del mismo modo y, para marcar las lindes de mi ermita —cosa que debía hacer para determinar dónde comenzaba y terminaba mi clausura—, puse también yo algunas piedras en fila. Mis vecinos comprendieron de inmediato que aquellos guijarros que me había esforzado en alinear eran la frontera hasta donde, de forma habitual, podría acompañarles. Y la respetaban. Fue así como supieron que mi casa —que no pasaba de ser una simple y frágil

cabaña de barro, sin carácter artístico de ninguna clase— no era una simple vivienda. Para mí tenía, ciertamente, un valor sagrado, convencido como estaba de que era el lugar que el propio Jesús habría elegido para sí de haberse instalado entre aquella gente. Más tarde, reemplacé aquella línea de piedras por un cerco de estacas sujetas por dos hileras de alambre. No sé por qué lo hice: desde entonces, me pareció que los nativos respetaban mucho menos mi ermita.

EL día en que una cuadrilla de soldados instaló en la techumbre del edificio la bandera de Francia junto a la del Corazón de Jesús —tal y como yo se lo había dibujado— me pareció que aquello era, finalmente, mi primera fundación. ¡Mi primer eremitorio!

En la parte superior de las paredes escribí en caligrafía redonda algunas de las sentencias de los santos padres que más me habían iluminado, las máximas de los doctores de la Iglesia que mayor eco habían encontrado en mi corazón y, en fin, citas de aquellos mártires que, cuando elevase la mirada y las leyera, pudieran enfervorizarme. Michel de Montaigne había hecho lo mismo en la bóveda del castillo al que se retiró, solo que con los dichos de autores paganos, griegos y latinos. ¿Por qué no iba a hacer yo algo así con la sabiduría de los cristianos, siendo mi ermita, al fin y al cabo, algo así como un pequeño y pobre castillo?

En cuanto estas sentencias y máximas estuvieron transcritas, puse en práctica una costumbre que aprendí en la Trapa: cavar en una esquina del jardín la fosa en que me habría gustado ser enterrado si es que moría en aquel lugar. Acto seguido la bendije con un sencillo ceremonial. Hice esto mismo en todos los puntos del Sahara donde viví. Ver mi propia tumba y pensar en mi muerte me ha ayudado siempre a vivir mejor: más intensa y conscientemente.

## 55. HORARIO MONÁSTICO

Desde el mismo día en que la ermita fue inaugurada, instalé en

su puerta una campana que hacía sonar cada vez que acudía a rezar: me llamaba a mí mismo al coro, cabría decir.

Dado que mis dotes para el dibujo no son del todo desdeñables —como demostré en mis carboncillos de Marruecos, publicados en el *Reconocimiento*—, en cuanto la campana estuvo fijada pinté, en una de las fachadas laterales, un san Cristóbal, bajo cuya advocación quise que estuviese aquella ermita; en la otra fachada, con mejor resultado, pinté un Sagrado Corazón de Jesús de brazos muy largos y abiertos. Muchos niños, quizá cincuenta, asistieron expectantes a mi trabajo de pintor. Mientras ellos me observaban en silencio —de vez en cuando me giraba, admirado por su expectación—, pensaba en que eso que ahora dibujaba en la pared era lo que, con el tiempo, quería dibujar, y con trazos más indelebles, en su corazón.

Nunca insistiré lo suficiente en la importancia de orar ante una imagen, y ello aunque se rece con los ojos cerrados. Gracias a las imágenes, el creyente no se olvida, o lo hace menos fácilmente, de que está en oración, es decir, en escucha y coloquio con el Señor. Sin una imagen religiosa, en cambio, la oración suele transformarse en mera divagación, cuando no en simple descanso o atontamiento. Estoy seguro de que mi corazón de Jesús, de trazos torpes pero elocuentes, hizo en silencio su labor.

Aquel mismo día fue también cuando tomé como lema *Iesus caritas* y cuando tejí un corazón rojo en mi hábito blanco, para acordarme de este modo de que era ahí —en mi corazón— donde debía gestar a Dios. El corazón de Jesús estaba, por tanto, muy cerca del mío: uno junto al otro, uno bajo el otro, los dos juntos para siempre. Todos los escenarios en que he vivido se han hecho un hueco en mi corazón. Puedo decir que dentro de mí hay un rincón para Estrasburgo y otro para Nancy, pero también para Marruecos, Beni Abbès y Tamanrasset, población desde donde escribo estas memorias. Los paisajes nos configuran hasta el punto de que nuestro corazón es un mapa de los lugares en que hemos vivido; y es de esperar que también esos lugares sean, en cierto sentido, un mapa de nuestro corazón.

PARA empezar, mientras esperaba a que fueran llegando al Sahara

mis discípulos, como los llamaba monseñor Guerin, o mis hermanitos, como prefería llamarlos yo, decidí aplicar en mí mismo la Regla que había escrito y corregido cientos de veces para ellos. Como había que ahorrar cera, porque mis liturgias solían ser largas y frecuentes, tomé la costumbre de levantarme y acostarme con la luz solar. Al cabo de pocas semanas había establecido un horario que, poco más o menos, era el siguiente: me levantaba a las 4 para el Ángelus, el *Veni Creator* y la hora prima; luego celebraba la misa y, convencido de que es mejor la frugalidad que el ayuno, tomaba un desayuno bastante ligero a base de dátiles o higos. Para no recrearme en su dulzor y domeñar los sentidos, acto seguido me mortificaba con un látigo de cuerdas, tras lo cual acudía a la adoración. A las 8 trabajaba manualmente tres horas, que interrumpía solo a las 11 para sexta y nona. A las 11.30, la comida; a las 12 nuevamente el *Veni Creator*, de 12.15 a 17.30, salvo una hora o dos de meditación, me consagraba a los asuntos más apremiantes. A la 17.30, vísperas; y a las 18, la última colación. Algunas tardes, a partir de las 19, explicaba el Evangelio a los soldados que se acercaban a la ermita y les bendecía con el Santísimo. Apagaba las velas a las 20.30 para despertarme a medianoche y poder rezar los maitines, que recitaba en voz alta para no quedarme dormido. A las 3, o a las 4, nuevamente en pie para las laudes y la acción de gracias. Así que mis días solían transcurrir en una absurda carrera para que no terminaran antes de que hubiera logrado concluir lo que había determinado hacer en ellos.

Si he reflejado aquí mi horario es porque creo que de un cuerpo tratado con dureza puede emerger un espíritu más puro y luminoso. Sin un cierto gusto por la austeridad es imposible forjar una personalidad religiosa. No se trata de ser muy disciplinado —¡aunque algo sí!—, sino de amar el concepto de «disciplina». Y muy pocos son los que lo aman, por lo que muy pocos son también quienes llegan a ser auténticamente religiosos.

DURANTE mis rezos me preguntaba muchas veces qué hacía yo, siendo francés, en aquella choza de barro y en medio de aquellas pobres gentes. Porque no puedo ocultar que más de una noche temí

que alguna banda armada, de las muchas que asolaban la región y sembraban el terror, entrara en la ermita para robar. Los bandidos habrían podido maniatarme, profanar la eucaristía y asesinarme con toda impunidad. Nadie se habría enterado hasta pasadas varias horas.

El viento que soplaba por las noches me mantuvo con frecuencia despierto y temeroso hasta las primeras luces del alba. Hasta que no escuché el gemir de aquel viento no había comprendido ese refrán árabe que dice que se trata del desierto mismo, que llora porque querría ser pradera. Por fortuna, las noches en que —tras postrarme en adoración ante el sagrario— me sentía profundamente acompañado, fueron mucho más frecuentes. El viento que tanto me había asustado la noche anterior lo interpretaba entonces como la brisa con que Dios me saludaba. Comprendía que, por humilde que fuera, aquella precaria construcción era mi nuevo hogar y aquellas gentes —de otra raza, cultura y religión— los hermanos que Dios había querido para mí.

## 56. Lucha contra la esclavitud

A los pocos días de abandonar el cuartel e instalarme por mi cuenta y riesgo percibí que había dos bandos claramente diferenciados entre los musulmanes con quienes convivíamos: los que miraban al ejército francés y a mí mismo con recelo —a la espera de la más mínima ocasión para minar el prestigio de Francia— y los que se mostraban favorables a nuestra presencia —aunque solo fuera con miras al florecimiento de su comercio—. Para demostrar a los de uno y otro bando que el sentido de mi presencia entre ellos no era simplemente colonial —aunque sí civilizador—, y para comenzar enseguida mi trabajo de evangelización, quise formar las cristiandades pioneras de aquel país al modo en que se habían constituido en Roma las primeras comunidades cristianas, es decir, fundamentalmente por esclavos. Como es natural, no ignoraba que mi lucha contra la esclavitud en Argelia me iba a poner en una situación comprometida tanto con las autoridades

francesas como con los más destacados caudillos árabes. No me arredré: no me había ido al Sahara para estar lejos de la guerra, la política o la sociedad. Tan dispuesto estaba a embarrarme por toda aquella gente que, pese a mis escrúpulos por mezclarme en el gobierno temporal, la emprendí contra la República francesa sin tan siquiera consultar a mis superiores.

«¡Ay de vosotros, hipócritas! —escribí en mi primera soflama—. ¡Hacéis imprimir sobre los timbres "Libertad, Igualdad y Fraternidad" y luego ponéis grilletes a los esclavos! ¡Condenáis a galeras a quienes falsifican billetes bancarios y permitís, en cambio, que se despoje a los padres de sus hijos para luego venderlos! ¡Castigáis el robo de un pollo y permitís el de un hombre!».

Hubo reacciones, tenía que haberlas. Pero es que mi gobierno estaba cometiendo una injusticia demasiado grave contra aquellos que estaban bajo mi salvaguardia —puesto que yo era el único sacerdote en cien kilómetros a la redonda—. Las injusticias, además, no provenían solo de las autoridades, pues pude comprobar que la mayoría de los civiles no hacía nada por ayudar a los indígenas y que, por deplorable que parezca, buscaban únicamente aumentar sus necesidades para extraer de ellos el mayor provecho posible. Eso tenía que denunciarse. No podía consentir que nosotros, los franceses, los representantes de la justicia en aquellas tierras saharianas, nos convirtiéramos en centinelas dormidos o en pastores indiferentes.

Impresionado por mi celo y acostumbrado, seguramente, a sacerdotes que no interferían en política, un tal De Castries me propuso hablar de este asunto con un ferviente y famoso antiesclavista de la época: el barón Cochin. Fue inútil y no tuve más remedio que suplicar a monseñor Guerin que viniera en persona para observar sobre el terreno la monstruosidad de la esclavitud.

Pero mi obispo estaba mucho más interesado en los sacerdotes de su diócesis —por los que velaba sin descanso, como buen pastor — que en los morabitas tradicionales, de quienes lo ignoraba casi todo. No podía entender que un hombre culto como él hiciera gala, en este punto, de su ignorancia. De modo que aquella fue la primera vez, pero no la única, en que monseñor Guerin me decepcionó: vaciló a la hora de presentar el problema en Francia, como le sugerí; me evitó durante semanas, como si temiera un cara a cara

conmigo; y llegó a decirme que no podía ni pensarse en una denuncia oficial de actos que, buenos o malos, sucedían en territorios demasiado lejanos de la patria. Cumplí puntualmente la línea de conducta que mi obispo me trazó, pero me sentí muy herido por su posición. Acongojado por tener que dirigirme así a uno de mis superiores eclesiásticos —en quienes hasta entonces mi confianza había sido absoluta—, le hice saber que lamentaba muchísimo que los ministros de Cristo se contentaran con defender en voz baja, y no públicamente, una causa de justicia que, en último término, se identificaba con la de la caridad. Este fiasco, sin embargo, no impidió que le hiciera participe de todos mis planes: le consultaba las rutas de las expediciones que planeaba realizar; le pasaba la lista de las necesidades más perentorias que, en mi opinión, la Iglesia debía colmar; le facilitaba por carta mis grandiosos proyectos de evangelización… Para él nunca había sonado la hora de llevarlos a la práctica.

—Espere, Foucauld, aún no es el momento —me repetía incansable.

En este sentido era como Henri Huvelin, uno de los hombres que más me ha hecho esperar.

En resumidas cuentas: que lo único que pude hacer por aquellos pobres esclavos fue recibirlos en mi ermita, y ello solo cuando accedían a entrar, pues eran muchos los que temían que, por ser extranjero, pudiera aprovecharme de su indefensión. Allí los reconfortaba y alimentaba con buena parte del dinero que mi familia me enviaba desde Europa. Casi todo ese capital lo utilicé en aquel tiempo para mejorar las condiciones de vida de aquellos esclavos y, en un caso —pues había reunido el dinero suficiente—, para ponerlo en libertad. Pero aquello no era, evidentemente, la solución.

Solo tres años después de mi llegada a Beni Abbès se tomaron las medidas gubernamentales y legales oportunas; y solo a finales de 1904, y gracias a la intervención de los jefes de los oasis, pudo hablarse de la definitiva supresión de la esclavitud. Ese día escribí en mi diario: «La fe es vivir en el sueño sin renunciar a la realidad, o vivir en la realidad sin renunciar al sueño, o vivir para que una y otra estén más próximas, caminando siempre hacia los hombres y, al mismo tiempo, hacia la soledad».

RECUERDO con cariño mi impulso misionero de aquellos primeros tiempos; y solo ahora me alegro de cómo se hirió mi orgullo de patriota y de cristiano ante aquel fracaso evangelizado el primero de los muchos que seguirían. ¿Es esto lo que tengo que hacer: liberar esclavos?, me preguntaba en las poquísimas pausas que me concedía en el trabajo. Pero ¿qué estoy haciendo junto a estos pastores negros y a estos fieros guerrilleros, habituados al pillaje? Sí, en ocasiones mi vida se me antojaba como el mayor de los despropósitos y yo como el más ingenuo y miserable de los hombres. Con estos sombríos pensamientos me dirigía a la capilla, a sabiendas de que allí, en cuanto llegara, rompería a llorar como un muchacho. Y así sucedía: llegaba y, antes incluso de haberme arrodillado, mi llanto me subía a la garganta, donde me estallaba sin posible contención.

Para el apostolado no hay mejor camino que el fracaso del apóstol. Por contradictorio que parezca, para la ineficacia apostólica total nada mejor que la minuciosa elaboración de mil y un proyectos de evangelización como los que me afané en preparar durante mis primeros meses en Beni Abbès. Esto lo sé por experiencia: tanto más fracasaba, y tanto más estrepitosamente, cuanto más me empeñaba en cumplir todos aquellos planes, generosos en el planteamiento, claro, pero inservibles y hasta absurdos en último término, pues por aquel entonces conocía muy poco la realidad del país. Por supuesto que no elaboraba todos aquellos planes con el propósito de fracasar, sino para extender el Reino; y no lo hubieran extendido, ciertamente, si mi meta no hubiera sido la de cumplirlos. En realidad, nadie se ha unido nunca a mis proyectos; siempre imaginé, sin embargo, que serían muchos los que se unirían y que había que estar preparado para cuando esto sucediera. Estaba tan entusiasmado con la difusión del Evangelio entre los pueblos saharianos que no me figuraba que nunca encontraría a nadie —¡a nadie!— con quien compartir mi entusiasmo. ¿Para esto me ha traído Dios aquí?, tuve que preguntarme al cabo. ¿Para que todo acabe conmigo y tenga que venir otro —quién sabe cuándo— para empezar de nuevo a roturar? Mi dificultad para dar con una Regla, mi incompetencia para convertir a nadie, aquel camino mío por el que no parecía que hubiera otro cristiano que pudiese o quisiese transitar… ¡Cuánto me

torturé con todo esto! ¡Cuánto me costó aceptar que los musulmanes no se convirtieran y creyeran en el verdadero Dios! ¡Cuánto comprender con alegría que no estaba entre ellos para convertirlos, sino para hacer camino a su lado! La plenitud ha estado, precisamente, en el fracaso o la inviabilidad de mi empresa. La verdad es que no comprendo a Dios, pero me parece que esta experiencia —la de mi incomprensión— es profundamente religiosa y, acaso, el núcleo mismo de la religión.

## 57. LAPERRINE, COMANDANTE SUPERIOR DE LOS OASIS

Así como la administración local de los departamentos argelinos era más bien hostil a todo interés musulmán, el ejército de ocupación se mostraba con los beréberes más bien comprensivo. Eso me enorgulleció y compensó mi decepción ante mi obispo. Por supuesto que no voy a negar aquí los excesos y atropellos cometidos por mis compatriotas en este país, pero tampoco debe olvidarse que la actitud de muchos militares hacia la población autóctona fue a menudo tan indulgente y favorable que algunos de ellos llegaron a ser acusados de arabofilia. ¡Arabofilia! ¡Qué sabrían quienes estaban lejos de lo que realmente sucedía aquí!

Frente a la actitud soberbia y hasta beligerante de las llamadas oficinas árabes, debo referirme ahora al comandante Laperrine, acusado como yo mismo de arabofilia. Fue él quien facilitó mi asentamiento en aquel territorio, y bajo su mando y dirección se construyó mi ermita. Antes de ser nombrado comandante superior de los oasis del Sahara, el tal Laperrine había sido teniente en el Cuarto de Cazadores de África. Pese a las muchas diferencias políticas que existían entre nosotros, y en particular respecto de la cuestión magrebí, en aquel individuo vi enseguida un espejo en el que podía reflejarme. Aunque de forma diferente a la mía, Laperrine era una voz que clamaba en el desierto: una voz enmudecida —eso sí—, pues su conato de corregir el sistema de vasallajes y castas que imperaba entre los tuareg nunca llegó a prosperar. Mi ideal evangélico no coincidía con el republicano que

él tenía en mente, pues yo no quería simplemente que los árabes pasaran a ser franceses —como él—, sino que soñaba con una pactada convivencia franco-magrebí. Mi propósito era modernizar las estructuras argelinas, reformar sus costumbres y modernizar sus instituciones; el suyo, afrancesarles; y ello porque la religión de Laperrine —como la de muchos de mis compatriotas— no era otra más que Francia, con la que él identificaba plenamente a la Iglesia Católica. Entonces, ¿por qué hablo de este hombre como de un espejo de mí mismo? Lo digo porque —al igual que yo, imposibilitado para poner en práctica mis proyectos de redención— también él estaba obligado a la inactividad. La enseñanza que el desierto tenía que impartirnos, tanto a Laperrine como a mí, era que obstaculizamos los resultados cuando los buscamos directamente.

Aprender a esperar es lo más necesario en la vida, lo más difícil; y cuando lo que está en juego es la evangelización, entonces ese saber esperar se hace imprescindible. Solo esperando comprende el evangelizador que la obra que debe llevar a cabo no es la suya; solo así, esperando, comprende que él es únicamente un instrumento, y que en ningún trabajo del mundo son las herramientas —sino los patronos— quienes deciden cómo y cuándo se realiza una tarea.

«Soy una mera herramienta», me dije ante mi fracaso frente al problema de la esclavitud. Más tarde tuve que decirme: «Soy una presa, soy un ateo, soy un fantasma, soy un bufón». Sí, como enseguida explicaré, en Beni Abbès tuve que pasar por todas estas iniquidades: fui un animal para los niños y un fantasma para los beréberes, un bufón para el ejército y un ateo para Dios. También pasaría por ser un traidor para Francia, ¡yo, que tanto he amado a mi país! Y por ser un extranjero, un fundador sin hermanos, un moribundo… «Cuando se puede sufrir y amar se puede mucho», dice san Juan. Lo último que se puede hacer en la vida es sufrir, pero eso último es también lo máximo. Sí, nuestro anonadamiento es el medio más poderoso que tenemos para unirnos a Jesús y hacer el bien a las almas.

Los encuentros que mantuve con el comandante Laperrine sellaron una amistad que hasta entonces habíamos mantenido de forma muy

rara: como si ambos intuyéramos que podríamos sernos mutuamente útiles en el futuro. De alguna forma, él representaba lo que yo había sido o —con más rigor— lo que habría podido ser.

Más que a los beréberes —para quienes incluso eso representaba una fortuna—, a Laperrine y a los oficiales de su compañía sorprendía mucho que yo consiguiera vivir con siete francos mensuales, algo que lograba gracias sobre todo al racionamiento en la alimentación, que limitaba a pan con leche condensada en el almuerzo y a pan con café negro por la noche, bebida a la que entonces me aficioné.

—Si hubiese muchos sacerdotes como usted —me decía Laperrine con frecuencia—, la Iglesia Católica sería distinta —pero remoloneaba a la hora de asistir a la bendición del Santísimo que yo impartía cada tarde a sus tropas, o se quedaba en pie a la puerta de la ermita, como deseando estar presente pero sin atreverse a entrar.

Su cuerpo era musculoso pero flexible, curtido por el ejercicio; su rostro pálido y de rasgos finos. Sorprendía lo mucho que se cuidaba la barba, pues en el ejército colonial eran pocos los que se atildaban con tanto esmero. Para entendernos: Laperrine era de esos jinetes que, tras una jornada bajo un sol de justicia, llegaba a su destino con el uniforme sin desabrochar y con el cuerpo compuesto y perfectamente erguido sobre la cabalgadura. Aun tras las maniobras a las que sometía a sus tropas y en las que él mismo tomaba parte para dar ejemplo, salía siempre con el uniforme impoluto y planchado, como preparado para una gala o una recepción. Era firme pero comprensivo; se hacía respetar y querer al mismo tiempo; decía que deseaba volver a Francia, con su mujer; pero no lo deseaba de verdad: sencillamente estaba en su sitio. Nadie lo hubiera dicho al principio, pues a Laperrine le costó aceptar que sus archivos en el Sahara estuvieran siempre llenos de polvo. De ahí que no fuera extraño encontrarse con algún soldadito limpiando en su oficina. En este punto era inflexible: todo debía estar reluciente. El polvo era, en su opinión, el mejor síntoma de la barbarie.

Amaba su caballo, sí, lo amaba; y había quien decía que, cuando creía que nadie se fijaba en él, le hablaba al oído al animal. Pero a este gesto de excéntrica ternura y humanidad se unían otros de signo contrario. Una vena se le hinchaba en el cuello cuando era

víctima de la cólera. Prefería una tormenta de arena, o al menos eso aseguraba, que cualquier diligencia administrativa. Los llamados «asuntos prácticos» le enervaban hasta límites casi grotescos.

En las marchas, cuando la caravana se detenía, aunque fuera por pocos minutos, siempre pedía un té y ordenaba que le armasen la mesita de campaña, donde se sentaba a escribir, a la intemperie, con la misma compostura que si se tratara de un despacho oficial. Nunca supe qué era lo que escribía en aquellas ocasiones, pero dudo de que se tratara de algo de carácter militar.

Los largos años en el Sahara —siempre en misiones de avanzadilla— fueron haciendo de Laperrine un hombre enjuto y reservado. Asistí al espectáculo de su transformación interior, que se reflejó en su rostro —cuyas facciones se arabizaron, por así decir —. Como yo mismo, él era muy crítico con la tolerada práctica de la esclavitud; y esa fue, probablemente, la primera bofetada con que su habitual expresión, en la que se mezclaba la benevolencia con el rigor, quedó transformada.

—Si en Francia reprobamos tener esclavos —refunfuñaba—, ¿por qué hemos de tolerarla en estos territorios?

Se rebelaba contra el *status quo* que él mismo debía imponer, aunque no por ello aprobaba mis «fantasiosos» —así los calificaba— proyectos de redención. Ni tan siquiera se avino a poner su firma junto a la mía en las muchas cartas de protesta que, con este fin, elevé a la administración central. Laperrine era un militar que vivía bajo la disciplina más estricta; no entendía que la obediencia pudiera comportar que el propio súbdito formulase nuevas propuestas o iniciativas; algo así solo lo intentó una vez, y salió escaldado. Por supuesto que se alegró de las mejoras que pude conseguir —no sin mil y una peripecias— en las condiciones de vida de los esclavos; y hasta asistió al bautizo de uno de ellos, el único que abrazó la fe cristiana. Pero insistía en que mis desvelos por redimirlos eran baldíos y que nada o muy poco sería lo que conseguiría por este medio. Los hechos, por desgracia, le darían la razón.

## 58. VEN SIN NADA

—¿Qué te parece la idea? —me preguntó Laperrine una de las muchas tardes en que nos protegíamos del calor a la sombra de su tienda.

Se refería a su plan de lanzarse a la conquista del Hoggar, establecer un enlace entre Argelia y Sudán, y llegar hasta el océano Atlántico, donde trataría de incorporar el sur de Marruecos a nuestra nación. Pensé en el mucho bien que toda aquella estrategia podría comportar para las almas. Pero nuestro gobierno, afectado en 1899 por el caso Dreyfus y atrapado en política internacional por Alemania y Gran Bretaña, no compartía su opinión y conminó a Laperrine a esperar para llevar a cabo sus planes de colonización. Así que, como yo mismo, también Laperrine tuvo que limitarse a esperar.

No lo encajó. Desde que recibió esta noticia, Laperrine dejó de ser quien era y tomó la costumbre de pasar largas horas en silencio, mirando el movimiento de las dunas.

Veo a Laperrine de pie, con los brazos en jarras, mirando algún punto indefinido del horizonte. A veces utilizaba los prismáticos —que solían colgar de su pecho— para otear quién sabe qué improbables invasiones. También le veo con su cigarrillo entre los dedos, o colgándole de los labios; o calándose la gorra, o colocándosela bajo el brazo para enjugarse el abundante sudor que solía perlar su frente. Pocos europeos en el mundo habrán contemplado el desierto tanto como él. No parecía pensar mientras lo hacía y, desde luego, no rezaba, pues no era hombre de gran fe. Pero permanecía largo rato inmóvil, como fundiéndose con el desierto.

—La arena que se mueve en las dunas posee un magnetismo solo comparable al de las olas que rompen en un acantilado o al del fuego que chisporrotea en un hogar —me dijo una vez.

No creo que Laperrine se limitara a mirar al desierto. Miraba el mundo entero en aquel pedazo de Sahara en que se había comprometido a permanecer. Y, probablemente, se miraba a sí mismo. Pero sin intencionalidad, sin tan siquiera melancolía. Lo supiera o no, y con independencia del fervor o la tibieza de su religiosidad, aquel militar era un contemplativo. Ahora que escribo

esto, creo que era justamente ahí donde se enraizaba nuestra amistad. Pienso que el mundo sería distinto si hubiera más hombres que supieran, como Laperrine, ponerse ante el desierto y, simplemente, contemplar.

ANTE mi sagrario, una noche sentí que Dios me decía algo así como «ven sin nada». Aquella madrugada, como cualquier otra, me había postrado rostro en tierra ante un altar iluminado por una débil bujía y presidido por dos palos cruzados. El tabernáculo estaba vacío, pues monseñor Guerin aún no me había conseguido de Roma el permiso para la santa Reserva. Pues fue allí, ante ese Dios que todavía no podía acompañarme sacramentalmente, donde oí cómo se me decía «ven»; y luego, cuando me incorporé para obedecer, «sin nada». Me descalcé de inmediato y me despojé del hábito, que cayó a mis pies. Y quedé ante el silencio de aquella noche sahariana tal y como Dios me había hecho venir al mundo. Creo recordar que hasta me puse de puntillas, pero no en el intento de llegar a Dios, sino de que Él me cogiera. ¿Es así como me quieres?, le pregunté. Y una vez más me pareció escuchar Su voz, que me decía: «No, así no. Ven sin nada, sin nada». Desnudo como estaba me postré rostro en tierra y me puse a llorar sin saber en realidad por qué. Y, a partir de entonces, trabajé con todas mis fuerzas por reducir cada una de mis facultades a la unidad y a la simplicidad.

A LA mañana siguiente me desperté en el oratorio, jadeando como un viejo. Tuve primeramente un gran cansancio general, con pérdida completa del apetito; después no sé qué en el pecho, que me producía gran fatiga al menor movimiento. Pero no era de extrañar, pues nunca me he ocupado de mi salud más de lo que un árbol puede ocuparse si una de sus hojas se cae. El caso es que palpé mi frente y comprobé que tenía fiebre. Un violento escalofrío me recorrió la espalda; fue como un latigazo, y hasta llegué a pensar —tal fue su virulencia— que moriría allí mismo de un momento a otro.

—¿Ha llegado mi hora? —le pregunté al Señor—. ¿Eres Tú, Esposo mío, que me llamas?

¡Qué peregrinaje el mío! ¡Cuántos errores!, pensé. Y pensé también que siempre he dispuesto de la gracia que he precisado, aunque nunca la haya aprovechado del todo.

Cuando minutos después me encontré algo mejor, leí en voz alta algunas de las estrofas más intensas del salterio; me pareció que relataban mi propio fracaso. Y me permití entregar a Laperrine una carta, indigna de un ermitaño, en la que le pedía que me enviaran leche condensada y un poco de vino para tratar de remontarme.

De hecho fue Laperrine quien pocos días después me alivió en aquel trance, y no solo con los víveres que le había pedido sino con un correo firmado por mi obispo. En él se me informaba de que, finalmente, tras varios meses de espera, podría celebrar la eucaristía solo, sin acólitos o asistentes, como hasta entonces exigía la liturgia romana. La licencia para la Reserva eucarística no me era concedida aún, pero sí la celebración de la santa misa.

—No sabe lo que esto significa para mí —exclamé lleno de emoción.

El comandante estaba a la puerta de mi ermita y, por el efecto de las sombras, no me era posible distinguir su rostro. Aquel cuerpo descabezado y sombrío se me figuró entonces, acaso por el delirio de la fiebre, como el de un ángel a quien el propio Dios hubiera enviado. Pero Laperrine dio entonces un paso al frente y, ya con su rostro visible, encendió uno de sus eternos cigarrillos, largos y finos como no he visto otros. Con el resplandor de la cerilla que rascó en la suela de sus botas —conforme acostumbraba—, aquella visión angélica se esfumó en el acto. La carta, con las noticias de monseñor Guerin, se agitó como si estuviera viva sobre mi mesilla de noche.

## 59. Asalto al oratorio

Algunas semanas después asaltaron la ermita de san Cristóbal y se llevaron todo lo que podría resultar de alguna utilidad. Los salteadores sabían que yo era un pobre eremita, pero también que recibía periódicamente provisiones y suministros desde Europa.

De regreso de una expedición por una de las rudas pistas del desierto, antes de llegar a mi casa-oratorio supe que algo malo había sucedido. Quedé atónito ante el espectáculo de desolación que se me brindó, mucho peor del que había imaginado cuando, durante mis primeras noches en Beni Abbès, temía ser asaltado por alguna banda de malhechores. Pasó un tiempo indefinido, pero en cualquier caso largo, hasta que pude reaccionar. Durante aquellos primeros minutos, mis movimientos —no sé por qué— no fueron solo torpes y confusos (vagaba por la ermita, sin saber exactamente qué debía hacer: si llamar a la autoridad o poner orden en aquel desbarajuste), sino muy lentos: como si con el robo del que había sido víctima me hubieran arrebatado también la vitalidad, o como si la violencia con que se habían cebado sobre los diversos enseres que había en mi casa fuese un ultraje directo contra mi persona. O, todavía peor, una ofensa al mismo Dios que yo les había ido a anunciar.

¿Qué pretenden con este ataque?, me pregunté. ¿Expulsarme del país, someterme a pública vergüenza, cambiar con odio y desprecio el desinterés de mi entrega? Mis primeros pasos —como he dicho— fueron tímidos y titubeantes, seguramente por causa de una idea dolorosa que parecía haberse quedado en mi entrecejo, presionando mi frente hacia dentro y sin acertar a salir.

Los ornamentos litúrgicos no habían corrido mejor suerte que el resto de mis prendas, que habían sido rasgadas con saña, hasta dejarlas inservibles. Por fortuna, al no haber Reserva en el sagrario, las especies sacramentales no habían sido profanadas. Aliviado por ello, conseguí sentarme en un rincón, la espalda contra la pared. Y caí entonces en uno de los mutismos más dolorosos y prolongados que haya padecido nunca. Habría un antes y un después de este acontecimiento, me dije con ese infantil dramatismo que todavía hoy me caracteriza cuando debo afrontar alguna adversidad. Si alguien hubiera entrado en la ermita en aquel momento habría creído, seguramente, que yo era un elemento más en aquel triste paisaje de desolación, tal era mi abatimiento. Pensé en mi venganza, pero extrañamente no la proyecté sobre los malhechores, sino sobre mí mismo. E imaginé incluso que toda mi misión en Argelia había fracasado, y que yo quedaría mudo para siempre en aquel lamentable escenario.

Mi ermita: el templo que había previsto para la adoración y la hospitalidad había sido trasformado por unos bárbaros en una cueva para el crimen y el bandidaje. ¿Exageraba? ¡Claro que sí! Y es que cuando uno sufre, necesita agigantar su sufrimiento para así justificar mejor su turbación. No es solo que el Maligno tiente, es que le permitimos que lo haga: le abrimos la puerta y flirteamos con el mal. En buena medida somos responsables de todo lo malo que nos pasa.

Todos mis papeles —los diarios espirituales, la correspondencia con Marie de Bondy y el abate Huvelin, que tenía perfectamente clasificada por fechas— yacían esparcidos y ensuciados por el barro, en la confusión más absoluta. Con todo aquello fue como si hubieran querido decirme que mi aventura interior —mis relaciones, mis afectos…— era una bagatela que merecía la destrucción. Conseguí agacharme —con extrañísima lentitud, e insisto sobre ello por lo mucho que me sorprendió esta reacción— y tomé una de aquellas hojas, en cuyo encabezamiento leí: «Querido primo Charles». No obtuve el consuelo de las lágrimas; permanecí ahí, de cuclillas, como si no acertara a entender aquellas pocas palabras.

CUANDO horas después hice recuento de las pérdidas, en vano intenté recordar qué era lo que guardaba en cada una de las cajas con víveres, naturalmente vacías. El impacto de la violencia en mi alma había sido tal que ni siquiera podía utilizar la memoria con normalidad. Porque la memoria —como cualquier potencia humana — requiere de unas condiciones para su funcionamiento, y aquellas eran precisamente las condiciones de las que yo carecía entonces. Mi espíritu, turbado como estaba, solo registraba mi aflicción, nada más. Eso es lo nocivo de las desgracias: que nos anulan e incapacitan, que nos aniquilan por dentro para mostrarnos el insondable misterio de la vulnerabilidad.

¿De dónde aquel afán mío por hacer recuento de lo perdido?, me pregunto hoy. ¿Buscaba paliar el daño o profundizarlo? ¿Pretendía poner matices a mi infortunio o demostrarme que era más fuerte que las circunstancias? El insulto me vino espontáneo a los labios, pero incluso entonces —en medio de mi turbia agitación— sabía

que insultar a los ladrones no serviría más que para que aquella herida —la primera que me infligiría el pueblo al que había ido a servir— quedara sin cerrar. Todavía no sabía —¿cómo habría podido?— que algunos hombres nos crecemos en la adversidad.

¡Cuán grande es el trabajo que debe hacer un alma para llegar a agradecer la adversidad! Sí, habéis leído bien: agradecerla. Pues ningún mal está verdaderamente superado hasta que no vemos cómo por su medio nos ha llegado algún bien. Tardé mucho en aprender esta lección, demasiado; tal vez por eso quiso las desgracias se me acumularan durante aquellos meses aciagos.

## 60. Desgracia

Cuando por fin puse orden en la ermita e informé del percance a Laperrine, el deseo de venganza que había llamado a mi puerta se esfumó como por ensalmo; fui consciente entonces de que solo la vida ordinaria y ordenada podría sanarme: la regularidad de un horario, el sentido vital que proporciona el desarrollo de un trabajo, la entrada del prójimo en el propio mundo… Comprendí que, guste o no, tras una desgracia todo debe continuar. Sí, todo debe seguir adelante por mucho que nosotros quisiéramos que hubiera un antes y un después de cada cosa que estimamos importante. Y por mucho que queramos detener el tiempo, o retrocederlo, para impedir esa única ciencia necesaria que es la de los acontecimientos.

Casi tan desagradable como el asalto a la ermita en sí mismo fue para mí el momento en que tuve que encararme a los muchos vecinos que acudieron a mí para informarse de lo ocurrido.

—Ya le advertimos que este era un lugar peligroso —me decían los militares, como si ellos conocieran aquellas tierras mejor que yo.

—¿Quiere que les persigamos? —decía otro—. ¿Les escarmentamos?

Y un tercero:

—A un amigo mío le sucedió algo parecido en las dunas de Merzuga, allá en el año 82 —puesto que, como es sabido, toda desgracia trae a la memoria el recuerdo de otras pasadas.

Durante semanas inacabables tuve que soportar los mayores despropósitos: que yo era el responsable de lo que me había sucedido; que los beréberes son un pueblo desagradecido y perverso; que el mundo está mal hecho; y hasta que el propio Dios había querido mi aflicción. Y es que lo realmente desgarrador de las desgracias no son ellas mismas, sino todo cuanto las rodea: la falsa compasión que suelen suscitar, la brecha que abren, la herida que no es fácil que cicatrice, el espanto que queda en la mirada…

Hablar sobre el asalto con todos aquellos vecinos —y nunca como entonces había visto en Beni Abbès a tantos juntos— me enseñó una lección que solo una víctima puede aprender: que no se puede mantener en secreto una desgracia. Las malas noticias vuelan a mucha mayor velocidad que las buenas, y en ese vuelo se hacen más grandes y humillantes —esa es la palabra—, más profundas. Porque cada vez que debía relatar los hechos, los revivía; y porque cada vez que los relataba, más desgraciados me parecían y más infortunado yo, su protagonista. En aquellas conversaciones —tediosas, inacabables— percibía algo terrible e inconfesable: que había algo en el mal ajeno (el mío, en este caso) que no desagradaba del todo a quien lo veía o lo escuchaba. Quise evitar esta repugnante sensación, ahorrármela; pero ninguno de mis vecinos, musulmanes o franceses, me lo consintió.

Imposible decidir qué me afligía más: si que volvieran sobre mi desgracia cuando ya casi estaba por creer que había quedado atrás o si que se olvidaran de ella para hablar de otras, lo que producía en mí la impresión de que la mía no era para ellos lo suficientemente dramática. Sí, hay algo en las propias desgracias —y, por supuesto, en las ajenas— que nos agrada; y eso es, en mi opinión, el mejor indicio de la existencia del pecado original.

NO comprendo cómo el Señor ha querido probarme tanto, siendo como soy un hombre tan sumamente débil. De hecho, sucumbí en la más profunda de las tristezas a la primera de las desolaciones. De modo que no ha sido por mi capacidad por lo que finalmente he resistido a tanta desolación. A decir verdad, todo me llega en exceso, y mi espíritu, vulnerable, no se pacifica hasta que no cree que ha logrado domesticarlo.

No había empezado a recuperarme del infortunio del asalto cuando ya me sobrevino otro; y otro después tras aquel; y un cuarto tras este tercero. Esta sucesión macabra, que parecía no encontrar fin, fue la que me condujo adonde Dios había dispuesto: la noche oscura y, en ella, el olvido de mí.

## 61. Noche oscura

No soy tan estúpido como para pensar que fue el propio Dios quien quiso castigarme con aquel asalto y, más tarde, con todo lo que habría de venir después; fueron los hombres, naturalmente. Pero Dios supo servirse de la crudeza de estos hechos para colarse no en ellos, sino en mi interpretación. Los hechos son siempre neutros, eso lo he aprendido: es la fe o la *no-fe* lo que les otorga una determinada resonancia o una especial significación.

Si Dios no era ajeno a mi desgracia, ¿qué era lo que por su medio me querría revelar? ¿Que era así —desposeído y humillado— como debía entrar en el desierto, Su territorio?

No hay auténtica pobreza del alma sin la incomprensión de esa pobreza. Al creyente debe bastarle saber —creer— que Dios no es ajeno a nada de lo que le sucede. No necesita conocer el propósito o sentido de los sucesos, y ni siquiera precisa saber a qué nueva y más profunda pobreza le conducirá la que acaba de padecer.

Si la lógica del mundo es la opuesta a la del Evangelio, la pérdida de todos los bienes que los ladrones me habían sustraído no podía ser interpretada más que como una ganancia. Dios me estaba preparando para algo más sublime: mi sufrimiento no era sino una anunciación. Dios había empezado a modelarme y la pobreza en que entonces me encontraba era, después de todo, un paso hacia adelante. Él me llamaba no solo a saber sobre Él, sino a padecerle, que es el modo más misterioso de conocimiento. Conocemos cuando lo conocido nos estigmatiza. Ya he dicho que hay que dar gracias por las adversidades: es en ellas donde se esconde, clandestinamente, la perla de nuestra salvación.

TRAS el asalto a la ermita, continué escribiendo mi diario como había hecho desde que me había embarcado en Marseille, rumbo al sur; pero lo hacía sin ganas ni motivación, y sin tener apenas nada que contar: solo para mantenerme despierto y para alimentarme por dentro. Siempre estuve convencido de que es preciso escribir muchas tonterías para que de pronto, entre una y otra, quién sabe por qué, nazca una frase auténtica que, pese a decir también cosas obvias, parece bañada por una luz que la convierte en maravillosa.

Solo con escribir ahora lo solísimo que me sentía entonces ya me estremezco. Lo más arduo de la soledad es la desolación: el sentimiento de abandono o desamparo. Lo que realmente me asustaba de estar solo en aquel tiempo era sentir que nadie se acordaba de mí y que de nada servía que yo me acordase de nadie. La verdadera soledad es esto: la experiencia de que la memoria es inútil.

Pero ni siquiera la estrategia del diario lograba acortar aquellos días que —por algún motivo— parecían no querer terminarse nunca. Las horas se me alargaban incomprensiblemente y las actividades que realizaba —más que nada para no dejarme llevar por el abatimiento o la pereza— no me daban ningún consuelo. Todos aquellos quehaceres dejaban ver más bien su futilidad y, en fin, lo absurdo y hasta aborrecible de la condición humana.

Aquellas jornadas nefandas —algunas de las cuales ya había experimentado en Francia, durante mi adolescencia en Nancy y durante mi juventud en Saumur y Saint-Cyr— se me antojaron particularmente largas en el desierto. Rezaba para que el sol se pusiera y para que llegara el día de mañana; pero el sol —obediente a los designios de la naturaleza y no a los míos— no se ponía nunca, y el día de mañana, aunque terminaba por llegar, no era para traerme el buen ánimo o la novedad que necesitaba.

Con gran esfuerzo salía de mi ermita para ver a la gente, pero para cuando lograba sacarme fuera la mayoría ya estaba recogida. Los pocos que quedaban, rodeados por una naturaleza mortecina y apagada, parecían blandos y borrosos, indiferentes. Recuerdo que no acertaba a comprender cómo podían hablar tanto y —todavía más— cómo podía hablarse tanto en general. ¿Es que no necesitarían del silencio?, me preguntaba, y les miraba estupefacto, casi con horror.

¿Por qué amo tanto el silencio?, me he preguntado a menudo. ¿Por qué proyecto en él quién sabe qué delicias? ¿No será el silencio un mito —me he dicho—, el reducto donde introduzco un poco de paraíso en esta tierra de ruidos? Y he concluido que el silencio y la soledad me han fascinado tanto porque son los espacios perfectos para ser yo y, ¡cómo no!, también para dejar de serlo.

## 62. El viajero nocturno

El episodio del asalto me había dejado en un estado anímico tan apagado e indiferente que nunca como entonces sentí tal aversión hacia la liturgia ni conocí en la oración tal sequedad. Si en los tiempos felices podía permanecer en el oratorio una hora y hasta dos en completa inmovilidad, bastaban entonces pocos minutos para que me sobreviniera una inquietud tan insoportable que me obligaba a claudicar. Lo que me inducía a rendirme era, seguramente, la ausencia de alguna moción interna, positiva o negativa, afectiva o intelectual. Porque lo cierto era que no sentía nada, o que sentía una tristeza en su estado más puro, o algo más indescifrable, más parecido a la melancolía o a la indiferencia, de las que habitualmente pretendía huir mediante el movimiento y la distracción.

Lo más desconcertante de Dios es que cuando el hombre lo deja finalmente todo para vivir en su intimidad, Él finge estar ausente y no te dirige ni una mirada. A quienes se deciden por Él, Dios se les llega a hacer tan silencioso y lejano que se sospecha, con el corazón lacerado, haber sido víctimas de un engaño.

Durante los ratos que seguía dedicando a la oración, mis pensamientos eran pueriles y banales: pensamientos que no tendrían que asaltar a nadie en una capilla o pensamientos que, por su torpeza o infantilismo, no corresponderían —o eso creía— a un hombre que, como yo, estaba tan acostumbrado al retiro y a la soledad. ¿Acostumbrado a la soledad? A una soledad tan hiriente y perniciosa como aquella que padecí en Beni Abbès no se acostumbra uno jamás.

Entonces no comprendía —tan ciego estaba— que vivía por fin el fracaso por el que tanto había suspirado cuando Dios me consolaba. Sí, porque para adentrarse en el camino espiritual hay que sentir que se ha desperdiciado la vida —y no solo la mundana sino también la religiosa—. Hay que escandalizarse de la propia necedad y de que Dios nunca se canse de esa necedad.

Estuve en esta situación varios años; no entendía qué me llevaba al oratorio. No era el convencimiento de que algo sucedería después, pues ya no lo esperaba; no era la certeza de lo que había vivido antes, pues ya no lo apreciaba. Estaba ahí como una planta, como un mineral. ¡Qué pequeño era yo entonces! ¡Qué pequeñito había conseguido ser! Era conmovedoramente diminuto, y nadie me habría visto de haber entrado entonces en mi ermita, escenario de mi soledad. El amor más grande requiere la mayor de las soledades. Cuanto mayor es el amor, más grande es también la soledad que pide.

ANEGADO en lágrimas, a veces exclamaba: «¡Pero qué poco es lo que soy, qué poco es lo que soy!»; y tanto más me dolía el alma y más lloraba cuanto más decía aquella frase, lo que, extrañamente, no me desanimaba para continuar repitiéndola. Pronto comprobé que aquella frase me la decía tantas veces porque, por contradictorio que resulte, me hacía sentir tranquilo y hasta satisfecho de mí. Pero ¿puede alguien sentirse bien sabiéndose tan diminuto y prescindible? ¡Por supuesto! Hasta de su propia imagen de miserable o desdichado puede enamorarse el hombre. Nos parece entonces que somos dignos de lástima y que, en consecuencia, no podremos por menos que ser amados.

Solitario, abochornado por mi soledad, me agarraba a mi rosario —porque aquello era un auténtico agarrarse, tal era mi desesperación—. Pero me perdía tras los pocos rezos que lograba balbucir y, al final, me limitaba a pasar las cuentas sin rezar. A ese repetido y mecánico movimiento de los dedos se reducía mi oración aquellas noches. Dios me purificaba, pero yo no lo sabía. En cuanto sabemos que Dios nos purifica, esa purificación pierde su eficacia.

Tomé la costumbre, durante aquellas noches en vigilia, de dar vueltas alrededor del oratorio, del Cristo hasta la Virgen y de la

Virgen al Cristo, pasando siempre por el sagrario y, como es natural, por cada una de las estaciones del vía crucis. A cada una de mis vueltas, ponía una intención de forma que, al cabo de media hora, por ejemplo, o de una, había dado cuarenta y dos vueltas al oratorio, o veintiocho, y había rezado por veintiocho intenciones, o por cuarenta y dos, que pensaba y recitaba conforme caminaba. Todavía hoy ignoro si esta oración peripatética le era o no grata a Dios.

A veces, cansado de tanto caminar, me detenía y quedaba con la mirada perdida en dirección al sagrario. Fue así como aprendí que la movilidad de los ojos tiene que ver con la movilidad del pensamiento. Cuando volvía en mí, reemprendía mis vueltas de un extremo al otro del oratorio, o en círculo, rodeándolo y preguntándome si habría relación entre el Dios en Quien creía y el que existía en realidad; preguntándome si yo era todavía yo o si había dejado de serlo; preguntándome por qué esa manía de Dios de salvar en la noche, que es tanto como decir en el sufrimiento y la oscuridad. Pero la noche no es oscura porque Dios esté lejos, sino porque vamos ciegos. La fe, hoy puedo decirlo, es sobre todo noche. Por eso, yo soy un viajero nocturno.

## 63. Transposición en Louis Massignon

A veces me he preguntado si todo aquel horrible malestar interno fue realmente ocasionado por el asalto a mi ermita o si el asalto a mi ermita no sería, simplemente, su punto de partida; también me he preguntado cómo pude empezar a hundirme tanto por un acto de vandalismo que, a la postre, no tenía tanta trascendencia. Y me he preguntado, en fin, si no fui yo mismo quien se metió consciente y libremente en aquel túnel, para provocar así una purga de mi corazón. Ha tenido que ser de este modo: ninguna circunstancia de la vida, por grave o miserable que sea, nos conduce por necesidad al oscurecimiento en que viví durante aquellos meses. Somos nosotros quienes caminamos voluntariamente hacia las tinieblas —quién sabe por qué—. Como somos nosotros quienes —

en otras etapas— caminamos voluntariamente hacia la luz. Resulta misterioso, pero periódicamente nos castigamos; comprendemos que nos hace falta; y para hacerlo aprovechamos las circunstancias adversas que nos sobrevienen. A veces, sin embargo, es ya demasiado tarde para echarse atrás: la tiniebla es muy oscura y el camino de retorno no se distingue. A veces nos sentimos como la hoja de un árbol al capricho de un viento otoñal. No es una sensación agradable, pero es preciso pasar por ella para que la vida pase por nosotros. Buscamos la crisis y el malestar: alguien más inteligente que nuestro raciocinio nos dice que nos conviene. Pese a todo, casi nunca somos tan lúcidos como para decir: sí, yo soy el responsable; sí, yo me adentré en la oscuridad.

Para superar aquella larga y tenebrosa noche oscura releí muchas de las cartas que, al recibirlas, me habían alegrado. Nadie podrá entender nunca el papel que ha jugado en mi vida la correspondencia postal. Por medio de las cartas, ¡he sido uno de los hombres más acompañados que hayan vivido jamás! Pero ni en las cartas recibidas ni en las que yo mismo había escrito encontraba ningún consuelo. En aquellas porque me parecían falsas y trasnochadas, y en estas porque mi escritura —al tratar sobre lo que me sucedía— no solo se tornaba pesimista, sino de un léxico muy pobre y de una sintaxis tan torpe que pocas veces era capaz de llevar una idea, aun la más simple, hasta su final.

El único remedio que hallé para aliviar aquellas horas aciagas fue pensar en Louis Massignon, un joven con quien había comenzado a cartearme por el mucho interés que mostraba por mi obra. En mi fantasía, aquel estudiantillo de árabe estaba en la gélida cripta de Montmartre, pero no devotamente recogido —como más tarde le vería efectivamente la noche que pasamos juntos en esa célebre iglesia parisina—, sino turbado por mi misma incapacidad para orar. Cuando imaginaba que era aquel admirador quien sufría lo que a mí me tocaba sufrir y no yo, encontraba misteriosamente cierto bienestar. Proyectado mi sufrimiento en Massignon y, sobre todo, explicándome esta circunstancia como supuestamente se la explicaría él y no como me lo explicaba yo, pensaba que mi bajo estado anímico y mi oscura noche espiritual no duraría más de lo que fuese capaz de soportar.

AHORA que reflexiono sobre esta estrategia de transposición, he dado con una triple posibilidad: o bien me consolaba porque en la piel de Massignon —o más bien en su pluma— encontraba una explicación a mi malestar; o porque al atribuirle a él mi desgracia esta adquiría cierta dimensión universal, de tal modo que Massignon, yo mismo y todos los demás éramos solidarios en nuestras penurias; o bien —y es casi por lo que me inclino, aunque sea lo más insólito— porque en Massignon encontraba el alivio y apoyo que solo puede dar la ficción, dado el insufrible peso con que a veces se nos presenta la realidad.

Fuera una u otra la causa de este fenómeno, no estimé que a Dios le fuera grato, puesto que abortaba lo que Él me estaba regalando para aquel momento, que no era otra cosa que desolación. Al comprender que estaba impidiendo el desarrollo natural de la vía purgativa, tomé la determinación de rechazar sistemáticamente esta estrategia tan extrañísima como eficaz.

## 64. EL HERMANITO MICHEL

Tanto el Massignon auténtico —que era el de las cartas— como el ficticio —que era el de mis trasposiciones imaginarias— desaparecieron de mi paisaje interior cuando un día de 1904 apareció en Beni Abbès un sacerdote que decía querer llevar el mismo género de vida que yo: el hermanito Michel. Mi alegría fue inmensa, y creció más aún cuando leí la carta en la que el señor obispo le encomendaba la evangelización del alto Atlas, territorio en el que hasta ese momento yo había actuado como único ermitaño y sacerdote. Por ser hijo de un pescador y por haber pasado tres años en un regimiento de zuavos, imaginé que aquel jovencito de origen bretón sería robusto de constitución; pero esta idea se desmoronó en cuanto le vi en la estación de Ain-Sefra, vestido a la usanza árabe, algo que me produjo una grata impresión.

El mismo día de su llegada a Beni Abbès nos encaminamos en procesión a la capilla, salmodiando el «Miserere». Acostumbrado a la soledad, dos eran para mí multitud, así que disfruté infinitamente

de aquella procesión doméstica que daba a mi pobre liturgia una cierta pompa y solemnidad.

Toda la alegría que me produjo pensar que mis ruegos habían sido finalmente escuchados duró pocas semanas, pues enseguida comprendí que el hermanito Michel era un timorato, un pusilánime y hasta un cobarde: que era, por decirlo de una vez por todas, un pobre hombre que nunca conseguiría llegar a ser un hombre pobre. Bastaron pocos días para que se hiciera evidente que aquel sacerdote había venido al Sahara simplemente para poder decir a sus amigos, allá en Francia, que había vivido y trabajado en una misión africana. Más que por el Evangelio, Michel estaba motivado por una simple apuesta o desafío personal. Esto me indignó: no se debe utilizar a los pueblos indígenas para hacer experiencias de evangelización: aquí no debe venirse a probar, sino para quedarse. El hermanito Michel no vino con la idea de permanecer, y la misión siempre expulsa de su seno a quienes no entran en ella con una motivación auténtica.

Empecé a darme cuenta de todo esto el mismo día de su llegada, cuando le vi sorprenderse de que escribiera sobre un cajón, pues carecía de una mesa en sentido estricto. También le impresionó que moliese el trigo entre dos piedras, como acostumbran los nativos; o que machacase dátiles en un mortero y asara tortas al rescoldo, que es como están más ricas. Pero lo que más le impactó —hasta el punto de calificarlo de «aterradora mortificación»— fue que anduviese siempre con los pies descalzos y, obviamente, agrietados, así como que me vistiera con un hábito de tela sencilla, demasiado corto y, con frecuencia, manchado y raído.

—¿Se corta usted mismo el pelo y la barba? —me preguntó, casi escandalizado de que lo hiciera sin emplear espejo.

—¿Qué me importa lo que puedan pensar o decir los demás? —repliqué.

Y es verdad: el juicio de los hombres me es indiferente, y a menudo he experimentado que lo que para ellos es despreciable resulta, en cambio, valioso para Dios.

No niego que haya podido resultar demasiado duro con quien realmente ha sido mi único compañero y seguidor en el Sahara; pero imagino sin ninguna dificultad al hermanito Michel tras la mesa del despacho parroquial parisino en que ahora trabaja, y esa

imagen me entristece como si fuera la de mi propia traición.

No quise que Michel abandonara la guarnición de Beni Abbès hasta que no me di cuenta de que había perdido mucho peso en poco tiempo y de que su comportamiento, siempre esquivo, resultaba cada vez más imprevisible. El temor era en él más grande que el amor. Tenía miedo de absolutamente todo: del frío de las noches y del calor del mediodía, del ejército porque los militares no solían ser muy religiosos, y de los pobres porque si venían a la ermita era, según él, solo para pedir. No quería compartir nada de lo suyo y velaba por sus pertenencias y provisiones como si fueran un tesoro de valor incalculable que el mundo entero le quería arrebatar. Comía a escondidas, le descubrí. Pasaba muchas horas en la cama, sin dormir. Se paseaba de arriba abajo por las inmediaciones de la ermita hasta altas horas de la madrugada, como si tuviera que tomar una determinación que no veía con claridad; y me hablaba constantemente de sus años como párroco en Saint-Germain des Pres, de donde no habría debido salir.

—¿Por qué has venido aquí? —le preguntaba.

—Pensaba que… —me respondía, pero no acertaba a terminar aquella frase, seguramente por vergüenza de sí.

Si insistía en mis intentos por entablar con él un coloquio, se alejaba con violencia.

—¡No me ayude, por favor, no me ayude! —exclamaba el infeliz —. Esto debo hacerlo completamente solo —añadía para zanjar el asunto.

No se dejaba ayudar. Caminaba inconsciente hacia su infelicidad.

El hermanito Michel se lavaba constantemente las manos, como si temiera contagiarse; se tomaba la temperatura cada pocos minutos, atemorizado por los bruscos cambios del clima. Comía solo arroz hervido con agua, temeroso de que todo lo demás pudiese hacerle algún daño. No entendía que mezclase la leche condensada con los nabos y la remolacha; ni que los domingos y otras fiestas solemnes me concediera una especie de sabrosa mermelada hecha con harina de trigo o con dátiles machacados, que era mi manjar favorito. Por si todo esto fuera poco, le espantaban los animales más

inofensivos, de los que huía o ante los que gritaba sin parecer que le importase hacer el ridículo.

Una noche, cuando pensaba que yo dormía, le oí gimotear.

—¿Por qué, Michel? —balbuceaba—. ¡No debes hacerlo, Michel!

Evidentemente, hablaba consigo mismo. Y se sorbía los mocos. Y hasta se abofeteaba con una violencia que me sorprendió, pues no le imaginaba capaz de tanta determinación.

De aquella lamentación entendí palabras sueltas tales como «Saint-Germain», «Montalembert» —que era el nombre del teólogo sobre el que había escrito su tesis— y «anexionado». ¡Quién sabe de lo que aquel pobre hombre se quejaba en la oscuridad! Sentí una honda compasión por aquel sacerdote indigno y, a la mañana siguiente, tras los maitines, le espeté lo que llevaba varios días pujando por salir.

—Aquí tú no eres feliz —le dije.

—No, no lo soy —me respondió él.

Y desde entonces ambos esperamos la caravana que le alejara definitivamente del Sahara.

Más que mi modo de decírselo o del suyo al responder —bruscos y directos en ambos casos—, me sorprendió que ninguno de los dos dijera nada más. En aquellas frases breves habíamos ventilado lo que a los dos, probablemente, nos parecía tan difícil.

Se instauró entonces entre nosotros un silencio muy tenso. Notaba cómo pretendía evitarme, algo que resultaba muy difícil porque la ermita era muy pequeña. Cuando nos cruzábamos en el umbral, al entrar o al salir, siempre bajaba la vista. A veces nos decíamos algunas palabras: saludos, preguntas breves e insustanciales; mi vergüenza era mayor en esos casos, pues percibía la dolorosa distancia entre lo que aquel hombre era y lo que habría podido ser. Deseaba que se marchara cuanto antes y me avergonzaba de este deseo. Él pensaría probablemente que yo era su juez, y yo quería decirle que no lo era en absoluto, pero ni tan siquiera de eso estaba seguro y, en todo caso, nuestra conversación se habría enredado y todo habría resultado peor.

El hermanito Michel partió una mañana de abril. No parecía contento; temía, seguramente, que todavía sucediera algo en el último momento que le obligara a permanecer junto a mí.

A la hora de la despedida me miró con ojos tristes.

—Le he decepcionado, ¿no es así? —me preguntó.

Tuve que mentir.

Pero sentí un gran alivio cuando le vi marcharse, convencido de que no todos los hombres han nacido para el desierto.

El desierto saca lo peor o lo mejor de nosotros.

Cuando la figura del hermanito Michel se perdió en el horizonte, supe que una vez más me había quedado completamente solo. Dios no ha querido enviarme compañeros, y aquel que me envió no podía ser mi compañero. La idea de sacerdotes misioneros de incógnito, que tanto había acariciado, parecía hacer aguas. Con este presentimiento fui al sagrario, y allí recé por él. Oí entonces nuevamente sus gimoteos nocturnos. En mi fantasía le vi de nuevo paseando de arriba abajo por las inmediaciones de la ermita, sin saber muy bien qué hacer; o arrojado en el camastro con la vista fija en el techo; o comiendo a escondidas y guardando rápidamente las provisiones al menor ruido. Ante esta colección de imágenes, me reproché no haberle amado más y no haber comprendido que también él, en su debilidad, era una anunciación.

A PARTIR del día en que Michel partió, tomé la costumbre de preguntarme ante todo mal cuál sería el bien que escondía y, hallase o no la respuesta, en la mera pregunta encontraba ya una gran dicha. Este pensamiento me trajo durante unos segundos una ola de extraña felicidad. Que pudiera estar contento tras la pérdida sufrida, aunque solo fuera durante unos minutos, me pareció tan increíble que no dudé en considerarlo una gracia especial.

El hermanito Michel nunca me escribió; probablemente no quería saber nada más de su breve paso por el Sahara. Tampoco yo le escribí para recordárselo, pero desde que vi su figura perdiéndose en el horizonte —iba montado sobre una asna, sobre la que se balanceaba torpemente— he rezado a diario por él. Ahora le imagino feliz, tras una pomposa mesa de un despacho parroquial en Saint-Germain des Pres.

## 65. Descenso a los infiernos

Urgido por los quehaceres cotidianos, al principio no me preocupé de que, como secuela por la partida del hermanito Michel, me hubiera quedado una tremenda falta de energía vital. Se trataba de un cansancio físico, por supuesto, pero también moral e intelectual. Los pensamientos más sencillos me fatigaban muchísimo y, por ello, trataba de simplificarlos o, incluso, de rechazarlos como si realmente fueran perniciosos para la salud. Mi voluntad, por su parte, había enflaquecido, y lo que antes realizaba con humor y diligencia, lo posponía o dejaba sin hacer por culpa de una pereza casi invencible. Si caminar me cansaba, la idea de caminar —que necesariamente precede al acto— me fatigaba todavía más. Y las cosas más pequeñas —como abrir una ventana, doblar una camisa o recoger una taza— iban precedidas siempre de un acto de decisión: nada era espontáneo.

La vida se me presentaba en su inmensa gravedad. No solo eso: esas pequeñas cosas —la ventana, la taza, la camisa…— se me antojaban risibles, anodinas e indignas de mi atención. Las miraba decepcionado, como si me hubieran ofendido o como si me insultaran con sus exigencias y me aplastaran con sus reclamos. Durante algunos días sentí el impulso de estallar aquella taza contra el suelo, por ejemplo, de romper el cristal de la ventana o de rasgar aquella maldita camisa. Pero esta violencia me pareció enseguida completamente fuera de lugar, pues tanto poner mi vista sobre estos objetos como renunciar a mirarlos me sumía en un estado de indescriptible abatimiento espiritual. Qué debía hacer con la taza se convertía entonces en el mayor de mis dilemas; cómo proceder con mi camisa era el teorema de más difícil solución; abrir o no la ventana resultaba la cuestión ante la que me estaba jugando mi condenación o salvación eternas.

Apesadumbrado, salía entonces de la ermita; pero nunca conseguía hacerlo sin antes decidirlo y hacer acopio de todas mis fuerzas. Fuera, sin embargo, me esperaba algo peor: seres que caminaban con dos piernas allá a lo lejos, un sol insultante y enloquecedor, y la arena del desierto, violentamente amarilla, que parecía estar subiendo como si fuera la marea.

Como si todos mis vecinos intuyeran que en mi ermita sucedía

algo inhóspito o tenebroso, nadie entró en ella durante aquellos días. Marie de Bondy, inexplicablemente, dejó de escribirme y de enviarme fondos y provisiones; monseñor Guerin no respondía a mis llamadas de auxilio; el comandante Laperrine no me visitaba y los soldados de la tropa, con quienes había logrado intimar, no se acercaban y hasta me miraban con recelo. Tampoco acudían a mí los nativos, quienes retrocedían en cuanto yo intentaba aproximarme a ellos. Pero apenas lo intentaba —debo admitirlo—, pues ¿no era absurdo que les pidiera ayuda? ¿Qué podrían ellos decirme, después de todo?

Entraba entonces de nuevo en la ermita, en busca de algún consuelo; pero allí me esperaba todavía la taza, con su increíble gravedad, y la ventana, que me exigía una determinación, y la camisa, cuya forma, colgada como estaba en un perchero, parecía un animal aterrador. Todo esto me dejaba paralizado, encogido e incapaz de escuchar los dictados del raciocinio. Quería capitular, pero no sabía cómo; necesitaba rendirme, pero no sabía ante quién; buscaba huir de aquella repulsión incomprensible, pero no sabía adónde. Perdí el apetito y mi desinterés por el mundo fue aumentando. Bostezaba cada pocos minutos y sentía retortijones y náuseas de todo tipo. Perdí el sueño y amanecía siempre más cansado, mucho más cansado de lo que me había acostado, siempre vestido sobre una estera de tejido de palma. Todo sin excepción era hiriente, intolerable y ofensivo. No me entraba en la cabeza cómo se podía estar peor; habría rebatido a cualquiera que me hubiera dicho que sufría más que yo.

No podía hablar de mi sufrimiento, solo sufrirlo. Con el sufrimiento que es realmente intenso siempre pasa eso: que solo se puede sufrir. Que no hay resquicios para colar algo que no sea el sufrimiento mismo. La memoria trae entonces una sola cosa, que es el sufrir, y desaparece la gracia del olvido. Cualquier persona o cosa que veía se me antojaba infinitamente triste e infinitamente aburrida. El picaporte de la puerta, por ejemplo, ¿no era infernal en su retorcimiento? O la cesta de la fruta, tan espantosamente vacía o tan insultantemente llena. Pero ¿es que no vería el mundo la idiotez de lo real?, me preguntaba, lleno de perplejidad. La sombra de mis pocos muebles me aterraba, como si estuviera viva; pero la luz que se colaba por el entramado de las pajas del techo o la que se filtraba

por la puerta —inundando el suelo— me afectaba todavía más. Cualquier luz ponía de manifiesto, cruelmente, mi propia oscuridad.

Las sandalias desparejadas, ¡qué tristeza! La alacena torcida, ¡qué amargura! Mi sombrero sobre la banqueta, ¿no era para echarse a llorar? Buscaba el rincón de la ermita en que mi llanto me resultara menos desgarrador; buscaba la posición en que sufrir menos, como si el sufrimiento dependiera, en un alto porcentaje, de la postura corporal. La sola idea de incorporarme me resultaba inapropiada, qué digo, inverosímil; la de tener que alimentarme, completamente inútil y costosa; la certeza de que yo era nadie iba apoderándose de mí. Y así hasta que llegó el día en que me convertí en ese temblor que queda tras el anuncio de una desgracia o la verificación de un temor. Había perdido toda fuerza, toda voluntad. Un mosquito se había posado sobre mi brazo, ¿y qué?, me preguntaba. ¿Debía espantarle?, ¿para qué? ¿Debía permitir que me chupase la sangre?, ¿por qué?, me preguntaba de igual modo y, al no saber cómo responder, lloraba ante el espectáculo de aquel mosquito miserable.

Todas mis preguntas eran de este tenor: llamaban a la puerta, ¿debía abrir?; abría los ojos, ¿debía levantarme?; me levantaba del asiento, ¿debía caminar? El sinsentido era evidente, inexorable y plano. Y todo era sencillamente así: sin matices ni posibles interpretaciones ulteriores. La libertad y el juego habían desaparecido. No había temperatura ni color.

Los peores momentos eran cuando me dolía la cabeza: entonces era como si algún ser malévolo me hubiera levantado la tapadera de los sesos para que una especie de lluvia me golpeara allí con toda su furia. «¡Que no llueva, que no llueva!», rezaba yo en esas ocasiones, pero las primeras gotas, violentas, presagiaban, ineludiblemente, una terrible y devastadora tempestad. Debía prepararme para lo peor, pero no había modo de tomar ninguna precaución. Debía asistir, pasivamente, a mi propia destrucción.

Pensé, como es natural, en pedir ayuda; pero antes de hacerlo imaginé la posible reacción de aquellos a quienes se la pidiera (a mi prima Marie, por ejemplo, al abate Huvelin, o incluso al irlandés Mac Carthy). Todos ellos, en mi fantasía, reaccionaron de la forma más inexplicable: pasaban de largo, no me conocían o, lo que era peor, simulaban no conocerme. Cuando les abordaba, veía sus

miradas asustadas y, molestos por mi intemperancia, alguno de ellos llegó a preguntarme: «Pero ¿quién es usted?». «¡Soy Charles!», les respondía. «¡Soy Foucauld!». Pero ellos: «No tenemos el gusto. No sabemos quién es usted. ¿Hemos coincidido antes?». Me escapaba espantado, preguntándome si era mi pánico lo que impedía que me reconocieran. Porque, ¿era yo, realmente, quien había sido? ¿Habría algo que permitiera suponer, con cierto fundamento, que yo era todavía yo?

Mis intentos por expulsar todas estas imágenes, incoherentes y enrarecidas, eran tanto más baldíos cuanto mayor era mi vehemencia y más honda mi congoja. Alguien había atado malévolamente a mi imaginación esas imágenes y yo, encadenado, solo podía asistir a su despiadada repetición: «¿Quién eres?». «¡Soy Charles!». «No tengo el gusto. Pero ¿qué desea en realidad?».

Todo esto, sin embargo, no describe en absoluto mi estado depresivo, sino solo su máscara. Lo digo porque tanto más trataba de atrapar mi desgracia en palabras, tanto más se escabullía ella, fuera multiplicando los síntomas o inoculando un agotamiento infinito a mis dedos, que, al final, rendidos, terminaban por claudicar y soltar la pluma. Lo más característico de una depresión es que no puede describirse. Cualquier cosa que se diga sobre esta enfermedad, infinitamente peor que las alucinaciones que padecí en Nazaret, es solo aproximativa: vale para cuando lo escribes; luego, cuando lo lees, debes tacharlo y comprobar que estás más solo y desamparado que antes de tu intento de descripción.

Quienes escribimos, sufrimos peor y sufrimos más. Las palabras no nos alivian, agudizan nuestro dolor. Un escritor sabe que sufre porque en el dolor sus palabras pierden toda poesía, es decir, carecen de sonoridad y de poder de evocación. Se encuentra entonces con la palabra pura y desnuda, es decir, brutal: un vocabulario que no se deja moldear sino que se impone sin consideración.

## 66. El sagrario vacío

Desde aquella purificación de los sentidos y del alma con que mi depresión se entreveró hasta el punto de hacer que una y otra fueran inseparables, mi oración no fue solo fría y desnuda, sino directamente gélida e insufrible. Sigo sin comprender qué me llevaba al oratorio, consciente como era de lo vacío que allí estaba el sagrario y, en definitiva, de la misteriosa ausencia de mi Dios.

Aquel sagrario vacío —todavía lo estoy viendo— era el perfecto espejo de lo que yo era: porque también yo estaba vacío y hueco, sin una voz que resonara dentro de mí, sin Dios. Todo hombre debería sentir alguna vez que él es como un sagrario vacío: capaz de contener lo mejor y, sin embargo, carente de eso tan querido y sagrado. Cuando un hombre se siente tan abandonado añora incluso las voces desagradables y las presencias que sabe que le han hecho daño. Los hombres prefieren cualquier cosa antes que la soledad. Preferimos llenarnos de basura antes que estar vacíos. La nada es lo que más nos horroriza. ¡Cuánto aterra constatar el vacío que somos! ¡Cuánto asusta comprobar que vivimos en casas, sí, pero no en las paredes, sino en el espacio vacío que queda entre una pared y otra! Vivimos en el vacío, esa es la casa, nuestra casa. ¡Y hacemos de todo con tal de sortear esta certeza sobrecogedora! Hay algo dentro de nosotros que no queremos que resuene, y huimos espantados cuando lo hace. Sin embargo, nada hay en el mundo tan necesario como ese sonido. ¡Ah, la nada! No sé qué es, pero hay que ser nada para que Dios pueda entrar en el corazón. La soledad y el silencio son los campos de cultivo de la fe y, diría más, el silencio y la soledad son los campos de cultivo en que se fragua eso que llamamos ser humano.

Pero todos estos pensamientos solo vinieron después, cuando el sagrario volvió a estar lleno. Nunca mientras estuvo vacío, pues el vacío es, precisamente, vacío de ideas, de sentimientos, vacío incluso de la idea del vacío, puesto que también ahí podemos encontrar cierto consuelo. En el vacío del que hablo, no sirven los consejos o las experiencias de quienes nos han precedido. Siente uno entonces que el vacío ajeno no puede realmente iluminar el propio.

Ningún sagrario con la presencia del Pan de Vida puede ser apreciado en su justa medida si antes no ha estado desoladora y prolongadamente vacío. En el Sahara, al tener que vivir muchos

años sin eucaristía, tomé la costumbre de vagar en torno a ese sagrario vacío: lo tocaba, como si tocándolo pudiera aliviar su oquedad; imaginaba qué sucedería cuando Dios estuviera dentro, cuando yo estuviera dentro con Él. Porque el ayuno de la eucaristía —para quien ha descubierto su valor— es más doloroso que cualquier ayuno corporal. Todo ayuno del cuerpo es solo preparación para otro de la mente y del espíritu, mucho más exigentes. Fue así, mediante aquel deambular por mi oratorio, como llegó el momento en que no solo amé al Santísimo, sino al tabernáculo que lo contenía. Y lo amé no solo por contenerlo, sino por ser lo que era: un receptáculo para contener al Señor, lo contuviera de hecho o no.

¡Mi sagrario vacío! ¡Cuántas noches pasaría a su lado sin sentir, sin orar! ¿Quién me mantenía ahí, Dios mío, sino Tú? ¿Quién sino Tú poblaba mi ermita hasta en Tu ausencia? Ahora amo y respeto los sagrarios vacíos tanto como los habitados. Ahora sé que el vacío es promesa de una presencia: el espacio más puro, el menos profanado, la posibilidad más absoluta, el hilo finísimo —invisible — por el que el Espíritu de Dios transita por el mundo como un equilibrista. Dios es siempre un equilibrista en la conciencia de quien cree: un Dios a punto de precipitarse, un Dios cayendo, o en el abismo ya, mientras ese hilo —invisible aún— tiende quién sabe cómo de una frontera a otra. No hay fronteras en la invisibilidad, ese es el drama. No hay meta ni camino: solo nada, nada. «Ven sin nada», me habías dicho. ¿Sería así como me querías: sin fe, sin yo?

Ante aquel sagrario vacío —¡y qué vacío pudo llegar a estar!— comprendí uno de los misterios más insondables del cristianismo: que así como Dios creó el mundo de la nada, según dicen las Escrituras, así —de la nada— crea a cada una de las almas que se dejan trabajar y moldear por Él. La nada es necesaria para la creación. La nada es el meollo de la experiencia mística porque (la) nada es Dios.

Además, ¿no era también el desierto, bien mirado, un gran tabernáculo vacío? El sagrario ante el que me postraba en mi celda era el mejor símbolo de lo que me aguardaba fuera. Pero que mundo y sagrario estuvieran tan vacíos, ¿no revelaba que el espacio predilecto de mi Dios era precisamente la nada? ¿No sería Dios el nombre, más selecto y cabal, que damos a la ausencia? El gran

misterio de Dios es su ausencia. No es posible llegar a la fe sin atravesar el ateísmo, sin sucumbir a esa tentación.

Cuanto más cerca de Dios he estado, menos lo he entendido. Acaso porque Dios se parece demasiado a los hombres y muy poco a sí mismo. No entender a Dios es la mejor garantía de una religiosidad auténtica. Entenderle, por el contrario, o creer entenderle, es el mejor síntoma de que el camino emprendido no es el debido.

## 67. Oración del abandono

Durante aquellas eternas noches ante mi sagrario vacío yo era como una barquichuela en el océano. El timón de aquella barquichuela era demasiado pequeño y yo padecía hambre, sed, frío y desamparo. No sabía bien adónde iba, y eso me hacía pensar en otras muchas barquichuelas que, quizá como la mía, navegarían perdidas por ese mismo océano y en ese mismo instante. Envié un pensamiento bondadoso a todos sus tripulantes, hermanado como estaba con todos los solitarios. No sabía qué me emocionaba más: si la grandeza del océano que representaba a Dios o la insignificancia de mi timón, que simbolizaba, a la perfección, el instrumento con que pretendía orientarme hasta Él.

Otras veces imaginaba estar en alta mar, sí, pero sin tan siquiera un timón. O en alta mar pero sin barquichuela. O incluso en alta mar pero sin mar: solo yo y, acaso —¿quién podía saberlo?—, Dios. No podía nadar puesto que no había mar. Imposible llegar hasta alguna orilla, puesto que —repito— no había mar. Ni siquiera podía ahogarme, ese consuelo. Solo estar, ser. ¿Es esto la oración?, me preguntaba entonces. ¿De qué me sirve llegar a puerto si no hay puerto? ¿Merece la pena sobrevivir al naufragio en estas condiciones? Era como el náufrago que, tras meses al capricho de las olas, llega a una isla desierta. Era como el náufrago a quien ni siquiera consuela su salvamento. Era como el hombre para quien ya no hay diferencia entre vivir o morir.

PERO todo esto que escribo aquí, como lo que más arriba he escrito sobre mi sagrario y más arriba aún sobre la depresión de que fui presa, son solo palabras. La experiencia real fue sin el consuelo de las palabras, sin la poesía que encierran o que uno imagina que encierran cuando las escucha. ¡Ah! ¡Si en aquella desolación hubiera encontrado al menos un gramo de poesía! Pero la experiencia fue sin tan siquiera la palabra «silencio», que tanto me habría consolado. Por eso mismo, para esta etapa de mi vida de oración, no tenía brújula. El conocimiento de la ignorancia es todavía conocimiento, y yo estaba en esa ignorancia que ni siquiera sabe de sí misma.

En el vacío de la noche espiritual, todo es posibilidad. Y en esa posibilidad pura, sin contornos, Dios se mueve a sus anchas y hace con nosotros lo que no le hemos permitido hacer a la luz del día. El consuelo que puede alcanzarse en las tinieblas es incomparablemente más hermoso y necesario al que sobreviene en medio de la luz. Ahora pido al Cielo caminar siempre en la oscuridad; pido que se me niegue la conciencia de la gracia. Dejo aquí mi testimonio de que llegué hasta este punto como he contado, y dejo constancia escrita de que solo puede llegarse hasta aquí desde la pérdida de uno mismo y el olvido de sí. Hice un paquete con mi vida, si es que algo así fuera posible; lo envolví en papel de regalo y lo extendí hacia Dios, con intención de que Él lo tomara.

«Padre —le dije—, me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias. Lo acepto todo con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre —insistí—. Te ofrezco mi alma; te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque quisiera darme, ponerme en tus manos, sin medida, con infinita confianza, porque Tú eres mi Padre». No sé si Él escuchó esta plegaria. No saber: a veces pienso que este es el mayor fruto del silencio y la verdad más alta. Pero este *no-saber* no es tanto un *no-saber* como un saber sin pensar. Y así como no poder pensar es una debilidad, poder no pensar es, ciertamente, una fortaleza.

## 68. El tonto del pueblo

Algunos de los habitantes de Beni Abbès eran visiblemente hostiles a mi presencia, pues en lugar de aliviar mis dificultades a la hora de comprar algunos víveres o a la de resolver las dificultades con que necesariamente se topa un extranjero, parecían complacerse en hacérmelas más difíciles, fuera enviándome de uno a otro durante horas, haciendo imposible que resolviera mi diligencia, fuera engañándome con todo descaro y dándome vinagre cuando pedía aceite, por dar un ejemplo, o aceite cuando lo que necesitaba era vinagre. Acudía en esos casos a la tienda, confiado todavía en que había sido un error, deseoso incluso de que lo hubiera sido, pero temeroso ya de que aquel intercambio de víveres o productos no tenía otro propósito que el de mi humillación. Por desgracia, no me equivocaba. Tomaba entonces el aceite que antes me habían dado por vinagre, o el paquete de café que habían intercambiado por los dátiles; pero ni tan siquiera me devolvían el cambio de las pocas monedas con que, minutos antes, había abonado el importe. Aquellos comerciantes malvados se limitaban a encogerse de hombros, como si no entendieran lo que les decía en su lengua y que —incrédulo— me obstinaba en repetir. O, más sencillamente, me dejaban solo tras sus mostradores, haciendo que mis quejas fueran inútiles y obligándome a regresar con las manos vacías. Era desolador, en particular cuando ellos pensaban que estaba lejos y yo, que aún no lo estaba, escuchaba cómo se reían. ¡Qué odiosas me resultaron aquellas risas argelinas, qué infamantes! ¡Qué parecido es el desierto al corazón de los hombres! Sabía que no era posible llegar a la humildad sin pasar por la pobreza y el oprobio; de modo que estaba dispuesto a empobrecerme y a ser humillado. Pero ¿lo quería de verdad, ahora que se me estaba concediendo? No. Y, ¿tenía sentido que quisiera el fin pero no los medios? Nadie puede pedir empobrecerse y humillarse si no es el Espíritu quien lo pide en nosotros.

El caso es que finalmente era el tonto del pueblo: no hablaba bien, vestía con extravagancia y, por si esto fuera poco, no me hacían caso en las tiendas y entraban a robarme a la ermita. Creían que no me daba cuenta: me tomaban por necio, quizá algo retrasado: una suerte de bufón del desierto a quien podían sustraer

impunemente las provisiones que le enviaban desde Europa. No era ya uno de tantos —como siempre había buscado—, sino el más despreciable de la región: aquel a quien nadie defendería si era atacado, el único en todo Beni Abbès a quien nadie lloraría si resultaba asesinado en alguna de las violentas y frecuentes revueltas senusistas. Estaba segurísimo de que en Francia no habría podido hacer el tonto *ofaire le zouave*, como solía decirme, tan bien como en el Sahara.

Mientras escribo esto, me veo regresar a la ermita por la única calle con comercios que había en aquel tiempo en Beni Abbès; hoy ya hay tres o cuatro, pues la población ha crecido y reina una mayor prosperidad. Camino abatidísimo, diciéndome que nada de lo que estoy viviendo puede ser cierto. Y lloro amargamente porque nada podía hacer más que sufrir y porque era un mal obrero de Su mies. ¡Qué decepción tan grande te habré causado, Señor!, me lamentaba. ¡Tú que tanto, tanto, tanto me has confiado! ¡Perdona, Señor, mi ineptitud!, le decía también.

Por supuesto que habría podido quejarme a mi amigo Laperrine, quien seguramente habría hecho instalar una guardia en la puerta de mi ermita; o pedir refuerzo a los soldados Grillet, Lapeyre o Quignard, que cada tarde acudían a vísperas. Pero, con estas denuncias, ¿qué habría conseguido? ¿Un inventario de las infamias, puesto que no hay acción que los franceses no registren en un informe? ¿Predisponer al pueblo en mi contra? ¿Hacer forzoso mi traslado y obligarme a una nueva emigración?

CUANDO llegaba a la ermita —abatido por las infamias, como he dicho—, no era raro que me encontrara con que algunos niños habían entrado en la capilla, donde habían correteado y levantado polvo en la arena que, poco antes, me había esforzado por rastrillar. También habían entrado en mi celda, donde habían revuelto entre mis papeles y demás pertenencias; y a veces todavía me encontraba allí con alguno de aquellos pillos a quien, probablemente, no había dado tiempo a escapar junto a los demás. Fue así como conocí a Ouksem, quien años más tarde viajaría conmigo a Francia.

Ouksem me miraba desde un rincón con ojos azabaches y culpables.

—¿Qué haces aquí? —le increpé—. ¿Qué habéis hecho en mi ermita?

Contra lo que había previsto, el muchacho no huyó espantado ante mis recriminaciones, sino que se limitó a reírse con inaudita crueldad. Todavía hoy escucho en ocasiones aquella risa infantil, cruel y desalmada. Todavía hoy recuerdo con horror el odio que sentí ante aquella criatura desalmada, quien —con aquella risa y pese a sus pocos años— demostraba su intolerable sentimiento de superioridad respecto de mí. Porque ¿qué podía yo hacer? ¿Atraparle y castigar su travesura? ¿Podía acaso azotarle, como sin duda merecía?

Ouksem se rio una vez más. Luego, ante mi estupefacción, abandonó la ermita; pero no lo hizo sin dirigirme antes una mirada en la que leí el inmenso y maligno gozo que sentía ante su victoria.

## 69. Los cazadores de Beni Abbès

¡Los niños de Beni Abbès! ¡Cuánto llegué a temerlos, cuánto llegué a despreciarlos! Por su culpa comencé a sentir una creciente aversión hacia el pueblo que había ido a evangelizar. Aquellos mozalbetes aparecían en la ermita a todas horas. Venían para espiarme y para arrojarme huesos de dátil, que lanzaban desde lejos con unos canutos de caña que les servían a este efecto y con los que sus proyectiles adquirían una endiablada velocidad. De modo que tuve que acostumbrarme a sentir el pinchazo de aquellos huesecitos que se me clavaban en la espalda, en la cara, en las piernas… Me giraba lo más rápido que podía, pero en vano: no les distinguía. Registraba las dependencias de la ermita por todas partes y…; nada, habían desaparecido; pero no, no se habían marchado, puesto que pronto volvía a sentir el pinchazo de sus proyectiles en mi carne —una vez, dos, muchas—, y enseguida sus risas odiosas y lejanas mientras se batían en retirada.

No siempre reaccionaba volviéndome con rapidez, pues sabía que eso era precisamente lo que ellos pretendían. Llegué a pensar que tal vez dejarían de torturarme si no reaccionaba en absoluto, de

modo que me esforcé por no darme la vuelta cuando aquellos huesecillos se clavaban en mis carnes. Aguanté aquellos bombardeos con estoicismo pagano y con resignación cristiana, sin volverme y concentrándome al máximo en lo que tuviera entre manos. La resistencia de que era capaz ante el dolor era ya en aquel tiempo notable, pues para entonces mi voluntad ya había sido largamente adiestrada. Aquella supuesta insensibilidad, aquella enajenación de lo físico —que solo podía tener un origen ascético y sobrenatural— debió de deslumbrar a mis pequeños torturadores. Pero más que los ataques mismos —que soportaba bien, dentro del natural dolor que me procuraban—, lo que soportaba peor eran los minutos entre un ataque y otro, pues en esos intervalos me torturaba pensando cuál sería el siguiente blanco al que apuntarían. ¿Mis manos, mi frente, mis mejillas…? ¿Me bombardearían acaso en la nariz, en el cuello, en las orejas? Siempre oía sus risas malévolas e infantiles; y distinguía entre ellas la de Ouksem, que se me antojaba entonces de las más odiosas. Cazadores: eso eran ellos para mí. Y yo, naturalmente, la única presa que tenían a su alcance y a la que, obviamente, para no acabar su juego, se guardaban mucho de abatir.

Nada hay en el mundo menos inocente que un niño, ahora lo sé. Necesité de mucho tiempo, de muchísimo, para hacerles comprender que era su amigo y que lo único que deseaba era su bien. Todos aquellos niños ponían de manifiesto la falacia de mis presuntuosos planes de evangelización. Porque ¿cómo iba a conquistar a los adultos para la causa de la Iglesia si ni siquiera podía hacerme respetar entre los más pequeños?

Solo me consolaba pensando en que si para Dios nada había imposible es que todavía había alguna posibilidad para mí. No era imposible, por ejemplo, que yo fuera su amigo; ni era del todo imposible que aún surgiera alguien que quisiera adherirse a mi causa en el Sahara; no era imposible, en fin, que llegara a ser, algún día, algo así como un hermano universal.

## 70. La risa del fantasma

Entre los padres de todos esos muchachos no solo se contaban aquellos que —como he dicho— tenían una actitud claramente adversa hacia mí; también existían entre ellos los indiferentes, que fueron sin duda quienes más daño me ocasionaron. Ellos, los indiferentes, fingían no escucharme cuando les hablaba: sencillamente me daban la espalda y proseguían impertérritos con sus ocupaciones. Simulaban no verme y… ¿quién sabe si su aversión hacia el poder de ocupación que yo representaba era tal que realmente les impedía verme? Durante algunos años fui un ser invisible en Beni Abbès: invisible para los hombres y, lo que todavía me resultaba más doloroso, invisible para Dios. «Soy un fantasma», me decía a veces. Y otras: «Pero ¿qué hago aquí? ¡¿Qué hago aquí?!». Y recordaba con amarga ironía que yo era el vizconde de Foucauld. ¡El vizconde de Foucauld!

Una noche, en la soledad de la ermita, me dije estas dos palabras —vizconde, Foucauld—, y me eché a reír. Aquella era la risa con que ríen los condenados a muerte cuando escuchan su sentencia. Era la risa con que ríen los enfermos a quienes se anuncia su estado terminal. Era la risa del pecador que, irredento, sabe que ha cometido una maldad. Aquella risa mía, amarga y atroz, revelaba a todas luces mi agotamiento espiritual. Toda la rabia contenida durante meses, toda la desesperación, salía a borbotones en aquella risa diabólica. También salía en ella el miedo y la angustia, la soledad. Escucho ahora esa risa mía como la otra cara de aquella con que reí, desde lo alto de un vagón de tren al que me había arrojado cuando era un joven militar, para burlarme de la muerte, para burlarme de la vida. Porque cuando un hombre expresa con la risa lo contrario a lo que toda risa debe expresar, entonces es que ha llegado a una estación de término de la que ya le será muy difícil echarse atrás.

Así que de pronto experimenté una rabiosa compasión de mí al verme en esa patética edificación y con aquel hábito en cuyo centro había hecho tejer, ex profeso, un ridículo corazón. Sentí compasión de mis pies sucios, enfundados en unas viejas sandalias, de mis dientes picados y mi pelo ralo, de mis manos agrietadas por el trabajo de la construcción. Sentí compasión ante mi vida, desaprovechada por una causa por la que me sentía traicionado. Sí, compasión es la palabra: me daba pena lo que había hecho conmigo

mismo; sentía lástima por lo que había llegado a ser, por los despropósitos en que había creído, por mi miseria e ingenuidad, por mi torpeza y por esa basurita cotidiana que ahora, finalmente, se me aparecía con toda claridad. «Sí, soy una basurita», me dije, «una basurita», y reí como no lo había hecho nunca, dejando que mi boca se torciese y que el diablo —creo que era él— aflorase en una de las formas que prefiere, que es la del sarcasmo. Aquella noche, en mi ermita de Beni Abbès, yo estaba en esa estación de término. Aquella noche no vi otra solución que hacer el equipaje y regresar a mi país.

Regresar a Francia: estas palabras —Francia, regresar— fueron como la morfina con que mi espíritu pudo adormecerse hasta lograr sumirse en algo parecido a la felicidad. Francia, regresar… ¡Cuántas veces llegaría a repetirme aquella noche estas dos palabras mágicas! ¡Cuánto deseé alejarme de aquel lugar de tormento en que se había convertido mi ermita y pasar una jornada completa sin que se clavaran en mi piel los huesecillos de dátil! Regresar y Francia: yo no era un aventurero; no era un misionero; no era nadie, de acuerdo, pero podía regresar. Podía volver con los míos y limitarme a la topografía, donde tanto había destacado en mi juventud. ¿Podía? Seguramente me habría marchado de Beni Abbès y habría realizado estos escuálidos planes de no haber confluido dos factores. Uno, la divisa de mi familia: «Jamás retroceder». Dos, caí gravemente enfermo. Porque las muchas tribulaciones que había padecido en el calvario de Beni Abbès no habían llegado todavía a su final.

Contra lo esperado, a lo largo de mi vida espiritual no he crecido en seguridad en mí mismo sino precisamente en inseguridad. A medida que me he acercado a Dios, más he sentido lo mísero y frágil que yo era y, en definitiva, lo poco razonable que resulta depositar la confianza en alguien como yo. Pero la dificultad que encontramos para confiar en Dios no es distinta de la que se necesita para confiar en un hombre. Solemos pensar que eliminando las inseguridades externas —los bienes, los afectos, los talentos…— tendríamos que hacernos fuertes en las internas —la fe, la esperanza…—. Pues no: también estas deben derribarse para que nuestros ojos estén puestos solo en Dios. Pensaría uno entonces —con los\ ojos ya en Dios, y no en sí mismo— que el proceso está concluido y que, finalmente, se ha llegado a lo que llamamos vivir

conforme a la voluntad divina. No es así, puesto que también de Dios debe despojarse el creyente, y ello por blasfema y hasta atea que pueda sonar esta afirmación. Porque nuestro Dios es a la postre una idea, y nuestras ideas de Dios —por justas y bellas que nos parezcan— tampoco son el verdadero Dios. A Dios hay que ir sin Dios. Y esa es —que yo sepa— la pobreza más perfecta.

## 71. Monseñor Guerin, prefecto apostólico del Sahara

Sin entrar en detalles, informé a monseñor Guerin de algunos de mis sinsabores; temía que si le contaba todo me obligaría a partir. Francia, regresar…: las palabras que tanto me aliviaban en las noches más angustiosas eran, precisamente, las que no estaba dispuesto a escuchar de sus labios episcopales. No, regresar no; debía cumplir con mi misión, necesitaba llegar a la ofrenda completa y definitiva de mí. «Señor» —rezaba—, «pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Pero no decía aquella frase evangélica de corazón. «Que los niños dejen de venir a mi ermita» —rezaba más bien—, «o que al menos dejen de lanzarme sus proyectiles. Que, si es posible, deje ya de ser un fantasma», increpaba al Dios ausente de mi sagrario.

En noviembre de 1906, viajé a Maison-Carrée, en el norte, donde, tras muchas peripecias, tuvo finalmente lugar una entrevista que, por motivos ajenos a mi voluntad, mi obispo había pospuesto durante meses. Monseñor Guerin me escuchó con su acostumbrado talante ceremonioso. Le conté cómo sucumbí a la cólera contra todo y todos por negarme a aceptar los hechos; y cómo de esa cólera pasé a regatear con Dios. «Si los niños no vienen hoy…», Le increpaba, «prometo intensificar mis penitencias. Si para ellos dejo de ser invisible…», Le decía también, «rezaré el oficio y el rosario con mayor devoción. Si mis vecinos me respetasen, yo…».

Monseñor Guerin intervenía ocasionalmente con monosílabos, pues era así como hacía ver que estaba atento.

—La fase de regateos y sobornos no fue ni mucho menos la última —confesé también, no sin pesadumbre—, pues de ahí pasé a

una tristeza que me acompañó durante largo tiempo; y de ahí, finalmente, a esa resignación constructiva que llamamos aceptación. —Acepto que no me quieran —le dije al fin—. Asumo su rechazo. Pero no bien acepto un mal comienza a despuntar el siguiente; y es esta sucesión —y al decir aquello me pareció dar con la clave de mi desdicha—, esa brevedad de los tiempos de tregua, lo que más me duele.

Monseñor Guerin se incorporó al oír aquello y, con beatífica sonrisa, me dijo que ya me había escuchado durante bastante tiempo.

—Ahora debo partir, mis obligaciones me reclaman. Y no se preocupe por nada —añadió—. Los hombres somos como un recipiente de barro, para que se vea que la fuerza que llevamos dentro es de Dios y no nuestra —dijo para concluir.

«Recipientes de barro»: era así, con aquellas pocas palabras, como aquel prelado ventilaba mi desgracia. Sin saberlo, el prefecto apostólico del Sahara me dejó aquella tarde más solo que nunca.

«Todo se arreglará», me había dicho el prelado antes de partir. «No, nada se va a arreglar», dije para mí. Y, de hecho, continué durante varios meses siendo el blanco preferido de aquellos niños; seguí acosado por los jovencísimos cazadores de Beni Abbès que, incansables, se arrojaban voraces sobre mí. ¿Qué era yo para ellos? Una presa con que entretenerse. No era un animal peligroso, sino herido e inmovilizado. Era una mosca en un frasco, a la que podían torturar a placer: un ratón acorralado, una hormiga en un palito.

## 72. Del aprendizaje del fracaso

El éxito no es afín al Evangelio, porque la fe religiosa es incompatible con el deseo de estima y de reconocimiento por parte de los hombres. No se puede seguir a Cristo y triunfar; triunfar en el mundo y ser grato a Dios es incompatible. Por desgracia, aprender a fracasar cuesta mucho más que aprender a tener éxito; fracasar es incomparablemente más difícil que triunfar. Hay en el hombre una tendencia natural a subir, pero es en el abajamiento —según nos ha

revelado Cristo— donde está la gloria.

La verdad no está arriba, sino abajo; no es grande, sino pequeña; no es ostentosa, sino tan insignificante que tantas veces se nos antoja hasta despreciable. A Dios le gusta camuflarse en lo que no es Dios. No hay mejor modo para hallar lo sagrado que buscarlo en lo profano. Hace falta una vida entera para comprender esta ley, y ni siquiera cuando creemos haberla comprendido la hemos comprendido del todo. De las ventajas del fracaso, así como de la falacia del éxito, se olvida uno con suma facilidad. El éxito es tan maligno que puede llegar a perseguirse a sabiendas de que es falaz. Esto, en cambio, jamás sucede con el fracaso.

FRENTE al espejo ante el que me aseaba cada mañana —roto en uno de mis traslados—, dejé de reconocer un día al hombre oscuro y enflaquecido que me miraba desde el otro lado. Mis cejas se habían espesado; mi nariz, que siempre había sido recta y proporcionada, empezaba a transformarse, lenta pero decididamente, en aguileña; mis labios se habían agrietado y eran más finos que en mi juventud; y hasta mis orejas habían crecido de forma inexplicable, llegando a parecerme monstruosas. El cráneo parecía haberse ensanchado, seguramente por efecto de mi creciente calvicie, y a la altura de las sienes se dibujaban mil y una arrugas, que nacían para dispararse desde allí a lo largo y ancho de mi cara. Los pómulos hundidos; la nuez prominente; los ojos más pequeños, como si quisieran dejar de ver el mundo; las manos huesudas: manos del viejo que ya era con cuarenta y tantos años.

Si he pasado toda mi vida anonadándome, ¿cómo es que cuando me llegó el verdadero anonadamiento, el que buscaba y por el que tanto había rogado, no lo reconocí? Nunca reconocemos al Dios que pasa. Dios es siempre un incomprendido, un desconocido. A Dios no le agrada que le reconozcan en un primer momento, sino después, solo después, cuando ya está distante y nosotros gozamos de ese espacio de movimiento que requiere la elección. Dios quiere que le elijamos, sí, pero solo tras su aparición y nunca en ella.

## 73. El delirio del moribundo

Meses atrás, a la puerta de mi ermita y envuelto en el humo de uno de sus eternos cigarrillos, Laperrine me había parecido un ángel. La misma fiebre que padecí entonces me asaltó durante una de aquellas madrugadas hasta el punto de que el más pequeño de mis movimientos —abrir la boca, por ejemplo, o levantar un dedo… — se me hacía poco menos que imposible. Porque ¿cuánto tiempo llevaría así: febril, delirando, inconsciente…?

Creo que pasé algunas horas con la mirada perdida, seguramente hacia dentro, y gimoteando de vez en cuando, como víctima de un recuerdo desolador. Por mis mejillas cayeron lágrimas silenciosas y, como si me desdoblara, salía de mí mismo y me observaba con la mayor de las impotencias. «Este es el misterio del dolor», pensaba entonces, sumido en un profundo torpor en el que no me era posible descansar. Cuando me desvelaba, antes de desvanecerme de nuevo, contemplaba espantado la anchura de mi soledad. Nadie estaba ahí, a mi lado, durante aquella penosa convalecencia. ¿Qué enfermedad se habría apoderado de mí? ¿Escorbuto, anemia…? ¡Qué largas se hacen las horas del enfermo, Dios mío! ¡Cuánto puede llegar a esperarse que amanezca —quién sabe para qué— y cuánto a temerse que llegue la noche, en la que el silencio del mundo parecía ser aún más hondo y mi soledad más infinita!

Moriría completamente solo —estaba seguro—, arrojado en mi camastro y envuelto en unas sábanas empapadas en sudor. «Mi sudario», musitaba; pero mi espíritu se encontraba tan apagado que ni siquiera en la idea de la muerte encontraba alguna paz. Y me puse a llorar. Lloraba porque a los pies de mi cruz no estaban mi madre o mis discípulos, que nunca tuve. Lloraba y me decía: «Todavía tengo lágrimas, todavía no soy pobre». Pero luego dejaba de llorar, y tampoco era pobre del todo, pues aún tenía palabras.

La perfecta virginidad, como la perfecta pobreza, supone no querer nada (voluntad), no saber nada (entendimiento), no tener nada (ser). Mientras el hombre quiera satisfacer a Dios, todavía no es pobre. Debe mantenerse pobre incluso de esa voluntad. La voluntad es una construcción que ponemos frente a Dios. Todavía más: hablar de la voluntad de Dios es, en el fondo, un acto de orgullo. Así que, al final, en las que creí mis horas postreras, me

quedó solo el dolor, y me agarré a ese dolor, y fue así como dejé de ser pobre, pues ese dolor era mi riqueza. ¿Cabría para mí, alguna vez, la pobreza que Él me pedía? Saber que uno es pobre es algo, pero no es el camino; porque entre el saber y el vivir, entre el juicio y la acción, hay todavía distancia. Estar sin palabras, sin impresiones, sin tan siquiera una idea de Dios…, esa es la cuestión.

La pobreza más extrema es la de liberarse también de Él. Ruego aquí a Dios, una vez más, para que me vacíe de Dios. «Ven sin nada», me había dicho Él. «Heme aquí», le había respondido yo. Pero «heme aquí» era todavía una oración, y a Dios tenía que ir, si es que deseaba la pobreza, también sin oración.

Así que aquella madrugada lloré al principio por mí, por el mal que había hecho; luego por Él, por el mal que le estaba ocasionando; al fin —imposible saber cuándo—, eras Tú mismo, Señor, quien llorabas en mí: habías escogido mis ojos para seguir en este mundo con tu llanto. Cuando lloraba yo, eras Tú, mi Dios, quien lloraba. Ante esta certeza, lloraba más arrebatadora y desconsoladamente que nunca. Sabía que en la soledad de la noche, alejado de todos en mi oratorio, nadie sino Tú podría escucharme. Al final, exhausto, me dormí ahí mismo, ante el sagrario, en esa paz profunda en la que queda el corazón que se aplaca con el llanto. Quizá amar no sea sino llorar por el amado.

DÍAS antes, preso siempre por aquella violenta fiebre, había conseguido abandonar el lecho y acercarme hasta la puerta de la ermita, donde me había derrumbado. No tenía fuerzas para avisar a Laperrine; nadie acudiría en mi socorro por la sencilla y espantosa razón de que nadie en el mundo me echaba de menos. Aquellas noches dormí a los pies del sagrario y, ocasionalmente, cuando me parecía que las fuerzas me volvían, alzaba el brazo y extendía mi mano, con la intención de tocar aquel sagrario mío: mi única compañía, mi testigo mudo pero fidedigno. Pero las fuerzas no me acompañaban siempre y mi brazo, en lo alto, quedaba a veces en el aire, temblando y sin conseguir ese contacto que tanto me habría aliviado. «Ya voy, Señor», Le decía a mi Dios. «Vengo sin nada, como me has dicho». —Le decía también—; pero luego me desplomaba como el guerrero en el campo de batalla, o como el

peregrino del desierto cuando comprueba que se le ha terminado su reserva de agua. Estaba totalmente convencido de que aquellos suspiros míos serían los últimos, y que las luces y bengalas que empezaba a ver no podían ser sino el pórtico del paraíso.

En aquellos minutos de delirio —que creía los agónicos—, me vi a mí mismo junto a mi prima Bondy en el jardín de la casa normanda, si bien iba ataviado con el hábito del corazón y de la cruz escarlatas, y me columpiaba con gran fuerza junto a ella; vi también la bandera francesa que izaron en lo alto de mi ermita; y vi a los niño-cazadores, soplando por sus cañas y arrojándome sus huesecillos; y al comandante Laperrine con sus prismáticos, mirando fijamente el desierto en total inmovilidad; y al irlandés MacCarthy, en fin, con su frente partida en dos por las muchas horas de estudio a la luz de una lámpara de petróleo. En mi alucinación, el abate Huvelin me decía: «¡Arrodíllese!»; y yo mismo, con un mandil de jardinero, suplicaba: «¿Qué mandáis hacer de mí?». Luego —o al mismo tiempo, imposible decirlo—, una clarisa susurraba a otra: «Es un santo». Y entre todas aquellas imágenes, montadas unas sobre otras, también estaba la de Jesucristo, que me decía: «Ven sin nada»; y la del día de mi primera misa en Viviers, con el primo Latouche y tía Agnès en el banco de la primera fila.

Cuando abrí los ojos y volví a la lucidez, supuse que mi alucinación continuaba: Ouksem, mi torturador, se encontraba a mi vera, empapando mi frente con trapos húmedos.

## 74. Leche de cabra

Por mucho que mis ojos se negasen a creer lo que veían, al despertar tras una larga noche de delirio —era un 16 de marzo— comprobé que no estaba solo en mi ermita. El adolescente Ouksem, que me enjugaba el rostro con unos paños húmedos, estaba junto a mí y, ocasionalmente, en un amago de sonrisa, me dejaba ver el brillo de sus dientes.

Esa misma mañana, Ouksem me trajo un vaso de leche. Todavía hoy —años después— veo con frecuencia ese gran vaso ante mí,

blanco en sus manos negras.

—Debe beber —me susurró el chico en su lengua; y creo incluso que llegué a sonreírle, pues también me sonrió él, ahora más abiertamente.

Sus labios, sus dientes…

—La hemos ordeñado para usted —dijo Ouksem y, tras aquellas palabras, o en ellas, imaginé unas cuantas cabras tristes y escuálidas.

Por mis conversaciones con hortelanos y pastores, sabía bien que todas las cabras de la región estaban tan flacas y secas que apenas podían dar unas pocas gotas de leche. Aquellos pobres nómadas decían que vivían de sus cabras, pero la verdad era que el aspecto de esas cabras de las que decían vivir era todavía más miserable que el suyo. ¡Qué pena me daban aquellas pobres cabras, tan explotadas! En cierta ocasión miré a una de ellas a los ojos y —debo estar completamente loco— me pareció ver en su mirada un brillo de raciocinio y una súplica de comprensión.

—Las hemos ordeñado a todas —me insistió Ouksem.

Y otra vez sus dientes; y otra vez sus manos negras, con el enorme vaso de leche.

Más tarde supe que los pequeños cazadores de Beni Abbès habían ordeñado casi todas las cabras del lugar para poder llenar aquel vaso, en el que bebería mi restablecimiento. De cada una de aquellas cabras, unas pocas gotas. En mi alucinación —o quizá no fuera una alucinación, sino un sueño posterior—, vi a todos esos muchachos corriendo tras las cabras, que huían despavoridas. Y a los dos o tres más veloces agarrando a una, mientras un cuarto exprimía sus ubres secas con total concentración y suma seriedad.

—Ouksem —dije al muchacho que había junto a mí, y me pareció que en aquel nombre argelino había dicho el dulce nombre de mi Jesús.

Luego, por la tarde, me trajeron dátiles. Y por la noche café negro, que no pude beber porque nuevamente había sucumbido al delirio y a las convulsiones.

A LA mañana siguiente no fue solo Ouksem quien estuvo a mi lado, sino buena parte de su pandilla. Todos me miraban con ojos

grandes y espantados. Todos me tocaban el cuerpo, quizá conscientes del increíble poder de sanación de sus manos. Ellos, que tanto me habían torturado, estaban ahora junto al lecho de mi dolor. Sucios y desarrapados, expectantes, eran como un coro de ángeles: silenciosos, solícitos, amables…

Siempre me ha maravillado el ángel en su oficio de legado: la prontitud con que cumple su misión, su concentración en lo que hace, su plena identificación con lo que se le ha encomendado. Pues así se comportaron aquellos niños conmigo: me desnudaron con sus manos infantiles; me lavaron tiernamente con una esponja, con sus manos infantiles; me dieron friegas para que la sangre volviera a circular, con sus manos angélicas e infantiles; y uno de ellos —no puedo decir cuál— besó mi mano blanda, desplomada entre las suyas. Nadie como aquellos niños me había amado nunca así; y día a día, hora a hora, aquellos chiquillos empezaron a multiplicarse incomprensiblemente en mi ermita, que no abandonaron hasta que pude sostenerme por mí mismo y mantenerme en pie. ¿De dónde saldrían tantos? ¿Cuántos llegaría a haber? ¿Veinte, cincuenta…? Me traían leche por las mañanas; dátiles al mediodía; y café negro por las noches. Las friegas fueron constantes, para que resucitara. Sus manos me regalaban su calor como se lo regalaron al Niño la mula y el buey del establo.

Aquella misma noche, con todos aquellos niños a mi alrededor y sostenido por dos de ellos —uno a mi izquierda y otro a mi derecha —, di algunos pasos por la ermita: titubeantes, inseguros.

—Llevadme fuera —les pedí; y me condujeron al exterior.

Cuando llegué a la puerta, vi que las estrellas brillaban en el cielo como nunca; y me pareció que una, la más grande y luminosa, se había posado justo encima de la ermita.

# VII
# COMPASIÓN

## EL HERMANO UNIVERSAL

El que yo tenga hambre es un problema material;
el que tengan hambre otros es para mí, en cambio,
un problema espiritual.

(N. BERDIAEFF).

Hubo un tiempo en que yo rechazaba a mi prójimo
si su religión no era como la mía.
Ahora, mi corazón se ha convertido
en el receptáculo de todas las formas (…).
Porque profeso la religión del amor.
Y voy a donde quiera que vaya su cabalgadura.

(IBN ARABI).

Todo el mundo aparecía a mis ojos bañado de bondad;
me parecía que todos me amaban.
Sentía por todos un afecto tan grande
como si fueran miembros de mi misma familia.

(EL PEREGRINO RUSO).

## 75. Discurso sobre la limosna

La limosna es un valor superior al ayuno y a la oración, puesto que solo se llega a comprenderla y a practicarla después de haber orado y ayunado mucho. Es más fácil orar que ayunar, y es más fácil ayunar que dar limosna. En la cima de la vida espiritual está el amor a los demás; pero que Dios habite en sus criaturas es algo que se tarda mucho, muchísimo en aprender. Tanto que miente la mayoría de los que aseguran que ven a Dios en el prójimo, puesto que esta visión solo está al término de una carrera cristiana. Yo he luchado toda mi vida por ello y, aunque me pese, todavía no lo he conseguido del todo; pero corro hacia la meta.

Desde que llegué a Tamanrasset tomé la costumbre de revisar periódicamente todo lo que había en mi *bjord* —que era como se designaba mi vivienda— por si aún quedaba algo que pudiese repartir. Por tratarse de una edificación de piedra y barro tan estrecha que dos hombres no hubieran podido pasar a ella juntos a la vez, las cosas, cualquier cosa, me molestaba. Todos los lugares en que he vivido han terminado por resultarme demasiado cómodos y, en este sentido, lugares que mi Bienamado nunca habría escogido para sí. «La Fragata» —también la llamaban así— parecía más bien un corredor, pues con los brazos en cruz podían tocarse las paredes de ambos lados. En un sitio tan angosto se hacía evidente que era mejor y más natural compartir que almacenar. Dar limosna siempre me ha hecho muy feliz, sobre todo cuando daba algo que, por algún motivo, quería para mí. ¡Los pobres son tan felices cuando se les entrega alguna menudencia! Marchan entonces a sus casas con los ojos iluminados y, solo por ver esos ojos, merece la pena entregarles lo que se tenga. Nada hay que me alegre tanto como la alegría de un pobre. Pero más aún que dar limosna, lo que ensanchaba mi espíritu era cuando ni eso podía hacer, puesto que los pobres me lo habían sustraído antes de que pudiera dárselo. Ser robado por un pobre es el mejor signo de que aún no se ha dado suficiente limosna.

En Tamanrasset experimenté muy pronto que cuanta más limosna daba tanto mejor marchaba mi vida espiritual; había una proporción directa, no fallaba. Los bienes están para hacer uso de ellos y para regalarlos; la propiedad por la propiedad no tiene sentido alguno. Por otra parte, quien mucho posee revela lo poco que es. Solo sin nada, en cambio, resulta realmente posible llegar a ser. A mí me habría gustado estar completamente desnudo y vivir en el Sahara así, a la intemperie; pero Dios no me lo permitió. Prefirió que tuviera que vivir como los demás para que me diera cuenta de que estaba tan necesitado como cualquier otro.

Convencido de que compartir no es cuestión de cuánto damos, sino de lo poco con que nos quedamos una vez que hemos dado, desde que me asenté en el llamado *bjord* comencé a repartir entre todos las escasas provisiones que me iban llegando desde Francia. En aquella liturgia del compartir, cada cual se llevaba algo y no era insólito que, por ello, al término de aquellos alborotados repartos yo quedara sin nada. A veces tuve la dicha de comprobar cómo alguno me regalaba mis propios víveres.

Es muy dulce compartir, es una práctica incomparable: los bienes se multiplican y, sin saber cómo, termina uno por encontrarse con mucho más de lo que ha regalado. Nunca me cansaré de predicar sobre la bondad de la limosna, que es el mejor banco de prueba de la oración. Tanto más se reza, tanto más se reparte: esa es la ley. Además, cuanto más se reparte, tanto más se necesita repartir.

Por eso, no comprendo a los codiciosos, les compadezco: no han experimentado cómo se ensancha el alma de quien comparte. La avaricia, en cambio, es una estupidez, pues cuanto mayor es el número y valor de las posesiones mayor es también nuestro miedo o inseguridad a perderlas. El hombre se hace fuerte en la medida en que carece de cualquier bien. La carencia de bienes materiales está en estrechísima correspondencia con la riqueza del corazón. Todo lo que es de mi propiedad me distrae de lo que soy.

HASTA que Ouksem y los de su pandilla no me dieron leche de cabra para que pudiera restablecerme —momento en que cifro mi verdadero nacimiento espiritual—, había creído que estaba en el

Sahara para dar; nunca se me había ocurrido pensar que también estaba allí para recibir. Pero si dar es hermoso, recibir…, ¡ah!, recibir lo es todavía muchísimo más. Solo cuando empecé a recibir de los pobres, empecé a ser un pobre como Dios manda. Dar limosnas es bueno, pero ser el indigente a quien hay que dárselas es todavía mejor. Cuando uno reparte limosnas, se asemeja un poco a Dios —cuya vida consiste en darse—; cuando las recibe, en cambio, permite a Dios que sea Dios, y eso es lo mejor sin comparación. Aprender esta última lección me ha costado la vida entera.

Todo lo que me han dado los pobres —por insignificante o inútil que haya sido— lo he considerado un regalo directo del Señor. Por supuesto que casi nunca me agradaba lo que ellos me ofrecían, pues la mayor parte de las veces era feo y prescindible: saquitos de tierra, latas de conserva —naturalmente vacías—, cuerdas desgastadas, mantas viejas, material de desecho… Poco importaba, pues todas esas ofrendas eran para mí como un signo o sacramento de algo superior. Esta es la razón por la que puedo decir que la Fragata es un auténtico templo. Nunca me he quejado de que mi segunda ermita en Argelia se convirtiese en una especie de basurero. Los saharianos me habían dado todo aquello con buena voluntad y, de no haber sido así, debía alegrarme igualmente, pues había sido ocasión para el abajamiento y el escarnio. No me engaño: para muchos de los habitantes de Tamanrasset soy como un cubo de basura al que arrojar lo que no les sirve. Eso no me impide sonreírles y darles la bienvenida cuando vienen. Piensan que estoy loco, como es natural; y, en cierto sentido, no les falta razón. No comprenden que soy feliz así, no saben de la increíble y desconocida perla que se esconde, a la espera de quien quiera cogerla, en lo más profundo de la humillación.

## 76. Ouksem, mi hijo

No puedo explicarme la constante presencia de Ouksem en mi ermita semanas y hasta meses después de mi curación más que como un regalo. Hiciera lo que hiciese y estuviera donde estuviese,

al darme la vuelta ahí estaba aquel muchacho, observándolo todo desde su rincón. No me perdía de vista; acechaba cualquiera de mis movimientos con sus ojos grandes y buenos. Era como el perro faldero que sigue a su amo sin otra exigencia que la de que se le consienta estar cerca. Dios es como Ouksem: constante, presente. Cuando trabajaba en el diccionario *francés-tamacheq*, por ejemplo, él se sentaba junto a mí, en silencio. Iba a la cocina y me seguía; a un recado a la guarnición, y también me acompañaba.

En muchos de estos trayectos, largos o breves, Ouksem tomó la costumbre de tomarme de la mano. Recuerdo la sorpresa que me causó la primera vez que lo hizo: sus dedos adolescentes, de pronto, estaban entre los míos; su palma en mi palma. En alguna ocasión, me solté de su mano; pero bastaba que la dejara caer nuevamente para que otra vez se apresurara él a tomarla entre las suyas. Al principio me sentí muy extraño caminando con un adolescente de la mano; pero luego, cuando no estaba con el chico, echaba de menos su calor. Pronto supe que lo que experimentaba al caminar con Ouksem a mi lado por aquellos caminos polvorientos era orgullo. Sí, me sentía orgulloso porque tenía un hijo.

Ouksem también solía acompañarme al oratorio y, como yo mismo, se postraba ante el sagrario; aunque no podía rezar —pues no sabía—, tenía la certeza de que su presencia tenía que serle grata a Nuestro Señor. Yo miraba el sagrario y Ouksem me miraba a mí. No necesitaba hablar; apenas necesitaba moverse, como es lo común en los chicos de su edad. Era como un obsequio inesperado que me hacían los habitantes del desierto: como mi ángel de la guarda, que finalmente se había hecho visible.

De haber tenido un hijo natural, mi máxima preocupación habría sido cómo educarle en la vida interior. Cuando veo a mis contemporáneos, compruebo que de lo que mayormente adolecen es de capacidad de silencio y de gusto por la soledad. Sé por experiencia que sin soledad ni silencio no hay posible interioridad, de donde deduzco que mis contemporáneos —lo sepan o no— están privados de eso que llamamos vida interior. Sin vida interior no hay posibilidad de vida espiritual, eso es un hecho; y sin vida espiritual tampoco puede haber nada parecido a la religión. Así las cosas, yo estaría muy preocupado por cómo educar a un hijo mío en una sociedad como la actual. A este respecto debo decir que nunca he

conocido a un hombre de Dios que no sea un solitario. No es para sorprenderse: el amor requiere de la intimidad con el Amado.

CUANDO me sentía humillado por los niños-cazadores y por los comerciantes beréberes que no me servían lo que había ido a pedirles, imaginaba lo mucho que me costaría perdonar todas aquellas injurias. Me equivocaba: el Ouksem de los paños húmedos en mi frente, el Ouksem de las manos negras en el vaso de leche, borró de mi corazón a ese otro Ouksem —niño y cazador— que un día, al quedarse rezagado, me brindó el brillo de sus dientes mientras reía con el sarcasmo de quien se cree superior. Entre un Ouksem y otro, para mí no había continuidad: el último canceló al anterior; sus ofensas se trastocaron, dulcemente, en perdón. No me costó perdonar al pueblo de Beni Abbès porque bastó que me vieran necesitado para que dejase de aparecer ante ellos como uno de los muchos enemigos del poder de usurpación. Solo se perdona desde abajo; y solo se olvidan las ofensas sufridas ante el descubrimiento del verdadero amor.

Cuando Ouksem debía separarse de mí —pues no le permitían quedarse a dormir en mi vivienda-*bjord*, como sin duda habría deseado—, se marchaba a su casa tranquilo; alguna noche hasta le oí silbar mientras se alejaba. Ouksem silbaba muy bien, enérgica y armónicamente. Pero cuando regresaba por la mañana, generalmente tras las laudes, se abrazaba a mi cintura con gran fuerza y me parecía que nunca permitiría que me separara de él. Bastaban algunos segundos para calmarlo.

—¡Está bien, Ouksem! —le decía—. ¡Sí, ya estamos juntos! ¿También hoy estás dispuesto a echarme una mano?

El muchacho aflojaba entonces sus brazos —aferrados a mi cintura—, y me miraba con esos ojos suyos, grandes y entregados.

Creo que todos sin excepción nos pasamos la vida suspirando por unos brazos que nos sostengan. Yo tuve el privilegio de sostener a Ouksem entre los míos.

El chico me ayudó bastante en el diccionario, pues era despierto. Aprendió enseguida algunas oraciones cristianas y, aunque no se atrevía a recitarlas fuera de la ermita, conmigo las repetía a toda hora, incluso cuando no se las preguntaba. Tuvo que ser un niño

quien me salvara. Mi ermita en Beni Abbès —¡por fin lo había comprendido!— se había convertido en mi propio portal de Belén.

Esto que acabo de escribir sobre el nacimiento de Jesús en Beni Abbès y en la persona del joven Ouksem no debe ser tomado como una exageración piadosa o una licencia poética, pues cifro en ese momento, como ya he dicho, mi auténtico nacimiento espiritual. Sí, de ahí en adelante todo fue para mí distinto: la purgación se había cumplido; empezaba a amanecer en mi larga noche oscura. Solo mediante esta revelación —Ouksem en la leche, Ouksem agarrado a mi mano…— comprendí que el camino a la gloria —también en este mundo— no tiene un sendero más recto que el de la cruz.

## 77. El peregrino francés

Fueron Nieger, un oficial de cazadores con quien nunca hice buenas migas, y el propio Laperrine quienes me animaron a unirme a una expedición pacífica —que ellos llamaban de reconocimiento y familiarización— a las montañas del Hoggar. No me engañé respecto a sus intenciones, puesto que solo pretendían que les facilitase los coloquios que, necesariamente, habrían de mantener con los nativos. Mi conocimiento del *tamacheq* era para ellos un tesoro inestimable. Con mi presencia, además, intentaban demostrar a los tuareg que también Francia tenía sus sacerdotes, guías y *amenokales*, que era como allá designaban a los responsables de la comunidad, revestidos casi siempre de cierto carácter religioso. En pocas palabras: querían demostrarles que lo que les impulsaba a estar en su territorio no era solo el puro y bastardo afán de enriquecimiento. Yo, que les servía a este efecto, tenía otros planes. Y al igual que ellos me ocultaron el sentido de su propuesta, también yo les oculté el de mi aceptación. Porque debo advertir aquí que lo que me sacó de Beni Abbès y me condujo hasta Tamanrasset no fue ir en busca del desierto, sino de los habitantes del desierto. Siempre he ido lejos para estar cerca de quienes viven aislados. Había llegado a un punto en que todo me producía compasión y, muy en particular, aquellos que vivían lejos de todo y

de todos.

Durante el mes de agosto de algunos años antes, creo que fue en el 3, al saber que una de nuestras guarniciones había sido atacada, quise viajar a esa población para socorrer a los heridos. Laperrine me disuadió. Tardó en convencerme de la inoportunidad de este desplazamiento ante los peligros de la hermandad senusista, que había declarado a Francia la guerra santa. En aquella circunstancia, el comandante Laperrine me advirtió también de lo mucho que había que velar por el buen desenvolvimiento de la obra colonial en el Hoggar, de la que él era su principal responsable. A cambio y como compensación, me dio su autorización para que viajara a Tidikelt, en el sur, donde yo imaginaba que podría establecer mi segunda fundación. Ya entonces, sin embargo, logré arrancarle la promesa de llevarme consigo en la siguiente de sus maniobras, sobre todo si era al territorio de los tuareg. La ocasión estaba ahí: Nieger y Laperrine se habían acercado a mi ermita para hablarme de ella.

NUESTRO convoy dejó Beni Abbès en dirección al Adrar en enero de 1907. Caminamos durante más de tres meses por las rudas pistas del desierto con el propósito de llegar a las montañas del Hoggar, donde habitaban pequeños núcleos de la tribu de los tuareg. Por ser un país de mesetas muy altas, el Hoggar es un paraje fresco y agradable con barrancos y valles donde crecen los árboles gomeros, que tanto me gustan. Pero Tamanrasset no era conocida entonces por nada de todo esto, sino por la famosa batalla que el teniente Cottenest tuvo que librar ahí contra las tribus del Hoggar, y cuyo resultado fue la sumisión de todo el país.

Desde que conocí aquellos parajes quise quedarme a vivir ahí, algo que solo se me permitió un año después y gracias a la mediación de un tal Moussa Ag Amastane. La natural desconfianza que sentía hacia los franceses este jefe indígena, decidido a transformar aquella población perdida en el desierto en una ciudad musulmana ejemplar, comenzó a flaquear cuando le hice ver la sinceridad de mi interés por el árabe y el Corán. Sus naturales cautelas cedieron por completo cuando, algún tiempo después, le comenté lo mucho que me gustaría conocer y transcribir algunos de

los poemas que su pueblo recitaba por la noche, alrededor de las fogatas.

—Es así como los tuareg transmitimos la historia —comentó él; y a partir de aquel día comenzó a barajar la posibilidad de que efectivamente me estableciera en Tamanrasset.

Para mí aquel viaje por el desierto fue muy duro, sobretodo porque había renunciado a toda montura. Por espíritu de pobreza decidí hacer aquel camino a pie, algo de lo que mi salud se resentiría más tarde. Muy a menudo pensé durante el trayecto en el terrible agotamiento que padecía y, en más de una ocasión, creí que ya no podría dar ni un paso más. Pronto me di cuenta, sin embargo, de que cuantos más pensamientos dedicaba a mi cansancio más se debilitaban, efectivamente, mis fuerzas y más se minaba, en consecuencia, mi voluntad. No era para extrañarse, pues los pensamientos de los hombres son, en general, egocéntricos, y es así como nos perdemos la intuición de la vida, que es siempre lo fundamental. Hecho este descubrimiento, me esforcé por pensar en asuntos ajenos al camino mismo y, ciertamente, ajenos también a la inmensa fatiga de mi cuerpo, que reclamaba una atención que mi espíritu le negaba. Fue así como empecé a preocuparme de que el sagrario de Beni Abbès hubiera quedado sin nadie que se postrara ante él. Aunque no tuviera la Reserva, de algún modo me sentía responsable de aquel cofre y pensaba en él como si fuera valioso por sí mismo; como si se tratara de una persona, me conmovía al figurarme lo solo y abandonado que estaría.

Cuando algunos soldados, movidos por la compasión, me ofrecieron montar en sus propias mulas de carga —solían insistirme en los tramos más duros o al final de la jornada—, estuve seriamente tentado de aceptar; y así lo hice en dos ocasiones, pero no porque hubiera claudicado en mi propósito de ir a pie, sino porque sabía que, de este modo, dilapidaba la estúpida imagen de santidad que muchos de aquellos hombres comenzaban a hacerse de mí. A Laperrine le gustó esta actitud mía, tan condescendiente. Estaba muy contento conmigo, pues acataba sus instrucciones —algo a lo que me había resistido durante años— y había accedido incluso a limitar mis penitencias y ayunos. Dejé de aparecer ante él como un obstinado cuando acepté el rancho de los oficiales, que él tenía la costumbre de probar antes de que fuese distribuido. Nuestro

menú fue invariable durante la gira: alcuzcuz o arroz, carne de caza y agua alquitranada.

Más interesado en mis cualidades de geógrafo que en las de sacerdote, y como gesto por haberme avenido a sus razones, durante aquel desplazamiento Laperrine me regaló un sextante. No puedo ocultar lo mucho que me alegró tener aquel pequeño instrumento en mis manos. En él se condensaba y resumía mi talante de aventurero, algo que ni siquiera mi pasión por el Reino de los Cielos había logrado apagar.

Durante el trayecto los pies se me hincharon, el sol quemó mi rostro, los labios se me agrietaron y envejecí en pocos días lo que no había envejecido durante años: este fue, en resumidas cuentas, el balance de mi hazaña. El agotamiento que sentía era tal que los brazos me pesaban y hasta me cansaba de tener la vista al frente. No podía rezar, y tanto menos leer algún salmo: la fatiga era más fuerte que mi voluntad de dar a mi viaje una impronta espiritual.

Además, algunos días sufrí algo parecido a mis alucinaciones en Nazaret: fenómenos que hoy no dudaría en calificar de espejismos. Veía un palmeral como el de Silet, por ejemplo, o un trigal dorado como el de Abalessa, y ya imaginaba, casi lo veía, el centro de horticultura que allí podría construir, o el dispensario que sería urgente que se montase, o la hermandad que, con un poco de suerte, podríamos constituir. En silencio, cual estratega, embriagado por el espíritu de innovación que siempre me ha poseído, me iba diciendo: ahí destinaría a siete misioneros; ahí, en cambio, bastaría con tres; en ese otro lugar destacaría a media docena de hermanos y… Como un monje precursor, en aquellos paisajes salvajes veía cómo podría alzarse nada menos que una entera civilización.

Ocasionalmente nos encontrábamos con caravanas, pero apenas nos deteníamos más que para intercambiar algunos saludos y víveres, así como para rellenar las cantimploras. Me alegró oír cómo muchos de los musulmanes con quienes nos cruzábamos hacían votos para que llegara la liberación y ansiaban la venida de los franceses.

No era raro que muchas noches soñara con las caravanas con las que nos habíamos cruzado durante el día, pues su mera visión encendía en mí la promesa del restablecimiento y el descanso.

## 78. ¡JESÚS MÍO, TEN MISERICORDIA DE MÍ!

Alimentado por el recuerdo de *El peregrino ruso*, un librito de espiritualidad ortodoxa que había caído en mis manos en mi estancia en Staoueli, durante mi peregrinación por el desierto repetí la oración que ahí había leído y que consistía, simple y llanamente, en una fórmula: «Jesús mío, hijo de Dios, ten misericordia de mí». Al levantar la pierna izquierda aspiraba, dirigía mi vista espiritual al corazón y decía: «Jesús mío». Y al levantar la derecha, espirando: «ten misericordia de mí». Me acostumbré a repetir esta jaculatoria varias veces al día: primero durante media hora, luego una hora y, finalmente, casi de forma ininterrumpida. ¿Quién sabe cuántas veces repetiría estas palabras durante aquella peregrinación?

La eficacia de la palabra «Jesús» es asombrosa: disipa los temores más arraigados, derroca cualquier fantasma; revela cómo el poder del enemigo es, a la postre y siempre, más aparente que real. Jesús me ha demostrado la poca consistencia de casi todo lo que percibí en algún momento como amenaza.

Llegó el punto en que me parecía que eran los latidos de mi corazón los que repetían esa frase: 1) Jesús, 2) mío, 3) ten misericordia, 4) de mí. A veces dejaba de pronunciar con los labios y escuchaba lo que decía mi corazón. Experimentaba entonces en mi pecho algo así como un fuego indescriptible y, lejos ya del cansancio físico, me dejaba absorber por él. Esta jaculatoria se llegó a convertir para mí en un auténtico báculo que me hizo superar todo tipo de pruebas. Hasta entonces no había comprendido su asombrosa eficacia, por lo que mi capacidad de sufrimiento era mucho menor que la actual. Las jaculatorias constituyen una ayuda de un poder incalculable. A su lado, todas las bombas del mundo no son nada.

De modo que fue así, paso a paso, con la fuerza de Jesús ora en una de mis piernas ora en la otra, como fui avanzando en el camino, sin olvidarme de ofrecer todo este sacrificio por la conversión de quienes me acompañaban.

COMO hacen los musulmanes, también los cristianos deberían peregrinar. Nada hay tan evocador del camino al cielo como una

larga peregrinación a pie. En una peregrinación aprende el hombre quién es y qué hace en este mundo: se experimentan las adversidades y se comprende, como no es posible hacerlo en otra situación, el valor de lo esencial.

Yo fui a Tamanrasset en peregrinación, y acaso fuera esto, junto al hermoso gesto de Ouksem, lo que permitió que me acercara a los tuareg como no lo había hecho hasta entonces con otras gentes del Sahara. Entre ellos no fui jefe de Tagmout, como Laperrine había proyectado; ni siquiera párroco del Hoggar, como el prefecto apostólico había llegado a prometerme. Pero descubrí que quienes nosotros llamábamos bárbaros o beréberes, se llamaban a sí mismos, y con mucha más justicia, *imazighen* u hombres libres.

Llegamos a Tamanrasset en agosto de ese mismo año con la columna Dinaux. Tamanrasset: entonces no sabía aún lo importante que aquella pequeña población desértica llegaría a ser para mí.

Al poco de llegar preparé un huerto, inconsciente aún de que para que aquellos sembrados de legumbres no fueran calcinados por el sol debían tomarse infinitas precauciones que convertían en un auténtico suplicio el oficio de agricultor. Aunque entre los nativos había quienes cultivaban la cebada, la remolacha y los morrones, por su condición nómada la mayoría no podía hacerlo. Casi todos se limitaban a cuidar rebaños de camellos, asnos y cabras, animales todos ellos con los que me fui familiarizando hasta ser un buen conocedor de sus hábitos alimenticios y de las propiedades de su carne. Gracias a esto y a una pequeña producción artesanal, fue allí donde reduje mis ya escuálidos gastos, y allí, también, donde me adentré a fondo en mi diccionario *tamacheq*-francés, una obra en la que todavía hoy ando embarcado. Sin embargo, tanto era el apremio que sentía por conocer nuevos territorios que en mayo de 1908 me uní a otras maniobras. Y fue entonces, en unas negociaciones, donde me presentaron al cabecilla indígena Moussa Ag Amastane, conocido en su pueblo como el «*amenokar*».

## 79. Moussa ag Amastane, gran jefe indígena

El comandante Laperrine quiso que le acompañara a un encuentro con aquel gran jefe tuareg en calidad de intérprete y experto en su cultura. Como es natural, Laperrine tenía su objetivo bien claro: solicitaría al *amenokal* su consentimiento para que los franceses pudieran asentarse en el territorio que él gobernaba; a cambio, nuestras tropas le ayudarían a derrocar a sus tribus más rebeldes. Asistí favorablemente impresionado a todas aquellas negociaciones. No podía comprender el fervor guerrero de aquel hombre; me intrigaba cómo podría hacer compatible el culto a Dios, sobre Quien hablaba continuamente, con la furia de la guerra, que no mencionaba jamás. En cierto sentido, el tal Moussa era como mi viejo amigo De Morès: una persona contradictoria. Pero solo a mis ojos, pues ni para él ni para los suyos había ninguna oposición entre religión y lucha armada.

Comprendí que aquel hombre estaba investido de una profunda espiritualidad desde que lo tuve ante mí; aunque evidentemente era mucho lo que nos separaba, desde el primer momento le traté como a un igual. Creo que también él sintió por mí algo parecido, pues siempre me habló con deferencia, y ya desde aquella primera entrevista quiso que no actuara solo como intérprete, sino que le diera mi propio punto de vista sobre todo lo que Laperrine le proponía. Fue una situación embarazosa: el comandante debía ser su principal interlocutor; yo solo era un intermediario o un portavoz. Moussa, sin embargo, fue marginando progresivamente a Laperrine hasta que, al término de aquel encuentro, hablaba solo conmigo.

—Os habéis hecho amigos, ¿eh? —comentó Laperrine al término, de aquella entrevista.

Aquel hombre le había humillado —eso era indiscutible—; pero la amistad que yo había iniciado con él no le desagradaba, acaso porque preveía que podría extraer de ella alguna utilidad.

El *amenokal* quiso saber siempre mi parecer, y no solo sobre la política colonial francesa, sino sobre asuntos de todo tipo y de los que, a decir verdad, poca cosa podía yo aportar. Moussa tomó la costumbre de consultarme sus maniobras, como por ejemplo la de construir en Tamanrasset una mezquita y una escuela; por corresponderle, compartí también con él algunas de las mías.

Era un hombre imponente, muy grande, con las comisuras de los

labios hacia abajo, motivo por el que parecía permanentemente enfadado, aunque no lo estuviera. Todo lo contrario: no se enojaba casi nunca, y aun las decisiones más graves y terribles las tomaba con una calma asombrosa. Ante él empecé a pensar que Alá podía ser, después de todo, otro de los muchos nombres divinos. Y es que aquel hombre tenía que ser escuchado por Dios; no me explico de otro modo su extraordinario temple y entereza.

Nada hay en el mundo más grande que ser para alguien una mediación de Dios. Yo no he sido digno de ser mediación de lo divino para nadie; por contrapartida, Dios ha puesto en mi camino un sinfín de mediadores, y Moussa Ag Amastane fue uno de ellos.

Aquel gran jefe indígena tenía varias mujeres y una prole numerosa. A todos ellos los trataba con cariño y delicadeza; impresionaba ver cómo se enternecía con los más pequeños, con lo grande que era. Caminaba con gran dignidad, como si nada ni nadie pudieran derribarle nunca, y era respetadísimo y temido por amigos y enemigos. Era de movimientos lentos y de voz muy pausada. Solo se llevaba las manos al rostro cuando estaba cansado. Una vez le oí reír y me asusté, pues la suya era una risa cavernosa en sus primeros compases y extrañamente aguda después.

En cierta ocasión me estrechó entre sus brazos en señal de afecto: desaparecí por completo en la inmensidad de su cuerpo.

—Eres lo mejor que tiene tu país —me dijo tras aquel abrazo. A eso no supe responder, abrumado por su humanidad.

MOUSSA no esperaba de mí más que me comportara como un sacerdote, como yo le había dicho que eran los sacerdotes de mi religión y como él sabía que eran los de la suya. Cuando fue conmigo a Francia, en 1910, no se dejó impresionar más que de una cosa: que siendo mi familia rica, como dedujo de nuestras propiedades, viviera entre ellos como un *meskin* —que es como se llama en Argelia a los mendigos—. Creo que esa fue la primera vez que realmente me entendió y que supo a ciencia cierta lo que yo había ido a hacer a sus montañas. Desde entonces se comportó conmigo no solo como un hermano, sino como un padre, aunque cuando me hacía sus consultas más bien parecía un hijo. Para mí resultaba muy difícil aconsejar a un hombre como aquel, pues lo

sabía todo: leyendas de sus antepasados, ritos arcanos, canciones populares… Me cantó dos o tres y me preguntó si me gustaban. Cuando le aseguré que me habían agradado, me tarareó una cuarta; pero esa no la concluyó, pues le traía muchos recuerdos, según presumí por el brillo húmedo de sus ojos. El gigante no era impasible; tenía sus emociones muy escondidas, como a recaudo.

Conocía la geografía de su país como la palma de su mano; podía sobrevivir en las condiciones más adversas; nunca se quejó de algún dolor o alguna enfermedad. Necesitaba alimentarse poco; no dormía más de cuatro horas, y sabía de memoria los nombres y las circunstancias de cada uno de sus soldados, de sus mujeres y de sus hijos. Moussa Ag Amastane es el mejor tuareg de cuantos conocí. Parecía increíble que un hombre como él hubiera podido ser niño o joven, que hubiera podido ser alguna vez algo distinto al responsable de la comunidad. Si un pueblo se conoce por la altura moral de quien lo gobierna, los tuareg son sin duda uno de los pueblos más grandes del planeta.

Al principio me abochornaba la imponente autoridad que desprendía y, aunque logré acostumbrarme a él, nunca le traté con total familiaridad o desenfado. El signo de aquella autoridad suya era un gran tambor que colgaba junto a su carpa. Nunca oí el sonido de aquel tambor, pero supe que todos en el poblado lo respetaban. A mí, al verlo, me recordaba a mi abuelo Morlet; y me hacía pensar en los muchos y radiantes domingos que pasé a su lado de niño, en la plaza Kléber.

MOUSSA Ag Amastane no conocía el miedo.

—¿De qué tiene miedo? —le pregunté al oír de sus labios que no era ajeno en absoluto a esta emoción.

—De que lo maten —respondió él, y también aquella vez quedé sin saber qué responder.

Me abrumaba que aquel musulmán temiera más mi propia muerte que la suya.

No le importaba morir, estaba preparado. Iba al campo de batalla sin ningún temor; por eso, seguramente, nadie le atacaba ni le hería. No era porque temieran un cara a cara con él, sino porque era un hombre a quien, sencillamente, no se podía ofender. Era tan

voluminoso y feroz que atravesaba el fragor de los combates como quien camina por un poblado tranquilo. Más que un guerrero, parecía un árbitro encargado de dirimir la nobleza de los enfrentamientos entre guerreros. Lo veía todo, nada se le escapaba; y eso que tenía los ojos pequeños y como entrecerrados, por lo que no puedo ahora asegurar de qué color eran.

A veces, cuando imagino mi muerte y consiguiente entrada al paraíso, pienso que Dios me abrazará del mismo modo en que Moussa me abrazó aquel día, confundiéndome con su cordialidad y haciéndome desaparecer en su regazo. No comprendo cómo un hombre así, sin bautismo, pueda condenarse. Dios tiene que tener en su seno algún sitio para este *amenokal*. En el Cielo —estoy seguro —, Dios le dirá que ha guiado a su pueblo con prudencia y que ha cumplido su cometido con dignidad. También Moussa decía que yo estaría algún día en su paraíso musulmán. Ante hombres así y ante amistades como la nuestra se comprende que las religiones deberían unirse. Moussa Ag Amastane me enseñó a amar más a Nuestro Señor y… ¿no es esto lo más grande que nadie me haya podido dar? Tras Marie de Bondy y junto al abate Huvelin, no hay ser humano a quien haya admirado más, y la admiración —como es bien sabido— es la puerta que abre a cualquier otra virtud.

## 80. Listas de pobres

Uno de mis primeros días en Tamanrasset, cuando apenas conocía a nadie, salí a dar un paseo por la ciudad. Había un mercadillo y brillaba un sol que inesperadamente convertía ese día, y hasta la vida entera, en una promesa. En uno de los tenderetes compré pan de cebada, que solía mojar en una infusión de plantas saharianas para reblandecerlo. Llamé a aquel brebaje «té del desierto», algo que hizo reír de lo lindo a Laperrine. Compré también en aquel mismo tenderete un poco de alcuzcuz —uno de los alimentos básicos de la dieta de los tuareg— y, mientras abonaba el importe, pregunté al tendero cómo podía cocinarlo para que resultara más sabroso. Me lo explicó en su lengua lo mejor que

pudo y quedó maravillado de que lo hubiera entendido, pues repetí sus indicaciones para asegurarme de que las podría poner en práctica. De camino a casa, con el alcuzcuz y el pan de cebada bajo el brazo, iba muy contento; y hasta tuve la impresión de que mediante aquella sencilla compra y breve conversación había vivido el Evangelio.

Ser testigo del Evangelio no significa simplemente testimoniarlo ante el mundo, sino ser capaz de captar los testimonios que de él hay por todas partes. El Evangelio está de pie, y vivo, pendiente solo de que venga alguien que lo vea y se asombre. Lo increíble es que Dios está mucho más cerca de lo que imaginamos. Basta abrir una puerta o una ventana y podemos encontrarlo; basta abrir los ojos o hacer silencio durante unos minutos. Nunca nos acostumbraremos a la proximidad de Dios: a su impregnarlo todo, todo…, a su no imponerse nunca, nunca… Me asusta pensar que Dios está aquí, en el papel sobre el que ahora escribo, ¡y hasta en la tinta! Que está en mi mano mientras la muevo en este instante, en mis ojos que miran lo que he escrito, en el viento que sopla esta noche y cuyo sonido tanto se parece al de hace dos noches.

CONOCER a las gentes de Tamanrasset, fuera comprando o en cualquier otra circunstancia, fue para mí en aquellas primeras semanas lo más importante: que se familiarizaran conmigo, que aprendieran a distinguir un francés pobre de uno rico, un sacerdote de un militar. En vano: por el simple hecho de ser francés, y por empobrecido que estuviera, para los tuareg —como para los beréberes de Beni Abbès— yo era un colono más. Lo que los indígenas veían en nosotros, cristianos que aseguraban profesar una religión del amor, lo que veían de los franceses que gritaban por todas partes libertad, igualdad y fraternidad, era solo negligencia, codicia y ambición. No me diferenciaban de los demás franceses; y quizá no errasen del todo, pues a ningún pobre del mundo le llega periódicamente correspondencia y cajas con víveres. En aquellos primeros días, mi máxima tristeza era ser tenido por rico; pronto me di cuenta de que también esto era una pobreza, y terminé por dar gracias por ello, como hacía ante toda adversidad.

Para atraerles se me ocurrió mostrarles algunas de mis

fotografías. Les agradaban mucho más las de personas y animales que las de monumentos o paisajes. Estas las dejaban enseguida; de aquellas, en cambio, no parecían cansarse nunca.

Toda mi hermosa colección de fotografías cayó en el olvido cuando me enviaron un gramófono desde Francia. Las piezas musicales más animosas enloquecían a los tuareg, hasta el punto que muchos de ellos no podían por menos de bailar a su ritmo. Fue así como comencé a conocerles bien.

Para no olvidar lo que compartían conmigo ni lo que averiguaba por mi cuenta, tomé la costumbre de hacer listados en los que enumeraba todo lo que sabía de cada uno: sus nombres, los de sus familiares, sus gustos o preferencias, sus problemas principales… Confeccioné aquellos listados con gran ilusión; comprendía que, en el fondo, eran mucho más conformes a la voluntad divina que los que había elaborado en Nazaret a partir de mis frenéticas lecturas del Evangelio. Pero no tuve que preocuparme demasiado por acercarme a los tuareg; gracias a que el propio *amenokal* comenzó a visitarme con frecuencia, fueron ellos mismos los que venían a verme a la llamada Fragata.

Lo primero en que reparé fue en su hermosura, y ello a pesar de que las mujeres tuareg —convencidas de que lavarse las enferma— no se asean jamás. Por si esto fuera poco, se untan el cabello con manteca hasta apelmazarlo y convertirlo en caldo de cultivo para los parásitos. Pese a todo, hombres, mujeres, viejos y niños me parecían muy bellos. Su rostro suele ser alargado y de rasgos proporcionados: ojos grandes, nariz muy recta, frente alta y hundida. Al verles entendí la leyenda que sostiene, en razón de la blancura de su piel, el origen europeo de esta raza. Por mi parte, creo más bien que se trata de berberiscos, sobrevivientes de Libia y arrojados al desierto por alguna de las incontables invasiones árabes.

Fuese porque velaban su cara hasta los ojos con una banda de tela azul —llamada *litham*— o por la sorprendente longitud de sus brazos y piernas, significativamente más largas que las de cualquier occidental, los tuareg ofrecen un aspecto de principesca solemnidad. Esta impresión se reforzaba por lo alta que solían mantener la cabeza. Eran tan orgullosos que se consideraban los más perfectos entre los hombres, motivo por el que miraban a los

occidentales como inferiores y, si se les preguntaba, admitían vernos como ignorantes y salvajes. Fui entendiendo poco a poco aquel orgullo tan primario que, al principio, me atreví a censurar. En resumidas cuentas, que no creo haber conocido entre ellos a nadie de aspecto poco atractivo.

Con los franceses, en cambio, me sucede lo contrario: los rostros de origen francés, aun los más jóvenes, incluso los de los niños, están marcados o estigmatizados por algo parecido a la duda o la sospecha. La huella que tales sentimientos o estados de ánimo imprime en las facciones no es amable: la mirada se hace lateral, por ejemplo, y la sonrisa se tuerce hasta convertirse en una mueca. La inocencia primordial, reconocible en muchos tuareg hasta la edad adulta, o incluso hasta la vejez, queda en los franceses como un recuerdo. Los ojos, brillantes por naturaleza, se les apagan y empequeñecen. El rostro de los tuareg, en cambio, revela el alma de personas con esperanza y con fe. ¿Por qué tanta supuesta cultura y civilización nos ensombrece?, me pregunto. ¿No tendrá Occidente que volver sus ojos a Oriente para recobrar así un poco de su luz?

## 81. SIMPLEMENTE ESTAR

Durante toda mi estancia en Tamanrasset no dejé nunca de hablar y de ver a la gente, en particular de 16.30 a 20.30: esclavos, pobres, enfermos, soldados, viajeros… Durante mis primeros años con ellos eran tantos los que pasaban cada día por mi ermita, fuera en busca de hospedaje, comida o abrigo, que pronto cogí la costumbre de anotar su número y demás circunstancias en mi diario. En otras palabras, presa de mi manía por la contabilidad, comencé a completar mis largas listas de pobres; primero lo hice de modo arbitrario y luego —algo más sofisticado— por categorías. El 19 de marzo de 1909, por ejemplo, escribí: «Encuentro con veinte esclavos; acogida de treinta o, quizá, cuarenta viajeros; distribución de medicinas a diez o quince personas, limosnas a más de setenta y cinco mendigos».

Como ni siquiera entonces había dejado de verme como una

especie de buen padre que Dios había enviado a toda aquella gente, junto a la lista de las familias más pobres y de sus necesidades más perentorias, hice otra de los recursos con que se podrían colmar. Mi cabeza estaba siempre llena de proyectos; si tan solo hubiera podido realizar la mitad, ya me habría dado por satisfecho. Hice algunas gestiones para que algunos jóvenes científicos europeos pudieran consagrar unos cuantos años de su vida profesional al Hoggar, por ejemplo, así como para que jóvenes profesores de mi país se decidieran a instalar aquí una escuela franco-tuareg. Deseaba que cada visita de un occidental al Sahara fuera vivida por los tuareg como la visitación de la Virgen María a su prima santa Isabel.

DURANTE 1909 y 1910 no era excepcional que se juntaran en la Fragata hasta once personas para pasar la noche; y eso sin contar con un viejo enfermo que tenía en ella su sitio fijo. Acongojado, noche tras noche comprobé que —por mucho que hubiera confeccionado mi lista con todo rigor— no había ningún recurso que pudiera utilizar con, por ejemplo, aquel pobre anciano, que tiritaba por la fiebre. ¿Qué hacer entonces? Estar, simplemente estar. Porque estar junto a…, o vivir al lado de…, es ya reconocer y, por ello, dignificar. Y porque todo hombre y todo pueblo necesita que le reconozcan para ser. Ante aquel pobre, esclavo, negro y enfermo solo me cabía estar al modo en que la Virgen María había estado, a su debido momento, al pie de la cruz. Simplemente estar a su lado es lo último que puede hacerse por un enfermo; es lo más inútil probablemente, pero también lo más esencial. Estar: no perderse ese momento, que es el del misterio. No dejar a nadie a solas con la muerte, pues ya la muerte es la experiencia de la máxima soledad.

## 82. LA HOSPITALIDAD DEL HUÉSPED

«¡Así no es posible ser un ermitaño!», exclamaba algunos días, harto de que, por encima de la urgencia de mis proyectos

personales, terminase siempre viviendo al ritmo de mis vecinos y de sus necesidades. Ahora pienso que ser ermitaño consiste en querer ser ermitaño, al igual que ser creyente no es en el fondo otra cosa que querer creer. No hay acción que no encuentre dificultades, y ello porque para vivir un oficio, cualquiera —también el de creer—, hay que atravesar su imposibilidad.

Cuanto más ermitaño quería ser, mayor era el número de visitas de curiosos y viajeros que recibía. Era como si Dios se riera de mi intención, a la que Él mismo, sin embargo, me impedía renunciar. Ahora sé que todo solitario ejerce un poderoso magnetismo sobre la comunidad. ¿Que por qué? Porque la soledad no es, después de todo, más que pura receptividad.

Estoy contento de que las gentes de Tamanrasset no me hayan dejado estar solo en mi vivienda-*bjord*; eso revela que he sabido vivir la soledad del único modo en que no resulta perniciosa: no ya como una aristocracia interior, sino abierto a la comunión. La verdadera soledad solo sirve para una cosa: para profundizar en la propia indigencia y, una vez en su fondo más último, amarla. Cuando eso sucede, entendemos también la indigencia ajena y, entendida, amamos a los otros sin resistencia.

EN la medida en que mi casa se abría a los huéspedes que llamaban a su puerta, entraba Dios en esa otra casa que es la del corazón. En cada uno de aquellos huéspedes que venían a verme, también en los maleantes y curiosos, era Dios mismo quien venía a verme. Y es que Dios —conviene saberlo— no se aparece casi nunca con el aspecto de un Dios, sino con el de un hombre. Y a menudo con el del hombre de aspecto menos humano.

En aquel pobre maltrecho yo veía a Jesús y… ¿qué podía hacer entonces sino atenderlo? Pero también lo veía en el esclavo, con lo que también a él quería servir, y en el viajero, y en el soldado más rufián. Dios no se cansaba de visitarme disfrazado de hombre o de mujer. ¿Eres Tú de nuevo?, le preguntaba yo cada vez.

Hecho este descubrimiento, tomé la costumbre de deshacerme en halagos ante quien viniese, sin importarme si era amigo o enemigo, viejo o niño, pobre o hacendado. Llamaban a la Fragata —en cuyo umbral había hecho instalar una campanilla—, y saltaba de

mi escritorio para abrir; o saltaba de mi oratorio, donde estaba recogido, también para abrir. Me presentaba ante el visitante raudo como el viento; le extendía mis manos; le sonreía abiertamente, aunque malditas las ganas que tenía en aquel instante de sonreír. Cuando llegaba un huésped no solamente quería darle de mi pan, sino que me gustaba moler, amasar y cocer ese pan antes de servírselo.

—¿Por qué nos tratas así? —me preguntaron una vez.

Ese mismo día había sabido que el fogoso marqués De Morès, mi inolvidable compañero de juergas durante la juventud, había sido asesinado a manos de los tuareg en una de sus exploraciones al sur. Al conocer la noticia, escribí en mi diario: «Me encuentro entre esta gente que ha matado a mi amigo De Morès, y voy a vengarle devolviendo el mal que le han hecho por bien». ¡Ah, si nuestras venganzas fueran siempre redoblando la bondad!

De forma que aquella jornada, como las anteriores y las que vendrían después, besé las manos de mis huéspedes y les invité a sentarse a mi lado. También solía lavarles los pies, sucios por el polvo del camino; o les ofrecía agua, tan preciada en estas comarcas; o les preparaba algo de comer, deseoso de que se sintieran en mi casa como en la propia. Porque en el fondo era yo quien estaba en su casa, y no ellos en la mía; y porque jamás podrá acoger a nadie aquel que antes no se haya sentido acogido.

—¿Estáis bien? —preguntaba a mis huéspedes una vez que había hecho por ellos todo lo imaginable.

## 83. La exposición del santísimo

Debo a mi estancia en la Trapa mi afición a seguir un horario y a vivir según una disciplina determinada, cosas ambas que encajan muy bien en mi alma de soldado. Sin un orden externo, es difícil que podamos vivir internamente ordenados; así que en Tamanrasset me esforcé por llevar a la práctica esta sabiduría doméstica, que es en el fondo la única que cuenta.

La experiencia fue paradójica: cuanto más planificaba mis días

—y hasta las etapas de mi biografía, como hice en alguna ocasión —, tanto más me las desbarataba Dios. Pero no porque Él quisiera que viviera desordenado, sino porque parecía agradarle que siempre tuviera que confeccionarme otros horarios y nuevas disciplinas. Las necesidades de mis huéspedes me obligaban a romper mis pobres planes, que rehacía cuando ellos se marchaban, para luego, cuando venían otros, tener que romperlos y rehacerlos nuevamente. Ahora pienso que ser cristiano significa estar dispuesto a dejarse interrumpir; y que tan cierto es que no podemos llegar a Dios sin los demás como que no podemos hacerlo más que en soledad.

Al florecimiento de mi segunda ermita sahariana y a las constantes visitas que en ella recibía contribuyó mucho mi devoción a la eucaristía y, en particular, a la exposición del Santísimo sacramento, práctica a la que me habitué desde que me fue concedido el privilegio de la reserva. O tal vez debería decirlo al revés: cuando mis múltiples visitas me dejaban finalmente solo, acudía a mi sagrario, donde recordaba lo vacío que ese mismo sagrario me había parecido cuando habitaba en Beni Abbès y lo lleno, por contrapartida, que lo veía ahora, en Tamanrasset. Y lleno no solo con el sacramento del Pan, del que ahora podía efectivamente disfrutar, sino con ese sacramento que son los hermanos, con cuyos nombres y rostros llenaba yo mi tabernáculo.

La vida espiritual es, en último término, la confección y puesta en marcha de una disciplina, la verificación de su imposibilidad, la necesidad de construir otra, su nuevo derrumbamiento y, en fin, una nueva construcción, nunca definitiva. No hay camino a Dios sin esfuerzo humano, aunque el esfuerzo, ciertamente, no sea el camino para llegar a Dios. Dios nos pide esfuerzo para que veamos su inutilidad y nos abramos a la gracia.

El mismo rigor con que exploré mi conciencia en la Trapa lo apliqué en mi Fragata al análisis de las condiciones sociales del Sahara, campo para el que también se me pedía una observación precisa y una justa administración. De modo que desde aquel lugar perdido del mundo aconsejé a generales, fragüé alianzas y diseñé estrategias; y todo esto consultándolo con el Señor durante mis largas horas de adoración, pues era fie ahí de donde cogía fuerzas.

Si cada cristiano tuviera su, digamos, capilla del alma, es decir, el lugar donde se ha encontrado con Dios y donde mejor le reza,

aquella capilla —el *bjord*— era la mía. De hecho, me tenía que arrancar de aquel lugar, donde frecuentemente hablaba o hasta cantaba en voz alta. No cantaba bien, la verdad, pues nunca he tenido buena voz; pero mi canto me encendía por dentro y sentía que, de algún modo, le era grato a Dios.

Fue ante el tabernáculo, y en medio de uno de mis cánticos, donde comprendí que tenía que vivir con una atención constante a las circunstancias y, al tiempo, con una atención igualmente intensa a mi proyecto personal. Que mi personalidad nacía de esta doble combinación. Dicho de otra manera: tanto más exponía el Santísimo sacramento —sacándolo del sagrario—, tanto más debía exponerme yo. La exposición del Santísimo en el altar me impulsaba a exponer a la sociedad mi propio santísimo —lo que yo era, lo mejor de mí—. Ningún acto de culto —tampoco la exposición del Santísimo— se queda o cierra en sí mismo, sino que impele a quien lo practica a salir hacia los demás. Es en este salir, en esta exposición, donde precisamente se verifica la autenticidad de un determinado culto.

Exponer el propio santísimo ante la sociedad es peligroso, porque lo más habitual no es que sea adorado, sino criticado y, en ocasiones, hasta apedreado y crucificado. Horas después de que Jesús expusiera en la Última Cena el Pan que Él mismo era, fue apresado y conducido a un tribunal. No debería sorprender entonces lo peligroso que puede resultar la propia exposición a los demás.

COMO el de todo cristiano, mi culto a la eucaristía ha estado conformado por la comunión y la adoración. Mediante la comunión, celebraba que Dios estaba cerca —más cerca imposible, pues entraba en mí hasta confundirse conmigo—; mediante la adoración, en cambio, celebraba que estaba lejos. Sí, la adoración del Santísimo no es más que la celebración de la distancia de Dios.

Prefiero con mucho la adoración a la comunión porque esta es un estado excepcional —raramente siente el hombre a Dios tan cerca— mientras que aquella es la situación habitual —a Dios solemos sentirlo lejos—. Adorando el Santísimo aprendemos que el hombre es hombre y Dios, Dios: que se juntan en ocasiones, pero que Dios no se deja atrapar. Mediante la adoración del Santísimo

celebro, es decir, recreo, la situación espiritual de alejamiento de Dios por parte del hombre contemporáneo. Se la recuerdo al mundo, se la recuerdo a Dios. Cuando me pongo de rodillas ante el Santísimo, no solo miro la sagrada forma —allá a lo lejos—; miro también la distancia que hay entra Ella y yo, y esa distancia —no solo la forma, repito— me parece también digna de veneración.

Mediante la comunión nos divinizamos; mediante la adoración nos humanizamos. Y si Dios ha querido salvarnos haciéndose humano, es decir, marcando la distancia entre el Padre y el Hijo, entre Dios y Dios, ¿por qué iba yo a querer lo contrario?

Quien adora el misterio termina por convertirse él mismo en un misterio. Yo me he ocultado porque Dios no es evidente, sino que también está oculto: se ha manifestado ocultándose. He sentido la necesidad de parecerme a Él como Él la tuvo de parecerse a mí. He vivido anónimamente para homenajear con mi vida al Dios escondido. Porque si Dios se esconde, ¿cómo no me voy a esconder yo? La más luminosa revelación del misterio es la de su ocultación.

## 84. El poder de la intercesión

Gracias a mis largas horas ante el santo sacramento pude darme cuenta del inmenso e incalculable poder de la intercesión. Conforme fui adentrándome en este tipo de oración —tan sacerdotal— fui comprobando que su eficacia es testimonialmente demostrable. Fue de este modo, además, como mi oración se fue poblando de nombres y rostros; y así, también, como esa oración mía se fue alargando, puesto que no me era posible recordar tantos nombres y rostros más que en un tiempo prolongado. Con visualizar un rostro o decir un nombre no me bastaba para sentirme autorizado para abandonar ese rostro o nombre y pasar al siguiente. Y es que cuanto mejor visualizaba una cara, más y mejor me pedía que la visualizase.

Cuanto más intercedía por alguien tanto mejor comprendía la gran necesidad que otros muchos tenían de que intercediera igualmente por ellos. Y así se me iban las horas, en esas

visualizaciones de rostros y repeticiones de nombres, que tanto más dulces me sonaban cuanto más los pronunciaba. En realidad, nunca he dejado de rezar por nadie hasta que no he sacado sabor a su nombre, hasta que no he encontrado una íntima satisfacción al pronunciarlo. Pensaba que decía ese nombre ante el Señor, o que el Señor lo decía ante mí para que aquel o aquella que lo llevaba sintiera que su vida y destino no eran indiferentes al mundo, sino importantes.

Tanto más amaba a mis semejantes cuanto más rezaba por ellos. Hoy puedo afirmar que mi manera de querer es, fundamentalmente, orando o, lo que es lo mismo, que orar es para mí el mejor sinónimo de amar. Todavía más: no concibo un amor que no derive en oración. Lo mejor que puede hacerse por alguien a quien se ama es, sin duda, ponerle ante Dios; y lo mejor que puede hacerse por alguien a quien no se ama es, de igual modo, ponerlo ante Dios, pues es así como se aprende a amarlo. En realidad, no hay nada mejor que ponerlo todo ante Dios, puesto que solo entonces aparece en su verdadero y auténtico valor. Sin oración las cosas no son claras y pueden engañarnos; con ella, en cambio, todo adquiere la luz exacta. Esta misma página, por ejemplo, si dice algo de Dios, es, seguramente, porque la he rezado antes de escribirla. Porque la he escrito mientras rezaba y porque rezaré con esta intención —o ese es mi propósito— una vez que haya puesto el punto final que ahora pongo precisamente para poder orarla y agradecerla.

## 85. Escuchar al desdichado

Por hondo que fuera el abismamiento en que me sumergía ante el santo sacramento, y nunca como entonces me pareció tan santo y tan sacramento, siempre llegaba el momento en que alguien tocaba a la campanilla de mi *bjord*, o que entraba en la emita sin llamar, voceando mi nombre y obligándome a interrumpir la plegaria para encontrar fuera de ella al mismo Cristo que había encontrado dentro. Tal vez por haber sido un huérfano que había encontrado una familia en la Iglesia, veía a todos esos indigentes que venían a

mi encuentro como a hijos abandonados y menesterosos que buscaban paternidad. Casi me olvidé de Dios por atender a sus criaturas. Por ellas —digámoslo así— arriesgué mi santidad.

¡Qué felicidad tener a todas aquellas gentes de nuevo en mi casa y, al tiempo, qué incomodidad! ¡Cuánto le había pedido a Dios para que los tuareg vinieran y cuánto le pedía ahora, también, para que se marcharan y me devolvieran la tranquilidad y la paz! Porque eso es lo que tiene el silencio: que tanto más lo tienes, tanto más sientes su ausencia cuando desaparece. Hoy por hoy, a lo que más me costaría renunciar es al silencio; sin silencio, ya no soy capaz de ser Charles de Foucauld.

De modo que así como en Nazaret pasaba de mi cabañita de jardinero a las calles de la ciudad sin saber cuál de estos espacios prefería —pues en ambos me aguardaba mi Señor—, pasaba en Tamanrasset constantemente del oratorio al locutorio, como yo los llamaba, pues en uno hallaba a Aquel que había invocado en el otro. Pasaba de escuchar a Dios en el silencio a escucharle en las quejas del desdichado. Una escucha me preparaba y me daba tema de conversación para la otra.

«Los desdichados no tienen en este mundo mayor necesidad que la presencia de alguien que les preste atención. La capacidad de prestar atención a un desdichado es cosa muy rara, muy difícil». Por ello tomé la decisión de ser amigo de aquellos que no tienen amigos, y fue así como aprendí algo tan sencillo como la necesidad de ser discípulo de los pobres. Me avergonzó y abrumó mi estupidez por no haber llegado antes a esta conclusión y a esta práctica.

Los desdichados que venían a verme siempre reaccionaban igual: incrédulos al principio, pues no estaban habituados a que alguien les prestara oído; pero ávidos por relatarme sus desventuras después, que desglosaban desordenada y precipitadamente.

Pocos servicios sociales son tan buenos y necesarios como el de escuchar a los demás. En la mayoría de los casos no es preciso glosar las confidencias: basta un gesto, un monosílabo, una frase que ayude a descansar del discurso o a encontrar esa nueva idea que enlace bien con la anterior.

¿Cuándo habrá sido la última vez que alguien haya escuchado a

toda esta gente?, me preguntaba. Y, como ya no padecía de ese celo evangelizador con que en otros tiempos había malentendido mi misión, les escuchaba sin prisa, convencido de que solo con aquella escucha la semilla del Evangelio quedaría sembrada. Así fue: me propuse no evangelizar y, curiosamente, empecé a hacerlo. En realidad, se hable o no de Dios, siempre se evangeliza si se lleva a Cristo dentro. A decir verdad, nunca he querido predicar con la palabra, sino con las obras. He querido que, mirándome, el mundo pudiera decir: «¡Mirad cómo ama!». He querido ser interrogante, convencido como estoy de que el Evangelio es, fundamentalmente, una interpelación.

No se puede evangelizar a un pueblo al que antes no se ha escuchado. El evangelizado debe sentirse siempre protagonista de la evangelización. «¿De qué ibais hablando por el camino?», preguntó el Resucitado a los discípulos de Emaús. Evangelizar consiste en interesarse en las historias ajenas, pero interesarse verdaderamente y sin anhelar que el relato de esas historias termine pronto para poder enlazarlo con la supuesta y verdadera buena Noticia.

Naturalmente que no todas las historias que me relataban lograban interesarme por igual: al principio juzgaba que la mayoría eran banales o intrascendentes; pero eso me sucedía porque todavía no las escuchaba bien. No hay que buscar el enlace entre la peripecia que nos relatan y el Evangelio: la historia misma, su sencilla humanidad, es ya el Evangelio mismo; y el evangelizador solo está ahí para descubrirlo.

¡Cuántas historias escuché durante aquellos días! ¡Cuántos evangelios vivos me regalaba Dios en cada una de aquellas frecuentes e inoportunas visitas! Porque no hay nada en el mundo tan elocuente como una biografía. Y porque en toda biografía humana se esconde —lo veamos o no— la biografía del propio Dios.

No pretendo convertir mi experiencia en norma, pero no creo que los cristianos tengamos que cristianizar el mundo; el mundo ya está cristianizado sin nuestra mediación. A mi parecer, los cristianos solo hemos de ser testigos y decir: «¡Aquí está, y aquí, y aquí también!», y quedar luego estupefactos y maravillados de la discreción y omnipresencia de nuestro Dios.

Cuando escuchaba a los desdichados, yo, el sembrador solitario, tenía la sensación de que no solo estaba haciendo lo que Dios quería, sino que nunca como entonces —mientras les escuchaba— me había parecido tanto a mi Señor. Sí, porque escuchar, escuchar sin más, sin aconsejar o amonestar, sin orientar, sin llegar a conclusión alguna, solo escuchar es lo que Dios hace preferentemente con los hombres. Cuando llegaba con aquellos pobres a una actitud así, tan pura, me sentía como tiene que sentirse el propio Dios.

Si he llegado a ser un buen oyente de los pobres es porque Dios me ha escuchado mucho, no hay otra razón. Dios no ha hecho a lo largo de mi vida otra cosa que escucharme, de tal modo que algo he tenido que aprender de Su actitud.

El cambio que se había operado en mí, lo que posibilitó que escuchara de verdad, fue que, finalmente, yo era un pobre como ellos. Seguía siendo el extranjero, por supuesto; pero también era ya casi un oriundo: un tuareg. Comencé por aprenderme el nombre de las estrellas, como ellos, sabedor de que el cielo de Oriente contiene un número de estrellas mucho mayor que el occidental; caminaba descalzo, como ellos, consciente al fin de la importancia del contacto con la tierra; temía la invasión de los senusistas, como ellos la temían; y hasta reverenciaba al *amenokal* como a mi propio obispo o más. Europa —como a ellos— comenzaba a resultarme lejana.

Años antes había comprendido que sin entender qué decía toda aquella gente tampoco podría amarla, por lo que me determiné a estudiar su idioma. Ahora que ya podía hablarles en su lengua —cosa que, inevitablemente, les hacía mucha gracia—, comprendía que debía estudiar de igual modo su cultura y tradiciones. Fue cuando tomé esta decisión, y mucho más cuando empecé a ponerla en práctica, cuando realmente quise ser uno de ellos: un tuareg. No amamos de verdad algo hasta que no deseamos identificarnos plenamente con ello. Por eso Dios, que tanto amó al mundo, deseó ser humano. Creo que ese deseo Suyo, y su realización, es la mejor prueba que tenemos de Su amor. Dios deseó ser judío; yo, por mi parte, tuareg. Si Francia es mi patria natural, el Sahara es mi patria sobrenatural: el lugar donde Dios me estaba esperando, el puesto donde mi humana esterilidad podría resultar divinamente fecunda.

## 86. POSTRACIONES

La hospitalidad es un paso superior a la limosna, así como la limosna es un paso superior al ayuno y a la oración. Cuando comprendí que la Fragata de Tamanrasset no era mía, sino del pueblo; cuando supe que el verdadero huésped allí no eran ellos sino yo, di ese paso hacia adelante en mi conversión. Acostumbrado a arrodillarme ante la eucaristía, convencido de que ahí estaba el Señor, comencé también a partir de aquellos días a caer de hinojos ante algunas personas, o ante el desolado paisaje del desierto, pues también allí —¡y de qué forma!— descubría la presencia del misterio. La adoración del Santísimo llama a otras adoraciones.

En realidad, tanto más creyentes somos cuanto más motivos encontramos para adorar. La existencia del cristiano es adoración, y adoración es ese gesto por el que nos postramos para mostrar así, con el cuerpo, que reconocemos Su grandeza y nuestra pequeñez.

De modo que tomé la costumbre de inclinarme, y muy profundamente, ante todo aquel con quien me encontrase, en particular ante aquellos que más degradados estaban en su condición social, fuera por alguna desgracia sufrida o por la depravación de sus costumbres. Si me postraba ante el Cristo sacramentado de la sagrada forma, ¿por qué no iba a hacerlo ante ese otro Cristo encarnado que es todo hombre? Veía a un beduino y me postraba, por ejemplo; a un comerciante y me postraba igualmente; a un soldado del ejército francés y me postraba. Me postraba ante los niños; ante las mujeres; ante los enfermos que deliraban por la fiebre en sus tiendas, y a quienes me había propuesto visitar. También me postré ante los muchos desconocidos —pobres o ricos— que llegaban a nosotros en sus caravanas, porque ¿no quería abajarme? Pues ahí estaba ese abajamiento que tanto había buscado. Finalmente era —¡cuánto me había costado!— lo que estaba llamado a ser: un amigo y un servidor.

VISITAR a los enfermos es la mejor de las prácticas cristianas, la más esencial. Por eso mismo, ante los enfermos no me limitaba a inclinar la cabeza —como hacía cuando iba por las calles y me cruzaba con cualquiera—, sino que me postraba rostro en tierra,

como hacen cinco veces al día los devotos del Islam.

En realidad, ante nada nos postramos con tanta justicia como ante otro hombre. Porque para entonces yo sabía bien que cada persona es un templo, quizá sucio por fuera —acaso irreconocible —, pero hermoso y amable por dentro.

Estar con los pobres y enfermos ha sido para mí como leer la palabra de Dios en vivo. A su lado he aprendido que amar es estar atento a lo que no soy yo, a lo que me desubica. Que amar es profundizar en la vulnerabilidad ajena y, así, en la propia. Porque no se trata de huir de la congoja, sino de profundizar en ella; porque no se trata de huir del miedo, sino de mirarlo a la cara.

## 87. La imposición de manos

Hasta que no viví entre los tuareg y hasta que no empecé a escuchar a los más desfavorecidos, no supe del inmenso poder de mis manos, ungidas con los santos óleos de la ordenación. Porque si interceder por alguien es de gran ayuda para aquel por quien se reza, más aún se consigue si al pensamiento unimos el tacto. En realidad, todo sin excepción podría ser curado con la mera imposición de manos. No hay enfermedad, por grave que sea, que se resista al poder de las manos; y no solo de las mías —como es natural—, sino las de cualquiera que decida utilizarlas con este fin benéfico y sanador. Basta imponer las manos durante cierto tiempo y con cierta intención en una zona enferma o dolorida para que esa zona —sea cual sea la causa de su mal— deje de torturar. Desde que descubrí el poder dé mis manos, quise imponérselas a todo el que venía a visitarme; y fue así, inadvertidamente, como empezó mi fama de curandero.

Cuando solo oraba, nadie venía a mí; cuando oraba, escuchaba y tocaba a los enfermos, en cambio, la Fragata empezó a llenarse de la gente del lugar y de otras poblaciones; y tantos fueron los que llegaron a venir que pronto se hizo evidente que mi vida de retiro, en esas condiciones, empezaba a peligrar.

Maravillado yo mismo más incluso que aquellos a quienes

tocaba, empecé a tocarlo todo sin excepción. Me abrumaba el pensamiento de haber gozado de este poder desde siempre y de no haberlo ejercitado nunca. Porque ¡cuántos dolores habría podido evitar! ¡Cuánto sufrimiento habría podido ahorrar! ¿Por qué algo tan sencillo sigue oculto a los hombres?, me pregunto. ¿Por qué si naturalmente nos llevamos las manos allí donde nos duele no las dejamos ahí más tiempo, para que el alivio sea más duradero y completa la curación? La necedad de los hombres —la mía— sigue siendo para mí uno de los misterios más inescrutables, más incluso que el de Dios.

TODO cambió para mí cuando dejé de preocuparme tanto por mi propia santificación y puse el acento, por contrapartida, en la salvación de los demás. Descubrí entonces que no tenía que inventarme medios ascéticos de clase alguna, pues la ascesis me la imponían quienes llamaban a mi puerta con sus necesidades o reclamos. La verdadera ascesis es respuesta al clamor del pueblo. Toda ascesis debe venir dictada siempre y solo por la indigencia ajena. Para que un alma pueda considerarse realmente abandonada debe abandonar toda pretensión, también la de su propia perfección, que es una de las más difíciles de abandonar.

Lo que impulsaba mi acercamiento a los pobres no era mi conmiseración, sino su belleza; cuando les miraba me dejaba impactar por su rostro, en cuyos rasgos distinguía la dignidad oculta de su biografía. Cuando ponía mis manos sobre las suyas, o palpaba su frente y acariciaba sus mejillas, se verificaba el milagro de la comprensión. Mis manos decían entonces lo que mi lengua no acertaba a contar; y sus manos me transmitían lo que su rostro nunca habría logrado transmitirme; de este modo se creaba un instante de comunión, mágico e irrepetible: algo así como el Reino de Dios en esta tierra —pues aquel pobre y yo éramos entonces, misteriosamente, uno—. Los pobres me han enseñado que el único dogma es la carne, que Dios está en la realidad, no en las ideas. Que la realidad, aun en su miseria, es mucho más hermosa que los ideales más sublimes. Así ha sido: el Evangelio no me ha llevado a Dios, sino a la realidad, y ha sido ahí donde he encontrado a Dios.

Claro que al imponer tanto las manos pronto me vi asaltado por

los piojos. Procuré en lo posible desembarazarme de ellos, sobre todo para que no se adhirieran a las vestiduras para la misa, que con este clima se deterioran enseguida; pero procuré de igual modo no afanarme demasiado en esta limpieza, ni temer el contacto con los aborígenes. No temer sus enfermedades, sus alimentos, su falta de higiene, sino todo lo contrario: tocar y, sobre todo, dejarme tocar. Si los autóctonos tenían piojos y eso no los descomponía, ¿por qué habría de descomponerme yo, que quería ser uno de ellos?

Lo único que hay que hacer con un pobre es mirarlo y, de ser posible, escucharlo. Quizá tocarle sea ya mucho pedir, pero en último término eso y solamente eso es lo que necesita. Es muy raro mirar a los pobres, casi nadie lo hace; es rarísimo escucharles; he conocido a muy pocos que inviertan su tiempo en esa escucha; y es prácticamente inverosímil dar con alguien que les toque: nos vence el miedo o la repugnancia. Al tocar a un pobre o a un enfermo se le está diciendo: «No me das asco, no siento miedo ante ti. Tu carne es la mía». Necesitamos de toda una vida para aprender que somos carne, y a veces no basta esa vida, por larga que sea, para aprenderlo. Todos queremos volar, nadie quiere enraizarse. Al estar con los pobres, nunca me rebajé; todo lo contrario: ascendí. Encontrar a un hermano —independientemente de cómo y de quién sea— es siempre ascender en nuestra condición de seres humanos. Los pobres nos recuerdan nuestra pobreza, que es nuestra identidad más profunda. Sus rostros han sido, por ende, como un espejo para mí. Decir que los pobres me han evangelizado significa que es en ellos donde he comprendido quién soy y quién estoy llamado a ser. Además, ningún hombre es simplemente un pobre o un enfermo si se le mira bien.

## 88. El legado de Motylinski

Comenzaba a creer que mi misión en el mundo era escuchar y tocar a los desdichados cuando me llegó una proposición que, como toda buena noticia, fue precedida de una triste: la del fallecimiento del comandante Motylinski, a quien no había visto muchas veces

pero con quien me unía —quizá por nuestro común interés por los beréberes— una amistad basada en la admiración. Motylinski, caído en Constantina, era un erudito que había dedicado buena parte de su vida en el Sahara a un diccionario y a una gramática de la lengua de los tuareg. Laperrine, de la misma edad y promoción, fue quien me sugirió la idea de que continuase su labor. Aunque todos me habían asegurado que pronunciaba el *tamacheq* con extrema corrección, hasta el punto que, de no verme la cara, podría pensarse que quien hablaba era un aborigen, siempre he creído que lo hablo mal, muy mal; y que la expresión con que todos me miran cuando me oyen hablar en esta lengua es la de quien siente esa mezcla entre lástima y ternura que llamamos conmiseración. No obstante, terminé por aceptar este durísimo encargo. Tanto por respeto al legado del investigador Motylinski como por humildad evangélica, decidí que no firmaría ese diccionario con mi propio nombre, sino precisamente con el suyo. Motylinski: una nueva identidad para mi obra científica. La única posteridad a la que aspiro es la de los hermanos y hermanas del Corazón, a quienes espero como un centinela y a quienes confío sostener y alentar mediante esta autobiografía.

La propuesta de Laperrine de hacerme cargo de la ingente obra lingüística comenzada por aquel hombre se apoderó paulatinamente de mí. Había comprobado que la lengua de los tuareg me resultaba cien veces más fácil que el árabe; de hecho, había podido traducir los cuatro evangelios en muy poco tiempo y sin apenas esfuerzo. Así que, tras haber desechado la idea —persuadido de que yo era un evangelizador y no un lexicógrafo o un lingüista—, algo condujo mis pasos a mi escritorio, donde Laperrine, muy hábilmente, había simulado olvidar algunas de las carpetas del difunto Motylinski.

—Aunque solo sea —me había dicho el comandante antes de retirarse—, eche un vistazo a sus legajos y dígame su parecer.

Abrí, pues, aquellas carpetas y —como Laperrine me había rogado— eché una ojeada a las notas con que Motylinski había emborronado varios centenares de páginas, escritas con una caligrafía puntiaguda como no he visto otra. Lo primero que atrajo mi atención fue el orden y la exactitud con que aquel erudito había organizado su trabajo. No hacía falta ser un especialista para darse cuenta de cuáles eran sus fuentes y método, así como del rigor con

que había comenzado su estudio. El conocimiento del idioma y de la cultura tuareg que yo tenía por aquel entonces era ya bueno, muy bueno incluso. Ahora bien, el léxico de Motylinski —y esto ya desde las primeras páginas que cayeron en mis manos— me abrió los secretos más hondos del *tamacheq*, llegando a revelarme algunos de esos misterios del lenguaje que solo se entienden cuando se adentra uno en ellos con la dedicación y el interés propios de un especialista. Por si esto fuera poco, los grafismos del alfabeto tuareg estaban dibujados con auténtico primor. Lo que había motivado a Motylinski en aquella empresa no era solo esa pasión intelectual que mueve a los científicos en sus investigaciones, sino algo más profundo e indescifrable que, a falta de otro nombre, llamaré sencillamente «amor». Sí, amor: aquellas páginas habían sido escritas por puro amor al pueblo y a uno de sus componentes más esenciales, el lenguaje.

No tengo que decir que permanecí durante largas horas fascinado en el estudio de toda aquella documentación. Su lectura no solo no se me hizo árida, sino que me resultó amena y divertida, tal era la inteligente estrategia con que Motylinski lo había dispuesto todo. Cada grafismo, dibujado con suma elegancia con plumilla de tinta china, era una auténtica obra de artesanía: trazos rectos o curvos, límpidos o entrelazados, donde mi alma se perdía como si fuera un complejo laberinto o un exótico jardín.

A cada una de aquellas palabras le ponía un rostro, fuera imaginando cómo me la diría el *amenokal*, o cómo se la diría yo a él, o cómo sonaría, en fin, en los labios de Ouksem o en los de alguno de su pandilla. De este modo, con estas imágenes en mi cabeza, sentí que mi ermita se llenaba de palabras que eran rostros, y que el idioma era al fin lo que Dios siempre quiso que fuera: un lugar de encuentro. ¡Cuántas palabras había en mi ermita! Vagaban por el aire, y yo, como un cazador, las atrapaba como si fueran mariposas.

LAS palabras tuareg, en columnas y en riguroso orden alfabético, invitaban a ser leídas una tras otra, en la sucesión en que habían sido escritas. La tentación de continuar aquella obra brotó cuando descubrí cómo, entre dos de aquellas palabras, Motylinski se había

olvidado de una que yo conocía. Con lo cuidadoso que era, aquel erudito se había saltado una palabra que, naturalmente, quise escribir de inmediato, imitando incluso su caligrafía. Tomé la pluma con este propósito, volví a dejarla sobre la mesa. El gesto, mínimo en sí mismo, era relevante. Lo supe desde ese momento: si escribía entonces la palabra que faltaba, tendría más tarde que escribir otras muchas. No tomé la estilográfica en aquel instante —algo que sí haría después—, pero con mi dedo índice dibujé sobre el papel en blanco los trazos de la palabra que faltaba. Quedé luego con la mirada en el vacío, decidiendo si —como me había aconsejado el comandante— debía aceptar aquel desafío.

Sé que Laperrine vino de nuevo a la Fragata —quién sabe con qué objeto—, pues oí sus pasos y vi su sombra proyectada sobre la arena del suelo. Tenía uno de aquellos legajos en la mano, pero no me di la vuelta. El humo del cigarrillo de Laperrine, su sombra, se extendía por la pared hasta perderse. No oí su respiración, pero tenía la certeza de que era él quien estaba ahí, a pocos pasos. Al verme enfrascado en las carpetas, no me quiso interrumpir. Y se marchó tan silencioso como había venido, dejándome de nuevo a solas con aquella especie de testamento espiritual de Motylinski.

Cada una de las ocho o diez carpetas que había sobre mi escritorio correspondía a una letra; más tarde accedería al resto, que Laperrine conservaba en unas cajas en su oficina. En la última de ellas no había material para el diccionario, sino correspondencia y documentos privados que, obviamente, no leí. También había una colección de fotos en un cuaderno con hojas plastificadas. Vi algunas de aquellas fotos y reconocí en muchas a Motylinski, rodeado a veces de camaradas o subordinados y otras solo. Una de ellas me impactó de modo particular, pues quise ver en las facciones de aquel hombre el rostro mismo de la bondad. Pasé largo rato contemplando aquella imagen, y casi podría decirse que hasta conversé secretamente con ella, tal era la fuerza que encerraba para mí.

—Motylinski —dije entonces, sin saber con exactitud si hablaba con él, conmigo mismo o con Dios.

Sus cejas eran espesas y sus labios finos y agrietados. Tenía las orejas en punta y una arruga partía su frente en dos.

—Motylinski —repetí.

## 89. DICCIONARIO FRANCÉS-*TAMACHEQ*

Ignoro si fue aquel extraño dialogo que ambos mantuvimos en aquella circunstancia —él en su fotografía y yo en mi escritorio— lo que finalmente me condujo a consentir y hasta ilusionarme en ser su continuador; pero sé que al día siguiente, tras una larga noche en que los grafismos *tamacheq* no dejaron de dibujarse en mi cabeza, fui a informar a Laperrine de mi decisión. Encontré al comandante como él me había encontrado la tarde anterior: de espaldas, ante su escritorio. Él reaccionó como yo, no se dio la vuelta. Y así estuvimos ambos largos segundos en un silencio expectante que, finalmente, fue él quien se animó a romper.

—¿Acepta? —me preguntó sin volverse.

—Acepto —respondí, y entonces se incorporó, vino hasta mí y me estrechó calurosamente la mano.

—No se arrepentirá —me aseguró, y fue entonces cuando me mostró las cajas en que se apilaba el resto de las carpetas del investigador.

Asumir la empresa del diccionario francés-*tamacheq* no fue solo para mí el mejor camino para aproximarme al alma de este pueblo —llegando a comprender por este medio mucho de lo que de ningún otro modo habría podido comprender—; no fue solo el medio para hacerme yo mismo un tuareg —pues no hay mejor signo de amor a un pueblo que el riguroso estudio de su lengua—, sino —cómo decirlo…— una extraña vía por la que accedí a un nuevo descubrimiento de mí mismo. Y es que estudiando el *tamacheq* amé más el francés; también y sobre todo porque en las entrañas de cada palabra extranjera descubrí, con el tiempo, la entraña misma del misterio de Cristo, de Quien no en vano se dice que es la palabra: una palabra que se ha hecho visible, audible, palpable y alimento como carne e historia. En efecto, la revelación está en el lenguaje; la revelación es el lenguaje. Sí, las palabras están preñadas, y únicamente hay que desentrañarlas con amor —sin amor no vale— para asistir a su alumbramiento, que siempre es el de la verdad.

En la labor del diccionario no me descubrí a mí mismo simplemente porque recuperara mi vocación de erudito o investigador —enterrada tras mi *Reconocimiento de Marruecos* y ahora felizmente florecida—, sino que accedí a un nuevo Foucauld,

por así decir, gracias a Motylinski mismo, quien a lo largo de todos estos años de trabajo lingüístico me ha acompañado misteriosamente desde su fotografía. Motylinski, su espíritu, estaba conmigo: él me conducía al escritorio; él guiaba discretamente mi pluma.

Estoy convencido de que el culto a la personalidad que implica toda firma —y hasta el mismo acto de firmar— es casi lo único que pervierte el trabajo artístico, científico o intelectual. Pero esta no es la razón por la que en este monumental trabajo no deba constar mi firma. Tras mi decisión de anonimato estaba Motylinski mismo: su memoria, su fantasma. Y es que cuando me sentaba ante las carpetas de su diccionario, yo era… un hombre distinto. Mis labios se me antojaban más finos cuando escrutaba aquellos legajos; mis cejas más espesas; mis orejas —también ellas se transformaban— más puntiagudas. Y en mi frente aparecía, cuando encendía la candela, una arruga que me la dividía en dos, signo seguramente de mi concentración. Cuando tomaba la pluma y comenzaba a dibujar los bellos grafismos tuareg, me parecía como si fuese el propio Motylinski quien movía mi mano. Sí, era él quien estaba detrás del esmero y tesón con que trabajaba; y él quien me había elegido para que fuese su continuador, albacea y legatario universal.

DECÍA Ibn al-Mugaffa que el arte de la caligrafía otorga al príncipe el sentido de la belleza, al rico la idea de la perfección y al pobre el sentimiento de la riqueza. No se equivocaba: en mi escritorio y frente a todos aquellos papeles me sentía como un auténtico príncipe. Así que, como siempre a lo largo de mi vida, una vez más yo era una especie de impostor. Porque con aquel diccionario entre mis manos no era ya un explorador disfrazado de judío o un pobre buscador de Dios con el hábito trapense; no era un falso jardinero o un militar sin vocación, sino que era un lexicógrafo camuflado: una nueva identidad —¡una más!— para el viejo vizconde de Foucauld.

## 90. EL LEXICÓGRAFO Y LOS NIÑOS

Durante mi trabajo lingüístico —que ejercí a razón de casi once horas al día— era constantemente interrumpido por los pobres que querían ser escuchados, por los enfermos, que querían que les tocase, o por los niños, que querían que jugase con ellos. ¡Pero cómo se puede trabajar así!, me lamentaba a cada rato; y me parecía que no había erudición posible en las condiciones en que había elegido vivir. Observé, sin embargo, que cuanto más me distraían las visitas, mayor era paradójicamente el rendimiento intelectual de mi jornada. Y que los escasísimos días en que apenas era interrumpido, en cambio, ¡solo conseguía avanzar unas pocas páginas! Un trabajo científico, como uno artístico o literario, hay que realizarlo en condiciones adversas; así es mejor. La mayoría de los artistas y escritores no lo sabe, y de ahí que tantas de sus vidas sean estériles o baldías.

Una de las grandes contradicciones de mi vida ha sido la necesidad de evangelizar y, al tiempo, en el mismo movimiento, la de callar y limitarme a la contemplación. He acuñado por eso la fórmula «gritar en silencio»: creo que eso define bien mi modo de evangelizar. Resulta extraño que hable tanto de la evangelización sin palabras cuando a lo largo de mi vida son millones las palabras que he llegado a escribir, en particular sobre la Biblia. Entre los años 1898 y 1901, por ejemplo, escribí más de quince mil cuartillas. Claro que lo hacía para no quedarme dormido en la oración, por lo que debo decir que la pluma fue para mí algo así como un arma de combate. En el caso del diccionario, luché contra viento y marea, pues todo parecía confabularse para que no lo escribiera. Algunas de sus páginas me eran arrebatadas a veces por los niños.

—Vete a jugar con el morabito —les decían sus madres a menudo.

Así que pasaba de ser un investigador a tener que comportarme como su niñera o como un asistente social.

Lo primero que hacía con todos aquellos niños era reír y enseñarles mis feos dientes. El desenfado con que les mostraba mi dentadura suscitaba a menudo su hilaridad.

De los niños aprendí mucho en aquellos días, pues no en vano dice el Evangelio que a quienes son como ellos pertenece el Reino de los Cielos. Aprendí a jugar, por ejemplo, lo que es algo muy serio; y a perder el tiempo, lo que para mí había sido siempre poco

menos que un pecado mortal. Aprendí a apartarme del diccionario, que empezaba a convertirse en una auténtica obsesión.

Los niños tuareg son mucho más felices que los franceses: no les hace falta casi nada para reír y entretenerse; tienen imaginación y se sumergen en los juegos con una concentración envidiable y total. Discutían mucho sobre las hazañas guerreras que llevarían a cabo cuando fuesen mayores, y quedaban mudos y hasta petrificados cuando aparecía ante ellos la gigante sombra del *amenokal* Moussa. Casi siempre vociferaban y correteaban por el *bjord*. Les oía llegar porque irrumpían gritando: «¡Extranjero, extranjero!». El extranjero: esa ha sido siempre mi condición en el Hoggar. Y mi condición en el mundo y hasta en la Iglesia. Y es que yo, en sociedad, solo estoy a gusto como vagabundo: no tener una residencia fija, recibirlo todo de los demás, vivir cada día como una inesperada novedad… Soy un extraño para todos, pero es que no creo que se pueda ser cristiano sin esta sensación de perpetua y profunda extrañeza. No he querido ser diferente, pero no he podido por menos de serlo. La diferencia que no está alentada por el deseo de singularizarse es el único camino que conduce, como una flecha, a la propia identidad.

GUIADO por el afán de conocer la cultura tuareg, y como desembocadura natural de mi trabajo en el diccionario, ya en 1910 había coleccionado más de seis mil versos de las leyendas y poesías de este pueblo. Para hacerme con esas leyendas y poesías, tanto de autores famosos como desconocidos, prometí a quien me las contara un pequeño salario, casi irrisorio. Aquello fue el cebo perfecto para gentes que carecían de todo, pues mi carpa se llenó de pronto de una muchedumbre de nativos. «Tengo mi ermita llena de poesías», me dije; y tantas eran que tuve que preguntarme si algunas no serían falsas. Atraídos por el señuelo de los cinco céntimos por poema, no podía descartar que más de uno se hubiera aventurado en el improvisado oficio de poeta. Por mi parte, estaba dispuesto a arrancar aquel tesoro cultural de un olvido de siglos. Quería que esas historias y poemas llegaran a cualquier lugar, y que gozaran de la vida propia de los libros.

Este patrimonio literario fue lo que erradicó definitivamente de mi corazón mis ridículas ínfulas de maestro, haciendo de mí ese

discípulo y amigo del pueblo que debe ser todo evangelizador. Ya en 1907 dejé de hablar de evangelización y empecé a hablar de amistad. La evangelización estaba como telón de fondo, por supuesto, pero mi trabajo —ser amigo de todos— sería algo así como su preparación remota y necesaria. No es posible evangelizar a nadie del que antes no te hayas hecho amigo. Pero la amistad es un ideal en sí mismo, de modo que no debe ser instrumentalizada con otro fin. De mi celo evangelizador pasé a la estrategia de ser amigo para evangelizar, y de ahí a la amistad en sí misma, y así fue como recibí el Evangelio que pretendía predicar. Porque no se puede evangelizar sin antes ser evangelizado; y porque no hay dar que sea meritorio si, al tiempo, no se sabe recibir. La amistad es el mejor modo de evangelización, pero de uno mismo en primer término. Evangelizar, además, no consiste en dar a alguien lo que no tiene, sino en permitir que sea él o ella quien lo descubra por medio tuyo.

La dificultad de ser amigo de alguien radica en que no se debe tener sobre el amigo ninguna pretensión. De modo que tuve que cancelar mis pretensiones, y solo así —pobre— ir con lo que yo era a los pobres. Los pobres nos evangelizan: esta es la principal lección que todo misionero aprende tarde o temprano en la misión. Todo lo demás es proselitismo, no apostolado. El verdadero apostolado cristiano solo se hace desde la debilidad, nunca desde la fuerza. Por elemental que esto parezca, a mí me costó sudor y sangre aprenderlo.

## 91. Todos los nombres

En mi afán por recapitular en la oración a todos los niños que me habían interrumpido durante mi trabajo matutino y a todos los desdichados a quienes había escuchado y tocado por la tarde —para luego presentarlos a Dios e interceder por ellos—, tomé la costumbre, como si su número no fuera ya numeroso de por sí, de hacer memoria de otros hombres y mujeres que habían poblado mi vida en otras etapas y que, aunque ya no estuvieran a mi lado, la

seguían poblando. Trece fueron los principales nombres y rostros que me vinieron entonces a las mientes y al corazón: el coronel Morlet, que me educó; mi prima Marie, a quien quise como a nadie en el mundo; mi malogrado camarada De Morès, con quien compartí mis confusos años de cadete; Mimí, una prostituta a quien maltraté y abandoné en un puerto para alistarme; Oscar MacCarthy, un irlandés bibliotecario y conservador de museo; Marguerite Titre, mi prometida; el judío Mardoqueo, mi guía en mi expedición a Marruecos; el abate Huvelin, mi confesor y director de conciencia; el comandante Laperrine, responsable de mi actual asentamiento en el Hoggar; el hermanito Michel, mi único y fallido compañero en el Sahara; Ouksem, un niño que ha llegado a ser para mí como un hijo; Moussa Ag Amastane, jefe *amenokal*; y, en fin, Motylinski, un hombre a quien prácticamente solo he conocido a través de su obra científica.

He recomendado muchas veces que cada cual elabore su propia lista de los nombres con que Dios le ha querido ayudar; comprobará así que cada una de esas personas surgió en la época precisa, ni antes ni después; que cada una llevaba consigo lo que él necesitaba, solo eso; y que todos, cada cual a su modo, traía algo del Dios que los había enviado.

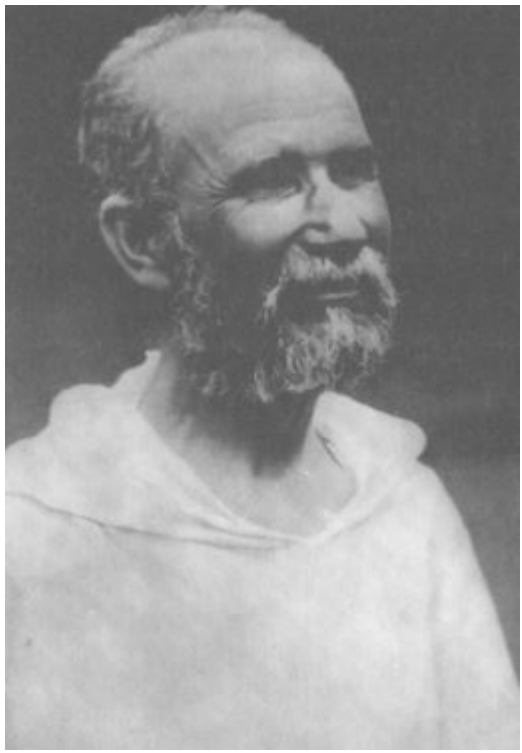
De la suma de todos esos dones, y de la reconstrucción de las facetas divinas que cada uno representaba para mí, obtuve algo así como un rostro único y muy parecido —o eso estimo— al del propio Dios. Sí, Dios es la suma y quintaesencia de los mejores hombres y mujeres que he conocido. Tiene la ternura de mi prima Marie, por ejemplo; pero también la fidelidad de mi camarada De Morès. Tiene la nobleza del *amenokal* y la lucidez de Huvelin, la firmeza de Laperrine, el comandante, y —¿por qué no decirlo?— la belleza y desvalimiento de Eugénie, Marguerite o Mimí, las mujeres que me amaron. Me emociono al comprobar cómo se me ha ido revelando el rostro de Dios en el de mis semejantes. Me conmueve ver cómo se ha camuflado Dios en todos ellos: cómo no le ha importado ser para mí un viejo, un extranjero, una prostituta… ¿Por qué comprendemos a Dios —cuando le comprendemos— solo en la retrospectiva? Dios es hoy coronel y mañana prima u hospedera; hoy es amante y mañana niño o jefe indígena. Hoy es un guía judío y mañana un flamante oficial del ejército francés. Me

pregunto si también yo habré sido, alguna vez, para alguien, el rostro de algún Dios.

El prójimo, todo prójimo, ha dejado de ser para mí destinatario de mi acción y ha pasado a convertirse en un hermano. El otro no es ya alguien que tenga que recibir algo de mí, sino alguien con quien compartir lo que soy: mi pobre humanidad. La amistad tiene un valor apostólico aun cuando no haya anuncio; quizá sobre todo cuando no lo hay o no puede haberlo. No hay mejor modo de predicar a Jesucristo que la amistad. El amigo busca el bien del amigo y se alegra cuando este lo encuentra, aunque sea sin su mediación. Solo se quiere a un amigo cuando se acepta que es diferente a quien yo soy y a quien me gustaría que él fuera. Quizá no haya hecho demasiado en mi vida, pero he tenido buenos amigos. En el Cielo —estoy seguro—, cuando llegue mi hora —sí, lo estoy viendo—, serán ellos quienes me abran la puerta y allí, en el umbral, me den la bienvenida.

# VIII
# ILUMINACIÓN

## El místico itinerante



Yo soy el vaso. De Dios es la bebida. Y Dios el sediento.

(DAG HAMMARSKJÖLD).

Dentro de mí hay un pozo muy profundo,
y allí está Dios.

(ETTY HILLESUM).

Ve a decir a mis amigos que me he embarcado hacia el Gran Mar y
que mi barca se rompe.

(AL-HALLAY).

## 92. El don de la escritura

Hijos míos: no he escrito sobre mí para agrandar mi figura —algo contra lo que he luchado toda mi vida—, sino para servir de acicate a quienes, movidos por un impulso similar al mío, quieran hacer de sus vidas una decidida conquista de la libertad. Accedí a escribir esta autobiografía por insistencia de mi confesor.

—Escriba qué ha vivido y cómo —me instó Huvelin, invitándome a que superara mis muchas reservas y escrúpulos.

El santo abate creía que mi labor evangelizadora iba a realizarla con vosotros, mis hijos e hijas occidentales, mucho más que con los tuareg.

—Es lo mejor que puede hacer por su pía Unión —me escribió en su última carta—. Porque ¿quién como usted ha sido vizconde, cadete, explorador, geógrafo, converso, monje, criado, misionero, profeta, lexicógrafo, amigo, padre y hermano? —decía para concluir.

Por culpa de tres viajes que realicé a Francia, de los años 11 al 13 no encontré el momento para sentarme a escribir y cumplir con la gravosa penitencia que me había impuesto. Los años 1914 y 1915 los dediqué casi íntegramente a ultimar el diccionario de Motylinski, con cuyo nombre hemos bautizado un fortín que hemos construido en Tamanrasset para defendernos de posibles ataques senusistas. Así que la culminación de esta obra científica se ha retrasado más de lo previsto, aunque por fortuna estoy ya cerca de ponerle su punto final.

El 1 de enero del año en curso, 1916, supe que no podía dilatar más el compromiso que había adquirido ante el abate. Preveía entonces —y hoy con más motivo— que mi final era inminente, de modo que me dispuse a relatar, contra mi gusto, cómo Dios me ha sido fiel en medio de mi manifiesta infidelidad. Fue al ponerme a repasar mi vida, en esta hora postrera, cuando me di cuenta de lo mal que he respondido a las insinuaciones divinas. Pero no desdeño al que fui, por perverso y estúpido que pudiera llegar a ser en mis

años de mocedad. Al parecer, como buena parte de los humanos, necesitaba hacer un esbozo o borrador conmigo mismo antes de dar con el ejemplar definitivo. Pero ahora agradezco mis pecados y torpezas de juventud, mi atolondramiento y avidez. Porque cuanto peor he respondido, mejores han sido los caminos que Él me ha abierto. Dios consigue que nuestros caminos equivocados pasen a ser certeros: Él es Aquel que logra que todos los caminos —aun los más tortuosos— terminen por ser el Suyo.

Comencé entonces, a raíz de la escritura de estas memorias, a agradecer mis pecados y defectos, pues entendí que Dios los había permitido para mi bien. Agradecer lo que no se comprende es casi lo más grande que puede dar la fe. La fe es una aventura, no comprendo cómo puede vivir un creyente sin este talante de aventurero. Y en mi vida de aventurero, como en la de todo cristiano auténtico, la soledad ha ido haciéndose mayor conforme he ido envejeciendo. Ahora estoy mucho más solo que hace un año, y muchísimo más que hace diez o veinte. Pero también el sentimiento de estar íntimamente acompañado ha crecido: ahora, por ejemplo, con cincuenta y ocho años cumplidos, extiendo la mano, palpo el aire que me rodea y sé que —a mi modo— he acariciado a Dios. Sí, somos lo que oramos. El grado de nuestra fe es exactamente el de nuestra oración; pero también la fuerza de nuestra esperanza, la de nuestro amor, es la fuerza de nuestra oración. En realidad, no hay mejor termómetro del valor real de la vida de un hombre que la calidad de su oración.

Cuanto más he mirado mi vida —lo que es tanto como decir cuanto más he orado—, más evidente me ha resultado que nada ha sido realmente insignificante. Creo que ser creyente significa descubrir que nada es casual y que nada va a perderse. Sé que ninguno de mis esfuerzos por imitar a Jesús ha caído en saco roto: que todo lo ha aprovechado el Señor; que en el Cielo hay una especie de banco donde se amontonan los afanes de los creyentes en su intento por acercarse a Dios, y que Él, como un banquero solícito, no nos los devuelve como nosotros se los pedimos, sino multiplicados y cuando lo estima más oportuno. Me consuela mucho pensar que ninguno de mis esfuerzos se ha perdido; y todavía más me consuela esta fe que tengo en que Dios, como todo enamorado, colecciona y acaricia todos nuestros gestos de amor.

Nunca se piensa lo suficiente en lo extraordinario que es ser amados por Dios. A veces he pensado que nunca ha habido en el mundo alguien tan acompañado como yo; si la gente supiera lo acompañado que me siento, me envidiarían como envidia a quienes se aman alguien que ha perdido un amor.

A VECES, tras una o dos horas escribiendo *El olvido de sí*, que es como Huvelin me aconsejó que titulara el libro que estoy a punto de concluir, he colocado las hojas recién escritas a la puerta de mi *bjord* con el propósito de que, si no eran las que Dios quería que escribiera, el viento se las llevara. He visto muchas de mis hojas volar por el desierto, como pájaros; y hasta me ha parecido que era el propio Dios, o alguno de sus ángeles, quien se las llevaba.

Ahora sé que no he escrito esta autobiografía solo por obedecer a mi venerado Huvelin; ahora sé que escribo para contar al mundo que he sido amado con un Amor incomprensible y sobrehumano. Escribo porque me sé amado, ninguna otra razón justifica mi escritura y, todavía más, ninguna otra razón —creo— debería impulsar eso que llamamos literatura. A lo largo de mi vida he escrito tanto, y con tanto ímpetu, que escribir y amar han llegado a ser para mí lo mismo. Ya no me preocupa si lo que escribo es hermoso o profundo; solo si soy sincero al escribirlo y, por tanto, si en las palabras que emborrono hay algo y cuánto de mí. Sé que cuando me digo, de algún modo —del único posible— digo al propio Dios. Y esta es la razón por la que el don de escribir es tan maravilloso.

## 93. FINAL DE LAS MEMORIAS

Como un río, rápido y turbulento o lento y calmo, mi vida ha estado siempre en movimiento; no me he detenido nunca, y ahora estoy cansado. Si veo mi vida como un río, percibo lo hermosa que ha sido; pero si me zambullo en ese río y abro los ojos bajo el agua, ¡ah, entonces ese mismo río visto desde fuera no es nada, nada!

Preveo que se acerca el término de esta autobiografía, pues en la narración de las turbulencias y los remansos de ese río que es toda vida estoy ya muy cerca del momento actual. Estas líneas las escribo a 1395 metros de altura, desde un macizo del alto Atlas, conocido como El Assekrem, a donde he venido para descansar. Porque el frecuente trato con los pobres me fatiga muchísimo; quizá no haya nada que me agote tanto como la convivencia con los necesitados.

En estas montañas veo con toda claridad que la meta de mi vida, que no es otra sino Dios, ha dejado de preocuparme por la sencilla razón de que a Dios me lo encuentro a diario en el camino mismo. Dios no me preocupa; me preocupa el camino que me conduce a Él, es decir, la oración y el ayuno, a los que he dedicado las primeras páginas de estas memorias, así como la limosna y la hospitalidad, a las que he dedicado las últimas. Antes pensaba que era al término de mi oración, de mi limosna y de mi ayuno cuando me encontraría con Dios; con el tiempo he ido descubriendo que era en la oración, en la limosna y en el ayuno mismos donde Dios me esperaba. Todos nos ahorraríamos muchas tribulaciones si comprendiéramos esta verdad tan elemental: que Dios no está al final de la búsqueda, sino en la búsqueda misma.

Los errores en esa búsqueda comienzan cuando uno sale de su casa. Con mucho hubiera preferido quedarme en Francia y no viajar a Marruecos, al Hoggar o a Tierra Santa. Porque todos los viajes me han cambiado y porque los hombres, en general, preferimos no cambiar. Junto a la infinitud de molestias prácticas que todo viaje comporta, mi resistencia interna a los mismos se ha cifrado, fundamentalmente, en que sabía que no regresaría de ellos siendo el mismo; eso me asustaba, pues no sabía quién sería el que regresaría entonces. Por no saber, ni siquiera sabía si llegaría a regresar. Y uno siempre quiere volver: para contar lo que ha vivido y para no perder nada de lo que éramos antes de partir.

Estoy convencido de que los grandes viajeros de la historia han sido temperamentalmente sedentarios, y presumo que también puede decirse lo contrario: que los grandes sedentarios de la historia han sido por dentro viajeros incorregibles.

Más allá de los desplazamientos externos, lo molesto de todo viaje han sido para mí, siempre, los desplazamientos internos que

esos desplazamientos externos parecen provocar. Haber viajado muchísimo en la vida, como es mi caso, solo significa que he tenido que dejar espacio a los muchos Foucauld que se me han ido presentando: por lo menos uno nuevo en cada viaje, si no dos.

«¡Otro viaje no, por favor!», rezaba yo al Señor. Pero, evidentemente, había algo más fuerte que mi apetencia natural: esa manía por buscar, por saber quién es uno o por encontrarse con Dios.

De haber podido elegir, sin embargo, me habría quedado con la estabilidad monástica en que di mis primeros pasos. Pero hay una fuerza en mí que me hace peregrino, aunque sea interior. Hay algo o alguien en mí que no se conforma con lo que tiene, y que me impulsa a salir. Voy de una parte a otra a mi pesar: soy sedentario por naturaleza, pero nómada por vocación.

Entre otros factores, esto ha hecho que mi vida haya resultado particularmente dramática. Este dramatismo se acentúa porque no soy solo un místico o un asceta, sino también un dibujante y un escritor de cartas, un misionero y un monje, y un patriota que traiciona a su patria, y un cristiano y un musulmán… En suma, que hoy puedo decir que cuanto más lejos he ido, más rostros de Dios he encontrado y… ¿puede sorprender entonces que mi vida haya sido una continua peregrinación?

UNA de las razones por las que he escrito este libro ha sido precisamente para advertir al mundo que siempre he sido muy pequeño. En realidad, soy infinitamente más pequeño de lo que nunca haya conseguido ser. Toda mi vida he intentado acercarme a lo que soy, un ser diminuto e insignificante; y ahora que mi carrera está a punto de concluir constato que todavía estoy lejos de mi auténtica pequeñez. El Sahara es un espacio tan grande que todo hombre debe sentirse aquí necesariamente pequeño: por eso vivo en este lugar. El Sahara es el espacio donde el hombre capta mejor su verdadero tamaño. Asusta ser tan pequeño, pero al mismo tiempo emociona.

No es posible acceder a la verdad sin humildad; la humildad es la puerta de la verdad. Todo se comprende desde abajo, solo desde abajo: esta es la sabiduría a la que he llegado. ¡Si los filósofos

entendieran esto! Lo sabio no es subir, sino bajar, puesto que el lugar más bajo es siempre el más universal. Nos vamos quedando progresivamente más solos conforme subimos. Me ha costado mucho entender que no tengo que ser nada, puesto que ya lo soy; que el proceso por el que debía encaminarme no consistía en añadir experiencias o conocimientos para llegar a ser, sino precisamente en quitarlas para llegar a descubrir a quien ya era y a quien durante tanto tiempo había ignorado. Según he comprendido, estos son los dos presupuestos básicos con que se puede vivir: yo no soy y tengo que sumar para poder ser; yo ya soy y tengo que restar para descubrirlo. Quizá haya alguien a quien sirva esta anotación.

Cuando he profundizado en mí mismo he descubierto que soy, fundamentalmente, angustia y egocentrismo. Esto no me gusta y, por eso, he pasado mucho tiempo tratando de ocultármelo. Toda nuestra vida suele ser, a menudo, un simple encubrimiento de la verdad. Por eso tantas personas se dedican a divertirse, por eso no quieren parar. El hombre odia la verdad porque le descubre tal cual es. Los beneficios que nos proporciona cualquier cosa son agradables cuando pensamos que, en cierta medida, podemos corresponder. Pero la verdad es un obsequio excesivo. Nos quema la vida cuando vemos la verdad, y no queremos quemarnos.

La clave para amar la verdad es también la humildad. Pero la humildad es un don, lo que significa que puede uno ponerse a tiro de ella, y hasta sufrir por ella, pero no se puede conquistar. No hay que conquistar ni merecer el amor; solo recibirlo. La humildad supone un trabajo de purificación para no extraviarse en el propio yo.

¡Y pensar que nunca he sabido a fe cierta qué era realmente lo mejor para mí! Ahora rezo para no saber qué es lo que Dios quiere de mí, y para que desde ese no saber —desde este estado de perdición interior— sea Él y solo Él quien me conduzca adonde quiera. Y así es como he terminado en las montañas del Assekrem.

Todavía hoy, sin embargo, sigo ignorando por qué hay que viajar tanto para saber quiénes somos. Todo es profundamente elemental; la vida es mucho más sencilla de lo que creemos cuando somos jóvenes. La vida es levantarse por la mañana y rezar; trabajar; comer; acostarse por las noches; saludar a los vecinos; pasear… La vida es cantar una melodía que recordamos;

sorprenderse de que salga el sol o de que se ponga; dormir; soñar… Todo está bien. No hay que luchar, solo vivir. Vivir: esa es la cuestión. Y dejarnos envejecer. Y luego, finalmente, apagar la luz.

## 94. El viento del Assekrem

Quien no haya visto la altiplanicie del Assekrem nunca podrá hacerse cargo de este paisaje lunar por mucho que se lo explique. Aquí se tiene la impresión de estar fuera de la tierra, en otro mundo. Desde que vi estas montañas supe que ya nunca iría más lejos y que aquel iba a ser mi viaje definitivo y mi último lugar. Había encontrado mi patria definitiva: el escenario perfecto para desaparecer. Si en nuestro planeta hubiera un gran agujero, ese agujero sería el Assekrem. El Assekrem es, en este sentido, un espejo de lo que he sido y deseo ser. La erosión eólica con que el tiempo ha modelado estas rocas es el mejor espejo de esa otra misteriosa erosión con que Dios ha erosionado mi alma, dura también como una roca. Así que el Assekrem es como el paisaje para después de una guerra o, mejor, como el paisaje que hubo antes de la Creación: de donde Dios sacó los continentes y los mares. Aquí es como si uno fuera el primer hombre del mundo, el último. Como si no hubiera existido jamás otra cosa que el silencio y ese cielo rojo que parece que va a prender fuego a la tierra cada atardecer. En estas alturas, los atardeceres nunca han dejado de emocionarme. Porque es al atardecer cuando el viento del Assekrem, diferente a cualquier otro, comienza a soplar.

El mismo viento que ahora me ha conducido al silencio y la soledad de estas rocas fue el que me llevó hace ya unos ocho años a los desdichados de Tamanrasset. No eran vientos contrapuestos, sino la misma y única llamada. Quizá es que solo sepa estar con los hombres quien antes ha estado solo; y únicamente solo aquel que antes haya sabido estar con los demás. Es probable que las llamadas a la soledad y a la comunión sean la misma, y que solo los grandes solitarios conozcan el verdadero valor de la fraternidad. ¡Toda mi vida queriendo ser ermitaño para acabar soñando con fundar una

fraternidad! Pero es que la fraternidad universal es, según ahora intuyo, la cima de la mística cristiana: no el primer escalón, sino el último. «El hermano universal»: así es como han empezado a llamarme los tuareg. ¡Ojalá pueda haber en esta expresión, que tanto me gusta, algo de verdad!

El mundo está en guerra y yo aquí, escribiendo, leyendo y rezando en la formidable soledad de estas montañas. Allá, en Europa, suenan los disparos y las explosiones; aquí, en él alto Atlas, suena un silencio ensordecedor. He venido a esta cueva unos días para beber un poco de este silencio tan inconmensurable. Percibo cómo se limpia mi mirada cuando estoy aquí, seguramente el punto más alto del globo en el que algún ermitaño europeo haya vivido jamás; pero sé que mi sitio está con el pueblo, y a él regresaré para vivir la guerra a su lado, codo con codo.

## 95. La caverna

Aunque todo es aquí muy seco e inhóspito y el color de los follajes es neutro y apagado, la grandiosidad de las montañas confiere al valle un aspecto inolvidable, en particular cuando el sol colorea los picos de tintes rosados. El aire es de una pureza total, casi duele respirarlo. «Debo encontrar enseguida un agujero para vivir, una gruta», me dije al comprender que ni los animales podrían adaptarse al Assekrem, tal es el calor asfixiante que azota al mediodía y el frío de las noches. «Aquí no soy nadie —me dije también—, por fin no soy nadie y únicamente Dios podrá encontrarme».

Al divisar las sierras, recortándose en el cielo, supe que lo apuntaban invitándome a dirigir la vista a él. En esta circunstancia de aislamiento y extrañamiento tan totales, me he preguntado por qué he querido subir a esta montaña, si siempre he querido bajar y hacer de mi vida un descendimiento; parece evidente que mi única vía de escape es ahora hacia arriba, hacia lo alto.

Hace unas semanas di con esta cueva desde la que escribo esta página y, cuando el sol empezó a ponerse, me sorprendí a mí mismo

gritando desde su umbral. Quizá gritaba a la espera de algún eco, o acaso para ahondar aún más en mi soledad. Pero no, aquí no hay eco de ninguna clase, de manera que estoy en casa. Luego estuve explorando un poco el paisaje escogido, temeroso de que mis huellas profanasen un espacio tan virgen y salvaje. El Assekrem no me rechazó, le debo estar agradecido. Muchos en mi lugar habrían muerto en un territorio así, tal es la adversidad de este clima.

Si no me espera el martirio, quisiera terminar mis días en esta caverna y quedar convertido en un fósil más. Sí, pasaría el resto de mi vida aquí, orando, escribiendo, pensando, paseando, encendiendo una vela y apagándola, leyendo una plegaria y subrayándola, escuchando el silencio —que es lo más digno de escuchar—, calentando mi corazón y fraguando mi alma.

Desde mi gruta en el Assekrem, pienso en los distintos cuartitos —tan distintos y, sin embargo, tan parecidos entre sí— en los que he vivido a lo largo de mis casi sesenta años. ¿Qué tenían en común, por ejemplo, el cuartito en que trabajaba en París en la *rue* de Miromesnil, mientras redactaba mi *Reconocimiento*, con el *bjord* que construí con mis manos, con agua y barro, en las afueras de Tamanrasset? En mi garita de las herramientas, junto al convento de las clarisas, reproduje, sin saberlo, la celda en que viví durante seis años en la Trapa. La nave donde dormía cuando era cadete en Saumur era muy parecida al fortín desde el que he escrito buena parte de estas memorias. Quizá debería haber escrito *El olvido de sí* recorriendo la historia de mis cuartitos, siempre sobrios y pequeños. A un hombre se le conoce por las casas en que vive y por los cuartos en que duerme y trabaja. Ahora que recuerdo muchos lugares en los que viví, pienso que si alguien pudiera verlos se haría una idea bastante ajustada del hombre que he querido ser. En el fondo, siempre he buscado una gruta como esta en que ahora me cobijo.

En cierto modo, mi vocación —y acaso toda vocación, cualquiera— ha sido la búsqueda de un lugar en el mundo. Y no he descansado hasta encontrar este sitio que Él me ha preparado, este *no-lugar*. Soy un ermitaño que por amor al eremitismo…, ¡he tenido que viajar tanto! En medio de estas rocas salvajes, pienso a menudo en las florecillas que san Francisco halló en Asís. ¡Porque estas rocas… son flores para mí, tal es la belleza que esconden! ¡Ah, si hubiera podido parecerme a Francisco! Yo he sido un franciscano de

corazón, pero no he alcanzado su pobreza. Y mucho menos su amor a Dios.

De Dios puedo decir que le he oído rugir en las noches de tormenta en el Assekrem. La primera vez que escuché aquel rugido estaba refugiado en mi cueva y, espantado, di un salto y me escondí tras una roca. Era un rugido prolongado y espantoso que se debilitaba a veces, pero sin llegar nunca a extinguirse completamente; resurgía cuando parecía haber concluido para llegar pocos segundos después a resultar atronador, prácticamente irresistible. En esta cueva, en la soledad más completa y con ese rugido en medio de un cielo rojo, sentí un miedo indescriptible. Era como si el firmamento entero se quejase porque las nubes no pudieran descargar; como si el propio Dios no tuviera en el Assekrem el consuelo de la lluvia, ese llanto divino. Dios rugía y yo, temblando, miraba el cielo desde mi caverna. Jamás como entonces me he sentido tan pequeño. Horas después, el rugido enmudecía; el cielo se abría y los rugidos se me antojaban como el mal recuerdo de una lejana pesadilla.

## 96. El tabernáculo y la puesta del sol

También en el Assekrem he procurado que, como en mi ermita de Beni Abbès, mi jergón esté lo más cerca posible del sagrario. De no haberlo considerado blasfemo, me habría llevado el sagrario a mi cama, convencido como estoy de que la cercanía física del Santísimo me hace un gran bien. Aun cuando sea ignorada, la presencia del sacramento tiene su efecto sobre quien vive cerca o pasa por las inmediaciones. Para mí esta ha sido mi principal tarea evangelizadora en Argelia: llevar a Cristo sacramentado conmigo, ser un teóforo y, así, posibilitar que, misteriosamente, Él haga su obra.

Es cierto que siempre he estado muy atento a mi sagrario, pero no más, seguramente, que cualquier madre lo está a su hijo recién nacido, a cuya cuna acude apenas se mueve o gimotea, o aun sin moverse o gimotear, solo para ver cómo está. Solo se ama aquello a

lo que se presta atención. A los hijos se les quiere infinitamente por la desmesurada atención que se les presta cuando acaban de nacer. El amor que un hijo puede sentir por sus padres —también el nuestro por Dios— es incomparable con el que sus padres sienten por él. Y así es tanto en el orden natural o humano como en el religioso o sobrenatural.

Nunca me llevé el tabernáculo a mi jergón, no me atreví; pero sí que me permití dormir en el rincón que llamé oratorio, a Sus pies. Así que yo era como el perro junto a su amo, o como un pobre esclavito frente a su patrón. Y hablaba con ese Patrón mío como si realmente estuviera dentro de aquella caja, puesto que lo estaba. No hablaba con Él como si estuviera allí espiritual y misteriosamente, sino como si Él fuera un diminuto personajillo que caminara por las brillantes y pulidas paredes del sagrario, puesto que —siendo Dios — no se iba a resbalar y caer. Sentía con frecuencia que Él me miraba: su vista, por ser divina, podía traspasar sin dificultad las paredes de la caja. Así que Dios me seguía con la vista allá donde yo fuera, incluso cuando salía de la caverna. ¡Cuánto tiempo sin verte!, le decía al regresar, pese a que le había visto unos minutos antes, pues procuraba que no pasara ni una hora sin hacerle una visita. Sabía que Dios no necesitaba que le probase mi amor; sabía que toda prueba de mi amor por Él no es en definitiva más que una prueba del Suyo por mí. Sin embargo, he vivido y vivo como si mi vida fuera una carrera de amor: una carrera de obstáculos que salto con creciente alegría, pues sé que estoy cada vez más cerca de la meta. Me despierto por la mañana y empieza la carrera. Corro y salto hasta altas horas de la noche, y aun entonces, cuando duermo, sigo corriendo y saltando, según me ha parecido deducir de lo que sueño.

AMO este lugar porque es parco y estéril; lo amo porque, con los ojos de Dios, puedo verlo hermoso y fecundo. Y porque me maravilla que Dios pueda estar esperándome en esta desolación.

Concluida la jornada, no es excepcional que me siente a la puerta de mi gruta para ver atardecer. ¡La puesta de sol es aquí incomparable! Al verla, he pensado más de una vez que era el mismo Dios quien caía con aquel sol; y que era el mundo entero lo

que se me estaba regalando en aquel atardecer. Al declinar el día reina aquí un silencio tal que he pensado que podría llegar a morirme de silencio, que el silencio puede ser un arma mortal.

Tengo la impresión de que cuanto más rico es alguien por dentro, tanto más silencioso es. Que el silencio es la manifestación más elocuente de un estado interior fecundo; y que el ruido, en cambio, es el terrorismo más eficaz contra el alma. No solo me refiero al ruido externo, sino sobre todo al interno, ese eco que las cosas generan en nosotros y del que no somos capaces de desprendernos. Toda mi vida la he pasado ejercitándome en escuchar a Dios, y Él, misteriosamente, solo me ha brindado su silencio. Hay quienes piensan que el silencio es la prueba irrefutable de la inexistencia de Dios. Por mi parte, creo exactamente lo contrario: el silencio es su mejor lenguaje: la perfecta demostración de la libertad que nos concede y, por ello, de su inmenso amor.

Queridos hijos, queridas hijas: los contemplativos no son silenciosos por temperamento o carácter, sino por concentración y recogimiento. Y a concentrarse o recogerse se aprende respirando, solo así. La razón suele agrandar un problema; la respiración, en cambio, suele empequeñecerlo. Al respirar bien se comprende que ningún silencio auténtico consiste simplemente en callar, sino en callar para que la palabra pueda ser escuchada y para que así, escuchada, pueda dar sus frutos.

El simple mutismo es el hijo más pobre del silencio; por eso, quien diga que silencio y lenguaje son términos opuestos no sabe, ciertamente, qué es el lenguaje y mucho menos todavía qué es el silencio. La eficacia de una palabra depende del silencio del que proviene y al que aboca. Una palabra que no culmine en silencio ni siquiera puede ser tomada como tal. Más que romper el silencio, las palabras auténticas abren a él. Una palabra que no ayude a callar no es buena, como no lo es un silencio que no invite a más silencio. ¡Ah, si supiéramos hasta qué punto ofende la Verdad cualquier palabra inútil! ¡Si supiéramos que el silencio suele ser expresión de amor porque es una de las formas más perfectas del pudor!

En la silenciosa puesta de sol de ayer, en el Assekrem, Dios estaba en el capricho de las nubes, en el incendio de los astros, en la luz y en la oscuridad, en el lento apagarse de las cosas. «¡Dios, Dios!», exclamaba yo, y lloraba de emoción. Lloraba porque nadie

en el mundo veía aquel atardecer más que yo; lloraba porque aquel espectáculo privado se repetía cada día, cada noche, y porque había hombres y mujeres que nunca lo habían visto ni podrían verlo jamás. Lloraba porque nunca llegaría a amarle como Él me ama.

Cuando el sol estuvo a punto de ocultarse, corrí al interior de la ermita. Y también el tabernáculo me pareció entonces muy hermoso, tanto al menos como la puesta de sol, a la que repentinamente eché de menos, por lo que corrí de nuevo al exterior. Sí, allí estaba el sol todavía: me había esperado; pero entonces eché de menos al tabernáculo —donde también se escondía Dios—, y de nuevo corrí hasta él, y ahí estaba, sí, esperándome. Pues así he pasado muchas de las tardes en el Assekrem, corriendo del sol al tabernáculo y del tabernáculo al sol, sin saber con qué Dios quedarme y gozando en mis carreras de los dos.

## 97. La revelación de los objetos

Al poco de regresar a Tamanrasset, tras un largo periodo en el Assekrem, asistí a lo que denominé «la revelación de los objetos», y en especial de los más cotidianos y banales. Una azada, por ejemplo, o unas tijeras. Nunca hasta entonces había reparado en el misterio de una azada o en el de unas tijeras. En su aparente sencillez, vi cómo las tijeras o la azada eran instrumentos muy preciosos y perfectos, y tanto en su materialidad y forma física cuanto en su finalidad de cavar o recortar. En la cuchara, otro ejemplo, veía en primer lugar la perfección de la cuchara misma; luego la perfección de la materia, tan sublimemente concentrada en ese objeto; por último, en fin, veía el universo entero, que en ese momento y en esa cuchara se me ofrecía completamente y sin ninguna pretensión. Las cosas no quieren nada de nosotros: están, son. Pues así es también Dios, concluí: Aquel que está, Aquel que es, Aquel que se nos brinda en todo y en todos. Creer en Dios no te saca del mundo, sino que te introduce amorosamente en él. Dios está de tal modo en lo más cotidiano y elemental que estoy tentado

a decir que Dios es lo cotidiano y elemental.

Podría hablar del rastrillo, de la cuerda, de las semillas… Más allá de lo que puede haber escrito o dibujado en él, otro ejemplo, por su propia condición —blanco y rectangular—, un papel es… sencillamente maravilloso. Pero no es una maravilla que compita contra la de una sábana —arrugada o no—, o contra la de un simple tenedor, que una tarde contemplé durante largo rato como si fuera un auténtico fenómeno de la técnica y de la civilización. Sé que suena exagerado, pero mentiría si no dijera que en todo objeto —en cualquiera— nos espera una revelación. Es milagroso que existan las puertas, y que pueda uno abrirlas o cerrarlas, dando así paso al misterio de la comunicación y al de la intimidad. Es milagroso que existan las frutas y los cereales, los granos de café y los de trigo, que haya un alimento que se llame dátil y que de un árbol pueda nacer, en virtud del trabajo humano, una mesa o un armario. ¡Qué milagro más inconmensurable son las sillas sobre sus cuatro patas, sirviendo constantemente al hombre para que este pueda sentarse! ¡Qué milagro las camisas, el contacto de su tejido en nuestra piel! Y que pueda hacerse de la arcilla un adobe, y que una cabra salte, un pájaro trine, un niño llore y su madre le cante una nana mientras le acuna entre sus brazos. Muchos días en Tamanrasset se me han pasado así, estupefacto ante la maravilla de los objetos que me rodean, silenciosos y útiles, olvidados hasta entonces por la torpeza de mi mirada. Una rueda, por ejemplo, ¿no es preciosa? Un clavito en la pared, ¿no es extraordinario?

La contemplación consiste en mirar la realidad sin violentarla y sin encasillarla desde el ego, sino percibiéndola tal cual es. Cuando esto adviene, se produce la iluminación, dela que solo puedo decir que para mí advino en uno de los momentos más prosaicos de la jornada: mientras hacía la cama. En efecto, había sacudido las sábanas y ahuecado la paja y, mientras lo hacía, segundos antes de que se produjera ese instante memorable en el que fui iluminado, me había ido sintiendo muy bien: con una placidez cálida y desconocida. De haberme pedido Dios que entonces le formulara un deseo, no habría sabido qué contestar. Acaso le habría dicho: «Permíteme que sacuda otra vez las sábanas; déjame que ahueque

de nuevo la paja». Sin embargo, fue cuando concluí de hacer la cama y cuando deposité la almohada en la cabecera el momento en que, sin pedirlo ni esperarlo, se me hizo la luz. Estaba con los brazos en jarras, contemplando la sencilla maestría con que había hecho mi cama y, de pronto, comprendí que todo lo que había buscado a lo largo de mis cincuenta y ocho años estaba ahí, en esa cama. Que lo que había buscado había estado siempre, humildemente, ante mis ojos. La cama era lo que tenía que ser y me agradecía en silencio que la utilizara; ella estaba allí, sin ninguna pretensión, se limitaba a estar y eso parecía ser para ella más que suficiente. Yo estaba maravillado, naturalmente, pero al principio no quise dar crédito a mi estupor.

—¡Así que ahora te escondes en la cama, eh! —le dije a Dios, y continué con las faenas domésticas sin poder evitar, de cuando en cuando, dirigir hacia mi cama miradas arrebatadoras.

## 98. El mesianismo de lo cotidiano

Como anteriormente había hecho con las personas, comencé a partir de ese instante a inclinarme también ante cada uno de los objetos que me disponía a utilizar: el cuchillo y la bandeja, el cepillo, los cordones, las cerillas… Y antes de acostarme, como al levantarme, daba las gracias por lo mucho que poseía y, en particular, por mi cama, que para mí había sido fuente de iluminación. «Gracias, cinturón», decía. «Gracias, hilo de aguja», decía también. «Gracias, escalera y pantalón».

Las cosas, todas las cosas empiezan a existir en la medida en que reparamos en ellas; las cosas llegan a su plenitud cuando las miramos y damos gracias por su existencia. Observar no cansa si al observar no corregimos lo que observamos. Vivir con espíritu de desapego el gozo que todo puede llegar a proporcionar no disminuye ese goce, sino que lo aumenta.

El descubrimiento de la inagotable elocuencia de los objetos es un paso aún superior a la revelación que se esconde también tras cada persona. Porque el misterio del Creador está escondido en las

cosas más secretamente; porque ellas son más humildes y pequeñas; y porque se dejan utilizar, y callan, y no protestan. He tenido que venir a este fin del mundo que es Tamanrasset para asistir a una revelación que podría haber hallado en cualquier punto del planeta: el acero, la lona, el barro, el lino… ¡Ah, la materia! ¡Si los hombres supieran todo el Dios que cabe en un poco de materia!

La meta del hombre, de todo hombre, es la iluminación. La iluminación no es fruto de un trabajo —por sagrado que este pueda ser—, sino el regalo inmerecido por la compasión. Fui iluminado cuando amé a los hermanos; y amé a los hermanos cuando me olvidé de mí. El olvido de sí, ese es el camino: trabajar por el propio aniquilamiento, por la propia desaparición. Curiosamente, el hombre empieza a existir en la medida en que desaparece.

ASOMBRADO de que todo fuera tan sencillo, me pregunté si la salvación no consistiría simplemente en caminar, comer, vestirse, tender la ropa y secar los platos.

—Sí —me contestó Dios—. La felicidad está en comer y pensar que se está comiendo; en beber y dar gracias por la bebida; en caminar y asombrarse del movimiento; en vestirse y admirarse del vestido; en tender la ropa y tenderla bien; en secar los platos y hacerlo como si en ese momento no hubiera otra cosa más importante en el mundo, pues ciertamente no la hay.

Evidentemente, no es preciso viajar hasta el Assekrem para comprender todo esto. Cada cristiano debe encontrar su propio Assekrem, su iluminación o Nazaret particular. Sí, Nazaret, habéis leído bien. Y es que Nazaret es, fundamentalmente, el misterio del mesianismo de lo cotidiano, el ejercicio de lo humano. El primer misterio del Evangelio, que es Nazaret, lo descubrí al término de mi vida porque lo elemental es siempre lo más difícil.

Desde que fui iluminado percibí que la salvación de los hombres, y desde luego la mía, radica sencillamente en hacer bien la cama y en preparar la cena; en el simple hecho de rastrillar con amor la arena del eremitorio —algo que hasta entonces había hecho a toda prisa—, en lavar cuidadosamente la vajilla, prestándole toda mi atención. En secarla luego, y en tender los trapos al viento, tras la faena; en cerrar los postigos pensando que los cerraba; en vestirme

dándome cuenta de que me vestía; en asearme a sabiendas de que me aseaba; en caminar sabiendo que caminaba; en doblar la ropa consciente de que en ese acto, tan aparentemente simple, se cifra la felicidad más inaudita. Nazaret, el Nazaret que he pasado toda mi vida buscando, consiste en hacer bien, atentamente, todo lo que hay que hacer. El secreto radica en estar todo yo en cada cosa que se haga: cualquiera actividad realizada de forma concentrada tiene un efecto estimulante. Así que la felicidad radica en estar presente en lo que se tiene entre manos, sin pensar en lo que viene después. Todo está ahí, al alcance de la mano. La felicidad es no imaginar el futuro y no llorar el pasado. Es gozar de una habitación bien limpia y de una sábana correctamente doblada. La felicidad es la belleza de una manzana o de un trozo de pan. Y… ¿tanto hay que pasar para llegar a este descubrimiento? ¡Que el camino ordinario sea mucho más difícil y sublime que el extraordinario! «Te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien».

## 99. Las bendiciones

Para estar presente en lo que se tiene entre manos, que fue como para mí advino la iluminación, no basta un simple propósito o buena voluntad. Para que cada acto de la vida cotidiana tenga su propia identidad y pueda diferenciarse de cualquier otro es conveniente memorizar y repetir, antes de su ejecución, una fórmula previamente acuñada. Daré algunos ejemplos de frases que redacté con este fin. Al despertar: «Te agradezco, Dios mío, este día y te pido vivirlo con la máxima atención». Para antes de almorzar: «Gracias, Señor, por estos alimentos; que me ayuden a poder servirte y amarte mejor». Al encender una vela: «Tú eres la luz del mundo, Jesús; que esta candela me lo recuerde mientras brille». Cuando lavaba la vajilla: «Enséñame, Señor, a tratar estos objetos con auténtica devoción».

Es cierto que, con este sistema, tardaba mucho más al principio en la realización de cualquier tarea; pero fue así —mediante esta

atención constante— como toda la jornada quedó convertida para mí en un auténtico ejercicio espiritual.

De todos los ejemplos que he brindado bien puede deducirse que no se trataba solo de poner en acto la facultad de la atención, sino de acostumbrarse a vivir bendiciendo. Cuando se bendice con tanta frecuencia, se acaba el día maravillado por estar rodeado de tantas cosas útiles y buenas. Las cosas nos corresponden si las bendecimos. Decir bien de algo antes de utilizarlo no es en absoluto lo mismo que no decir nada. A su modo, los objetos perciben lo que les decimos o no decimos, lo que sentimos ante ellos, y se comportan en consecuencia. Todo tiene un alma; no comprendo cómo no he comprendido esto mucho antes, siendo —como es— tan claro.

Pronto apliqué el truco de la atención constante también a la hora de hablar con quienes acudían a mí, de forma que antes de hacerlo pensaba bien qué era lo que iba a decir y, al terminar, qué era lo que había dicho y cómo. Naturalmente, este es un buen sistema para hablar mucho menos. Al reflexionar previa y posteriormente sobre lo que vas a decir o has dicho se percibe, en general, la estupidez de lo que querías decir o dijiste y, hecho este descubrimiento, se descubre también que la mayoría de las veces es mejor guardar silencio. Por otra parte, tanto las palabras vanas como las esenciales abocan al silencio. Las primeras porque es mejor no proferirlas, actuando aquí el silencio como una especie de castigo natural por haberlas proferido; las segundas, las esenciales, porque reclaman silencio para ser profundizadas y entendidas, siendo aquí el silencio no ya un castigo, sino más bien el premio donde poder recrearlas. Hablar pensando en lo que va a decirse es mucho más difícil de lo que se cree; pareciera que el hombre prefiriese vivir en la inconsciencia y la superficie.

A LAS pocas semanas de poner en práctica este ejercicio, percibí que al término de una jornada no estaba ya tan cansado como antes, cuando no lo practicaba, de donde deduje que lo que me cansaba no eran las actividades en sí mismas —muchas o pocas—, sino mi dispersión, es decir, los pensamientos con que las acompañaba.

Ningún trabajo —por penoso que pueda parecer— debería cansar; cansa más bien el modo en que lo realizamos. Vivir no tiene

por qué ser fatigoso; vivir mal: eso sí que resulta fatigoso.

Os invito a probar este método de convertir el trabajo en liturgia y, si no os resulta posible a lo largo de todo un día, practicadlo al menos por la mañana, o por la tarde, o aunque solo sea durante una hora. Trabajad con toda el alma, con devoción y entrega, y percibiréis excelentes resultados a corto plazo. Descubriréis que el trabajo puede ser el espacio perfecto para la concentración; comprobaréis que las tareas no fatigan cuando nos concentramos o sumergimos en ellas por la sencilla razón de que entonces ya no son las tareas y yo, sino yo en ellas.

Hasta que no me identifiqué con la pluma, mi trabajo en el diccionario francés-*tamacheq* me fatigó. Hasta que no me identifiqué con la azada, mi cultivo de la huerta me fatigó. Gracias a la concentración redoblé mi capacidad de trabajo y, lo que es más importante, de disfrute durante todo el tiempo que le dedico. Gracias a la concentración redoblé, de igual modo, mi descanso, pues amanecía siempre con gran energía.

En este sentido, desde que he conseguido estar en cada cosa que hago, envejecer ha sido para mí un proceso de rejuvenecimiento: percibo muy bien hasta qué punto soy cada vez más joven y enérgico. Percibo cómo camino misteriosamente hacia la plenitud en plena decadencia.

En virtud del ejercicio armónico de lo doméstico, a estas alturas de mi vida he alcanzado una extraordinaria lucidez.

Ahora sé que la nariz es vertical y los ojos horizontales, es decir, que las cosas son como son. Pero no ignoro que esta lucidez, por extraordinaria que pueda ser y por muchos, muchísimos que hayan sido los esfuerzos que me ha costado llegar hasta su disfrute y posesión, no es en el fondo obra mía, sino de Dios. Que Dios me la ha regalado tras casi treinta años de búsqueda. Que mis trabajos por Él han sido nada en comparación con los Suyos por mí y que, en consecuencia, esta lucidez mía no es motivo de orgullo sino de admiración y perplejidad.

## 100. La luz de la eucaristía

Hace cierto tiempo, no mucho, empecé a ver algo parecido a unos rayos luminosos saliendo de la eucaristía. Al principio creí ser nuevamente víctima de una alucinación o de un espejismo y, como dicen los maestros que hay que hacer en estos casos, rechacé este fenómeno: no quería que Dios me regalara la certeza de Su presencia ni deseaba ser un privilegiado respecto a quien debe vivir solo de la fe. Los rayos, sin embargo, siguieron ahí, llenando todo Tamanrasset de una asombrosa claridad. La población brillaba con más fuerza aún que la vegetación de la mansión normanda de los Moitissier, cuando mi prima me tomaba de la mano y me llevaba, silenciosa y dulcemente, a pasear. Brillantes y acogedores, aquellos rayos se extendían hasta donde alcanzaba mi vista: más allá del desierto, hasta las nubes, y aún más allá de ellas, perdiéndose en el infinito del firmamento, donde se fundían con el universo en un todo espléndido.

ATRAÍDO por aquella irradiación, abrí la portezuela de mi sagrario con la intención de que Jesús, mi prisionero, saliera de ahí si ese era su deseo. En cuanto lo abrí, comprobé que los rayos salían de ahí disparados con mayor fuerza todavía, atravesando incluso puertas y paredes. Cerré entonces el sagrario, con el propósito de volver a recoger allí toda aquella luz; pero la luz, soberana, no se dejó recluir. Se esparció por el suelo de la Fragata, bañando mi camastro e iluminando los utensilios de la cocina, que refulgieron entonces como si fueran de un metal noble. Todo lo bañaba aquella divina luz, rescatando a los objetos que iluminaba de una suerte de cautiverio y devolviéndoles su dignidad. Porque los objetos que esa luz bañaba no parecían otros, sino precisamente ellos mismos: lo que siempre habían debido ser, lo que eran realmente aunque los hombres no lo percibiéramos. Así que gracias a esa luz descubrí qué era en realidad una olla y qué una sartén, un paño, una pala, una baldosa… También descubrí entonces el verdadero significado del picaporte, el de una verja de hierro y el de una cuchara de madera, el de la pluma estilográfica y el del papel. Bajo esa luz todo me parecía sencillo e indiscutible, amable y perfecto.

Pocos días después, en un momento de coraje, me introduje dentro de uno de aquellos rayos, a su calor, para que el efecto de su

irradiación —que era la de Cristo— me colmara con sus propiedades. Deseaba experimentar en mi propio cuerpo el calor de Su iluminación.

Nunca he hablado con nadie sobre esto: no he querido que pudieran pensar que estoy más loco de lo que ya creen; ni siquiera se lo he contado a mis más allegados por temor a que supieran que Dios me premiaba con gracias tan insólitas y particulares. Aquí, sin embargo, debo confesar que bajo los efectos de aquella espléndida luz advertí una Presencia dentro de mí, pero no como pensamiento, sino como acontecimiento. Veía en Dios y por Dios o, mejor, veía por Él y a través de Él. Y fui tan feliz que, luz al fin yo mismo, quise fundirme con aquella dicha, tan desconocida como irresistible.

Tan feliz era entre aquellos rayos que me costó aguantar su calor y, al cabo, tuve que precipitarme fuera, para así librarme durante un rato de aquel tremendo influjo benéfico, al que no podía habituarme. Pero fuera, ¡ay!, sentí nostalgia de la luz, y volví a entrar. Y dentro volví a sentirme demasiado exultante, como si pudiera romperme, y volví a salir. Pues así pasé horas en adoración: ora dentro de la luz, ora fuera, llorando presa de una incomparable plenitud y comprendiendo que todo hombre —y hasta el mundo entero— ha nacido para estar a ese calor.

El fenómeno de los rayos luminosos de la eucaristía se prolongó durante largas y gozosas semanas. De pronto todos, o casi todos, me parecían sumamente bellos e inteligentes, pues todo lo que decían me resultaba de gran provecho; o sumamente amables, pues me sonreían sin cesar, prestándose —sin que se lo pidiera— a servirme en lo que necesitara. La bondad que veía en los demás era el índice exacto de lo que había alcanzado en mí.

Disfruté de esta sensación sin preguntarme por su causa. Pero es que hay experiencias que no movilizan la reflexión, sino que la apaciguan. Hay experiencias en que la clave no es entender, sino acoger. No resistir ni empujar, sino entregarse. Avanzar —por fin lo había vivido, no solo entendido— es perder el protagonismo.

Comencé a ver a Dios en todas partes. «Aquí está —me decía—; y aquí, aquí, aquí…». El Espíritu no me daba tregua, y fue así como supe que no podía quedarme mucho para la gran marcha.

Bastaba que me dispusiera a la oración para que sobreviniera todo esto y, con el tiempo, ni siquiera hizo falta que me pusiera a

rezar: el rayo me sorprendía en mi escritorio contra mi voluntad, ante los legajos de Motylinski; o en la cena, cuando me hacía mi café negro; o a la hora de abrir la correspondencia, que siempre ha sido mi momento preferido de la jornada. El rayo me sorprendía por la noche, en mi almohada o entre las sábanas; me sorprendía en el cazo de la leche o en mi hábito o en las sandalias… Comprobé que escribía mejor con la pluma iluminada; que trabajaba mejor con el rastrillo iluminado; que mis pasos eran los justos y precisos cuando caminaba con mis sandalias inundadas por aquella luz. Tuve incluso la impresión de que una extraña luz irradiaba de mi cuerpo, y estaba sorprendido de que los demás no la vieran, siendo para mí tan perceptible; me extrañaba que no se alarmaran al ver cómo se iluminaba todo cuando yo entraba en algún lugar.

Ya no era yo, pues, quien buscaba el influjo de aquellos rayos; eran ellos los que me buscaban a mí; y tanta fue la frecuencia con que llegaron a buscarme y la fuerza con que me envolvían que tuve que exclamar: «¡Déjame, déjame!». Así que un día los rayos dejaron de aparecer. No me sentí desdichado. Todo Tamanrasset, sus gentes, tenían ya otro aspecto para mí. El Sahara y hasta el mundo entero brillaba ante mis ojos con su propia luz.

## 101. Elogio de la atención

Los grandes hombres y mujeres de todos los tiempos se han caracterizado por su notable capacidad de atención. Es la atención, precisamente, lo que les hizo grandes. No hay de qué extrañarse, pues solo mediante la atención vemos las cosas tal cual son; y en eso, en ver que un árbol es un árbol, una piedra una piedra y un pájaro un pájaro, radica la auténtica espiritualidad. No hay que elucubrar, solo mirar. La realidad no esconde otro enigma que el de la propia realidad. Querer ver enigmas en las cosas es lo que nos priva de las cosas mismas.

Lo que he aprendido en el Sahara es a estar atento. Las actividades cotidianas se han convertido aquí en mi mejor escuela de meditación. Cuando cultivo la tierra, cultivo la tierra; cuando

preparo la cena, preparo la cena; cuando voy a dormir, voy a dormir. Nada interfiere en mi trabajo cuando trabajo porque en ese instante el trabajo lo es todo para mí; nada interfiere en mi alimentación cuando me alimento porque el alimento que degusto es en ese instante todo para mí; nada interviene en mi descanso cuando voy a dormir, y por eso precisamente descanso. Justamente porque estas actividades son necesarias, son también el camino más recto para la realización del ser humano.

Estando atentos es sencillamente imposible hacer algo mal. Y la obra bien hecha recompensa siempre y con creces nuestro esfuerzo de atención. Ni siquiera se trata de esfuerzo; es más bien vigilancia; pero no una vigilancia tensa, sino relajada y armónica. El espíritu más vigilante no es el más tenso, sino el más receptivo.

He escrito este libro para deciros que la mayor miseria del hombre es su dispersión. Dispersos estamos en muchas partes y en ninguna; y es así como empezamos por no encontrarnos y como terminamos por no saber ni quiénes somos.

Al vivir atentamente deja uno de pensar en necedades o tonterías. Porque lo cierto es que aquello que solemos pensar, bajo un aspecto trascendental, casi nunca pasa de ser una tontería; los pensamientos sobre la vida cotidiana, en cambio, bajo el aspecto de una tontería, son auténticamente trascendentales. Sí, la salvación radica en lo elemental. Esta es la razón por la que nadie está privado de la posibilidad de una auténtica vida interior.

La atención que prestamos a algo es el termómetro más exacto de nuestro amor. El amor es un estado de atención completo; y la atención total conduce al amor. Dios mismo, que es fundamentalmente un misterio de atención, solo existe para mí en la medida en que le presto atención. Así que amamos solo aquello a lo que atendemos. Resulta imposible amar aquello a lo que no se ha estado atento. La compasión o la caridad brotan espontáneas si estamos atentos al necesitado. No es posible estar atentos a un necesitado y no ser compasivo y caritativo con él. El egoísmo, la avaricia, la envidia…: todo eso, en cambio, es fruto de la dispersión.

Nadie podrá concentrarse en la oración si no ha sabido concentrarse en la vida cotidiana. El mejor termómetro para una vida de oración es la actitud del orante en sus tareas domésticas. Orar no es más que agradecer la vida cotidiana a la que hemos

estado atentos. Y ¿qué vamos a agradecer si nos ha pasado desapercibida? Por eso, el mejor lugar para aprender a orar no es el oratorio, sino el dormitorio, el baño, la cocina… Todos estos espacios son auténticos templos para el verdadero creyente. Toda la educación que debería brindarse a los jóvenes tendría que estar focalizada en el desarrollo de la atención.

## 102. La pía Unión

El sueño de volver a ver a mi amada prima se realizó a principios del año 9, que fue cuando realicé la deseada travesía de Argelia hasta Marseille. En la Marie de edad provecta, yo seguía viendo a la niña del columpio en el jardín de la casa normanda. De su rostro no se había borrado la expresión con que se despidió de mí poco antes de que partiera a la Trapa: triste pero contenta, humana pero divina, humilde pero orgullosa de mi decisión. ¡Qué seria y taciturna estuvo la señora de Bondy aquel día! En aquella mujer adulta vi de nuevo el rostro de Dios; por eso no pude arrojarme a sus brazos, como había proyectado; ni besar sus mejillas y sus manos, como también había proyectado; ni decirle nada, ni siquiera ese «nada» con que solía responderle siendo un muchacho. Quedé inmóvil y mudo, como ante una aparición. Y ambos estuvimos en silencio largo rato, uno frente al otro, ajenos a todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

Aproveché aquel viaje para trabajar por lo que designé «pía Unión» de hermanitos y hermanitas. Al no encontrar a quien quisiera unirse a mi causa en el Sahara y acompañarme en mi misión, decidí abandonar por el momento la idea de los Ermitaños del Corazón y fundar una asociación cuyo objeto fuera la amistad con los musulmanes. Aunque mi intención era que aquella pía Unión no tuviera fronteras, pudiendo adherirse a ella cualquiera que lo desease con independencia de su nacionalidad o estado civil, lo más lógico era que, por los muchos conocidos que tanto mi director

como yo mismo teníamos en Francia, aquella obra comenzase en mi país. De modo que fui un solitario, sí, pero nunca un individualista: de joven no hice nada sin el ejército, y ahora, ya de viejo, nada hago sin la Iglesia.

Entre los muchos interesados por este proyecto con quienes contacté en aquel viaje, quiero destacar en primer lugar a Suzanne Perret: una mujer de nariz prominente y de labios tan finos que prácticamente parecía carecer de ellos. La vi muy pocas veces, pues enseguida comprendí la desmedida devoción que sentía hacia mi persona y el fanático entusiasmo con que se adhería a mi obra. La señorita Perret me enviaba notas y recados a toda hora; besaba los objetos que yo había tocado como si se trataran de reliquias; coleccionaba mis sentencias como si fueran las de un sabio; y me miraba con unos ojos en los que resplandecía —y lo digo sin ánimo de presunción— el inconfundible brillo de la pasión amorosa. Tuve que mantenerla siempre a distancia: su mera presencia me asfixiaba; no entendía, o no parecía querer entender, que un consagrado no puede permitirse ciertas familiaridades. Todo lo que le daba le sabía a poco, honrada siempre de que le permitiese hacer algo por mí. «¡Cualquier cosa que necesite!», insistía ella, y me recalcaba una y otra vez su total disponibilidad. Hablaba con todo el mundo sobre mi misión en el Sahara; organizaba actos y conferencias en los que recogía sustanciosos donativos, lo que yo agradecía a mi pesar, pues habría preferido erradicar cualquier posibilidad de encuentro con ella; me escribía larguísimas cartas cuya lectura rara vez conseguía concluir; y un día llegó a prometerme que se vendría conmigo al desierto, algo que tuve que prohibirle so pena de negarle la palabra.

Consumida por una terrible enfermedad, Suzanne Perret murió poco antes de cumplir los cincuenta. Desde el lecho del dolor me escribió para decirme que ofrecía su vida por la pía Unión por la que yo tanto trabajé en aquellos días, y por la que ella se desvivió solo porque por este medio podía tenerme cerca y hablar de mí.

También conocí en aquel viaje a Louis Massignon, el joven con quien había comenzado a cartearme en 1906 y en quien, durante mi crisis, había proyectado buena parte de mi desasosiego. Pese a su juventud —era menor que yo mismo cuando emprendí mi *Reconocimiento de Marruecos*—, Massignon era ya por aquel

entonces un consumado arabista. Hablaba de Argelia como si hubiera estado ahí y poseía un conocimiento envidiable tanto del arte y de la literatura del Islam como de su religión. Ahora bien, lo más llamativo de aquel joven —en quien, obviamente, enseguida vi la promesa de un continuador— era su profunda piedad, que verifiqué una noche que pasamos juntos en adoración en la cripta de Montmartre.

La idea de aquel retiro había sido suya; me suplicó que le concediera el privilegio de rezar a mi lado en aquel lugar. En cuanto estuvimos ante el Santísimo, Massignon se hincó de rodillas, posición en la que permaneció durante horas. Como en Tamanrasset y en el Assekrem, también entonces vi cómo algunos rayos salían del sagrario. Todo Montmartre y, posiblemente, todo París estaban siendo iluminados por aquellos rayos, aunque no creo que Massignon, inmóvil y recogido como estaba, se percatase del fenómeno. Recé fervorosamente para que aquel docto y piadoso jovencito fuera mi esperado compañero, el relevo del fallido hermanito Michel. Y el 7 de marzo, cuando nuevamente embarqué rumbo a Argel, Massignon vino al puerto a despedirme. Confiaba entonces, como escribí en un cuaderno en cuya portada había dibujado una cruz y un corazón, que pronto se reuniría conmigo. Todavía le estoy esperando. Louis Massignon prefirió quedarse en la cátedra que consiguió en El Cairo: no era, después de todo, lo que se dice un hombre de acción.

## 103. Recogida de firmas

Unos meses después de mi regreso al Sahara, en el 10, envié a Roma los estatutos de la Unión, deseoso de que mi proyecto tuviera algún tipo de reconocimiento oficial. Nunca obtuve respuesta.

Si toda petición hecha a Dios y atendida por Él me ha alegrado siempre tanto por la obtención de lo que había pedido como porque mi ruego había sido bien formulado —pues de lo contrario no se me habría concedido—, asimismo me alegraba toda petición sin atender, pues era ocasión para que aprendiera a corregirme y

supiera, en adelante, pedir mejor. Las oraciones no atendidas —como esta de la Unión— son las que más me han enseñado a orar. Y es que toda oración es, en el fondo, una escuela de oración. Solo se aprende a orar orando o, lo que es lo mismo: la verdadera enseñanza sobre la oración se extrae únicamente de la oración misma.

A la mala pero pedagógica noticia del silencio romano se juntó la del fallecimiento de mi obispo, monseñor Guerin. A esta muerte, acaecida en mayo, se unió la del abate Huvelin, en julio, quien expiró diciendo: «Nunca amé lo suficiente». Él mismo había sido quien me aconsejó que viajase a Francia cada dos años, con el presentimiento de que tal vez desde allí —más de cerca— pudiera hacerse algo por el futuro de nuestra Unión. Esta última separación dejó en mí un vacío muy difícil de restañar.

Laperrine, por su parte, fue destinado a Lunéville, con lo que me quedaba en Tamanrasset prácticamente con la única compañía de los niños y el *amenokal*. Mi soledad comenzaba a ensancharse, así que no tuve más remedio que entender que se acercaba mi propio final.

Por este presentimiento —cada vez más vivo—, me descubro a menudo pidiendo la gracia de morir mártir. Espero que pronto suceda algo que me lleve a mi verdadera patria, y vivo —o lo intento— como si el día de hoy fuera a ser el de mi muerte. «Esta misma noche puedo estar bajo tierra», me digo cada mañana; y este pensamiento me estimula a comportarme cada vez mejor: más generosa y esforzadamente, con mayor conciencia y determinación. ¿Cómo puedo vivir todavía en este mundo —me pregunto— si casi nada de lo mío vive ya en él? Pero no espero el momento de mi partida con ansia, sino como si no pasara nada, atendiendo a los desdichados, cumpliendo con mis deberes cotidianos y ultimando mi recolección de poemas y leyendas tuareg.

Lo que suplico es una muerte gris, sin espectadores, como toda mi vida: que nadie sepa que he caído hasta mucho después; que vuelen los papeles del diccionario y que se disperse y pierda mi trabajo intelectual, si es que no lo he realizado según Su voluntad; que en mi pecho se hunda una bala de fusil, por ejemplo, disparada por un muchacho desconocido que ni siquiera tenga la intención de matarme. Necesito morir en el desierto, quedarme en esta tierra: en

el lugar exacto en que me desplome, sin tumba ni panteones. Con el silencio como testigo. Con el viento. ¡Señor, dame una muerte casual, lejos de los míos! ¡Tengo tantas ganas de verte, cara a cara!

VIAJÉ de nuevo a Francia en 1911, acompañado en esta ocasión por mi amigo el *amenokal*, quien se resistió largo tiempo a mi invitación por lo mucho que le preocupaba lo que pudiera suceder con su gente durante su ausencia. Pero le describí tan encendidamente lo mucho que podría aprender durante una prolongada estadía en Europa que terminó por aceptar.

Primeramente le presenté a mi hermana, en cuyo castillo residimos algunos días; luego al ilustre Louis Massignon, con quien mantuvo una conversación que duró hasta altas horas de la madrugada; conoció también al primo Latouche, a Suzanne Perret, ya enferma por aquel entonces, y a otros cuantos candidatos a la pía Unión: un proyecto que avanzaba a buen ritmo, aunque mucho más despacio, ciertamente, de lo que yo habría deseado.

Entre el 15 de junio y el 25 de septiembre, fecha de mi segunda visita a monseñor Bonnet, tuve que ocuparme de buscar adhesiones en Francia para nuestra pía Unión. El obispo me había asegurado que si al término del verano volvía a él con cuarenta o cincuenta nombres, reconocería mi asociación en su diócesis y que hasta animaría a sus feligreses a participar en ella. Con el tesón que siempre me ha caracterizado, me apliqué día y noche en la recogida de las firmas que se me habían requerido. Pasé aquellas semanas desplazándome a lo largo y ancho de la geografía francesa, siempre con el propósito de entrevistarme con posibles candidatos.

De todos los que conseguimos que se inscribieran anoté en mi carnet el mayor número posible de datos y oré por ellos sin descanso, convencido de que serían ellos quienes llevasen a término lo que yo, por mi incapacidad, no he sido capaz de realizar. Quién sabe si este pequeño grupo llegará algún día al puerto que sueño para él.

Cuando el 25 de septiembre de aquel año me presenté ante monseñor Bonnet con todos mis nombres en una lista, yo era como el colegial que acude al examen a sabiendas de que ha hecho los deberes. O como el niño que se presenta ante su padre a la espera

del premio que le ha prometido. El obispo cumplió con su parte y yo regresé al Sahara convencido de que mi pía Unión seguiría adelante.

A nuestra vuelta a Tamanrasset, Moussa Ag Amastane, impagable compañero de viaje, se encontró con las malas noticias de la escasez de las cosechas y de la sequía. El senusismo se había hecho fuerte en nuestra ausencia y, como él había previsto, las cosas se pusieron aún peor cuando Lyautey desembarcó en Casablanca.

—Se acerca el fin —me dijo entonces el *amenokal*.

Sus palabras iban a resultar proféticas.

## 104. Otra vez el viento del Assekrem

Cuando en 1913 viajé de nuevo a Francia, acompañado esta vez por el joven Ouksem, decidí seguir el itinerario más directo para llegar cuanto antes: In Salah, El Golea, Ghardaia y Argel. Viajar en primera clase me repugnaba; pero también me alegraba, puesto que de este modo Ouksem disfrutaría de todas las comodidades de la travesía.

Durante los más de tres meses de nuestra estancia en Europa, procuré interesar a Ouksem por todo lo bueno que hay en mi país, en la confianza de que el encuentro con personas escogidas y bondadosas, desde Marie de Bondy hasta el padre Crozier, tendrían sobre él un efecto saludable. Visitamos escuelas, hospitales, conventos…; lo llevé a Toulon, donde nos encontramos con mi sobrino, Charles de Blic, flamante oficial de marina que nos enseñó y explicó, con todo lujo de detalles, el crucero Condorcet. Pasamos por casa de mi hermana Marie, en Barbirey; y no quise que se perdiera el castillo de Bridoire, donde nos alojamos en casa del marqués de Lardimali. Como en el semblante de Ouksem se reflejó en esa ocasión por fin cierto entusiasmo, le conduje también al castillo de Renaudie, en Lembras, con el propósito de que pasáramos allí quince o veinte días de tranquila vida familiar. En Lyon fuimos recibidos por Laperrine, quien nos insistió en que

viajáramos por Chamonix, a través de Suiza, de modo que el joven Ouksem apreciara la vista de sus inolvidables lagos y montañas. Comprendí que era una buena idea y, como no nos apartaba demasiado del camino previsto, nos acercamos a Gérardemer, Saint-Dié y Nancy, donde me asaltaron vivos recuerdos de mi infancia.

Tras una nueva estancia familiar en el castillo de La Barre, y no sin la resistencia y hasta oposición de Ouksem —que deseaba permanecer más tiempo en Europa—, estuvimos de regreso en Tamanrasset el 22 de noviembre, tras casi dos meses viajando por el desierto. Fue un trayecto muy severo tanto para las personas como para los camellos; Ouksem, resignado, se quejaba a cada rato: «Mucho sol, muchas moscas, mucha arena, muchas piedras, un camino nada bonito».

El contraste entre esta desolación y las sombreadas praderas de Francia le chocaron; y no cesaba de hablarme de la Renaudie, de La Barre, de Barbirey…

Cuando estuvimos en aquellos parajes parecía que no le gustaban particularmente. Cuando tuvimos que partir, sin embargo…

—¡Ah, Francia, Francia! —le oí exclamar una vez; y después, ya con intención de que le oyese—: ¿Cuándo regresaremos, *mon père*?

Todavía hoy me pregunto si no fui muy ingenuo al pensar que aquel viaje podía ser de alguna instrucción para mi querido muchacho.

LOUIS Massignon, Suzanne Perret, el superior de los padres blancos y todos los demás estuvieron muy amables y cariñosos conmigo en aquel tercer viaje a Francia; yo, sin embargo, echaba de menos mi tierra —que ya no era Francia, sino el Sahara—. Echaba en falta, sobre todo, la soledad ante el tabernáculo del *bjord* y, más aún, las encrespadas y fantasmales montañas del Assekrem, donde el viento sopla como en ningún otro lugar.

El viento del Assekrem parece estar vivo. Es como si hablara o se lamentara, como si quisiera relatarme —con su lenguaje— los misterios más arcanos de la humanidad. Siempre lo he escuchado estupefacto y, a veces, hasta me he atrevido a responderle fundiendo mi pobre voz con la suya, tan poderosa. El viento del

Assekrem es distinto a cualquiera de los vientos que pueden soplar en Francia. Se lo expliqué a Massignon y a mi prima, pero desde el principio supe que ninguno de los dos me entendía. Que no podían entenderme.

—Es un viento quejumbroso —les decía—. Es como la voz de Dios.

Ellos no se hacían cargo, ¿cómo habrían podido? A la hora de la verdad, las experiencias son intransferibles y estamos solos.

Durante aquel viaje, supe que ya no regresaría más a mi país. Necesitaba escuchar aquel viento y, en lo posible, vivir para siempre junto a él. Ahora, mientras concluyo estas memorias, nuevamente en el Assekrem, sé que este viento que sopla aquí es el propio Dios, que me llama para estar con Él.

—¡Ya estoy aquí! —le dije al regresar; y el viento me respondió rugiendo: y hasta tuve la impresión de que, de un momento a otro, me arrebataría por los aires de este mundo y que sería él quien, volando, me llevaría hasta la Casa de mi Padre.

En lo alto de estas sierras, hay noches en que abro los brazos en cruz; y, por un instante, hasta me parece que eso basta para que —si realmente lo deseo— pueda emprender el vuelo. Por fin soy tan pobre que el mundo entero se presenta ante mí como si fuera mío.

—Es un viento quejumbroso —les había dicho a los míos—; pero olvidé decirles que, en su impetuosidad, también es dulce y acogedor.

Todas las noches, en el Assekrem, salgo de mi cueva para escuchar y conversar con ese viento. A veces, mientras se cuela por las sierras o sacude la vegetación —tan escasa aquí, tan desvalida —, es como si me devolviera el eco de mi risa. O como si también él se riera, quién sabe de qué. Río entonces de nuevo, y nuestras risas —juntas— suben límpidas y vírgenes hasta el cielo, donde se quedan —estoy seguro— para recibirme el día en que por fin entre en la gloria.

## 105. El buen combate

Bajo cierto punto de vista es indiscutible que mi vida ha sido un completo fracaso. En mis años de formación en el ejército, en Saumur, fui el último de mi promoción; más tarde, ya de oficial, estuvieron repetidas veces a punto de expulsarme por causa de mis escándalos e indisciplina. Tras mi largo viaje a Marruecos —otro ejemplo—, aborté contra toda expectativa mi reciente vocación de explorador. No puedo negar que obtuve entonces un reconocimiento más que notable, como demuestra el hecho de que fui condecorado por una prestigiosa Sociedad. De todas las empresas que he acometido en mi vida, quizá sea esta, al menos a ojos humanos, la única lograda. Ahora bien, lo que aparecía como el prometedor inicio de una brillante carrera profesional resultó ser, como sucede no pocas veces en los comienzos fulgurantes, sencillamente su final. También fracasé en mi empeño por ser monje, pues abandoné la Trapa de Cheikh, en Siria, renunciando a la vida cenobítica a la que me había encaminado mi maestro Huvelin. Si voy más adelante en mi biografía, debo admitir que mi estancia en Tierra Santa fue un completo fracaso, y no solo porque no pude adquirir el Monte de las Bienaventuranzas —conforme había proyectado, para instalarme ahí como ermitaño—, sino porque ni siquiera serví bien como recadero y criado, como prueba que las clarisas, de cuya caridad vivía, dejaran de requerir mis servicios. Pero mi fracaso más estrepitoso ha sido el misionero: en todos los años que llevo en el Sahara, no he obtenido ninguna conversión. Debí haberlo supuesto al fracasar en mi empeño profético por redimir a los esclavos negros. Y es que a pesar de las incontables cartas que escribí a la Administración francesa con este propósito y pese a las muchas veces que me entrevisté con mi obispo para ponerle de mi parte, solo redimí a uno, ¡uno!, y fue porque admitieron que lo pagara. No hay ni que decir que también he fracasado como fundador, y ello tanto de los Hermanitos del Corazón, a los que primero llamé ermitaños, como de la Unión de almas pías para la amistad con los infieles, cuyos estatutos envié hace varios años a Roma y de donde, como respuesta, solo he recibido el silencio. A lo largo de todo este tiempo he anhelado un compañero; le he preparado la celda en mi *bjord* y he puesto cada día en la mesa un plato frente al mío, por si llegaba para la cena o el almuerzo. Vino el hermanito Michel, cierto; pero solo estuvo

conmigo unos meses. Todavía hoy veo su figura en lontananza, dejándome en la soledad más abrasadora. Por último, he fracasado como patriota, pues los alemanes nos arrebataron Alsacia en mi juventud, y ahora, en mi madurez, los intereses y hasta la integridad de Francia peligran en esta nueva y grave conflagración mundial.

Claro que este ramillete de fracasos —y solo he reseñado los que considero más importantes— puede ser leído también desde la perspectiva opuesta. Mi vida militar, por ejemplo, concluyó con la victoria de mi cuarto de cazadores sobre el guerrero Bu Amama, a quien derrotamos en el 81. Aunque breve, mi carrera de explorador fue exitosa, como prueba la publicación de mi *Reconocimiento de Marruecos*, del que ya se han tirado varias ediciones y se han vendido miles de ejemplares. También fue fructífera mi estancia en la Trapa, pues allí aprendí los rudimentos de la vida interior y el modo en que examinar mi conciencia, una herencia de la que todavía me nutro en la actualidad. Y mucho más los años nazaretanos, donde conocí e imité a Jesús más intensa y fielmente de lo que nunca habría podido imaginar. Y hasta mi vida de misionero puede ser considerada exitosa bajo esta óptica benévola, pues lo cierto es que he resistido en un territorio muy abrupto y hostil, y hasta he brindado a los tuareg un diccionario de su lengua y una recopilación de su copiosa y hermosísima tradición oral. Por otra parte, si redimí a un esclavo, ¿por qué debo considerar que los esfuerzos que apliqué con este fin fueron baldíos? Además, no es del todo cierto que mi Unión para la amistad con los infieles haya fracasado, pues aun sin la aprobación eclesiástica son ya cuarenta y nueve los inscritos. Respecto a mis futuros hermanitos y hermanitas, ¿quién me dice a ciencia cierta que no vendrán? ¿Quién me dice que Francia no saldrá victoriosa de la guerra, resarcida al fin de humillaciones pasadas?

He corrido la carrera, he luchado en el buen combate; y aunque soy el más indigno de los misioneros, sigo amando a mi pueblo y postrándome ante el sagrario —lleno o vacío— cada noche. ¿No es esto, después de todo, vencer?

De lo que acabo de escribir aquí concluyo que las categorías «éxito» o «fracaso» no son las adecuadas para juzgar una vida. Que lo que los hombres llaman éxito puede ser un fracaso para Dios; y lo

que fracaso, el mayor de los triunfos. Por eso, ahora, cuando veo quién he llegado a ser, me digo: «Soy un fracasado y no me importa; soy un triunfador y no me importa»; pequeño o grande, ¡qué importa eso! Lo mismo que a Moisés, a mí no se me concederá ver la Tierra Prometida más que de lejos. Pero no me importa: jamás creí que podría llegar a ser tan indiferente a todo lo que se refiere a mi persona.

DESDE que supe que en la vida no había que buscar —sino solo abrir los ojos—, las vicisitudes de la existencia han dejado de inquietarme: ya no me importa estar triste o alegre; no me importa triunfar o sucumbir. El miedo ha desaparecido de mi corazón para siempre, y una sonrisa inefable se dibuja a menudo en mis labios. Sonrío como respuesta a las cosas mismas, puesto que son ellas las que me sonríen. ¿Habéis visto alguna vez la sonrisa de una piedra, la de un árbol, la de una taza humeante de café? ¿Habéis visto sonreír a una duna, a una pluma estilográfica, a una lagartija? Tuve que erradicar todo lo que pensaba y creía para llegar a una sonrisa así. Tuve que abandonar mi idea de Dios para que Dios apareciera radiante en las cosas. Cuando me libré de mi preocupación por sentir a Dios, empecé a sentirlo mucho más. En realidad, para sentir a Dios no hay nada peor que quererlo sentir. Dios es muy reticente ante quienes buscan sus consolaciones antes que a Él mismo. Como he dicho muchas veces, Dios es la menor preocupación de mi vida espiritual.

Nada de lo mío —mis cosas, mi historia, mi cuerpo, mis ideas… — me interesa ya porque todo eso ha ido perdiendo sus contornos hasta el punto de no haber nada en absoluto que me importe salvo Él: estoy desposeído, finalmente soy el hombre que estaba llamado a ser.

## 106. LA MISA SOBRE EL MUNDO

Cuando por las mañanas celebro la eucaristía en el Assekrem, sé

que estoy realizando aquello para lo que he nacido, pues las palabras y los gestos del ritual resumen y simbolizan tanto la vida de Cristo como, de algún modo, la mía. Mediante este sacramento logro comprender quién he sido y quién debería ser; además, tomo fuerzas para poder serlo efectivamente. Celebro el santo sacrificio para recordarme —condensada y ritualmente— que también yo debo morir.

Suelo instalar mi altar portátil en una roca plana que, por su situación, queda protegida del viento. Siempre se trata de un banquete frugal, naturalmente, puesto que solo esos dignifican al hombre.

Al concluir la celebración me siento fortalecido y renovado: no soy el mismo antes y después de celebrarlo; lo que digo *in persona Christi* me salva y sana. Sí, la santa misa me ha sanado incluso de heridas que desconocía tener y ha hecho de mí un hombre nuevo e incomparable con el que, minutos antes, había comenzado el ritual. No logro determinar el momento exacto en que se produce mi transformación. Sin embargo, hay algo extraordinario en este acto y, al tiempo, inmensamente sencillo y cotidiano.

A menudo me ha sucedido no saber con precisión qué iba a consagrar: si el pan que tenía entre mis manos o al hombre que yo era y que lo sostenía, si al sacerdote que recitaba las palabras de la consagración o al mundo entero, que en aquel paraje desértico, en aquel escenario vacío y espectral, parecía que se me brindaba para que yo, pobre ermitaño, lo ofreciera a su Creador. Esta es mi misa sobre el mundo, pienso entonces. Y elevo el cáliz y la patena, y miro al cielo. La luna en el cielo, blanca y redonda —todavía presente a primeras horas de la mañana—, es la sagrada forma que Dios mismo eleva para que el mundo entero caiga rendido en adoración. La sagrada forma es la luna que contemplo cada noche en el cielo, negro e iluminado, de mi cueva-oratorio. La distancia entre los astros del cielo y la tierra es nada en comparación con la distancia entre la sagrada forma y yo.

EN la soledad de este macizo, en pleno alto Atlas, es evidente que nadie puede darme las réplicas durante el rito. Sin embargo, a menudo he mirado a mi alrededor y he colocado a mis feligreses

invisibles allí donde deberían estar. «Gracias por haber venido», digo a cada uno. Son mis feligreses anónimos, mis hermanitos. No están en mi montaña, todavía no; pero yo los veo, y en ocasiones he osado tocar sus hombros y mejillas, como signo de reconocimiento.

Yo he nacido para decir misa, y no sería el mismo si no tuviera que decirla. La misa, y ello aun cuando la diga deprisa o sin devoción, actúa en mí incluso sin mi consentimiento y hasta contra mi voluntad. Soy un puro altavoz, alguien que está ahí —tras el altar— para que el rito del partirse y repartirse se cumpla. Tengo el privilegio de ver a diario cómo Cristo muere y cómo resucita; no comprendo por qué he recibido el honor de presenciar semejante espectáculo y, más aún, de tener en él una parte tan activa. Gracias a las muchas eucaristías que he celebrado he llegado al punto en que también a mí me gustaría ser comido y bebido por una asamblea. Me gustaría poder resumirme y simbolizarme en un poco de vino y un poco de pan. Estoy como para que alguien me arranque del árbol y me muerda: quisiera ser eucaristía, ser devorado, dar fruto en la vida de los demás.

## 107. Diario de guerra

Una vez por semana me llega un correo especial con noticias de una antigüedad de veinticinco días. 17 de septiembre: Lunéville está ocupada por alemanes; evacuamos Villé y Donon; retrocedemos puestos en todas las fronteras. 24 de septiembre: Los prusianos han atacado la línea Rethel, Saint-Quentin y Peronne; su caballería ha llegado al bosque de Compiègne. 2 de octubre: Situación estacionaria en Vosges. En Lorraine, combates violentos pero no decisivos. Entre Meuse y Oise, la gran armada franco-inglesa libra una lucha sin cuartel. 12 de octubre: Nuestra armada ha retrocedido de París a Verdún; han ocupado Amiens, Fère-Champenoise, y Sézanne. Batalla general en Marne de Meaux.

¿Por qué anoto todo esto? ¿Por qué al término de mi vida este escueto pero vibrante diario de guerra? ¿Para demostrar que los ermitaños no estamos fuera del mundo? Con el corazón partido

pienso en todos los que morirán en esta maldita contienda; y deseo poner de manifiesto que los alemanes, que en 1870 eran auténticos soldados, han pasado ahora a ser bárbaros al estilo de los Hunos y los Sarracenos de las antiguas invasiones. Pese a los muchos desplazamientos a los que me he sometido, y pese a los numerosos años que he pasado fuera de mi país, este diario demuestra que —desde la cuna hasta la tumba— yo siempre fui un francés. La intensidad de mi amor por las gentes de África del Norte no me ha hecho disminuir ni un ápice mi amor por Francia. Siempre he sido un francés y un militar, y casi diría que especialmente desde que dejé el ejército. Mi formación castrense, que tanto desdeñé mientras la recibía, me ha sido de gran ayuda a lo largo de todos estos años; por contrario que parezca el espíritu militar al del Evangelio, no creo que haya otra educación que sea de tanta ayuda para el seguimiento y el apostolado.

Quizá haya todavía quien se sorprenda de lo mucho que me he alegrado ante la noticia de la nueva guerra entre Francia y Alemania. Pero no puedo negarlo. Deseoso de volver a ver francés el Estrasburgo en que me crie, vivo esta guerra de la independencia europea frente al tirano alemán como una auténtica cruzada. La misión evangelizadora que me impulsó en su día hasta este lejano territorio fue también una misión civilizadora. Todavía más: cuando poco puede quedarme ya para que parta hacia la casa del Padre, sigo reprobando con todas mis fuerzas la barbarie de los alemanes que nos arrebataron Alsacia y Lorena hace ya más de cuatro décadas y que ahora nos llevan a un desastre bélico de incalculables proporciones. Dios me perdone, pero Austria y Alemania merecerían que se les asestara un duro golpe que sellara su final.

Nunca he sentido aprecio por los alemanes —presuntuosos, engreídos—, y siempre he pensado que los senusistas eran peligrosos por las armas y municiones que ellos les suministraban. Por esas armas, por esas municiones, cayó el *amenokal* el año pasado; y no descarto que sean esas mismas armas y municiones las que un día no muy lejano me hagan también caer a mí. Como tantos de mis compatriotas, también yo puedo ser víctima de este conflicto. Entraría así en la macabra lista de los muertos franco-argelinos. Es un destino dramático, sobre todo teniendo en cuenta que el ideal más alto de mi vida, el más sublime, ha sido la

fraternidad. Todavía ahora me parece que debería hacerme presente en la frontera. A lo mejor podría proponerme como capellán—enfermero para estar cerca de los soldados que sufren en primera línea…

Por el momento sigo en Tamanrasset, contribuyendo a mantener el orden y colaborando como puedo en los asuntos administrativos de mi país. Pienso mucho en que los senusistas han huido en buen número y que, seguramente, se reagrupan para un nuevo contraataque. Estar muy cerca de la luz y reconciliado con quien he llegado a ser no me impide continuar recopilando las poesías y leyendas tuareg; tampoco me impide enseñar a hacer punto a las mujeres que vienen a verme, ni preocuparme por la caída del fuerte de Djanet. Me obsesiona que los países del Magreb no sepan solucionar su conflicto francés, y más aún me asusta que en Francia pueda enquistarse el llamado problema magrebí. Por desgracia, no creo que mis ojos lleguen a ver en qué terminará todo esto.

## Y 108. Visión de los hermanitos[1]

Estamos a finales de noviembre y he tenido que interrumpir durante unos días la escritura de estas memorias —que hoy me dispongo a terminar— para asegurar la defensa del fortín. Soñador de fraternidades, temo que voy a morir solo en este fortín fantasma. Porque no puede quedarme mucho: estoy desdentado y subalimentado, somnoliento, demacrado…

Hace unos días me propusieron que me refugiara en un puerto militar francés, donde estaría protegido. Me he negado: no puedo abandonar a quienes hace algunos años me brindaron su hospitalidad.

Se me han confiado seis cajas de cartuchos y treinta de las carabinas que había en el viejo fuerte-Motylinski; por su aspecto, me recuerdan a las armas de las que hice uso en mi juventud. La diferencia es que ahora solo quiero armas para defender a los pobres, y ellos lo han comprendido muy bien: forman un solo cuerpo conmigo. Estas pobres gentes hubieran podido refugiarse en

la montaña sin el menor riesgo, pero han preferido encerrarse a mi lado, y ello sabiendo que el enemigo dispone de cañones y que el bombardeo es casi seguro. Tengo la impresión de que son ellos los que quieren protegerme a mí, y eso me emociona.

Ahora comprendo mejor al *amenokal*, quien afirmaba la necesidad de hacer compatible el servicio a Dios con el de las armas; pero me siento solo en esta causa y, aunque no temo mi propia muerte, sí que me preocupa la de muchos de los inocentes que están junto a mí. Moussa Ag Amastane vivió sus últimos años con un temor parecido.

Si caigo, sé que los responsables últimos de mi muerte no serán los senusistas de Libia, sino Guillermo II y sus aliados germano-turcos. Pero soy un ermitaño, y no debo temer. Para hacerme fuerte, comulgo cada día. Es más grande mi temor a quedarme sin el Santísimo que el de que los saqueadores lo puedan profanar, por lo que nunca me decido a consumirlo del todo.

He puesto mis enseres y papeles al seguro; y muy pronto pondré también a buen recaudo estas memorias. Junto a *El olvido de sí*, colocaré la última edición de los cursos de filosofía de los padres Mandato y Ferretti, así como los volúmenes del abate Darras y una vieja edición de san Juan Crisóstomo, a la que siempre he sido muy aficionado. Los utensilios de la capilla, cincuenta metros de soga, un pequeño balde para sacar agua de los pozos del desierto y una lona para fabricar una carpa —por si hubiera necesidad—, los he metido en mis cajones, que acabo de clavar y rotular. A estos pocos cajones se reducen mis bienes materiales. Con frecuencia imagino la cara de perplejidad y decepción que pondrán los rebeldes cuando vean —si es que llegan— la colección de basuras y recuerdos inútiles que se amontonan en mi *bjord*. Confieso lo mucho que esto me hace reír.

PARA levantar mis ánimos ante la certeza de una invasión inminente, me pongo a imaginar cómo serán los hermanitos y las hermanitas que he esperado en vano a lo largo de toda mi vida. Son hombres y mujeres de todas las partes del mundo, y llevan el Evangelio inscrito en sus rostros. Quizá no hayan nacido aún, pero un día —estoy seguro— inundarán este país con su presencia, muda y respetuosa, y lo inflamarán con su amor. Porque es así como los

veo: gritando en silencio desde los tejados, postrados ante los pobres, abriendo las puertas de sus casas y de sus corazones. Veo a todos y a cada uno de ellos como si les conociera desde siempre y como si realmente ya estuvieran aquí. Visten un hábito blanco con una cruz y un corazón escarlatas en el pecho, y peregrinan por el desierto con tal disposición de ánimo que me sobrecoge. «Sois vosotros, ¿no es cierto?», le pregunto a uno de ellos. Pero él no se detiene, sino que avanza junto a los demás entre las dunas. Todos alzan al cielo sus cabezas, desde donde Dios les brinda un sol enloquecedor. «¡Habéis venido!», exclamo lleno de entusiasmo, y me uno a su gran marcha.

Cuando finalmente dejan de caminar, les ayudo a plantar una tienda, a cuya sombra nos sentamos todos juntos para celebrar la eucaristía. *Tomad y comed*, les digo entonces, mientras parto para ellos el pan. Y luego: *Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre*. Esta imagen, por encima de cualquier otra, me hace fuerte ante la adversidad. Ellos, mis hermanos, serán quienes unan el Cristianismo y el Islam. Porque lucharán sin violencia por la justicia serán llamados los bienaventurados de la paz. ¿Me oís, familia mía? Ese humo que se distingue en el horizonte, ¿sois vosotros, mi fraternidad? Os veo, os quiero sin conoceros. ¡Amén, venid pronto! ¿Queréis acompañarme? ¿Queréis escuchar conmigo el viento que serpentea en estas sierras?

(2009).

## AGRADECIMIENTOS

Escribir *El olvido de sí* me ha obligado a un trabajo de documentación al que no había tenido necesidad de recurrir en el resto de mis libros, por ser más puramente imaginativos o de ficción. Por esta causa he tenido que realizar algunos viajes y entrevistarme con algunas personas a las que ahora, en esta nota, quiero recordar.

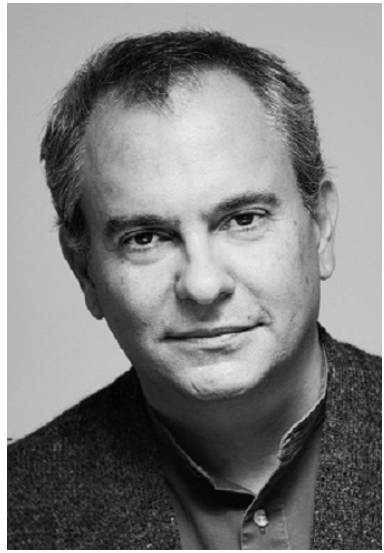
Destaco en primer lugar a Margarita Goldie, quien me instruyó en los entresijos de los ejercicios ignacianos; a J. L. Vázquez-Borau, de Sodalidad; a Joan Figuerola, responsable de la Comunitat de Jesús de Tarrés; a la comunidad barcelonesa de Joan Blanques; y a las Piccole Sorelle di Gesü, en la romana abadía trapense de Tre Fontane. En el oratorio-museo que allí custodian estas religiosas —casi una cueva de anacoreta— tuve el privilegio de ver el altar en que el hermano Carlos celebraba el culto y de acceder a buena parte de las reliquias y los dibujos originales que se conservan de sus estancias saharianas. También quiero mencionar aquí al padre Suso, sacerdote-enfermero, y a los demás miembros de la Fraternidad sacerdotal *Iesus Caritas*—, al obispo del Sahara que tuvo la gentileza de invitarme a su diócesis argelina pese a la difícil situación que atraviesa este país; a los hermanitos y hermanitas de Jesús enclavados en Tamanrasset y en las montañas del Assekrem; al profesor Olegario González de Cardedal, quien revisó mi manuscrito y me hizo ajustadísimas observaciones teológicas; a los cistercienses de San Pedro Cardeña, en cuyos claustros nació el germen de esta novela; a la pequeña comunidad de Mirto, mis compañeros de viaje en Tierra Santa; a los benedictinos de Santa Escolástica, en Subiaco; a los carmelitas del Centro de Estudios Místicos de Ávila; y a los claretianos de París, en cuya casa-misión de Rue de la Pompe estuve hospedado para estudiar la época francesa de Foucauld. Una mención especial merecen mis hermanos Mauricio y Luis, quienes me brindaron, como siempre, sus oportunas correcciones ortotipográficas, estilísticas y literarias. Tampoco me olvido, por supuesto, de mi amiga del alma, Gabriella Bellini, quien me asistió

y acompañó como solo sabe hacerlo ella durante todo el proceso de documentación y escritura.

A todos ellos y a quienes hoy son herederos del carisma de Charles de Foucauld pido disculpas si mi recreación literaria no ha hecho justicia a la grandeza de su maestro y fundador.

# Notas

[1] En el pensamiento oriental el 108 no es simplemente el número que va entre el 107 y el 109, sino un número que se remonta a las *Upanishads* y que significa «muchísimo». La suma de los dígitos de 108 es 9, que en el mundo antiguo se consideraba el número de la perfección porque era el resultado de 3 por 3. < <



PABLO D'ORS (Madrid, 1963) es sacerdote y escritor. Viajero entusiasta, ha peregrinado al Sahara, al Monte Athos y al Himalaya, entre otros muchos puntos de irradiación espiritual. Su debut literario tuvo lugar en el 2000 con *El estreno*, un libro de cuentos que inaugura su inconfundible estilo, cómico y lírico a un tiempo, y con *Las ideas puras*, novela que, como todas las suyas, conjuga felizmente lo espiritual y lo sensorial. También en Anagrama publicó *Andanzas* del impresor Zollinger (2003), adaptada al teatro y representada en el 2011 por el actor y director italiano Roberto Abbiati. Poco después se editaron *El estupor y la maravilla* (2007), esta vez en Pre-Textos, *Lecciones de ilusión* (Anagrama, 2008), posiblemente su obra magna, y *El amigo del desierto* (Anagrama, 2009). Como ensayista ha publicado *Sendino se muere* (Fragmenta, 2012) y *Biografía del silencio* (Siruela, 2012), donde reflexiona sobre su práctica de meditación zen.

Todas sus obras, emparentadas con la literatura de Kafka y Kundera, pero también con la de Hesse y Stefan Zweig, han tenido una magnífica acogida por la crítica, que ha destacado su claridad narrativa y luminosidad.